CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ

Lágrimas sobre Gibraltar

Comienza el año 1969. En la sede de la ONU, se acaba de establecer la fecha límite para que el Reino Unido abandone Gibraltar. En previsión de un eventual incumplimiento de la Resolución 2.429, Franco dicta a Carrero Blanco, su vicepresidente, la orden más delicada de las últimas tres décadas: preparar la invasión armada de la colonia británica.

Una de las primeras medidas que toma el Seced (los servicios secretos españoles) es infiltrar en Gibraltar a la cordobesa Isabel Vioque.

Lectulandia

Carlos Díaz Domínguez

Lágrimas sobre Gibraltar

ePub r1.0
Batillo 09.05.16

Título original: *Lágrimas sobre Gibraltar*
Carlos Díaz Domínguez, 2012

Editor digital: Batillo
ePub base r1.2

Este libro está dedicado a Mónica,
la única persona por la que quisiera ser inmortal.

Preludio

Se había quedado una noche estrellada, serena, como si quisiera tomarse un descanso previo a la intensa actividad que se iba a desarrollar unas horas después en toda la zona.

El general de brigada del Ejército de Tierra José Caballero Crespo miró su Certina y comprobó la hora.

Se notaba tenso y pensó que sería una buena idea pasear junto al mar, en soledad, para respirar el salitre del ambiente y recordar así el viaje que realizó con Julita en febrero, cuando todo era nada, cuando la gran empresa que había gestado solo era una idea en la nebulosa, un proyecto sin sustento.

A pesar de la oscuridad del momento, pudo distinguir con nitidez la silueta de una persona. Venía corriendo. No se lo esperaba.

Los hechos se precipitaron con endiablada rapidez.

La pistola emitió un sonido seco y el cuerpo del militar cayó justo en el momento en el que la espuma de una ola rozó su cabeza, por lo que la sangre se extendió con mayor velocidad sobre la prensada arena de la playa.

El silenciador había cumplido su cometido a la perfección y la acción se había realizado con la lógica eficacia que cabía esperar de un hombre como él.

Primera parte

Enero 1969

Día 12 de enero

—Podéis ir en paz

—Demos gracias al Señor.

El grupo de feligreses se santiguó dando así por concluida la misa de doce.

El almirante Luis Carrero Blanco se había sentado junto a su mujer, Carmen Pichot, en el banco inmediatamente posterior al que ocupaban Franco y Carmen Polo.

Tras dejar salir de la iglesia al Generalísimo en primer lugar, el vicepresidente del Gobierno apretó el paso y se acercó a él. Este había caminado un poco más despacio para esperar a que su hombre de confianza se aproximara. Cuando salieron al exterior, los dos ya se encontraban a distancia de poder conversar.

Era el primer domingo del año después de las fiestas de Navidad y la mañana había despuntado fría pero con mucho sol, por lo que apetecía el paseo. No era habitual que Carrero asistiera a misa en El Pardo, al contrario, solía acudir junto a su mujer y algunos de sus hijos, los que se encontraban en la ciudad, a la iglesia de San Francisco de Borja, en Serrano, a muy pocos metros de su casa. Pero en aquella ocasión Franco se lo había pedido expresamente y Carrero no sabía contrariar al general con una negativa.

—El próximo jueves, en nuestro despacho, tenemos que hablar de un tema que me preocupa.

—¿Qué asunto es ese, mi general? —inquirió el almirante.

—No es para hablarlo ahora, pero quiero que trabaje sobre ello con la mayor diligencia posible a partir del jueves dieciséis.

Eso era algo nuevo. Franco normalmente empleaba mucho tiempo en tomar decisiones y la precipitación no entraba en su diccionario. Era un hombre que medía —a juicio de sus colaboradores, en exceso— milimétricamente cada paso que daba y nunca actuaba ni a la ligera ni movido por la premura. Por eso, a Carrero le sorprendió vivamente que el general le pidiera algo para que lo trabajara con esa prontitud que, en lenguaje de Franco, quería decir urgencia.

—Me imagino, Excelencia, que será para acometer definitivamente el tema de la sucesión —supuso el almirante, gran conocedor de las inquietudes políticas del Régimen—, designar a la persona y darla a conocer a todos los españoles. Me consta que están deseando acabar con la incertidumbre que supone no saber el nombre del continuador de la labor que usted inició el dieciocho de julio.

—Sobre ese tema, estamos en ello, Carrero, estamos en ello.

Franco sabía que eso era algo que no podía eludir, que la ley ya estaba aprobada, tanto en las Cortes Generales como en el referéndum del catorce de diciembre de 1966, y que todas las personas de su máxima confianza, como el propio

vicepresidente del Gobierno o Laureano López Rodó, su ministro del Plan de Desarrollo, se lo recordaban con cortesía y respeto, pero también con regularidad e insistencia. No había que olvidar que desde el mes de julio del año 1947, y por la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, el Régimen se había configurado como un reino. La persona de estirpe regia, como especificaba la Ley, estaba todavía por nombrar. Era un reino sin rey.

La mañana permitía que ambos pudieran pasear cómodamente por el camino asfaltado que unía la iglesia, que mandara construir Felipe V, con la puerta principal del Palacio, por la fachada sur, donde esperaba a Carrero su coche oficial. El almirante se fijó en que Franco arrastraba un poco los pies, como si tuviera alguna dificultad para moverse. El discurso de fin de año de hacía tan solo dos semanas le había dejado muy preocupado. Por primera vez había visto la huella del tiempo hacer mella en el Generalísimo. Aquella noche del treinta de diciembre la voz del Caudillo se había tornado en ocasiones ininteligible, y el brío que siempre tuvieron sus vocablos había dado paso a un torrente de palabras más parecido a una letanía que a las estimulantes ideas que debe infundir todo estadista.

Pero no era para abordar la cuestión sucesoria para lo que había llamado Franco a Carrero ese domingo. Le quería transmitir su estado personal, algo también inusual en él, hermético a expresar sus sentimientos fuera de su círculo familiar más íntimo.

—Carrero, quiero tratar con usted el tema de Gibraltar.

—¿Gibraltar? —se extrañó el almirante y, sin pensarlo mucho, quiso saber—. ¿Quiere que a nuestro despacho asista también el ministro de Asuntos Exteriores?

Franco se detuvo y lo miró casi con incredulidad.

—No, deje a Castiella en su sitio —resolvió con prontitud, y remarcó— y, además, no le diga nada de esto. De momento, vamos a tratarlo solamente nosotros dos.

—A sus órdenes, mi general.

Al llegar a la puerta de entrada, Carrero se puso firmes y estrechó la mano de Franco a la vez que inclinaba levemente la cabeza. Mientras tanto, Carmen Polo y Carmen Pichot se despidieron con dos besos. Esta última reverenció a Franco en el momento de despedirse.

Cuando el *Dodge Dart* enfilaba la puerta de salida, el vicepresidente del Gobierno escuchó la pregunta de su mujer:

—¿Qué hablabais Franco y tú que, para como es él, se le veía muy locuaz?

Carrero miró disimuladamente al conductor del coche y al inspector que se sentaba en el asiento del copiloto en un gesto que su mujer comprendió perfectamente.

Hasta que llegaron a la calle Hermanos Bécquer, el matrimonio no intercambió ni una sola palabra, ni siquiera un comentario fútil.

Día 15 de enero

Tras diez horas de viaje, el cuerpo de Isabel Moque ya no sabía qué postura adoptar para que le doliera menos. A pesar de sus veinticinco años recién cumplidos, el traqueteo continuo, la noche en vela, el frío paralizante en ocasiones y el calor agobiante en otras habían menoscabado el ánimo de la joven cordobesa. Natural de Alcaracejos, un pequeño pueblo situado al oeste de Pozoblanco, Isabel había demostrado a todos que el hecho de ser mujer no tenía por qué ser un impedimento para realizar cualquier trabajo, aunque sabía muy bien que aquello para lo que la habían citado en Madrid no podía considerarse solo un trabajo. Realmente no sabía ni lo que era. Iba a ser un medio honrado para ganar dinero, de eso estaba segura, y a esa idea se agarró cuando se lo explicaron en el cuartel de la Guardia Civil pozoalbense. Por otro lado, en Alcaracejos, una viuda tampoco tenía mucho porvenir. Los jóvenes habían emigrado a Madrid o Barcelona, y el pueblo se había convertido en un asilo en su sentido más literal.

—Señorita, ¿quiere un tiento? —le ofreció un cuarentón vestido con una chaqueta de pana negra con coderas que, sentado frente a ella, no había dejado durante toda la noche de intentar subir sus ojos por sus muslos. La longitud de la falda de Isabel impidió que pudieran escalar más allá de las rodillas.

Negó con la cabeza, sin mostrar mueca alguna.

El convoy aminoró la marcha, momento en el cual un matrimonio mayor se levantó de sus asientos. El hombre se empinó para recoger la maleta de cartón que colocó en Córdoba, el mismo lugar en el que Isabel se subió al expreso.

Cuando el tren se detuvo en la estación, la cordobesa pudo leer el nombre desde su asiento: Aranjuez. Ya estaba en Madrid, no debía de quedar mucho más de una hora de viaje hasta Atocha. Cogió su bolso y rebuscó en su interior. Abrió la cartera y extrajo el papel donde había apuntado el nombre del hotel en el cual le habían reservado una habitación.

La capital se abría ante ella como la nueva gran interrogante de su vida. Pensaba en la razón que la había hecho salir de Andalucía, de su mundo, de la tierra que la vio nacer, crecer y enamorarse. También la tierra que vio brotar el fruto de ese amor. Pero también la misma que presenció la muerte, esa negrura que cubrió su vida cuando más ilusión tenía por ella. Una mancha de aceite, el exceso de velocidad, la falta de presión de algún neumático… nunca le llegaron a precisar cuál fue la razón última por la cual Paco no pudo hacerse con la *Sanglas* y estrelló su moto en una curva cerrada del puerto de Despeñaperros. Las caprichosas ironías del destino habían provocado que su marido falleciera justo en el último servicio que prestaba dentro de la Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil. Al día siguiente de aquella maldita tarde del mes de febrero de hacía ahora casi un año se tenía que presentar también en Madrid, en la misma dirección adonde ella iba a acudir en unas horas, para incorporarse a un nuevo destino del cual ni siquiera había oído hablar. Solo era consciente de que había superado unas pruebas físicas, unos ejercicios escritos, un reconocimiento médico muy exhaustivo y varias entrevistas «con personas muy

desagradables», como las calificó Paco.

Pero ella no se conformaba con una exigua pensión de viudedad. Así que un día se presentó en el cuartel de Pozoblanco, el mismo en el que estaba destinado su marido, y pidió un trabajo. Le explicaron que el Cuerpo no admitía mujeres, que en aquellas paredes no había ocupación para ella, en definitiva, que un cuartel no era una oficina de colocación. Pero ella insistió. Tal fue el ahínco que mostró en su petición que sus demandas llegaron a oídos de las personas que habían seleccionado a su marido.

Así, y el día que menos lo esperaba, el siguiente a Reyes, se presentó en su domicilio una pareja de antiguos compañeros de Paco con una carta y un billete de tren, solo de ida. Poco tiempo le dieron. El justo para comprar algo de ropa y disfrutar de Rafaela, su pequeña que acababa de cumplir dos años, y despedirse de sus padres.

Al llegar a la estación de Atocha, Isabel se vio rodeada de repente de tantas personas como no había visto en toda su vida. El andén parecía una carretera transitada por un sinfín de almas recién llegadas a la ciudad que se confundían con los mozos de estación, las personas que habían acudido a recibir a los viajeros y los vehículos eléctricos en los cuales cargaban los bultos del vagón de Correos. A ella, lógicamente, nadie había ido a recibirla.

Cuando salió a la calle, Madrid le dio una ruidosa y aturdidora bienvenida. Lo primero que la sorprendió fue la maraña de pasos elevados que cruzaban la plaza del Emperador Carlos V, y que sabía que los madrileños habían motejado con el nombre de un juego de coches eléctricos de niños ricos: El Scalextric. Recordaba que sus padres decían que los dos hijos varones del alcalde del pueblo tenían uno, pero ella nunca lo había visto.

Tras cambiar la maleta varias veces de mano, y alternar así la incomodidad de su peso, cruzó la ancha calle, caminó unos metros por el Paseo del Prado, y entró en la recepción del hotel Mora. Eran las nueve y cuarto de la mañana. Ahora subiría a su habitación, se asearía un poco y después buscaría en el Metro cuál era la estación más cercana a la dirección donde tenía que presentarse a las once de la mañana, la calle Menéndez Pelayo 49.

Día 16 de enero

Desde que había sustituido al capitán general Agustín Muñoz Grandes en la vicepresidencia del Gobierno, en el mes de septiembre del año 1967, todos los jueves Carrero Blanco despachaba con Franco en El Pardo. Era la sesión preparatoria para el Consejo de Ministros que se celebraba al día siguiente.

Vestido con el uniforme de almirante —empleo que poseía desde hacía casi tres años— se bajó del Dodge que se había parado justo en la puerta principal del Palacio. Uno de los ujieres se apresuró a abrir la portezuela del vehículo. Sin dilación, Carrero

se adentró en el edificio ya que, por lo que había podido comprobar en el último vistazo que había lanzado a su reloj, llegaba con la hora demasiado justa para comenzar su despacho con el Generalísimo. Además, y por lo que había hablado con él el pasado domingo, después de la misa, parecía que no iba a ser un despacho normal. Tenían que tratar asuntos de extrema gravedad, como las revueltas universitarias, la actitud de determinados curas vascos y catalanes —a los que el vicepresidente denominaba «traidores de Cristo»— o comentar el próximo nombramiento del nuevo presidente, ya elegido, de Estados Unidos. Pero, por lo que se podía desprender de la reciente conversación, celebrada el domingo anterior, en la cabeza de Su Excelencia había anidado un pensamiento único.

Mientras subía por las escaleras que comunicaban con la primera planta, intentó hacer un repaso rápido de lo que había leído durante los últimos tres días. Para intentar estar lo más al día posible, había solicitado que le subieran a su despacho de la segunda planta del edificio de Presidencia del Gobierno, en Castellana número 3, los hechos relativos a Gibraltar acaecidos a lo largo del pasado año de 1968. Así, había refrescado el resultado de las conversaciones con Gran Bretaña celebradas en el mes de marzo, con el mismo nulo resultado que todas las anteriores. «¿Qué querrá Su Excelencia hablar de Gibraltar con tanta prisa?», se preguntó intrigado.

El general le esperaba en su despacho, junto a la mesa —una soberbia obra de caoba y bronce atiborrada de varias pilas desordenadas de papeles y carpetas.

Tras cuadrarse y, a la vez que le estrechaba la mano, inclinar levemente la cabeza, el almirante siguió las instrucciones de su anfitrión y tomó asiento después de que lo hiciera el general.

—El domingo le hablé de Gibraltar. —La voz de Franco era pausada y la cadencia de sus palabras las justas para imprimir la gravedad requerida—. Es un tema que me preocupa y al cual quiero dar un impulso definitivo a lo largo de este 1969.

Carrero le escuchaba con extrema atención, sin querer interrumpir las explicaciones que estaba recibiendo y dispuesto a hablar cuando entendiera que le correspondía.

—El ministro Castiella está llevando a cabo una batalla diplomática magnífica. —Al oír la categórica afirmación, el almirante torció el gesto en una mueca que brotó de la espontaneidad de su subconsciente—. Lo que logró el año pasado, bueno, el anterior, en la Organización de las Naciones Unidas fue algo sin precedentes. Consiguió situar a Gran Bretaña frente a todas las naciones, sin distinción de continentes, de religiones y de tipos de gobierno.

Carrero sabía que eso no era del todo cierto porque no todos los países se pronunciaron en contra de los ingleses, pero el resultado que arrojó la votación que se celebró en el seno del llamado Comité de los Veinticuatro —nombre que recibió la Comisión de las Naciones Unidas para la Descolonización—, fue de un abrumador rechazo a las tesis del Reino Unido y una invitación formal para que ambos países continuaran el proceso negociador. De los veinticuatro países integrantes en la

comisión, dieciséis habían votado a favor de España y solo dos, Reino Unido y Australia, votaron en contra. Aun así, el vicepresidente no le quiso corregir. En esencia, llevaba razón.

—Pero eso está siendo insuficiente. En este año de 1969 que acaba de empezar quiero nombrar sucesor, y antes de ello mi obligación de estadista me lleva a resolver este asunto de realización del ideal nacional, y no dejar a nadie cuestiones que entorpezcan la labor de continuación de nuestro régimen de paz y libertad.

—¿Y qué está pensando vuecencia?, si me permite la pregunta.

Franco lo escrutó con sus ojos entornados y su mirada penetrante. Dedujo que su interlocutor le estaba pidiendo mayor claridad en la exposición.

—Castiella, como le decía, lo está haciendo muy bien, pero no podemos esperar que en Nueva York solucionen nuestros problemas. El ministro es un diplomático y profesor de Derecho Internacional… con eso le estoy diciendo todo.

Carrero empezaba a intuir lo que le insinuaba el Caudillo, pero no era capaz de asumir la idea. Quiso mayor concreción.

—Igual vuecencia está meditando un cambio en la cartera. Al fin y al cabo, Castiella lleva en ella desde 1956, si la memoria no me falla, y puede ser que se encuentre cansado. Lógico por otra parte. —Con la última frase, Carrero quiso adornar el mal concepto que tenía del vasco.

El Generalísimo empezaba a pensar que su vicepresidente fingía con muy poco acierto. Se lo quiso poner más fácil.

—Lo que estoy pensando no se soluciona solo con un cambio de ministro.

—¿Mi general —por fin, Carrero expuso lo que llevaba imaginando desde el momento en que le trasladó su preocupación— está sopesando alguna alternativa distinta a la vía diplomática? —preguntó, con un leve tinte de prudencia.

—Quiero que tenga preparado un plan de invasión del Peñón para el caso de que fracasen las medidas diplomáticas.

En ese momento, para el vicepresidente del Gobierno, la figura del general retrocedió varias décadas y le pareció encontrarse frente al mismo hombre al que invistieron en Burgos, un ya muy lejano primero de octubre de 1936, como Generalísimo de todos los Ejércitos y Caudillo de España. El mismo que, con firmeza e inexorabilidad, había gobernado el país en aquellos difíciles años cuarenta y cincuenta, cuando los enemigos de España se encontraban en todos los puntos cardinales.

Aun así no se podía creer lo que acababa de escuchar.

—Mi general, ¿está usted hablando de invadir militarmente el peñón de Gibraltar?

—Carrero, sé que los años están pasando y que ya no soy el mismo que hace tres décadas presenció el primer desfile de la Victoria. Lo sé, pero también sé que todavía Dios me sigue dando fuerzas suficientes como para expresarme con claridad. Quiero que busque a un general de su confianza para que coordine, dentro del mayor secreto,

toda la operación.

—Excelencia, ¿y para cuándo quiere que tenga el nombre que busca?

—Para este mes. Quiero que antes del día treinta y uno me presente una terna para que yo elija. Llevo tantos años ya dentro de estas paredes que casi no conozco a nadie.

Carrero Blanco asintió a la vez que en su cabeza comenzaba un baile de nombres al que le costaba poner orden.

—De momento limítese a buscar esos tres nombres. Me da igual el ejército al que pertenezcan, aunque me inclinaría por el de Tierra, con su permiso. —Fue la primera sonrisa que esbozó Franco en lo que llevaban de despacho.

Franco sabía que había lanzado a su vicepresidente del Gobierno un envite muy ambicioso y que tenía que darle tiempo para que buscara a la persona adecuada. Por ello, decidió que había llegado el momento de comenzar con el contenido del despacho habitual de todos los jueves.

—Vamos a ver, ¿qué asuntos trataremos mañana?

Día 27 de enero

El Servicio Central de Documentación era el nombre por el que se conocía al servicio de espionaje que había creado Carrero Blanco —concretamente en el mes de febrero de 1968—, un nombre más afortunado que el primitivo: Organización de Contrasubversión Nacional. Sus orígenes venían dados por la necesidad de tener que controlar a unos determinados colectivos que empezaban a ser muy incómodos para el Régimen y que podían atentar contra la paz y el orden por el que velaba. Así, dentro de la lista de personas susceptibles de ser espiadas, se encontraban profesores y alumnos universitarios, determinados obispos y sacerdotes, sindicalistas reconocidos y abogados incómodos capaces de venderse a una causa equivocada.

El Seced, que era como le llamaban, tenía su central en el paseo de la Castellana número 5, al lado de Presidencia del Gobierno. Al general no le gustaba acudir allí y prefería recibir a sus miembros en su despacho. Lo que realmente hubiera deseado Carrero habría sido sentarse en uno de los pisos que poseía el servicio diseminados por Madrid, tales como el chalé de la calle Guadalquivir, en el Viso, o el sótano del regio edificio de la calle Menéndez Pelayo 49, casi esquina a Alcalde Sáinz de Baranda, justo frente al Retiro. Pero sabía que no podía ser, que su presencia habría sido detectada por vecinos o paseantes, por lo que la instalación dejaría de contar con el mayor atributo que se le supone: el anonimato.

Nicomedes Manrique había acudido a la llamada urgente que había recibido de su jefe. Como siempre, vestía de paisano, y dejaba su uniforme de capitán de fragata colgado para mejor ocasión. Él al que enseñaron que uno de los mayores honores de todo militar era poder llevar su uniforme, se encontró con que se hallaba en un

destino en el cual lo último que le iban a pedir era exhibir su empleo. «Nadie tiene que saber en qué trabaja usted», le ordenó Carrero el día que lo reclutó.

Manrique era uno de los responsables del Seced, y su labor se centraba en la búsqueda de personas que pudieran ser útiles para el servicio fuera de los círculos marciales. Para alistar personal militar ya había otros compañeros a los cuales, por descontado, no conocía. Lo de Manrique era algo más sutil, quizá más inteligente, porque tenía que tratar con personal civil, menos sujeto a conceptos tales como disciplina, caballerosidad, lealtad, tan impregnados en el ámbito castrense. Tratar con paisanos suponía caminar continuamente por un cable de acero suspendido entre dos conceptos. Por un lado estaban los que se movían por principios, por creencias, por fidelidad a unos ideales. Pero no a todos los podía reclutar con esas premisas. También había otra manera de contar con personas igual o más útiles que las primeras, y eran aquellas que se movían por el dinero. Sin más, por los billetes que se les pudiera poner en su mano en un momento determinado.

—A sus órdenes —prorrumpió Nicomedes cuando se cuadró frente a su jefe, nada más ser recibido en el despacho.

—Por favor, Manrique, acomódese.

El anfitrión le invitó a tomar asiento en uno de los sillones de confidente que tenía frente a su amplia y vacía mesa de vicepresidente del Gobierno. El escritorio del almirante era un ejemplo del inmaculado orden que imperaba en todos los ámbitos de su vida.

Durante las sesiones vespertinas, la orientación del despacho, hacia el este, otorgaba a la estancia una tonalidad más triste, aunque también algo más discreta. Inconscientemente, siempre que citaba a alguien del Seced lo hacía a esa hora, las cinco de la tarde, un exponente más de lo metódico que era Carrero cuando organizaba sus jornadas.

Sin exordios, el cántabro entró en el fondo del asunto por el cual había hecho llamar a su subordinado, un hombre próximo a los sesenta años de edad, corpulento y con un aire de cierta hosquedad que, sin saber por qué, parecía que iba aparejado al puesto que ocupaba.

—Manrique, ¿tenemos a alguien dentro de Gibraltar?

—¿Perdón, almirante? —Nicomedes no estaba preparado para una pregunta tan directa y no tuvo cintura para reaccionar de otra forma.

—Sí, que si tenemos en el Servicio a alguna persona residiendo en Gibraltar.

El Seced era un servicio de inteligencia que se encontraba en un estado embrionario. Su organización no tenía nada que ver ni con la CÍA, ni con la KGB, ni con el Mossad israelí —en cuyas academias, por cierto, habían aprendido muchos de los agentes españoles—. Todos esos servicios, entre los cuales se encontraban los más veteranos, los británicos, tenían repartidos por todo el mundo un buen número de agentes, varios centenares, cuando no miles, de ojos y oídos dispuestos a captar todo aquello que fuera de valor para los intereses de su seguridad nacional. Pero no era el

caso del Seced. Estaban en los inicios, y la red exterior alcanzaba a unos pocos agentes situados en lugares cuyo interés estratégico era más innegable, tales como Moscú, Nueva York —por ser sede de la ONU—, México, París… pero no Gibraltar. No, con el presupuesto con que contaba, a Nicomedes casi sería el último lugar donde se le ocurriría enviar a un agente.

—Almirante, no tenemos a nadie en Gibraltar. Hasta la fecha no habíamos considerado que fuera una plaza con suficiente valor.

—¡Vale, vale! —El vicepresidente del Gobierno cortó las excusas que empezaba a aducir su subordinado.

En el fondo, Nicomedes pensaba que la pregunta había sobrado. Carrero sabía muy bien dónde se encontraban los agentes porque él era quien supervisaba sus destinos.

—Pues tenemos que buscar a alguno de inmediato. Por razones que no le puedo transmitir, todavía, quiero contar con una persona que nos suministre información de lo que se vive dentro de la colonia, de los movimientos de tropas, de lo que pasa en el puerto y en el aeropuerto… quiero a alguien allí y lo quiero ya y, Manrique, debe darle a esto que le pido la prioridad máxima.

—Por lo que sé, almirante, todos los días entra un buen número de trabajadores españoles. No sé si alguno podría valer.

Nicomedes se refería a las casi diez mil personas del Campo de Gibraltar que cruzaban a diario la frontera para ir a trabajar a la Roca. Lo que no sabía el capitán de fragata era que dentro de aquel colectivo, el Seced contaba con dos guardias civiles que, haciéndose pasar por trabajadores, suministraban una información muy útil sobre los intentos de actividades sindicales y facilitaban regularmente nombres de obreros que se destacaban por ser críticos con el Régimen.

—No, esos no nos sirven, tal y como entran todos los días, también salen. No, hace falta alguien que viva allí —concluyó.

Nicomedes se recostó sobre el respaldo de su sillón pero lo lamentó instantáneamente, ya que su anfitrión podría pensar que aquello era un síntoma de familiaridad o de relajación. Con rapidez, se volvió a incorporar, y apoyó con suavidad sus antebrazos sobre el escritorio.

—Pero, señor, tengo entendido que allí no pueden vivir españoles.

—Efectivamente, se les tiene prohibida la residencia. Esos ingleses solo quieren de nosotros mano de obra barata, nada más. No les importan ni nuestros sentimientos ni nuestras inquietudes.

—También es verdad que nosotros allí no tenemos consulado.

—Cuando la reina Isabel visitó el Peñón, en el año 1954, el gobierno español decidió retirar toda representación diplomática de Gibraltar.

—Manrique, ¿está usted cuestionando las decisiones de nuestro Caudillo?

El mero hecho de recibir una pregunta de ese tipo, formulada por un hombre como Carrero Blanco, provocó que la sangre de Nicomedes Manrique se solidificara.

Probablemente el almirante notó palidecer su rostro.

—Almirante, todas las decisiones que toma nuestro gobierno y nuestro Caudillo son las más acertadas para nuestro país. No he pretendido cuestionarlas, solo me he limitado a exponer la razón por la cual creo que el Gobierno inglés habría podido establecer dicha ordenanza.

—Pues no estoy conforme. El que nuestro Generalísimo entendiera que Gibraltar no era merecedor de mantener allí un consulado no tiene que ser motivo para que los británicos tomaran esas medidas de represalia. De todas maneras, no estamos aquí para perder el tiempo en esas disquisiciones que no conducen a ningún sitio. Manrique, quiero tener alguien allí que viva de forma estable, que tenga una buena razón para poder moverse por toda la colonia con facilidad y que pueda reportar información sobre la cuestión militar. Esa es la clave, la cuestión militar. —Manrique asentía moviendo su gruesa cabeza con movimientos lentos, casi acompasados a las afirmaciones que lanzaba el almirante.

—Alguien, por supuesto, que pueda enviarnos sus progresos aun contando con el aislamiento.

Carrero marcó un silencio que aprovechó para sacar un cigarrillo y encenderlo.

—Manrique, ha hecho bien en callar y no preguntar. Sé que ha oído perfectamente la última palabra que le he dicho.

Sí, aislamiento. Gibraltar, dentro de no mucho, va a quedar aislada. Tiene muy poco tiempo. Reaccione rápido.

Después de la última orden, el almirante se levantó a la vez que lo hacía su invitado.

Con una leve inclinación y un sonido de tacones chocando entre sí, el capitán de fragata Nicomedes Manrique abandonó el despacho del vicepresidente del Gobierno y se llevó consigo una instrucción tan clara como ardua.

Al salir a la Castellana, llamó a un taxi y pidió que le dejara en la calle Sainz de Baranda esquina a Narváez; por razones de seguridad, nunca decía al taxista la dirección exacta hacia donde se dirigía, y menos cuando era a su despacho.

Febrero

Día 3 de febrero

José Caballero Crespo ya no sabía cuántas noches hacía que no dormía más de cinco horas seguidas. Empalmaba las largas horas de responsabilidad en el sillón del ministerio con el tedio y la impotencia del de la clínica San Camilo. En la habitación 204 don Pedro Caballero Ibáñez agonizaba desde hacía una semana. Solo su fuerte corazón y la disciplina con que trató su cuerpo podían conseguir que la vida se siguiera aferrando a los más de cien kilos del que fuera el laureado general de división del Ejército de Tierra. A diferencia del resto de militares, que eran atendidos en el hospital Gómez Ulla, la familia prefirió ingresarlo en el pequeño centro sanitario de la calle Juan Bravo de Madrid ya que allí trabajaba un hermano de José Caballero.

Abatido, José optó por salir a la calle a tomar algo que le sirviera de cena. Julita, su mujer, le había insistido en que fuera a casa pero él no quería permanecer fuera del entorno hospitalario y optó por dirigirse a una cafetería de la calle General Mola, donde poder tomar un plato combinado y fumarse tranquilamente un par de LM.

Al regresar, lo primero que hizo fue encaminar sus pasos hacia el control de enfermería:

—No hay ninguna novedad, don José —respondió la enfermera, una monja de edad indefinida, pálida, como la tonalidad de su uniforme, y portadora de unas gafas de pasta negra que le ocupaban gran parte de la cara, como si quisiera esconder sus ojos estrábicos.

José asintió con gravedad mientras se acariciaba su fino y alargado bigote, y continuó hacia la habitación donde su padre dormitaba. Se acercó al lecho y le dio un beso en la frente. Sudaba profusamente y sus labios se quedaron húmedos de la transpiración que perlaba la piel. Le agarró la mano con suavidad e intentó sentir las pulsaciones de su corazón. Después, se sentó en el sillón y desplegó la Hoja del Lunes que había comprado en un quiosco de Juan Bravo que todavía permanecía abierto.

Llevaría leídas una docena de páginas —el nombramiento de monseñor Vicente Enrique y Tarancón como arzobispo primado de Toledo polarizaba la información del diario— cuando la monja entró en la habitación.

—Don José, le llaman por teléfono —le avisó, en voz baja, como correspondía con la situación.

Tras una rápida e instintiva mirada al enfermo, dejó el diario en el sillón y siguió a la enfermera. Para no violentar el descanso de su padre, había dado orden de anular el teléfono de la habitación, y atender desde el control de enfermería las llamadas que se pudieran recibir.

—Mi general —comenzó la voz—, hemos recibido la llamada del secretario del almirante Carrero Blanco. Le quiere ver mañana en Hermanos Bécquer al regresar de su misa. A las nueve y media —precisó el interlocutor.

José Caballero escuchó con seriedad y, tras unos instantes, respondió con rotundidad:

—Confirme al almirante que estaré mañana a la hora indicada, y usted páseme a recoger por mi casa a las nueve y diez en punto.

Después de colgar, y agradecer con un gesto a la enfermera el aviso que le había dado, retornó a la habitación y miró la hora. Eran las once de la noche. Su padre seguía aletargado y el periódico le esperaba en el sillón. Se aflojó el nudo de la corbata de rayas azules y se recostó sobre el respaldo. Se encontraba cansado. La enfermedad les estaba matando a los dos. A su padre en sentido estricto y a él en el figurado, pero parecía que la dolencia se había propuesto acabar con ambos.

No llevaría hojeadas más de dos páginas cuando su mente regresó a la corta conversación telefónica que acababa de mantener con su ayudante. Se daba cuenta de que no había calibrado adecuadamente la magnitud de lo sucedido. El vicepresidente del Gobierno le citaba en su casa, un lugar que, por lo que sabía, nunca utilizaba como punto de encuentro con sus colaboradores —él se sentía uno de ellos—. Por otro lado, lo había visto no hacía mucho tiempo, en la mañana de Reyes al celebrar la Pascua Militar. En aquel momento el almirante se limitó a estrecharle la mano sin comentarle nada en concreto, nada relevante, nada que le hiciera sospechar que, dentro de menos de doce horas, pisaría Hermanos Bécquer.

Día 4 de febrero

Puntual, tal y como habían convenido, José Caballero bajó al portal de su casa en el momento en el que llegaba el *Seat 1500* negro con matrícula del Ejército de Tierra. El vehículo abandonó el número 37 de la calle O'Donnell para continuar, por Velázquez, hasta Diego de León. Cuando llegaron al número 6 de la calle Hermanos Bécquer su Certina marcaba las nueve y veinticinco de la mañana.

Solícito, el portero de la finca se apresuró a abrir la portezuela trasera del coche oficial del cual se bajó José Caballero. Los dos miembros de la Policía Armada que montaban guardia junto a la puerta del edificio se cuadraron al paso del general de brigada. Este no correspondió al saludo. Caballero se preguntó cómo era posible que todo un vicepresidente del Gobierno viviera en una finca que no contara con garaje.

Dos semanas después del despacho que celebraron en El Pardo el presidente del Gobierno y el vicepresidente, Carrero llevó a Franco la terna con los nombres propuestos. La formaban un contraalmirante, compañero de promoción de Carrero y persona de su absoluta confianza, y dos generales de brigada. Uno de ellos fue desechado instantáneamente por Franco sin que el almirante supiera la razón de tan

tajante decisión. El otro era alguien muy conocido por el Caudillo, no tanto por sus méritos sino por su filiación: «Este, el hijo de Pedro Caballero —le confirmó con rotundidad—. Le felicito por la terna.» Carrero Blanco asintió levemente con la cabeza en señal de gratitud por el parabién recibido, algo bastante inusual en Su Excelencia. Al margen del conocimiento de su padre, el hecho de que Franco eligiera al general de brigada era porque siempre prefería formar grupos con personas de distinta procedencia y evitar una posible connivencia entre ellos; en este caso, entre dos marinos. «Póngase con ello lo antes posible. A finales de febrero —le había concretado, un comentario que se tenía que traducir como un apremio— me tiene que contar los avances.»

—A sus órdenes, almirante —cumplimentó el recién llegado, mientras se cuadraba ante el superior.

—Por favor, Caballero, está usted en su casa.

El anfitrión se acercó y le estrechó la mano. José Caballero sintió la fuerza de los músculos del cántabro. Este le invitó a sentarse frente a un escritorio que no tenía ningún papel encima y lo único que alteraba la pulcritud del espacio de trabajo era la taza vacía del café con leche que se acababa de tomar al regresar de misa. A la izquierda se podían contar tres carpetas de cartón azul y a la derecha, al lado del crucifijo, un libro con las Leyes Fundamentales.

—Antes de nada, almirante, le quiero manifestar mi adhesión con la decisión tomada por nuestro gobierno con la declaración del estado de excepción.

—No son medidas que a ningún gobernante nos guste tomar —explicó Carrero, en alusión a la medida adoptada por el ejecutivo en el último Consejo de Ministros—, pero en esta ocasión no nos ha quedado más remedio. Nuestro país está siendo atacado por elementos extranjeros que quieren alterar nuestra paz. No soportan el régimen de libertad y respeto que supuso el dieciocho de julio. Pero, en ese tema, como en otros cualesquiera que puedan atentar contra nuestra sana convivencia, el gobierno se mantendrá firme. Le puedo asegurar que no nos temblará el pulso a la hora de tomar esta u otra decisión similar.

—Que sepa, almirante, que nos tiene a todos a sus órdenes.

—Gracias, José.

Carrero sacó un cigarrillo y ofreció otro a su interlocutor.

—Si no le importa, prefiero fumar del mío. —Y, sin esperar contestación, el general sacó un LM. Después de la primera calada de ambos, el anfitrión se interesó por la salud de su padre.

—Almirante, esperando el desenlace de un momento a otro.

—Créame que lo siento. Para mí el general don Pedro Caballero ha sido siempre un ejemplo a seguir.

—Muy agradecido, almirante. —José Caballero era un hombre que se mostraba excesivamente empalagoso con los militares de rango superior al suyo. Otra cosa distinta era con los inferiores.

—Como seguramente le habrá contado en alguna ocasión, los atinados consejos que su padre dio a nuestro Generalísimo en Hendaya siempre los ha considerado de gran ayuda. Era un momento muy difícil y, gracias a la Providencia, que iluminó tanto al Generalísimo como a sus ayudantes, supimos contrarrestar las tesis del *Führer*.

—Almirante, mi padre siempre ha sido una persona reservada con su oficio y guardada de sus conocimientos, pero sí, en alguna ocasión me contó aquello de la Operación Félix.

—¡Vaya, la Operación Félix!, justo de eso quería hablar con usted. —El invitado había entrado en materia sin habérselo propuesto.

—¿De Félix?

La extrañeza se había apoderado de la alargada cara y amplia frente surcada de arrugas de José Caballero.

—Sí. Como todos sabemos, ese fue el nombre que dieron los alemanes a la invasión de Gibraltar. La diseñó el general Jodl y estaba prevista para primeros de enero del año 1941.

—Para el día diez, almirante. —El general no tuvo el menor reparo en interrumpir al vicepresidente del Gobierno.

—Sí, efectivamente, para el día diez de enero. —A Carrero no le gustó el inútil paréntesis, y más, como era el caso, para aportar un dato de nulo interés—. Bien, como le decía, la Operación Félix fue desechada por los alemanes gracias a la firme decisión del Caudillo de impedir que sus tropas atravesaran nuestro país, ya que el *Reichsmarschall* Hermann Goering había desestimado la invasión por paracaidistas.

—Según tengo entendido, almirante, lo desaconsejaron tanto la orografía del peñón como las fuertes comentes de aire.

Suponía la segunda interrupción, aunque esta vez para aportar un dato que, aunque ya conocía, demostraba que el general de brigada dominaba el régimen de vientos imperante en la zona.

El almirante se recostó en su sillón y le lanzó la proposición sin mayor dilación.

—Su Excelencia y yo queremos que organice una acción armada para recuperar la soberanía del Peñón.

Los ojos de José Caballero se iluminaron como si se hubieran instalado en su interior dos soles de nueva creación. Había oído bien. Le estaban proponiendo una operación militar, algo en lo que él nunca antes había participado. Su carrera castrense había sido fulgurante: número uno de su promoción en la Academia Militar de Zaragoza y el cuarto militar más joven en alcanzar el generalato español. Nacido en el año 1922, a sus cuarenta y siete años era el militar de mayor proyección en el Ejército de Tierra, siendo sus últimos destinos, todavía como coronel, en el regimiento de carros de la División Acorazada y, ya como general, en la división de operaciones del Alto Estado Mayor.

Pero nunca había entrado en acción. La Cruzada le pilló muy joven y,

desgraciadamente para él, España no entró como país beligerante en la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, todos sus conocimientos, actitudes y aptitudes no habían pasado del plano teórico. Ahora, el vicepresidente del Gobierno le estaba confiando un encargo de una importancia capital para la proyección de España como una unidad de «Destino en lo Universal».

—Almirante, por favor, amplíeme la información.

Carrero esbozó una pequeña sonrisa.

—José, esto es algo que tenemos que construir entre los dos, bueno, usted, yo solo le voy a poder ayudar en lo que me pida, pero vamos a ver si enfocamos el asunto con precisión desde el principio. Todos sabemos los esfuerzos que está realizando el gobierno en el seno de las Naciones Unidas, aunque con unos resultados nada satisfactorios, por lo menos hasta la fecha.

—Mire usted, a mí me parece muy bien eso de la diplomacia, y lo que usted quiera, pero a veces la Patria nos pide que nuestro lenguaje sea más concreto y contundente.

—Parecía que Caballero había entendido la idea con rapidez.

—Estoy de acuerdo con usted, a un profesor de universidad no se le puede pedir que piense como un militar, aunque haya sido un brillante divisionario, y hay veces en que las soluciones solo tienen cabida bajo la tutela castrense. Y nuestra hora ha llegado, la hora de los militares.

Tan absorto se encontraba escuchando las palabras del almirante, que casi se le cayó encima la ceniza de su cigarrillo. En el último momento se dio cuenta y la depositó en el reluciente cenicero de cristal que descansaba junto a las carpetas.

—Tiene que preparar una invasión del Peñón encaminada a recuperar la soberanía de la Roca que nos robaron hace más de doscientos cincuenta años. Contará con los tres ejércitos y con todas sus armas. Estudie bien el plan, prepárelo y preséntemelo en veinte días. Su Excelencia quiere que antes de final de mes le informe de los avances y previamente quiero examinarlo con usted para intercambiar opiniones. ¿Qué le parece?

—Almirante, ¿estamos hablando de la utilización de la fuerza?

—General, ¿conoce usted en toda la historia militar alguna ocupación que se haya efectuado sin estar acompañada del sonido de la pólvora? Por supuesto —le puntualizó—, trace un plan que, lógicamente, excluya a la población civil. Trabájelo, manténgalo bajo el mayor secreto y, después, lo discutimos, aquí mismo, en mi casa. Este asunto no quiero tratarlo en Presidencia.

El general Caballero se quedó ensimismado, y la mirada perdida de unos ojos pensantes se centró en uno de los cuadros que ornamentaban el despacho. Pensó que, casi con toda probabilidad, habría sido pintado por el almirante. Instantáneamente, volvió a la realidad y vislumbró el primer inconveniente.

—Yo nunca he estado en Gibraltar. Tendría que conocerlo.

—Pues ya sabe —resolvió Carrero con prontitud, como normalmente solucionaba

cualquier pequeña contrariedad—, hable con Luis Acevedo, mi secretario, y pídale que él se encargue de obtenerle los permisos. Me imagino que conoce que las restricciones para entrar en Gibraltar las hemos endurecido a lo largo del año pasado.

—¡Esos ingleses se lo van a tener bien merecido!

—No sé si se lo tendrán bien merecido los gibraltareños, pero los de allí van a pagar la insolencia de los políticos ingleses en Londres.

Cuando se hubieron despedido, Carrero se quedó meditabundo sobre la reacción del general Caballero. Eso último que había dicho, sobre el merecimiento de los ingleses, le había dejado pensando.

Día 10 de febrero

El tren de aterrizaje del avión de la *British United Airways* acababa de tomar tierra con suavidad en el aeropuerto internacional de Málaga. Con sus inseparables gafas de sol —era el precio permanente que tenía que pagar Thomas por poseer unos ojos tan claros—, el inglés esperaba paciente la llegada del equipaje. A su lado, junto a la cinta transportadora, una multitud de compatriotas aguardaban a que salieran sus maletas para comenzar a disfrutar de unas vacaciones de invierno. Eran parte de los más de dos millones de ingleses que situaban a España en la primera posición de la lista de sus lugares preferidos de descanso. Benalmádena, Marbella y, sobre todo, Torremolinos, constituían el sueño de cualquier británico que quisiera olvidarse por unos días del frío húmedo, de la continua lluvia y de las espesas y perennes nieblas insulares.

Tras mostrar su documento nacional de identidad al Guardia Civil que se lo solicitó —y que no notó la falsedad del carné—, llegó al aparcamiento donde le esperaba, desde hacía cuatro días, su flamante *Ford Capri*, un vehículo algo ostentoso para su trabajo, pero el inglés tenía dinero y, además, le gustaba todo aquello que oliera a gasolina. Lo miró con celo y se fijó especialmente en que sus cerraduras no hubieran sido forzadas. Después introdujo la llave y abrió la puerta del conductor. Posteriormente extrajo otra llave, esta vez de seguridad, que abría la guantera —aunque exteriormente no lo pareciera, el pequeño receptáculo se asimilaba a una caja fuerte, y para abrirlo no solo había que contar con una llave especial sino también con una combinación que se encontraba camuflada en el tirador—. Comprobó que el arma seguía en su sitio. Con disimulo, se la colocó bajo el cinturón.

Lo que peor llevaba de su estancia en España era la conducción por la derecha. Él, que era zurdo, no terminaba de acostumbrarse a cambiar las marchas con la mano derecha ni a situarse, dentro del vehículo, en el sitio del acompañante.

En unos minutos, el coche se incorporó al denso tráfico de la carretera que le conduciría a la capital.

Thomas Best había nacido en el año 1929 en Londres, en *South Kensington*. Por

ello, los recuerdos que había guardado de la guerra los tenía marcados con tanta nitidez en su memoria que no había jornada que no remansara alguno sobre su quehacer diario. Tras los primeros bombardeos sobre la capital, en junio de 1940, sus padres —siguiendo el llamamiento que había lanzado a toda la población civil el gobierno de concentración nacional de Churchill— lo mandaron lo más lejos que pudieron del peligro. Él y su hermana Eileen fueron trasladados a casa de sus tíos, a Maryport, cerca de Carlisle, al norte de Inglaterra. Allí llegó cuando contaba once años de edad y no regresó a su casa hasta el verano del año 1945, ya con dieciséis años. Solo acudió su padre a recibirlos a la estación Victoria. Su madre había fallecido.

En todo ese tiempo, el joven Thomas se dedicó a estudiar y a leer. Su tío Adam contaba con una soberbia biblioteca que fue aprovechada con fruición por un muchacho que quería cada día saber más y más. En verdad, Thomas quería saberlo todo.

Así, cuando entró en el *Trinity College* de Cambridge, rápidamente fue señalado por los profesores como uno de los mejores alumnos que había tenido la centenaria institución. En especial, se fijó en él su profesor de historia contemporánea, Frank Crew, que utilizaba el colegio como tapadera de su verdadera ocupación: miembro del SIS, el *Secret Intelligence Service*, más conocido por todos como el MI6. Su inquebrantable amor a la patria fue la razón por la que Thomas se consagró al servicio secreto hasta el punto de anteponerlo a cualquier otro principio de su vida. Esto fue algo que, a su juicio, su mujer nunca entendió. Así, en el año 1965, mientras estaba agregado a la estación de Buenos Aires, al regresar de Londres de celebrar una reunión rutinaria con su jefe, se encontró con que su mujer y sus hijos —que casi ni conocía— se habían marchado de casa dejándole una carta sobre la mesita de noche: «Thomas, sé muy bien que el MI6 ha sido el amor de tu vida…», empezaba diciendo la misiva. Nunca le comprendió, y cometió el error de comparar una relación sentimental con sus deberes para con la nación.

« Y de nuevo a España, a mi Málaga», pensaba Thomas mientras su Capri atravesaba la carretera de Cádiz —aunque el nombre real de la vía que unía el aeropuerto con el corazón de la ciudad se llamaba avenida de Velázquez, nadie la llamaba así—. Su estancia en Argentina y los informes que preparó sobre las actividades del presidente Juan Carlos Ongania le valieron los favores de Dick White, el director del MI6, el cual le nombró, en el año 1967, jefe de Sección y le hizo responsable de la estación Sevilla, que abarcaba todo el sur de España —incluyendo las plazas africanas— y las islas Canarias. Todo lo que se movía desde Cáceres a Murcia tenía que estar controlado por Best y su equipo de subagentes. Cuando John Rennie, el sucesor de White, se hizo cargo del SIS lo primero que hizo fue ratificarle, aunque con el paso de los meses, las cosas cambiaron y la relación entre Thomas y su superior fue volviéndose cada vez más complicada. Al jefe de la *Century House* cada vez le gustaba menos la prepotencia de que hacía gala el londinense, y a Thomas, la

falta de empatía de Rennie.

Llegó a la calle Gigante Álvarez casi esquina con Purificación, donde tenía una plaza de garaje, y saludó al empleado:

—¡Bienvenido, señor López!

—Buenos días, Pedro José. —Sus estudios de español, unido a los muchos años que había pasado viviendo en Gijón, Madrid, Buenos Aires y los dos que llevaba en Málaga, le convertían en un perfecto conocedor del idioma y un poseedor, además, de un acento tan peculiar que nadie sería capaz de adivinar su procedencia. Thomas poseía su propio dejo español.

—Poco tiempo ha estado esta vez

—Sí, no me dejan estar tranquilo en mi casa, siempre el trabajo, ya sabes, Pedro, de algo tenemos que vivir —se lamentó fingidamente mientras le entregaba las llaves y comprobaba, de un rápido vistazo, que no hubiera ningún vehículo que no conociera.

—Pero usted vive solo para trabajar. Tiene que tener a su mujer contenta —presumió el empleado del garaje—, está aquí mucho más tiempo que en Madrid. —Había dicho a todo el mundo que su nombre era Manuel López y que vivía en Madrid pero, por motivos laborales, tenía que pasar largas estancias en Málaga.

—Ahí sí que le doy la razón, mi mujer tiene que estar muy contenta. —«Sin mí», le faltó añadir. También tenía que haber apostillado: «Y yo sin ella.»

Cuando salió a la calle —mientras portaba en la mano derecha su maleta y su abrigo, ya que siempre dejaba libre la izquierda—, y antes de subir a su casa, en la calle Carretería, se pasó por el restaurante *El boquerón dorado* que, a esa hora, se encontraba lleno de gente. Se acercó a la barra.

—¡Buenos días, don Manuel! —le saludó un hombre que no pasaría del metro sesenta de estatura, calvo reluciente y con un bigotito perfectamente recortado. Siempre que lo veía le recordaba a Franco.

—¿Tendrás una mesa para mí dentro de media hora? Querría subir a mi casa y dejar las cosas. Vengo directamente de Madrid. —Mientras mentía sobre el lugar de procedencia, aprovechó para recorrer con la mirada todo el establecimiento hasta que sus ojos se quedaron clavados en los de Trini y en sus dos inseparables pequeños abanicos danzantes que usaba la camarera como pendientes, que se encontraba en ese momento sirviendo una porra antequerana a unos clientes nórdicos, supuso por la pálida tonalidad de sus pieles.

—Claro, le reservo la primera que quede libre.

La mujer se acercó a la barra con disimulo, fingiendo que iba a ver qué querían los comensales de una de las mesas situadas junto a la puerta de la calle. Al pasar junto a Thomas, masculló con la boca casi cerrada:

—Bribón.

El inglés se sonrió. Mientras la veía alejarse hacia la cocina, con el vestido de flores ceñido que le marcaba el cuerpo como si fuera el guante de un cirujano, pensó

en lo que hubiera disfrutado pellizcándole el culo.

—Gracias, Luis. Estoy aquí en veinte minutos —concretó al camarero que le recordaba al español que más le traía de cabeza.

Día 12 de febrero

A José Caballero le horrorizaba volar. Cuando eligió el Ejército de Tierra sabía muy bien lo que hacía. Le gustaba notar el suelo y no moverse por terrenos inestables, como era la Marina, o etéreos, si se trataba del Aire. Por ello, el viaje lo realizó junto a Julita en un cómodo coche cama de *Wagons-Lits*, en el expreso Madrid-Cádiz.

Para disimular su situación a lo largo de todos los días que pasaría en la zona —el reciente fallecimiento de su padre le había liberado de una atadura moral que le hubiera resultado muy difícil de romper—, se iban a hacer pasar por un matrimonio que celebraba sus bodas de plata. En la realidad todavía les quedaban tres años para alcanzar los veinticinco de casados, pero entendió que nadie iba a andar echando cálculos.

Lo afrontaba como un viaje de toma de contacto, de conocer sobre el terreno cómo sería su objetivo militar. Se alegraba de lo insólito de la situación. «¿Cuántas veces se podía escrutar el terreno enemigo con toda la tranquilidad del mundo antes de atacarlo?», se preguntaba casi con comicidad. Era una oportunidad única y no estaba dispuesto a desperdiciarla, por lo que en su maleta metió todos aquellos objetos que se supone lleva un turista, tales como una gorra con visera, calzado cómodo, ropa deportiva… y excluyó aquello que siempre llevaría un militar, como por ejemplo su pistola reglamentaria. Lo que también introdujo fueron folios y lápiz El general de brigada era un magnífico dibujante, y destacó en la Academia Militar de Zaragoza en todas las asignaturas relacionadas con el dibujo, tanto técnico como artístico. También había llevado una máquina de fotos, una Voigtländer que le trajeron de Canarias hacía tres años, pero sabía que no podía contar mucho con ella. Gibraltar era, ante todo, una base militar, y por ello tendría que tener mucho cuidado hacia dónde dirigía su objetivo, no fuera a levantar susceptibilidades entre algún policía meticuloso en su trabajo y que lo pudiera sacar del anonimato bajo el cual se pretendía mover.

Cuando llegaron a la estación de tren de Cádiz notaron al instante una sensación de humedad nueva para ellos. Los dos habían nacido en Burgos y siempre habían vivido en el interior. Cada vez que se acercaban a la costa atisbaban la presencia del mar aunque no lo vieran. Solo con respirar su atmósfera sabían dónde se encontraban. Pero no solo era esa sensación la que les anunciaba que se encontraban fuera de su entorno. En cuanto se acercaron a la cantina para tomar un café que les templara el cuerpo, y escucharon al camarero preguntarles lo que deseaban, constataron que su

universo había quedado muy lejos, allá, en la meseta:

—¿Dónde puedo encontrar una parada de taxis? —preguntó el general.

—Nada *ma zalir*, a la izquierda —especificó el camarero.

«Sí, ya estamos de misión», pensó el militar.

En el interior del vehículo José intentó entablar conversación con el taxista. Pensaba que una carrera hasta Algeciras sería un buen momento para obtener información.

—¿Para cuándo van a inaugurar ese puente? —preguntó José, mientras señalaba la inmensa obra de ingeniería que atravesaba la bahía gaditana.

—¿Cuál, el *Jozé* León de Carranza? ¡Yo qué *zé*, llevan una pila de años construyéndolo. Dicen que para antes del verano, pero yo no me lo creo.

—Tenga en cuenta de que va a ser uno de los puentes más largos del mundo.

Se arrepentía de lo que acababa de decir. Él no tenía que justificar la tardanza en la inauguración del puente, oficialmente estaba allí para disfrutar con su mujer de unos días de vacaciones por un aniversario, por tanto, se conjuró para no realizar comentario alguno sobre la marcha de las obras públicas.

—Además —añadió el conductor, mientras miraba a su pasajero por el espejo retrovisor interior—, dicen que *vaaze* de peaje. ¡Qué *zinvergonzá*!, ¿le parece a *usté* bien, pretender cobrarnos por *pasa* por *er* puente?

El general entendió que sería más útil decirle al taxista lo que este quería escuchar.

—Estoy de acuerdo con usted. A mí no me parece bien que se cobre, tendría que ser gratis. —¿Lo ve *usté*?, *zi* es lo que yo digo. José Caballero se sentía cómodo. Se había apuntado el primer tanto ante el conductor.

Tras pasar Chiclana, y después de haber dejado atrás San Femando, el taxi enfiló una carretera que discurría a una prudente distancia del mar, con un paisaje muy verde a su izquierda que sorprendió a Julita.

—¡Qué verde está todo esto!

—*Zí, zeñora*, en esta provincia llueve *musho*. Ustedes, *zi* me permiten la pregunta, qué *zon* ¿de *Madri*?

—No, los dos somos de Burgos —aclaró José, a la vez que daba a su mujer un suave toque en su muslo, que ella entendió como lo que era, una petición de silencio —, lo que pasa es que vivimos en Madrid. Hemos venido aquí para celebrar nuestras bodas de plata.

—¿Y *ze* van a *Algezira*?, pero *zi Algezira* es lo más feo de *toa Cádi*. ¿Quién les ha *disho* que fueran allí?

No contaba con eso. Realmente, no era coherente que un matrimonio burgalés hubiera elegido un destino tan poco turístico como Algeciras para un viaje tan señalado como ese.

—Es que queremos conocer toda esa zona, también pasar a Ceuta y luego seguir hacia Málaga. Mi esposa nunca había estado en el sur —mintió, pero sabía que Julita

no iba a abrir la boca. Después de veintidós años de matrimonio, tenía muy bien aprendida la lección.

El viaje continuó placenteramente, aunque no con mucho aprovechamiento. De momento, no había podido sonsacar al taxista ningún dato referente a su destino. Decidió cambiar de estrategia.

Después de llevar muchos kilómetros sin ver el mar, ya que circulaban a bastante distancia de la costa, el general vio un bar de carretera y le propuso al taxista una alternativa.

—¿Qué le parece si paramos a tomar un café? Tanto a mi mujer como a mí nos vendrá bien. Seguro que usted nos acompaña.

—Bueno, con tal de que me lo paguen…

—No se preocupe por eso. Llevo muchos años ahorrando para este viaje y le he prometido a mi mujer que no nos íbamos a privar de nada. Además, a lo mejor luego usted y yo nos tomamos una copita.

—¿Una copita?, *ezo* está *hesho*.

Cuando José Caballero le abonaba la carrera a Ramón, en el aparcamiento del hotel Reina Cristina de Algeciras, el general ya sabía que el contrabando era uno de los modos de vida de muchos de los habitantes del Campo de Gibraltar, que los sueldos que se pagaban en la Roca eran excepcionalmente elevados respecto a los que se percibían en los municipios de la zona, y que la opinión que tenían los linenses, sanroqueños o algecireños sobre la colonia y los beneficios de que perteneciera a la soberanía británica era muy distinta a la que él tenía desde Madrid.

A Ramón no le pareció suficiente dar la mano con efusividad a su cliente sino que optó por terminar de despedirle con un abrazo que al burgalés le pareció que eran las consecuencias del Felipe II, bebida que no estaba acostumbrado a tomar ya que el taxista tenía que conformarse con otras más económicas. Con más alcohol en las venas del que debiera para domar correctamente sus reflejos, inició el lento regreso a Cádiz.

Antes de entrar en el edificio, José Caballero aprovechó la inmejorable ubicación del hotel para contemplar, por primera vez en su vida, la imponente mole del peñón de Gibraltar.

—José, estoy muerta.

—Que no insistas, Julita. No hemos venido aquí de turismo, aunque así se lo digamos a todo el mundo. Hemos venido a trabajar.

La mujer del general le había rogado que descansaran un poco antes de partir del hotel hacia Gibraltar.

—Es que entre el viaje en el tren y luego en el coche por esa carretera no me encuentro bien. Además, con todo el humo de vuestros cigarrillos, tengo un dolor de cabeza que no me tengo. —La mujer se encontraba pálida y ojerosa. Su cara refrendaba sus palabras.

La esposa del general más que sentarse sobre la cama se dejó caer, y, de no ser

por lo indecorosa que le parecía la postura, se hubiera tumbado sobre ella todo lo larga que era. Observó la severa expresión de su marido y sostuvo la mirada durante unos instantes. Los ojos del general de brigada, que se mantenían inalterables, ratificaban la decisión que había tomado.

—Cogemos un taxi y en unos minutos estamos en la frontera. Te prometo que volvemos nada más comer para que te eches una buena siesta. —Caballero deseaba tomar contacto con su objetivo lo antes posible, y el mareo de su mujer no podía ser una contrariedad insoslayable.

Tomaron un coche en el mismo lugar donde les había dejado Ramón y en cuestión de minutos abandonaban Algeciras tras dejar a un lado la Comandancia de la Guardia Civil. Mientras bordeaban la bahía, se fijaron en que en la misma se encontraban fondeados varios barcos mercantes.

—¿Qué hacen esos barcos en medio del mar? —escudriñó al conductor.

—Están esperando para entrar en el puerto de Gibraltar. Hay veces que con tanto barco militar no dejan entrar a los de carga.

A José no le apetecía iniciar una conversación similar a la que había mantenido con el taxista que les llevó desde Cádiz y prefirió centrarse en la imagen del peñón y en la forma cambiante que iba adoptando mientras se acercaban a él. Parecía que fuera un camaleón, no de colores, pues seguía ofreciendo las tonalidades verdes de la vegetación y grisáceas de la caliza, sino de volúmenes y perfiles. De todas maneras, todavía no se podía hacer una idea muy precisa por tener el sol casi de frente y encontrarse a una distancia excesiva.

Veinte minutos después de haber salido de Algeciras, el *Seat 1500* entraba en las calles de La Línea de la Concepción y enfilaba una larga avenida que les conduciría hacia la frontera.

El edificio de la aduana era una imponente construcción con sabor meridional, de dos plantas, cubierta de tejas, con arcadas para el paso de los vehículos que entraban o salían de la colonia. El taxi les dejó junto a una de las puertas. Pagó la carrera y ayudó a su mujer a bajarse del vehículo. Como lo que se habían propuesto parecer, dos turistas, entraron en el interior y se acercaron a un guardia civil que estaba leyendo un ejemplar de Área, un joven moreno, con bigote barbado al que, dada su condición militar, le dieron ganas de amonestar.

Tras mostrarle el pasaporte, le pidió hablar con el comandante del puesto.

El guardia lo miró con extrañeza pero prefirió no hacer preguntas y optó por dirigirse al despacho donde se encontraba su jefe. A José le llamó la atención que no se viera a nadie más que a los guardias del puesto. Imaginó que, por la hora, los trabajadores ya llevarían dentro un buen rato y, por las restricciones que había impuesto el gobierno, se hacía muy difícil cruzar la frontera salvo que se tuviera un permiso especial, como era el caso.

Del despacho salió un sargento que, mientras caminaba hacia el matrimonio, se iba colocando su tricornio acharolado.

—Tenga su pasaporte y su carné. Si le podemos ayudar, estamos a sus órdenes.

—Gracias.

El sargento marcó un movimiento de cabeza y el guardia que les había atendido nada más llegar les franqueó la entrada.

Todo había salido según lo previsto. Su llegada era esperada pero, a la par, también tenía que ser discreta y no debían saludarle militarmente.

En el lado inglés el trámite fue más sencillo. Simplemente se limitó a mostrar los dos pasaportes para que un *bobby* les permitiera el paso al país. «Ya estamos dentro», dijo el general para sí.

Lo primero que le sorprendió fue tener que atravesar andando la pista de aterrizaje del aeropuerto. «Este fue otro de los robos», pensó en alusión a que el Tratado de Utrecht, mediante el cual se gestionaba el régimen de cesión del Peñón a Inglaterra, no contemplaba la zona del istmo sobre la cual, en plena Guerra Civil española, el Gobierno británico construyó un aeropuerto.

Después de atravesar la pista y mientras dejaban a la izquierda unas instalaciones junto a las que se encontraban aparcados varios aviones militares, se fueron adentrando en la población. Previamente, y ya mucho más cerca, se detuvo para contemplar las escarpaduras de la roca. Con detenimiento, fue descubriendo el gran número de pequeñas oquedades que la perforaban, como si el peñón fuera un gigante con una cara llena de minúsculas cuencas vacías. «¿Qué sentido tendrán esas aberturas?», se preguntó con natural curiosidad. En ese momento le entró la primera de las inquietudes que le suscitaron a lo largo de toda la jornada: «¿Serán troneras?, y si fuese así —intentó seguir razonando—, ¿qué piezas ocultarán?, ¿qué capacidad de fuego podrá tener escondida esta maldita roca?»

Después de cruzar un puente levadizo y una puerta de entrada a una fortaleza, el matrimonio penetró en el corazón comercial de la colonia, donde sus escaparates surtidos, la animación de la calle y sus carteles en inglés les dieron una incómoda bienvenida. El general no podía soportar que en España —a él le parecía que aquello tenía que ser su país— hubiera un lugar así, con letreros en otro idioma que no fuera el suyo.

Le chocó el tipo de construcción, radicalmente diferente a lo que había visto en Algeciras y en La Línea, incluso completamente distinta a la del resto de la Península. Las ventanas estaban protegidas con contraventanas de madera pintadas en colores pálidos, como apagados por el sol, mientras que las fachadas de los edificios de dos alturas más planta baja tenían unas tonalidades pastel. En otras ocasiones, los laterales de las edificaciones habían sido adornados con ladrillos blancos o con dibujos de flores. También vio alguna cristalera que le recordó a las construcciones del norte de España.

Contrariamente a lo que había oído, le extrañó que se condujera por la derecha.

Miró el rótulo de la calle y leyó el nombre: C. Cogidos de la mano, el general miraba a todos los lugares hacia donde sus ojos alcanzaban. No había bocacalle que

no recibiera la batida de su vista ni edificio que no escrutara de arriba abajo. Como si su cerebro fuera un inmenso computador, José Caballero quería atesorar los impulsos nerviosos que estaba recibiendo para formar en su interior una copia exacta de lo que iba a ser su objetivo militar. Tomó varias fotos a su mujer junto a algún rincón pintoresco pero tuvo cuidado de no sacar nada que fuera susceptible de constituir una dependencia militar o policial.

Giraron por King Street, a la derecha, y así llegaron al puerto donde el general llegó a contar hasta seis buques de guerra. Rápidamente tuvo claro que la operación tendría que contar con un fuerte apoyo aéreo para hundir el lugar donde, seguro, se encontrarían los mayores efectivos. Le hubiera gustado retratarlo pero pensó que no era buena idea y prefirió memorizarlo para realizar un croquis en cuanto pudiera.

Julita, que no se había calzado unos zapatos adecuados —los tacones no se habían hecho para recorrer largas caminatas—, se resentía de los pies y le rogó que volvieran al hotel.

—Vamos a comer y después pedimos un taxi que nos lleve a la frontera. ¿Qué te parece?

Regresaron a un lugar llamado *Casemates Square*, una plaza casi cuadrada llena de tiendas y restaurantes. Entraron en un restaurante y preguntó en inglés si podía pagar en pesetas.

—Claro *quezí* —le respondieron, como si todavía siguieran dentro de la provincia de Cádiz

Le sorprendió el ceceo. No se imaginaba que aquel camarero, de piel cetrina, tuviera un acento tan cerrado.

Comieron una ensalada y un filete de ternera. Pero, mucho más que la marca de la cerveza que le sirvieron, desconocida para él, le chocó la manera de hablar de los autóctonos entre sí, mezclando en la misma frase palabras en inglés y en español. Era un desaguisado lingüístico que no se imaginaba pudiera existir. «Esto es algo con lo que hay que acabar», determinó para sí.

Día 14 de febrero

—¿Qué me has traído de Madrid?

—No sabía que tuviera que traerte nada —replicó Thomas.

—Eres un *aprovechao*. Solo me quieres para acostarte conmigo, no eres nada romántico —le reprochó Trini, mientras hundía una y otra vez sus dedos sobre el piloso pecho del hombre con el que compartía en ese momento la cama. A la malagueña le encantaba el vello del que ella creía madrileño. Nunca había conocido una pelambrera tan rubia.

La extrañeza dibujada en el rostro del inglés animó a la mujer a seguir contándole.

—Hoy es el día de los enamorados, y me podías haber traído algo de Madrid.

—Si quieres le digo a mi esposa que te compre algo —soltó, después de exhalar una bocanada de humo.

La mujer le dio una palmada en el pecho.

—¡Tonto!, es verdad, Manolo, solamente nos vemos aquí, en esta habitación. Nunca me llevas a ningún sitio para que me tenga que maquear, ni me sacas de paseo, ni me llevas a ver tiendas.

—Trinidad, ya sabes que aquí vengo a trabajar.

La pareja se encontraba en la alcoba del piso de Thomas Best, situado en la primera planta del número 84 de la calle Carretería semiesquina con Tejón y Rodríguez. Muchas noches, cuando terminaba el turno de las cenas, Trini subía y permanecía allí hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Después de haber tenido un hijo con un marinero italiano cuyo buque atracaba con cierta regularidad en la ciudad, y al que no volvió a ver desde el día en que le comunicó el embarazo, y después de que su padre aprobara su nuevo estado tirando la maleta por la ventana, la mujer se fue a vivir junto a dos amigas a La Trinidad, un barrio que tenía en común con ella no solo su nombre, sino que también compartía con sus vecinos las mismas incertidumbres por el futuro. Eso había sido en el año 1962. Ahora su hija, que ya tenía seis años, le preguntaba muchas mañanas por qué algunas veces regresaba tan tarde.

—Hija, las cenas, que se alargan —se justificaba su madre.

Thomas no era el único hombre al que visitaba. También se veía en ocasiones con algún viajante de comercio de Sevilla o de Granada, que solían parar en el *Emperatriz*, en *La Gaviota*, o, si había suerte, en el novísimo *Málaga Palacio* o en el *Miramar* antes de que lo cerraran. Al despedirse de ellos siempre se encontraba junto a su bolso algún billete, aunque nunca tan generoso como los del madrileño Manuel López. Aun así, ella no se consideraba una prostituta. Eran hombres con los que se encontraba a gusto, que le hacían regalos, que la sacaban a cenar… «auténticos señores», decía ella. Personas con las que cerraba la velada en una habitación. Nada más. De madrugada, el cuento de hadas siempre terminaba de la misma manera, y con un «¡llámame cuando vuelvas!» la cenicienta abandonaba el castillo.

—Trini, mañana tengo que madrugar.

Muy digna, la mujer se levantó airadamente de la cama y se metió en el cuarto de baño. Unos minutos después, salió enfundada en su largo abrigo pardo, todavía sin abrochar, que dejaba ver una falda granate por encima de las rodillas. Thomas vio que no llevaba medias. La mujer se dio cuenta.

—Las he guardado en el bolso. ¿Pasa algo? —gruñó, encarándose.

El inglés apagó el cigarrillo y, contemplándola desde la cama, le preguntó:

—¿No se te olvida algo?

Dubitativa, Trinidad se terminó decidiendo y se acercó a la cama. Se agachó y le dio un beso en los labios. Separó su cara y se quedó a unos centímetros del hombre

que sonreía socarronamente. La proximidad entre ambos fue aprovechada por el inglés para pasear sus dedos pulgar e índice por los carnosos labios de la mujer, su rasgo facial de mayor personalidad.

—Solo me quieres para esto —le musitó Trini.

En el segundo beso cerró los ojos para concentrarse en el sabor del hombre que más la atraía.

Tres cuartos de hora después, y esta vez atropelladamente y sin ducharse de nuevo, Trini abandonaba el piso de Thomas, su Manolo.

A las diez de la mañana, y después de dormir tan solo cinco horas, Thomas Best se presentó en la avenida Manuel Agustín Heredia —a la que todo el mundo conocía como «Muelle Heredia»—, donde la firma Recambios y Distribuciones del Sur S. A. tenía sus oficinas. La actividad teórica de la sociedad era la importación y distribución de piezas destinadas a la automoción. La plantilla la conformaban cuatro personas, incluyendo al propio Thomas, y todas dependían de la sociedad matriz, situada en Madrid, la cual, por supuesto, no existía.

Para mantener la credibilidad de la actividad mercantil —al margen de decorar la oficina con carteles de Lámparas Helia, Amortiguadores Monroe y Lubricantes CS —, Albert se dedicaba a comprar en el extranjero, nunca en Inglaterra, tambores de freno, manguitos, motores de arranque y baterías, entre otros artículos, que vendía posteriormente por teléfono en pequeños talleres a lo largo de toda Andalucía. Por su parte, Cindy y Darren se consagraban en exclusividad al Servicio. Ellos tres, como Thomas, eran miembros del MI6, aunque con distintos niveles de responsabilidad y, por tanto, con ocupaciones diferentes. La labor de Cindy, una funcionaría que comenzó en labores administrativas de control de pasaportes en el aeropuerto de Heathrow, se centraba en la gestión de los mensajes cifrados que enviaban y recibían por télex vía Madrid —para evitar cualquier posible seguimiento a través de la línea telefónica—. Los números de referencia de las piezas, así como las dimensiones o precios significaban una magnífica excusa para que Cindy pudiera camuflar la información que aprendió a codificar con el M11, la división especializada en criptografía.

—¡Buenos días! —saludó Thomas en español a sus subordinados. Por orden expresa de él, ese era el idioma que tenían que utilizar siempre que se encontraran en las oficinas de Recambios y Distribuciones del Sur.

—Buenos días, Manuel —contestó Cindy, una inglesa que no mediría más de metro cincuenta de estatura, con su voz aflautada y una pizca desagradable.

La mujer se encontraba casi encima de un listado recibido por télex la noche anterior; con un lápiz redondeaba números y los subrayaba con un rotulador rojo. Por otro lado, Albert se hallaba al teléfono hablando con un taller de Antequera que le reclamaba el envío de unas rótulas de dirección para un Volkswagen 1.200 de un cliente que no paraba de ir todos los días a chillarle.

Cuando Thomas pasó a su despacho, oyó cómo Albert colgaba el auricular con

furia.

—¡Estoy harto de esta mierda de trabajo! —ladró, en inglés.

La reacción de Thomas fue fulminante. Se acercó a su mesa y le agarró con fuerza de una de las solapas de su chaqueta.

—Mira, Albert —le quiso hacer reflexionar, en español—, de entrada aquí no se habla inglés. Estamos en España y somos una empresa española. ¿Lo entiendes? *The walls have ears* —remarcó.

Albert, un hombre cercano a los cincuenta años, sentía que el Servicio le había asignado labores de segundo nivel y que, para él, su misión en Málaga carecía de contenido profesional.

—No te quiero volver a oír hablar en inglés mientras estés entre estas cuatro paredes. —La cara de Thomas se había situado a escasos centímetros de la de su agregado—. Cada uno tiene aquí un cometido, y el tuyo es vender esas mierdas a los talleres, porque oficialmente alguna actividad tendremos que hacer. ¿Es tan difícil de entender?

—Thomas, aquí no hay quien trabaje. La gente de este país no sabe lo que es trabajar.

—Manuel, aquí me llamo Manuel López. —Mientras le recordó su nombre en español, le empujó contra su asiento a la vez que soltó la solapa con la que le tenía asido—. Y si este trabajo no te gusta, escribes a Londres y te vas de aquí. Ya mandarán a alguien, pero, recuerda, a ver de dónde vas a sacar dinero para pagar tus dos divorcios.

El hombre le miraba de arriba abajo y, si hubiera tenido el denuedo suficiente, se habría levantado y le habría partido la cara, pero a Albert también le faltaba decisión y valentía. Se colocó bien la chaqueta e intentó alisarse la solapa.

—Cindy, coge una libreta y ven a mi despacho —ordenó Thomas, con autoridad.

La inglesa se levantó de su silla alisándose la minifalda tableada que llevaba. Thomas se lamentó de que, por pertenecer al servicio, no pudiera ponerla encima de la mesa y averiguar qué llevaba debajo de aquella tela tan breve.

—¿Qué entró anoche?

—Estaba descodificándolo ahora. Quieren que actualicemos la información sobre Ceuta y Melilla. Dicen que hace mucho que no vamos por África.

—Y no les falta razón. No me gusta ir ni a Ceuta ni a Melilla, y menos todavía al Aaiún. Eso deberían llevarlo desde Marruecos.

—Pero lo llevamos nosotros —repuso Cindy mientras se encogía de hombros.

—Ya sé quién lo lleva.

Se quedó pensativo. No era la primera vez que había barajado la posibilidad de intentar reclutar a algún subagente para África. Las dos plazas españolas, además, tenían puerto de relativa importancia y sabía perfectamente que los movimientos de buques eran la principal fuente de información en una ciudad costera.

—Contesta que a lo largo del mes de febrero me daré una vuelta por allí. ¿Qué

más ?

—Te mandarán dinero. Por el procedimiento habitual.

El procedimiento habitual era una transferencia que recogía en efectivo en el consulado de Málaga. Thomas Best se encargaba de pagar en metálico a su estructura de subagentes, situados en las ciudades de Badajoz —especializado casi en exclusiva en la gestión de la frontera con Portugal desde Ayamonte hasta Salamanca—, Córdoba, Almería y Cartagena. El de Las Palmas lo cobraba directamente mediante una transferencia bancaría en su cuenta corriente. Eran personas que habitualmente se movían muy poco de sus ciudades, ya que la mayoría ocupaban puestos comerciales en los consulados británicos acreditados en dichas plazas. Excepto el de la ciudad murciana, el resto ya habían sido reclutados por su antecesor, que vivía en Sevilla, donde antes estaba la sede del MI6 en Andalucía.

Fue Thomas quien cambió de ubicación la estación que supervisaba el sur de la Península. En un viaje a Málaga conoció a Trini. A partir de ese momento dio orden de trasladar la base del MI6. Trini vivía en Málaga, no en Sevilla.

—¿Cuándo vuelve Dairen de Córdoba?

—El miércoles —respondió Cindy, con precisión.

Thomas le había mandado a que confirmara la situación de los acuartelamientos allí instalados y si se intuían novedades en los mismos. Era una de sus misiones.

—Vale, gracias, Cindy.

Le encantaba verla marchar de su despacho. El bamboleante vuelo de la falda de su secretaria era algo que no tenía parangón con lo que le esperaba, la lectura del Sur, de la edición sevillana del ABC de aquel sábado, el Cuadernos para el Diálogo del mes de febrero y el último número de Triunfo. El día anterior había terminado el *Selecciones Reader's Digest* que tenía pendiente. Si fuera por él, se pasaría toda la mañana ordenando a su secretaria que entrara continuamente para verla salir después. Lo que no sabía era que a Cindy también le encantaría acatar esa orden, y que lo que más le gustaría sería que su jefe apartara de un manotazo todo lo que cubría el escritorio y que la poseyera sin miramientos ni piedad. Su novio estaba muy lejos y siempre decía que, a partir de doscientas millas, la infidelidad tenía atenuantes.

Ya no sabía qué ponerse para provocarle y que Manuel, o Thomas, o los dos a la vez, perdieran la cabeza y dejaran de atenerse a las reglas y a los modales.

Día 20 de febrero

La mujer ni sabía por qué lo hacía. «¡Qué no va a hacer una madre por un hijo!», se justificaba para sus adentros, mientras caminaba por *Main Street* hacia la dirección que le había indicado.

Cuando llegó a *King's Yard Lane* torció a mano izquierda y, tras atravesar una tienda de telas, llegó a la filatelia, el nuevo comercio que no llevaba instalado en

Gibraltar más de quince días.

Antes de entrar, la anciana se entretuvo un rato en contemplar el pequeño escaparate. Los sellos se habían colocado sobre estanterías de cristal y se presentaban a los clientes tanto en sobres con un revoltijo de ejemplares de distintas partes del mundo, como en funditas de plástico transparente sobre fondo negro, individuales o formando conjuntos de series homogéneas. También se podían ver algunos sobres del primer día de circulación. Había sellos tanto españoles como gibraltareños, así como de otros lugares del planeta. En la parte inferior del escaparate se encontraban dispuestos varios libros especializados, catálogos en su mayoría.

—Buenos días —saludó a la mujer el hombre que se hallaba al otro lado del mostrador, en inglés.

—Buenos días, no sabe usted la alegría que supone para mí el que haya abierto una nueva filatelia —respondió la recién llegada a la bienvenida, en español, con un acento muy característico.

—Me alegro mucho, señora —agradeció el filatélico, también en castellano.

El dueño del establecimiento era un hombre que contaba con cuarenta y siete años de edad aunque no los aparentaba. Su pelo, completamente blanco, se lo teñía con destreza y se lo repasaba cada dos días, y nadie podía sospechar el pequeño engaño. Pasaría del metro setenta y cinco y las arrugas todavía no habían hecho aparición en ninguna parte de su cara. Si dijera que acababa de cumplir cuarenta años nadie le acusaría de mentiroso.

—Es que a mi marido le gustaban mucho los sellos y en casa tenemos una buena colección y, mire lo que son las cosas, me acabó contagiando el gusto por la afición y aquí me tiene usted, a mi edad, liada con los sellos.

—Señora, yo la veo muy bien.

No mentía, Violet Rogers tenía más de setenta años pero su aspecto era inmejorable. Peinada con mimo, se pasaba todas las mañanas un cuarto de hora frente al espejo ocultando con maquillaje los numerosos pliegues que surcaban su rostro. Después, se colocaba un collar doble de perlas y se vestía siempre con tonalidades claras, aunque fuera invierno o estuviera lloviendo. Por último, se cubría con un abrigo rojo o verdemontaña, para terminar diciendo a todo el mundo que, para ella, el año tenía trescientos sesenta y cuatro días, ya que el día de su cumpleaños no existía. «Solo tiene trescientos sesenta y cinco días cuando es bisiesto», remataba, con una risita juguetona.

—Bueno, bueno, muchas gracias. Oiga, ¿y cómo ha sido lo de venirse aquí, a Gibraltar?

—¡Cosas de la vida, señora! Yo soy de Leeds, soy ciudadano inglés, pero tenía una filatelia en la plaza Mayor de Madrid, al lado de la Casa de la Panadería, con un socio. El pobre se murió y con los hijos no me entendí, por lo que les vendí mi parte y con el dinero que saqué por el traspaso me he establecido aquí. Espero que me vayan bien las cosas.

—Seguro que sí. Lo que no veo que tenga son monedas.

—En Madrid también teníamos numismática y billetes, señora, lo que ocurre es que, de momento, vamos a empezar con los sellos. No puede uno hacer frente a todo en un primer momento.

—Normal. Pues ya verá usted, aquí vivimos muy bien, nadie se mete con nosotros, los ingleses están muy lejos, y los españoles, aunque parezca lo contrario, también. Ellos vienen a trabajar y se vuelven a su casa. Aquí somos gibraltareños, ya nos conocerá, ya.

—Mi mujer y yo estamos encantados.

—¿Su mujer, está usted casado? —La labor de Violet era la de obtener la máxima información. De ahí que cada respuesta del filatélico constituyera una nueva oportunidad de continuar indagando.

—Sí, bueno, no ha sido hace mucho. Nos casamos el año pasado.

—Me alegro, a determinadas edades, no es bueno que el hombre esté solo.

—El amor, ¡qué le voy a decir!, aparece cuando menos lo esperas.

—Ya… —Hasta el momento, a la mujer le había parecido que la conversación caminaba por los derroteros de la normalidad y hasta de la veracidad; pero la mención del amor le resultó, más que ridícula, forzada. No que no pudiera suceder, sino que lo exteriorizara de esa manera.

—Bueno pues, dígame, ¿en qué la puedo ayudar?

La mujer deambuló la mirada por las estanterías de cristal donde, al igual que en el escaparate, también se exhibían colecciones de sellos junto a catálogos. A su lado, se podían encontrar, igualmente, distintos útiles para el manejo del material, como lupas de todos los tamaños y formas, pinzas, fundas… Después, miró en su bolso y extrajo de su monedero un pequeño papel arrugado. También una funda de gafas morada de la cual sacó unas lentes de lectura.

—¿Conoce usted la serie conmemorativa de la visita de nuestra reina a Gibraltar?

—¡Claro! —Por lo poco que le había dado lugar a estudiar los sellos gibraltareños para familiarizarse con su teórico nuevo empleo, Michael Murray recordaba que en el año 1953 la colonia emitió una importante colección de sellos para perpetuar el regio acontecimiento. Lo que no podía precisar era de cuántos se componía dicha serie.

—Es que me falta el de mayor valor. ¿Usted se acuerda de cuál era su valor nominal?

—¿El que más valía?, supongo que será de 10 chelines.

—¿Supone? —escrutó Violet, mientras torcía ligeramente la cabeza, como si fuera un perro de caza que acechara a una presa.

—Es que todavía no me conozco muy bien los sellos de Gibraltar, tenga en cuenta que yo antes estaba en Madrid y domino los sellos españoles, pero para los de aquí, les voy a tener que pedir un poco de paciencia a mis clientes. —El dueño de la tienda intentó justificarse.

—¡Ah, claro, qué tonta estoy! Entonces seguro que conocerá una serie del pintor

Julio Romero de Torres.

—¡Por supuesto!, se emitió en el año 1965. —A Michael le gustaba mucho el dibujo y las series filatélicas de pintores fueron las primeras que se aprendió—. ¿Dígame que quiere, comprar o vender?

—No, no, quiero vender Tengo tres sellos del modelo de mayor valor, del de 5 pesetas, sin matasellar. ¿Cuánto me podría dar por ellos ?

Michael empezaba a ponerse nervioso. Era el segundo dato concreto del que le hablaba y lo que en realidad le preocupaba era que la cliente pudiera advertir la inquietud que le invadía. Intentó tranquilizarse lo más que pudo y no perder la sonrisa.

—Tengo que ver cómo estoy de existencias de ese sello. Me suena que tengo cuatro o cinco del de 5 pesetas…

—Mi marido le dirá si se lo podemos comprar, pero quizá no ahora. —Se oyeron unas palabras femeninas, en español.

Para sorpresa de ambos, una mujer apareció por detrás de la gruesa cortina que separaba la tienda de la rebotica.

—¡Ah, mire, le voy a presentar a mi mujer! —Michael exhaló de golpe todo el aire que había contenido en sus pulmones durante los últimos segundos de conversación con la viejecita.

—¡Vaya, así que usted es la afortunada!

La joven sonrió. Después, añadió:

—Como le ha dicho mi marido, llevamos muy poco tiempo instalados y todavía no tenemos bien catalogadas todas las existencias. Si tenemos varios va a ser difícil que le podamos pagar bien el sello. Espero que lo comprenda.

—¡Claro que sí, hija!, ¡no te preocupes! Vamos a hacer una cosa —resolvió Violet, que ofrecía un curioso acento gaditano cuando hablaba español—, mire usted lo que le he pedido y a ver cuánto me da por esos sellos, que los tengo repetidos y ya sabe, una viuda tiene que mirar bien el dinero. Por cierto, ¿tienen ustedes niños?

Michael agarró por los hombros a Isabel y contestó con satisfacción fingida.

—No, todavía no, pero en eso estamos…

—Nada, nada, les dejo. Lo dicho, mañana vuelvo y me dice.

—Por supuesto, señora, y encantado de haberla conocido. —La sonrisa del falso comerciante no podía ser más abierta.

Cuando la señora se hubo marchado, la expresión de la boca de Michael se tomó grave. Sin saber el porqué, la visita de aquella señora no le había gustado.

—¿Por qué has salido?, habíamos quedado en que te ibas a quedar dentro todo el rato —la recriminó el hombre.

—He salido porque desconfío de esa mujer. No sé qué ha hecho entrando en la tienda.

—Eres una mal pensada, ¿qué tiene de malo que pregunte por el valor de unos sellos ?

Isabel Vioque se quedó mirando muy fijamente a Michael, prueba de que estaba pensando en otra cosa. De repente, tuvo una idea.

—Dame un catálogo de sellos españoles.

No esperó a que se lo diera, se giró hacia la estantería de su derecha y cogió uno de la marca *Edifil*. Buscó en la parte superior de las páginas el año porque recordaba que había hablado de una colección de 1965. Rápido encontró los diez sellos de la serie del pintor de su tierra. Buscó el de mayor valor y, al comprobar su importe, golpeó con rabia el libro sobre el mostrador.

—¡Qué haces, Isabel!

—¿Que qué hago?, pues seguir una corazonada. Esta mujer te ha *engatuzáo*. El de mayor valor de esta colección es de 10 pesetas, y tú le has dicho muy convencido que tenías varios de 5.

Como si no pudiera creer nada de lo que estuviera pasando, Michael marcó varios movimientos con la cabeza que no se sabía si eran de negación, de petición de excusas, de incredulidad… Sí, había entrado una viejecita para constatar que él no tenía ni idea de filatelia, a pesar de haberle dicho que tuvo una tienda nada más y nada menos que en la plaza Mayor de Madrid, el mercado de sellos más importante de España.

—Michael —quiso tranquilizar a su compañero de misión; su error era tan flagrante que no quiso hacer sangre de él—, perdona que haya intervenido pero no me gustaba lo que estaba haciendo esa *vanduenda*.

—No, Isabel, has hecho bien. —Las palabras del inglés eran bien sentidas—. Esa mujer me estaba irritando.

La mujer volvió a abrir el catálogo y examinó con detenimiento la colección del pintor cordobés.

—Mira, posiblemente no es tan grave —acertó a decir Isabel, después de dedicar unos instantes a escrutar los sellos de Julio Romero de Torres—. La colección es de diez ejemplares. El de mayor valor es de 10 pesetas aunque también hay uno de 5, en el que sale un trozo del cuadro de La chiquilla Piconera. —Isabel conocía perfectamente el lienzo y sabía que lo que reflejaba el sello era una reproducción parcial—. Le puedes decir que te equivocaste, que el de mayor valor era de 10 pero, realmente, ella lo que busca es vender unos de 5 pesetas, y de 5 pesetas hay. El problema habría sido que en esa serie no hubiera de 5. ¿No te parece?

Michael estaba más tranquilo. Las palabras de su falsa mujer le habían amansado. Desde que había llegado a Gibraltar había sido la primera vez que se había enfrentado a una situación de estrés, y sabía que no había salido con éxito. Esta vez le había salvado Isabel pero ¿y en las siguientes ocasiones?, ¿qué sucedería entonces?

Cuando Violet llegó a su casa, su hijo, Dean Rogers, teniente de *The Royal Gibraltar Pólice*, la estaba esperando con ansiedad, no sabía muy bien si porque tenía hambre y esperaba que su madre le hiciera la comida, o para saber qué había pasado en la tienda adonde él le había dicho que fuera.

Mientras se quitaba el abrigo, Violet le fue avanzando la crónica de la visita.

—Tenías razón, hijo, ese hombre tiene menos idea de sellos que yo.

—¿Sí, le has tendido la trampa que dijimos ?

La mujer se sentó en el sofá, satisfecha y algo cansada, como si la tensión por la misión que le había encomendado su hijo le hubiera sumado algún año más.

—Sí, Dean. Evidentemente, de sellos de Gibraltar no sabe nada, como era lógico. No sabía que el sello de mayor valor que se emitió cuando vino la reina Isabel era de 1 libra. ¡Fíjate, no saber eso! Hasta yo lo sé. Pero lo mejor fue cuando le pregunté por los de España. —La mujer reía como si fuera una chiquilla que está contando a una amiga la última travesura—. Tenías razón, un filatélico tiene que dominar una serie emitida hace tan solo cuatro años. Si es un profesional tendría que haber sabido que el de mayor valor era de 10, no de 5 pesetas. Vamos, me tenía que haber respondido sin pestañear.

Dean soltó una risa estentórea a la vez que se golpeó la rodilla.

—Mamá, estás hecha una auténtica policía.

—¡Ay no, hijo, no!, a mí no me vuelvas a meter en tus historias, que el policía eres tú, no yo.

Madre e hijo volvieron a reír, esta vez al unísono.

Día 26 de febrero

La estancia en el Campo de Gibraltar del general José Caballero y su mujer se había alargado hasta el miércoles diecinueve. Había sido una semana de intenso trabajo en la cual recorrió toda la colonia, y tomó notas casi a escondidas para después, ya en la habitación del Reina Cristina, pasarlas a limpio, evaluarlas y extraer las correspondientes conclusiones.

Unió con cinta adhesiva por detrás varios folios y pintó en ellos el plano de Gibraltar, asimilándolo a un triángulo rectángulo en donde el ángulo recto se encontraba en el noreste y los dos catetos los constituían la frontera por un lado y la costa este por otro. En la parte más septentrional se situaba el grueso de las instalaciones militares junto a la pista de aterrizaje «que construyeron a nuestras espaldas, aprovechando nuestra guerra», volvió a pensar. El general no paraba de hacerse menciones al «histórico robo» como denominaba la situación del Peñón, y aprovechaba cualquier avance en sus razonamientos para cargar contra Gran Bretaña e incrementar sus argumentos —ya de por sí plenamente asumidos— sobre la egregia misión que le había encargado la Patria.

Julita, que siempre regresaba reventada, se conformaba con poner los pies en alto y aprovechar para descansar mientras su marido se tiraba al suelo con un lápiz y una regla, ya que en la habitación no había mesa suficientemente grande como para poder extender el enorme mapa que estaba delineando. Ella sabía cuál iba a ser el plan que

iba a llevar José y la cautela le había dictado introducir dos libros con los que emplear el tiempo que le quedaría libre. Se había llevado uno de Cela y otro de Matute. En Gibraltar compró De Madrid a Oviedo pasando por las Azores, de Pemán.

A los dos les molestaba bastante coincidir con la salida de los trabajadores españoles en la colonia. A partir de la media tarde, y buscando el descanso en sus casas, una riada de miles de cuerpos languidecidos discurría en sentido contrario al que habían llevado a primera hora de la mañana. A pie o sobre una vieja bicicleta, y con el capazo vacío donde habían llevado el costo —nombre que daban a la comida que introducían como desayuno o almuerzo—, las caras reflejaban el cansancio de las horas de trabajo. Al general no le apetecía nada mezclarse con el olor a sudor de los obreros de los astilleros, el Arsenal, como lo llamaban; de los carpinteros, de los empleados de la construcción y de los varios cientos, tal vez miles, de mujeres que trabajaban como asistentas en las casas y también de cuidadoras de niños. «Hay que liberar a esta pobre gente del yugo explotador», se juramentó.

Tampoco se le iban a olvidar los registros que llevaban a cabo los guardias civiles de la frontera, que cacheaban sin ningún miramiento casi todos los días a la mayoría de sus compatriotas. A pesar de eso, varios taxistas de los que les llevaban todas las mañanas desde Algeciras les habían ofertado licores y tabaco a un precio muy inferior al que se vendían en España. «Otra razón más para acabar con esto», pensó.

Conforme pasaban los días, la imagen de la acción militar que se iba formando en la mente de José Caballero ofrecía una mayor nitidez Así, había desechado completamente la vertiente mediterránea de la colonia por no brindar ninguna utilidad desde el punto de vista estratégico. En el flanco oriental del peñón la roca era tan escarpada que los británicos solo podían sacarle partido mediante la disposición de unas enormes planchas para recoger el agua de lluvia. Ni en la *Catalán Bay*, ni en la *Sandy Bay* se observaba algo que pudiera ser interesante para su propósito. Con la parte sur sucedía algo similar. La llamada Punta Europa tampoco ofrecía mayor interés: un faro, unas viviendas, alguna cañonera trepanada en la roca direccional hacia el mediodía, pero poco más. Eso sí, el litoral ofrecía unas buenas condiciones para desembarcar algún tipo de pieza pequeña. Tomó nota de ello.

Indudablemente, las orientaciones más interesantes desde su punto de vista eran la occidental, con el puerto, y la septentrional, con el aeropuerto y las instalaciones militares. Estudió y calculó, como buenamente pudo, las dimensiones que tenía delante y no dejó de cavilar sobre la forma más rápida de tomar la colonia y forzar su rendición. En uno de los primeros recorridos con Julita pasó por *The Convent*, nombre que daban a la residencia del gobernador de Gibraltar. «Un convento franciscano convertido en la vivienda de un político», pensó consternado. No se podía imaginar que los ingleses hubieran llegado hasta ese nivel impiedoso.

Soñaba despierto con tomar el edificio y proclamar desde allí la recuperación del Peñón y el remate de la unidad nacional.

Aquel veintiséis de febrero era la víspera del despacho que iba a mantener con el

vicepresidente del Gobierno, también en su casa, después de que él regresara de oír misa, donde le expondría el esbozo de la acción militar que había pergeñado durante la última semana. Le contaría cómo empezaría la operación, qué efectivos serían necesarios, cuál sería el apoyo que se precisaría de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire y el plazo mínimo necesario de entrenamiento por parte de la tropa que participaría en la ofensiva.

Pero aunque podía afirmar que se conocía el peñón como la palma de su mano, que había subido hasta lo más alto —hasta donde se les permitía a los turistas, ya que la mayor parte de las zonas más elevadas de la roca eran instalaciones militares—, que había explorado casi todo el puerto, que poseía varios planos que había adquirido en las librerías que había visitado, que tenía medidas las distancias y el tiempo que se precisaría en recorrerlas en función del tipo de vehículo con que se contara, a pesar de saber todo eso, lo que al general José Caballero más le incomodaba era no saber nada del interior de la roca. En multitud de sitios, incluso en los más inimaginables, se topó con una puerta cerrada con un enrejado metálico. Las pocas veces que comprobó que no hubiera vigilancia se asomó a su interior y corroboró la enorme profundidad excavada en la caliza. Con una anchura y altura suficientes como para poder circular por ellos vehículos de un tamaño medio, e incluso piezas de artillería, los interiores del peñón fue lo único que le quedó por explorar al observador militar.

Una noche que, después de cenar, desplegó en el suelo aquellos doce folios convertidos en un lienzo, y tras quedarse varios minutos mirando exclusivamente las pocas entradas que había localizado a los interiores de la roca, le preguntó a su mujer en voz baja, cuidando de no ser oído por nadie:

—Julita, ¿se me estará escapando algo?

La mujer lo miró sin saber qué responder.

Marzo

Día 4 de marzo

Mientras Isabel cocinaba unas lentejas para el día siguiente, le vino a su mente el primer día que entró en Gibraltar. Fue el siete de febrero, con Michael, haciéndose pasar por su esposa. Así le había indicado Nicomedes Manrique, el hombre que la atendió cuando llegó a Madrid, en el sótano del edificio de la calle Menéndez Pelayo 49.

Nicomedes vio rápido en Isabel la solución a los problemas que le generaba la situación de los agentes solteros destacados en lugares donde tenían que fingir que eran residentes. Pensaba que levantaría menos sospecha un matrimonio que un hombre solo. Por ello, la entrada de Isabel abría una puerta, desconocida hasta ese momento, de ingreso de mujeres en el Seced. El problema era que, cuando le hablaron de la cordobesa, no tenía destino concreto para ella, y no sabía muy bien qué ocupación asignarle.

Por ello la situó en una sala con un cometido poco preciso y no muy útil, como era la lectura y recopilación de todas las noticias que aparecían en prensa relativas a los Estados Unidos de América. Por la información a la que tenía acceso Nicomedes, las relaciones con Norteamérica no se encontraban en su mejor momento y el gobierno se planteaba la suspensión de la concesión de las bases en nuestro país. Castiella no estaba dispuesto a aceptar la renovación a cualquier precio, en contra de la opinión de Carrero Blanco, que se hallaba más inclinado a cerrar el acuerdo lo antes posible.

Le pareció que aquel trabajo podía ser interesante para Isabel. Nunca sabía cuándo le podrían solicitar información sobre ese tema y quería estar lo más actualizado posible en previsión de un requerimiento rápido de Carrero, su jefe.

La mujer se desenvolvía bien en su nueva tarea. En Alcaracejos había aprendido a escribir a máquina con el método Caballero y su nivel de pulsaciones no bajaba de las ciento cincuenta por minuto, algo que podía considerarse como aceptable. En unos días ganó velocidad con el uso de las máquinas de escribir electrónicas Smith-Corona que tenían en Menéndez Pelayo y cada vez se sentía más cómoda en su nueva función.

Se había mudado a un lugar más próximo a su nuevo centro de trabajo, concretamente se hospedaba en la pensión *Isamar*, en la calle Jorge Juan, desde donde iba caminando todas las mañanas a Menéndez Pelayo.

Pero hubo un día que significó el principio de algo que todavía le resultaba incierto y, por ello, preocupante. Fue el veintisiete de enero cuando Nicomedes regresó de una reunión que había mantenido fuera de la oficina.

Le vio sacar de los archivadores, que siempre permanecían cerrados con llave, un

montón de carpetas y extenderlas por toda la mesa. Sobre las ocho de la tarde—Isabel no tenía ninguna prisa en marcharse, ya que se encontraba sola en la capital y a gusto en la oficina, y no siempre le apetecía vagar por la ciudad bajo el intenso frío del invierno madrileño— le pidió algo nuevo: —Isabel, ¿me podría preparar un bocadillo para cenar?

Cuando se marchó a su pensión, sobre las diez de la noche, Nicomedes parecía una olla a presión a punto de estallar.

Al regresar por la mañana podría haber certificado que su jefe se había pasado, no ya toda la noche en la oficina, sino también despierto y trabajando. La incipiente barba era el mejor exponente de lo primero; las ojeras, de lo segundo; y el cenicero a rebosar, de lo tercero.

En los dos días siguientes, al margen de las cuatro o cinco personas que diariamente visitaban el sótano, empezó a llegar gente nueva que pasaba dentro del despacho de Nicomedes un tiempo que variaba entre treinta minutos y dos horas. Uno de los que llegó fue Michael, el que era ahora su supuesto marido.

La primera impresión que le causó fue demasiado buena para lo que le dictaba su conciencia. Hasta que fue recibido por Nicomedes, se sentó junto a ella y charlaron sobre temas intrascendentes. Michael conocía muy bien Madrid y se permitió recomendarle algunos museos «más exclusivos, que a mí no me gustan las apreturas», le precisó, como el Cerralbo, el Romántico o el Lázaro Galdiano.

Como les sucedía a muchas mujeres, a Isabel también le gustaban los hombres mayores que ella; de hecho, Paco era cinco años mayor, por lo que sintió por aquella persona una atracción que le provocaba una incomodidad nueva y hubo un cruce de miradas que le decía que aquello podía ser recíproco. «Isabel, Isabel —se decía para sí—, ¿qué andas pensando?»

—Isabel, le puedo asegurar —Nicomedes empezó a contarle— que la misión que va usted a realizar es de vital importancia para nuestro país. No le puedo dar más datos porque ya aprenderá usted que, en este servicio, cuanto menos se sepa del trabajo de otros compañeros, mejor resultará para todos.

La mujer le preguntó exactamente cuáles tendrían que ser sus funciones.

—En estos momentos Michael está buscando local y vivienda para establecerse en Gibraltar. Tiene muy poco tiempo para ello y no se va a reparar en gastos, por lo que vivirán con todas las comodidades posibles. Su labor será aparentar ante todos que son un matrimonio. Simplemente eso —continuó Nicomedes, relatando a Isabel con frialdad lo que sería su futuro inmediato—, usted tendrá que hacer la compra, cocinar, atender la casa, en ocasiones la tienda, y vivir bajo el mismo techo que Michael, pero, tranquila, en habitaciones distintas. Por esa razón no podrán tener asistenta española, algo muy común en la colonia. Tenemos que evitar que pueda haber la más mínima sospecha de que no son un matrimonio, «como Dios manda» —zanjó—. También tendrán que tener mucho cuidado con quién meten en su casa, amigos o vecinos, alguien que pueda sospechar que no duermen en la misma

habitación.

—¿Y qué más ? —inquirió la mujer, con incomodidad por lo que estaba escuchando.

—Nada más, Isabel, nada más. Por lo menos, usted no está en la obligación de nada más. Son mayores de edad y sabrán cuidarse. Espero haberme explicado con claridad.

La mujer asintió. No era eso lo que esperaba que le dijeran cuando llegó a Madrid pero, dado que tampoco se había hecho cuentas de otra cosa, entendió aquello como bueno. Sobre todo por el dinero que le pagaban. El día treinta y uno de enero Nicomedes le dio un sobre que, cuando lo abrió, le cambió el semblante.

—Y eso es solo de medio mes —aclaró.

Si era capaz de ahorrar, y con esos ingresos no tendría dificultad alguna para engrosar rápidamente una cartilla de ahorro, su hija podría estudiar lo que quisiera: medicina, ingeniería, veterinaria… «lo que quisiera», se ratificaba.

Tal y como Nicomedes había pronosticado, Michael Murray tardó muy poco tiempo en encontrar un local donde ubicar el negocio al que se iban a dedicar en Gibraltar y con el cual justificar su presencia. Gracias a su pasaporte británico, el sábado uno de febrero entró en la colonia dispuesto a encontrar un establecimiento que estuviera en alquiler. Alojado en un hotel sito en *Irish Town*, se compró el *Gibraltar Chronicle* —el periódico local— y buscó entre las ofertas inmobiliarias. El lunes por la mañana visitó cuatro locales y por la tarde apalabró uno de ellos, el que menos tiempo necesitaba para adecuarlo. Un mostrador, unas estanterías, un rótulo en la calle, nada que con dinero no se pudiera conseguir en muy pocos días. Además, y para mayor fortuna, también había encontrado un piso justo encima de la que sería su tienda. Una estancia de dos habitaciones, con dos baños —se alegró de ese detalle—, una pequeña cocina y un salón, todo ello amueblado, con sencillez pero con funcionalidad. Tampoco precisaba mucho más.

El viernes siete de febrero, su falsa mujer llegaba a Cádiz con un libro de familia y dos alianzas que le habían proporcionado en Menéndez Pelayo.

Cuando Isabel, sin salir de la Península, salía al extranjero por primera vez en su vida, lo hacía en condición de esposa de Michael Murray, una andaluza que un día entró en una tienda de sellos de la plaza Mayor de Madrid y se enamoró de su dueño, según la versión que habían preparado para responder a las preguntas indiscretas que pudieran surgir.

Con lo que no contaron fue con la eficacia del teniente de *The Royal Gibraltar Pólice* Dean Rogers y, más aún, con la habilidad de Violet, su madre.

Día 5 de marzo

El almirante tenía anotado en su pequeña agenda de mano, la única que utilizaba,

que el miércoles se iba a reunir con el general José Caballero, que ya le había comunicado que tenía el esbozo del plan solicitado. Había elegido ese día porque quería tener libre la mañana del jueves para estudiarlo a conciencia antes de presentárselo al Generalísimo en su habitual despacho semanal.

Puntual, el general se presentó a las cinco de la tarde en Hermanos Bécquer portando una cartera similar a las que usaban los colegiales, llena de papeles a juzgar por el peso que se le adivinaba.

Una vez cumplidos los saludos de protocolo, Caballero inició la exposición de sus avances.

—Almirante, me he permitido dibujar en esta cartulina un croquis del terreno y de la manera que habría que atacarlo. Con su permiso…

Y mientras decía estas palabras, sin esperar a que Carrero se lo concediera, extrajo de la cartera unos papeles y los extendió sobre la mesa del vicepresidente del Gobierno, comenzando a continuación con la explicación.

Carrero, como siempre hacía cuando alguien le contaba algo, cogió un papel y un lápiz y comenzó a trazar rayas con una meticulosidad tal que parecían dibujadas con ayuda de una regla. José Caballero, extrañado por la actitud del almirante, se detuvo en su disquisición.

—Por favor, siga, siga.

Extrañado por el comportamiento, pero acatando la orden recibida, el general continuó con su guión, ayudándose de un lápiz para indicar los movimientos militares que se desplegarían en la zona.

—¿Puede repetir esto último? —pidió el vicepresidente después de escuchar durante cinco minutos seguidos cómo el general le contaba pormenorizadamente los distintos movimientos que se tendrían que desarrollar.

—¡Cómo no, almirante! —afirmó, sin saber muy bien cómo había sido capaz de escucharle sin mirarle ni a él ni al plano, excepto un par de veces que lanzó una mirada fugaz al dibujo que había realizado el general.

Transcurridos treinta minutos desde que comenzara con las explicaciones, el almirante dejó de pintar y clavó sus ojos en los de José Caballero.

—¿Dice usted a media mañana?

—Sí, almirante. Todo hace pensar que a media mañana del día que se designe podremos encontrarnos en *The Convent* junto al gobernador de la colonia acompañándolo mientras él anuncia la rendición de Gibraltar.

—¿Cuántas bajas calcula usted? —fue la primera preocupación del vicepresidente.

—También he pensado en ello. Nuestras, calculo que unas doscientas, eso en el peor de los casos, si ellos muestran una resistencia inimaginable. Francamente, almirante, seguro que se dan cuenta de forma inmediata de que son una franca minoría y actuarán con inteligencia. Doscientos héroes es un número máximo, según mis cálculos.

Había dicho doscientos héroes. A Carrero no le gustó el calificativo. No era él quien tenía que encontrar el adjetivo adecuado a los caídos en una batalla.

—¿Y bajas inglesas?

—Almirante, con el debido respeto —repuso con rapidez, como si lo tuviera preparado—, ¿nos tiene que importar mucho el número de bajas enemigas?

Carrero apretó los labios y pensó en lo que le acababa de responder. No sería él quien le diera una respuesta afirmativa. Prefirió cambiar el rumbo de la conversación.

—Tenemos que bautizarla.

—Ya había pensado en eso. La operación la podemos llamar Mirón. Operación Mirón —propuso.

El anfitrión mostró tal extrañeza por el nombre que acababa de escuchar que José Caballero no tuvo más remedio que aclarárselo, para ahorrarle unos instantes de incertidumbre.

—Almirante, en estos días que he estado en el Campo de Gibraltar, también he aprendido algo de historia de la zona. Cuando los ingleses entraron en el Peñón, parte de la población gibraltareña lo abandonó y se estableció junto a la ermita de San Roque, el lugar donde acudían en peregrinación una vez al año. Así fundaron la población que bautizaron con el nombre del santo al que veneraban. Y también establecieron un lema, muy acertado, por cierto: «San Roque, donde reside la de Gibraltar.»

El anfitrión, que se había concentrado en el trazo de varias rectas paralelas que unían dos rectángulos que había dibujado en un folio en blanco, seguía callado y esperaba a que el general continuara con la explicación.

—Pues bien, almirante. Parece lógico que lo que vamos a hacer ahora es restaurar aquella situación de injusticia permitiendo, en sentido figurado, que los sanroqueños regresen a Gibraltar. Por denominarlo coloquialmente, el día de la invasión será «el día siguiente» —estas tres últimas palabras las pronunció poniendo un énfasis especial en la entonación de su voz—. Si el día de San Roque es el dieciséis de agosto, el diecisiete es la festividad de San Jacinto, San Nicolás, y también es la onomástica de otros santos. Entre ellos el de Mirón. Mirón tiene nombre en nuestro santoral. Por ello le propongo que llamemos a esta acción patriótica de liberación Operación Mirón.

El lápiz se detuvo al escuchar de nuevo el nombre que sugería para la actuación: Operación Mirón. Le pareció bien y así se lo dijo.

—Me parece un buen nombre. Es imposible que alguien pueda asociarlo con el objetivo que persigue. Bien, Caballero, bien. Le felicito por el trabajo. Mañana lo hablaré con el Generalísimo. Lo siguiente será una reunión al más alto nivel para comenzar con los preparativos.

Cuando lo acompañó a la puerta de la calle y se despidió del general, Carrero pensó que le gustaba mucho más el nombre de la operación que la persona que la estaba diseñando.

Día 10 de marzo

El mayor activo de Nicomedes Manrique eran sus amplios contactos. Su labor en Madrid en los años 1935 y 1936, posteriormente en Salamanca durante la guerra, sus días en Berlín y Roma, sus temporadas en Oran y en París, le habían conferido al capitán de fragata un carácter exclusivo, una mente abierta, una vasta cultura —con el español, sabía cinco idiomas—, pero, sobre todo, le habían llenado la agenda de nombres. Podía presumir, aunque jamás lo fuera a hacer, de ser quien más personas pudiera conocer en España disponibles para cualquier causa en la que hubiera de por medio ideales o dinero. Los tenía para todas las inclinaciones. En las numerosas carpetas que guardaba en un Involca que tenía en su despacho de la calle Menéndez Pelayo atesoraba una colección única, adjetivo utilizado en su justa medida, también porque nadie sería capaz de acceder a dicha información. Valiéndose de códigos, signos, marcas que solo él conocía, entre aquellos legajos guardaba el paradero de un abultado número de personas muy útiles para según qué fines.

Así, cuando Carrero Blanco le solicitó un hombre para situarlo en Gibraltar, Nicomedes buscó entre sus informes con la certeza de que, en cuestión de horas, hallaría la respuesta. Efectivamente, seis horas después de analizar nombres y más nombres compuso una selección de ocho personas posibles, aunque desde el primer momento pensó en Michael Murray. Tenía todo lo que necesitaba. Aunque hablaba español a la perfección, contaba con la nacionalidad inglesa, algo fundamental para entroncarse desde el primer día con la comunidad gibraltareña. Su adhesión al Régimen era inquebrantable, y había sido uno de los miembros más destacados de la Unión Británica de Fascistas, el partido anticomunista creado por Oswald Mosley en el año 1932. Con diecinueve años ya combatió durante la Segunda Guerra Mundial, y encontró refugio en España al finalizar la contienda. Pero también tenía otro atributo de un valor inestimable: estaba disponible. Por lo que supo por un contacto común, trabajaba de dependiente en una tienda de electrodomésticos en Valladolid. Michael era un recurso demasiado valioso para la causa como para seguir desaprovechado.

Una llamada de teléfono, una comida en Las Cuevas de Luis Candelas, debajo del madrileño Arco de Cuchilleros, y la exposición del esbozo de un nuevo proyecto fueron los incentivos iniciales para que se tomara interés por la propuesta. Cuando escuchó lo que iba a percibir, aceptó sin hacerse de rogar.

—Tienes que abrir una filatelia. Esa será tu tapadera.

—¿Una filatelia?, Nicomedes, yo no tengo ni idea de lo que es un sello.

—Ya me lo imagino, pero no te preocupes. Contarás con unos días para aprender algo. Además tengo un íntimo amigo que trabaja en una que hay en Toledo y algo te podrá enseñar si te pasas allí un par de días con él. Mira, le llamaré mañana mismo. Es el negocio más sencillo y, además, con mucha tradición en Gibraltar; no se necesitan empleados ni almacenes para manejar mercancía, ni formación específica. Los clientes entrarán en tu tienda buscando sellos. Si los tienes, los vendes, si no les

dices que te dejen una señal y se los pides. Un poco de orden, nada más. Así de fácil, Michael. —El hombre del Seced lo veía con una sencillez aplastante—. Y si vienen a vender, compras alguno y ya está. Tienes la gran ventaja de no tener que vivir de ello. Si vendes, bien. Si no, no pasa nada.

El inglés lo miraba y se quedaba asombrado de la naturalidad con la que Nicomedes planteaba la situación.

—Pero para el resto —prosiguió el marino— tendrás que echar imaginación, Vamos a ver si ahora me vas a decir que tú, Michael Murray, tiene problemas para buscarse la vida.

El militar sabía muy bien cómo espolear a sus interlocutores.

—¡Por supuesto que no!, ¡qué cosas tienes! —Las comisiones que iba a cobrar vendiendo planchas, radios o televisores, el nuevo electrodoméstico, eran irrisorias comparado con la oferta que le proponían.

Lo que más le llamó la atención no fue lo de marcharse a Gibraltar —lugar en el que no había estado con anterioridad—, ni lo de tener que parapetarse en un comercio tan peculiar como una filatelia. No, lo que más le sorprendió fue cuando le contó que iría con una mujer y que tendrían que hacerse pasar por un matrimonio.

—¿Te acuerdas de la rubia aquella que te abrió la puerta en Menéndez Pelayo?

—¿La de los ojos verdes?, ¿la cordobesa? —Michael se acordaba no solo de su aspecto, de su mirada, del color de su pelo, sino también de su filiación. Le pareció muy raro que una cordobesa fuera tan rubia y que, además, tuviera los ojos verdes.

Aquella tarde Isabel se había puesto un jersey bermellón de cuello alto que contrastaba con la estrechez de sus hombros. Ceñido como un guante, le marcaba los pechos con gran precisión, y los ojos del inglés se posaron sobre aquellos dos pequeños nidos como si fueran pájaros que anhelan un lugar de descanso. La falda, estrecha y que cubría parcialmente unos muslos jóvenes, era de pequeños cuadros blancos y negros. A Michael le hubiera gustado acercarse a contarlos…

Cuando Nicomedes vio iluminar su cara, le cortó en seco:

—No te hagas ninguna ilusión. De esa no vas a sacar nada. Te lo digo yo —le adelantó.

Al cabo de una semana parecía que la estancia en Gibraltar era como una máquina engrasada, discurría sin sobresaltos. Todas las mañanas, antes de las ocho, Michael salía a pasear con su perro —bien sujeto con su correa—, un pointer que habían comprado en Algeciras. Caminaba casi siempre por el puerto y llegaba muchos días hasta el Arsenal, donde veía a los trabajadores españoles que se empleaban en los oficios más duros y más peligrosos que se podían realizar allí. Después, regresaba a su casa y, tras desayunar con Isabel, abría la tienda. A media mañana se marchaba a la estafeta de Correos, sita en *Main Street*, para regresar antes de comer.

Le gustaba mucho cómo se desenvolvía la cordobesa en la casa. Unos días le sorprendía con un salmorejo bien espeso, otros con un ajo blanco, aunque lo que más

le gustaba de su cocina eran los cocidos cordobeses, que se los tomaba encantado aunque hiciera calor.

Las cosas iban bien, ambos se respetaban y cada uno, como si fueran actores profesionales, interpretaba su papel ante los demás con maestría y buen oficio.

Algunas noches salían a pasear y terminaban con una cena en alguno de los muchos restaurantes que tenía la colonia. Isabel, más que una magnífica conversadora era, sobre todo, una muy agradable oyente. A ella le encantaba escucharle hablar, contar historias. Michael era un hombre muy culto, leído y viajado, por lo que su compañía le reportaba a la cordobesa largas sesiones de bienestar.

Pero había algo que a Michael cada día se le hacía más cuesta arriba y no era otra cosa que el momento de la despedida por la noche. Cuando Isabel se iba a la cama. Ese «¡hasta mañana!» le aguijoneaba el alma. Verla levantarse del sillón, con un vestido beis de tela fina —mucho más vaporoso de lo que a él le gustaría o, quizá, tan vaporoso como le gustaba— que solía ponerse cuando estaban en casa, algo por encima de las rodillas, esos brazos tan largos y esas manos tan finas… Y el pelo pajizo, tan sumamente liso, tan abandonado… con un descuido casi provocado.

«Michael, ¿qué estás esperando?», se preguntó un día.

Día 13 de marzo

El teniente Dean Rogers conocía todo lo que ocurría en el Peñón. No había cajetilla de tabaco, kilo de café o botella de güisqui que se moviera en los seis kilómetros y medio de superficie que tenía la colonia que no estuvieran controlados por Dean y sus hombres. Por supuesto, lo mismo sucedía con los negocios. La rapidez con la que un forastero, por mucho pasaporte británico que portara, había montado una filatelia no fue un dato que el teniente dejó pasar por alto. Ni mucho menos. Ese instinto, que solo se desarrolla después de prestar servicio en la calle durante muchos años, le advirtió que aquello no era normal, que había algo que se le antojaba como extraño, dispar. Por eso mandó a su madre. «Siempre tengo que hacer yo el trabajo sucio», le dijo Violet un día. La mujer se había quedado viuda hacía veinte años y había acabado formando con él una especie de matrimonio, una unión de intereses en la que ella encontraba compañía y él comodidad. Para el resto de necesidades que le pudieran acuciar, al teniente le bastaba con darse una vuelta por la calle Gibraltar, en La Línea, ya que entendía que no procedía ser visto en la calle Peligro, de Gibraltar, por su profesión y más aún por su empleo «un policía que va de putas no es un hombre respetado», era una de sus máximas.

Desde el día en el que su madre acudió a la tienda, con el embeleco que habían preparado entre los dos, Dean tuvo la certeza de que aquella persona era cualquier cosa menos un filatélico.

—Mamá, te tengo que pedir un favor —le solicitó ese lunes.

—¿Otro? —respondió la madre con un respingo.

—Sí, es que tú lo haces muy bien, además, el doctor Bradbury ha dicho que te tienes que mantener entretenida.

—¡Qué sabrá ese matasanos!, bastante tengo ya con mi club de *bridge*.

La protesta siempre significaba la aceptación de un nuevo encargo. Dean podría emplear a cualquiera de sus hombres, en los cuales confiaba plenamente, pero prefería mandar a su madre. Le encantaba verla cómo se arreglaba cada vez que salía de «misión». «Debe de pensar que es Mata Hari», casi se reía al imaginar las introspecciones de su progenitora.

Michael era un hombre que tenía un reloj incrustado dentro de su cabeza. No necesitaba mirarlo para saber en todo momento qué hora era. Tras haber preparado varias cartas con los datos nuevos, solía salir de la tienda sobre las doce de la mañana. Después de no más de diez minutos andando, llegaba a su destino. La estafeta era un edificio de piedra centenario, ubicado en la acera de los pares de *Main Street*, con orientación este, lo que realzaba la tonalidad cálida de su fachada por las mañanas. Violet Rogers no tuvo que pasear mucho la calle hasta hacerse la encontradiza con Michael.

—Perdone, yo a usted le conozco y no sé de qué.

El hombre, al reconocerla, sintió un sobresalto en su corazón. Era la anciana que había entrado en su filatelia y que había descubierto que no era esa su profesión. Aun así, intentó cuidar las formas. Estaban en la calle y no podía salir corriendo, que casi era lo que deseaba.

—Usted y yo nos conocemos del otro día, cuando entró en mi tienda, en la filatelia, en *King's Yard Lane*. ¿Recuerda? Además quedó en volver y no lo hizo. —Algo le decía que la señora se acordaba de aquello mucho mejor que él.

La mujer frunció el ceño y escrutó la cara de su interlocutor con los ojos entornados —«si el director de Gigante me hubiera conocido a mí, nunca se habría fijado en Liz Taylor para casarse con el guapo de Rock Hudson», pensó Violet en alusión a su capacidad dramática.

—¡Ah, es verdad!, usted es el hombre al que le hablé de un sello pensando que era el de mayor valor de la serie y luego comprobé en mi casa que no era así, por eso no volví, me daba vergüenza reconocer mi error. Me tiene usted que perdonar, pero es que mi cabeza a veces me traiciona.

La incredulidad había basculado de cara, y ahora era Michael el sorprendido por el comentario de la mujer.

—Sí, ¿no se acuerda?, le pregunté por un sello de 5 pesetas de la colección de Romero de Torres diciéndole que era el de mayor valor y no, en absoluto; el mayor es uno precioso de 10 pesetas. ¡Fíjese!, de ese tengo uno, pero no lo quiero vender. Joven —ahora tocaba hacerse la condescendiente—, creo que le puse en un aprieto.

—Bueno, tengo que reconocer que me confundí. —El inglés no recordaba haber conocido a alguien tan sumamente desconcertante.

—La culpa fue mía. Si mi marido levantara la cabeza… ya sabe que estoy viuda, le tengo al pobre en Garrison, a la entradita. Oiga, ¿y adonde va tan solo?

—Mi esposa se ha quedado en la tienda, yo voy a Correos, que tengo que mandar unos sobres. —Se los enseñó, para justificar así la visita a la estafeta.

—Claro, tendrá familiares en España…

La manera de ser de la señora exasperaba a Michael hasta el límite de acabar perdiendo los nervios. Pero no podía exteriorizar nada más que sosiego, el estado de ánimo que se suponía tenía una persona, casi recién casada, que se había establecido en un lugar tan tranquilo como Gibraltar.

—Sí, claro, tengo allí varios hermanos —mintió con naturalidad—, pero esta vez es por motivos profesionales. Tengo que pedir a mis proveedores los sellos que me solicitan los clientes. Mis existencias son limitadas.

—¡Muy bien, muy bien!, ¡eso está bien! Pues nada, no le molesto más, voy a seguir con mi paseo matinal, que hace un día fantástico.

Después de despedirse con la mano, Violet se volvió y le gritó, riendo:

—¡Y apréndase también los sellos de Gibraltar!

Michael correspondió esbozando una mueca forzada de sonrisa helada.

La vio marchar, *Main Street* arriba, con sus andares pausados, su enorme bolso blanco con herrajes metálicos, sus zapatos a juego y su toque de misterio.

Después, entró en la oficina de Correos y depositó en el buzón los sobres que había preparado en su casa.

Día 17 de marzo

«Adelante con la Operación Mirón», le había dicho Carrero el jueves trece por la noche. José Caballero acogió la noticia como si hubiera sido una bendición, y en el fondo así lo era. No una consagración en su sentido estricto pero, tratándose de la aprobación del plan por parte de Franco, no podía encontrar otra palabra que expresara lo que significaba aquella aquiescencia.

El siguiente paso consistía en una reunión de contenido exclusivamente militar que se celebraría en la sede de Presidencia del Gobierno, al lado de Colón. Solo habría cinco asistentes: los ministros de los tres ejércitos —en el gobierno, al margen de Carrero, también había otro militar, el general Alonso Vega, pero la cartera que ocupaba, Gobernación, no tenía cabida en el encuentro—: el teniente general Camilo Menéndez Tolosa, ministro del Ejército de Tierra; el teniente general José Lacalle Larraga, ministro del Aire, y el almirante Pedro Nieto Antúnez, ministro de Marina; el general de brigada José Caballero y el propio vicepresidente del Gobierno. En la reunión también tendría que haber estado el capitán general Agustín Muñoz Grandes, como jefe del Alto Estado Mayor, pero la enfermedad que padecía le obligaba a permanecer postrado en una cama del hospital Gómez Ulla, en Madrid.

Ninguno de los tres ministros sabía la razón de la reunión pero, conforme fueron llegando todos los invitados y constataron la presencia de José Caballero, la palabra que los hermanó fue la de recelo. Dada la premura de la convocatoria —a todos los habían citado esa misma mañana—, tampoco les había dado mucho tiempo a especular sobre el porqué de aquel encuentro tan inusitado. Cuando se juntaban todos los militares, para analizar cualquier cuestión relativa a la seguridad del país, nunca eran convocados así y, además, siempre se les permitía que acudieran con varios colaboradores. Eran reuniones de quince o veinte militares, no como aquella de tan solo cinco personas. Por ello, el grado de desconfianza de los ministros alcanzó el nivel de inquietud.

Como si sus mentes se hubieran coordinado, el pensamiento de los tres militares se centraba en dos alternativas. Por un lado pensaban que les iban a informar de un cambio, y por el ejército al que pertenecía José Caballero, sería en el de Tierra o en el Alto Estado Mayor —la grave y larga enfermedad de Muñoz Grandes daba más credibilidad a esa segunda posibilidad—. La otra alternativa no la querían ni pensar. Todos eran conscientes de la edad del jefe del Estado. «¿Nos hablará Carrero algo de Franco?», pensaron casi con unanimidad. No, eso no podía ser. Si así fuera, ¿qué pintaba un general como José Caballero sentado a aquella selecta mesa? Inmediatamente salieron de dudas.

—Caballeros —comenzó hablando Carrero—, nos hemos reunido hoy aquí siguiendo el deseo expreso de nuestro Generalísimo que quiere concluir de una forma sublime el ímprobo trabajo iniciado un dieciocho de julio. —El vicepresidente era muy dado a los circunloquios.

La disposición de los asistentes no era fruto de la casualidad. Era una mesa rectangular de ocho plazas cómodas. Carrero, que presidía la reunión, tenía a su derecha a José Caballero, que había acudido con una cartera de cuero y con un alargado rollo de papel. A la derecha de este se sentaba el ministro de Marina. A la izquierda del anfitrión ocupaban su sitio los ministros del Ejército de Tierra y el del Aire. Menéndez Tolosa tenía los ojos clavados y sin pestañear en los de Carrero, ya que esperaba que en cualquier momento anunciara su sustitución.

—Para nuestro Generalísimo y para todos los buenos españoles, nuestra Unidad Nacional no está completa y el orgullo patrio ha de ser restablecido lo antes posible. Nosotros, los que estamos en esta mesa, hemos recibido la dicha de ser los encargados de ejecutar sus siempre acertadas ideas. —Marcó una pausa y encendió un cigarrillo.

Después de exhalar la primera bocanada, los miró a todos, uno a uno, y sentenció:

—Vamos a tomar militarmente la colonia de Gibraltar.

La reacción entre los tres asistentes que no sabían la noticia fue, fundamentalmente, de extrañeza. Nunca se les había pasado por la cabeza que Franco pudiera tener una idea así y menos con la edad del jefe del Estado —el cuatro de diciembre cumpliría los setenta y siete años de edad—. Hubo cruces furtivos de

miradas que fueron atajados inmediatamente por el anfitrión.

—Pocas veces se encuentra uno en la vida con el privilegio de ser protagonista de un momento épico en la historia de su país. Nosotros ya tuvimos la ocasión de serlo en nuestra Cruzada anticomunista y contra el ateísmo internacional, pero la Divina Providencia nos ha deparado una nueva oportunidad de servir a Dios y a España y no la vamos a desaprovechar, es más, nos esforzaremos por desempeñarla con el máximo ardor y magna satisfacción. —A Carrero Blanco le gustaba la oratoria y la literatura. Había escrito numerosos libros, con su nombre y también utilizando varios seudónimos, siendo el más habitual el de Juan de la Cosa, y estaba en posesión del Premio Nacional de Literatura del año 1947. De ahí que en muchas ocasiones parecía que sus palabras brotaban más de un discurso académico que del contexto real en el que se estaban moviendo.

—¿Nos va a dar detalles, almirante? —solicitó Menéndez Tolosa, a quien no le gustaba el tono político que estaba utilizando. Ellos eran militares y querían que se les tratara de tal modo.

—El general de brigada, José Caballero, al cual conocen perfectamente, ha estado trabajando concienzudamente en un plan y ha elaborado un esbozo que va a pasar a presentarles, el cual conoce el Generalísimo y para el que ha concedido su conformidad. Por favor, mi general…

José Caballero se creía en ese momento el hombre más importante del país, y no le faltaba razón. Había sido el elegido para materializar lo que entendía como un deseo noble, quizás el deseo último de un hombre que admiraba desde que tuvo uso de razón. Con la solemnidad que correspondía a la ocasión, se levantó y desplegó el cilindro de papel que había permanecido enrollado y que había provocado la especulación de todos sobre su contenido. Era un dibujo a escala aproximada de uno a cinco mil de la colonia vista desde arriba, con detalle del aeropuerto, de los diques del puerto y de las instalaciones militares.

—Mis generales, les presento Gibraltar.

Aquel arranque les pareció a los tres ministros más propio de un presentador de televisión que anuncia el comienzo de un nuevo programa que al preámbulo de un militar que presenta algo que todos conocían perfectamente. El croquis no albergaba duda alguna sobre qué zona geográfica era aquella.

—Después de haber estado estudiando minuciosamente y sobre el terreno toda el área enemiga, he llegado a una serie de conclusiones que ya he adelantado al vicepresidente y que han recibido su beneplácito. Ahora somos nosotros los que, cada uno con su correspondiente nivel de responsabilidad, tendremos que ponerlas en práctica.

Del interior del bolsillo de su guerrera extrajo algo parecido a un bolígrafo niquelado que extendió como si fuera una antena de radio.

—De los tres frentes que tiene el peñón, el único que no ofrece ningún interés es el oriental, toda vez que allí no se concentra ninguna instalación militar ni es posible

realizar desembarco alguno. Sin lugar a dudas, la acción se debe centrar en los flancos septentrional y occidental —indicaba con el puntero—. El meridional quedará solo para realizar allí unas maniobras de distracción que detallaré más adelante.

Todos los asistentes miraban atónitos el plano mientras barrían con los ojos cada detalle que el general José Caballero había dibujado con esmero. Buscaban algo y no sabían qué, quizá la razón por la que les estaban exponiendo un plan que, como militares, nunca querrían haber oído. Aunque se habían preparado para la guerra, su trabajo era velar por la paz.

—La operación, cuyo nombre clave será Mirón, comenzará con una acción simultanea en tres frentes distintos. Por un lado estará la incursión de varias escuadrillas de aviación que actuarán contra los buques militares que se puedan encontrar atracados en el puerto, y anular así su capacidad de contrarrestar nuestro ataque. Una segunda acción será llevada a cabo por unidades de artillería ligera situadas a pocos metros de la frontera, cerca de las instalaciones deportivas que actualmente se encuentran en construcción. Con ese fuego de mortero no solo inutilizaremos los aviones que se puedan encontrar allí sino que también, y lo más importante, destruiremos su pista de aterrizaje, anulándola por completo. Un avión que no puede despegar no sirve de mucho. ¿Me equivoco?

Los ojos de José Caballero se estrellaron con los del ministro del Aire. José Lacalle consideró irrelevante responder a una pregunta tan obvia.

—Por último, y paralelamente a estas acciones, nuestros submarinos se aproximarán por el flanco sur, que se encuentra sin vigilancia, colocando una serie de explosivos que provocarán el aturdimiento del enemigo. Repito, estas tres acciones serán simultaneas.

El silencio planeó por la sala con tanta fuerza que ninguno de los cinco ocupantes de la misma pudo hablar durante unos instantes. José Caballero había empezado a exponer su plan y se había dado cuenta de la naturalidad con la que lo había abordado, como si fuera una consecuencia lógica y sencilla de un razonamiento simple. Carrero Blanco, que ya lo conocía en detalle, observaba la actitud de sus tres ministros militares. En ninguno percibió entusiasmo, algo que entendió lógico dada la trascendencia de la empresa que estaban escuchando.

—Una vez concluida esta primera acción, con los buques de guerra seriamente dañados y espero que hundidos, con la pista de aterrizaje inutilizable y con la guarnición sin saber de dónde le viene el peligro real, será el momento de nuestros carros de combate y de nuestra infantería, que se centrarán en la zona norte, donde se encuentran los destacamentos militares británicos y en las bocas de los túneles, por si hubiera más soldados ocultos en su interior.

Caballero señaló varios puntos en el dibujo de la roca, se suponía que eran los puntos por donde se abrirían las entradas al interior del peñón. Después, miró al anfitrión en prueba de haber terminado el breve esbozo de la operación Mirón.

—Le felicito por la exposición —aduló el vicepresidente.

—Muchas gracias, almirante —asintió con la cabeza, en señal de gratitud.

—Señores —Carrero se concentró en los tres militares que habían escuchado sin interrumpir las explicaciones de Caballero—, sé que es una noticia de una trascendencia capital para todos ustedes y que ahora vendrá el momento de comenzar con las preguntas. De aquí saldremos todos con una misión que cumplir y que tendremos que realizar en quince días, y no es otra que organizar nuestra parte del plan que nos ha contado el general José Caballero.

—A mí se me ocurre una pregunta inicial. ¿Cómo vamos a ser capaces de movilizar a miles de soldados a las puertas del Peñón sin crear sospechas entre los ingleses?

El almirante sintió como si el teniente general Menéndez Tolosa hubiera leído su pensamiento desde el principio. No le faltaba razón. Para esta operación se iban a necesitar un buen número de hombres, y el Campo de Gibraltar es un lugar demasiado diáfano, casi transparente para los ocupantes de la colonia.

—Lo iremos viendo, Camilo, lo iremos viendo —fue la respuesta que dio Carrero y que, por supuesto, no convenció a nadie, ni siquiera a él mismo.

Día 18 de marzo

—¿Qué te van a regalar? —¿Qué me va a regalar, quién?— El inglés sabía muy bien que la mujer le estaba hablando del Día del Padre, festividad que en el Reino Unido no se celebraba en marzo sino en junio. Tuvo cuidado con no equivocarse.

—Tus hijos.

—Te lo diré cuando lo sepa. Pesada.

—Nunca me hablas de ti, no sé nada de tu vida —le reprochaba Trini, mientras seguía con su entretenimiento favorito que no era otro que acariciar el vello de Thomas. A veces pensaba que le gustaba eso más que hacerlo con él.

—Es que mi vida es muy aburrida —fue lo que le dijo esa vez, aunque la respuesta era recurrente.

Nunca hablaba de su vida privada. Sabía que cuantos más datos arrojara, mayores probabilidades tendría de equivocarse. «Un espía callado es siempre un espía vivo», recordaba que le contaron una vez en Fort Monckton, cerca de Portsmouth, la academia del MI6.

—Pues yo a mi padre, si pudiera, le regalaría una media de veneno.

—Me parece muy bien. —Estrelló la colilla contra el fondo del cenicero y miró el reloj.

—¿Qué hora es? —preguntó Trini, que se encontraba totalmente desnuda abrazada a Thomas por su lado derecho, con su muslo encima, como si fuera un gran brazo que lo quisiera rodear por la cintura.

—Las siete. ¿A qué hora tienes que entrar?

—A y media.

—Bien.

Se giró hacia ella y la rodeó con sus brazos. A partir de ese momento no se oyó en la habitación nada más que los jadeos entrecortados de Trinidad, quizás algo exagerados. Entendía que eso gustaba más a los hombres.

Después de la ducha que se dio cuando Trini se marchó a El boquerón dorado, Thomas se sentó a su escritorio y, tras marcar la combinación de apertura del cajón, extrajo una carpeta con unos folios que desplegó sobre el tablero. El trabajador Darren y el conflictivo Albert hacían bien su función. El segundo había conseguido convencer a todos de que aquel grupo de cuatro personas se dedicaban con afán y, sobre todo, lo más importante, con exclusividad, a la distribución de piezas para automoción. El primero, con un maletín lleno de folletos de neumáticos, lubricantes y zapatas, por si era parado por la Guardia Civil de carretera, se dedicaba a viajar y anotaba todos aquellos movimientos que consideraba nuevos, como unas obras de ampliación de un acuartelamiento, la instalación de material telegráfico no censado hasta el momento o unas maniobras militares desplegadas por la zona. Para esto último siempre contaba con una ventaja adicional, y era que en la mayoría de las ocasiones la prensa local se hacía eco de las mismas.

Después de cada viaje, Dairen volvía con numerosos periódicos ya trabajados y con los artículos de interés anotados pero no recortados. «¿Sería normal que un vendedor de baterías, delcos y amortiguadores recortara noticias relativas al ejército?», se preguntaba. La respuesta era tan obvia como conocida.

Thomas había viajado a Ceuta y a Melilla, y constató en ambas plazas la nula presencia naval del Ejército español. Y a Cartagena, el viaje que más le gustaba afrontar y que solo la distancia y las malas carreteras provocaban que lo realizara con menor frecuencia de la deseada. Allí tenía a Scotty, tan inútil como pintor como imprescindible en su papel de subagente. Su mejor hombre, y no porque lo hubiera reclutado él. Había estado la semana anterior, emborrachándose con él y peleando mujeres en *Belle Époque*, una de las discotecas de El Molinete, el barrio chino cartagenero.

Thomas se encontraba satisfecho con su trabajo. Controlaba perfectamente todo lo que se movía al sur de Despeñaperros.

Por lo menos, eso era lo que él creía.

Después de reflexionar sobre la situación de Ceuta y Melilla, pensó en Gibraltar. Al ser suelo británico, la teórica competencia pertenecía a otro servicio pero, por aquello de ser prácticos, Rennie había sucumbido a la persuasión de Sir Martin Furnival Jones, el ya veterano jefe del Servicio de Inteligencia Interior, conocido por todos como el MI5. Hacía tiempo que no pisaba suelo gibraltareño y la idea de tenerlo algo abandonado no le gustaba; Best era muy meticuloso en su cometido. Pero en Gibraltar, «¿qué puede pasar en Gibraltar que sea de interés para el Servicio?», se preguntaba sin que, en principio, le faltara razón.

Acostumbrado al horario español, bajó a cenar sobre las nueve y media de la noche. Se sentó frente a la televisión y esperó a que Trini le atendiera. Estaban emitiendo una película a la cual no prestó atención alguna. Sentado dos mesas por delante, también solo, había un hombre de unos cuarenta años, muy grueso, con la cabeza calva como una bola de billar manteniendo pelo únicamente en un pequeño bigote recortado y aseguraría que teñido. Cada vez que Trini pasaba, los ojos del hombre recorrían la estela de la mujer, y acompasaban los barridos de aquellos con la velocidad de esta.

Pero el peor momento fue cuando, después de servirle el café, la malagueña se quedó a su lado, de pie, y comenzó a conversar con el forastero. El salón se había quedado casi vacío y la camarera no parecía tener prisa. El hombre sacó del bolsillo interior de su americana la cartera y de esta, una tarjeta, parecía que de un hotel. Con una pluma dorada, anotó algo en el reverso y, junto a un billete de cien pesetas —supuso que sería para que la mujer se pagara el taxi—, la introdujo en uno de los bolsillos del delantal de Trini. Ella miró al otro hombre sonriendo, asintiendo y mostrándole la misma cara que también le ponía cuando le miraba a él.

Aquella noche, Thomas Best no consiguió conciliar el sueño ni un solo minuto.

Día 22 de marzo

Vivir y trabajar en un lugar tan tranquilo como Gibraltar no suponía para el eficaz teniente de policía Dean Rogers un elemento de relajamiento. Pero, aunque él se quería mantener en Gibraltar tan tenso como lo estarían sus compañeros de Irlanda del Norte, en la colonia lo más que tenía que hacer era controlar lo establecido, supervisar la armonía y repasar la rutina. El contrabando era cuestión de la policía del otro lado de la verja. Si un español entraba y compraba veinte botellas de alcohol, mejor para el comercio que se las vendió y peor para esa persona si se las pillaban en la frontera, pero nada que perjudicara a los intereses gibraltareños y, en consecuencia, a él.

Se reía al recordar el último episodio —concretamente hacía dos días— que había alterado la imperturbable normalidad que reinaba en la colonia. John Lennon, miembro del conjunto musical The Beatles, había elegido Gibraltar como lugar donde contraer matrimonio con la nipona Yoko Ono —la segunda boda del cantante y la tercera de la artista, ocho años mayor que él—. «Solo estuvieron unas horas aquí, ¡menos mal!», se alegraba el teniente al recordar la cantidad de periodistas que rompieron el habitual sosiego de la vida a la falda del peñón.

Por ello, la presencia de Michael Murray y su filatelia le suponía una novedad incómoda, un suceso imprevisto y, como tal, no deseado. Desde que le contó su madre el encuentro que mantuvo con él en *Main Street*, el pasado día trece, el teniente había dispuesto un pequeño operativo para saber, en primer lugar, cuál era la

razón por la cual tenía que enviar casi a diario cartas solicitando sellos a proveedores. O bien de paisano o de uniforme, siempre había un policía —para evitar sospechas, en alguna ocasión involucró a alguna de las cuatro mujeres con que contaba la policía local— en las inmediaciones de la tienda con la orden tan sencilla como metódica de anotar cuántas personas entraban en el comercio. El resultado era conocido incluso antes de que le entregaran el reporte: hubo algunos días que no entró nadie. Los gibraltareños aficionados a los sellos eran asiduos clientes de las otras dos filatelias establecidas en la colonia desde hacía muchos años.

Valiéndose de su puesto, entró en Correos y habló con Kevin, con el que compartía, entre otras cosas, las simpatías por el Manchester United —aunque ninguno de los dos fueran naturales de la ciudad minera ni hubieran vivido allí—, que el año anterior había ganado la Copa de Europa ante el Benfica en un partido que vieron juntos en un pub de *Engineer Lane*.

—Que no te estoy diciendo que me abras las cartas, que solo quiero que me digas adonde las dirige.

—No me hagas que te revele secretos profesionales.

—Kevin, como sigas diciendo tonterías te voy a hacer varias cosas. La primera, pegarte dos bofetadas; la segunda, inventarme alguna razón para meterte en la cárcel; ya se me ocurrirá alguna.

—No serás capaz, con lo amigos que somos —repuso el empleado.

—Y lo cabrón que soy, que no se te olvide, Kevin. Pero no he terminado.

—¿Qué más te queda por hacer? —preguntó Kevin Howe, sentado al otro lado de una mesa llena de paquetes de todos los tamaños, que ocultaban el pequeño cuerpo del empleado.

—Decirle a tu mujer que me llevas a la calle Gibraltar de La Línea, y que eres el primer cliente del Trocadero.

Los ojos de Kevin casi se pusieron en blanco.

—¡Qué dices!, ¿cómo vas a decirle eso?, ¡eso no es verdad! —el hombre se puso visiblemente nervioso, conocía bien al teniente—, además, tú también vas de putas.

—Sí, pero yo estoy soltero.

Dean sonrió de medio lado. No se consideraba muy orgulloso de los métodos que a veces empleaba con algunas personas de las que quería sacar información, y se reconocía así mismo que actuaba de forma distinta en función de la fortaleza mental de su interlocutor. Y, para él, Kevin era de los débiles.

El empleado giró la cabeza, como queriendo huir de una mirada que no era capaz de aguantar.

—Vale, lo haré. Te diré dónde manda las cartas ese desgraciado.

Mientras dijo esto último, se levantó y se dirigió hacia una bandeja donde se arremolinaba un buen número de sobres que acababan de entrar esa mañana. Después de revolver en el montón, mirando los remites, se quedó con los que había enviado Michael.

—Todos son a filatelias: en Madrid, en Barcelona, en Sevilla… ¡mira, esta va para Andorra! —Parecía que aquello le tenía que hacer gracia al teniente pero, por el gesto de su cara, se veía que ninguna.

—¿Y también viene a retirar?

Afirmó con la cabeza. Después, siguió hablando.

—Dean, vas a conseguir que me despidan. Sí, claro que recoge. Cada dos o tres días recibe envíos contra reembolso que paga con puntualidad. Nunca ha habido que retornar ninguna carta.

Cuando Dean Rogers regresó a la comisaría su cabeza pesaba algo más. Podría entender lógico que un nuevo establecimiento se surtiera de género, pero lo veía muy raro. Aquello no le encajaba en su esquema mental. Sin tener apenas clientes, no paraba de comprar existencias; algo que, sin haber estudiado comercio, sabía que no tenía ninguna justificación económica.

«¿Y si en las cartas está enviando otro tipo de información?», pensó con algo de nerviosismo.

No quería cometer error alguno. No, eso no era una presunción, eso, para él, era la manifestación de un hecho que tenía que poner en conocimiento de sus superiores. Pero esperaría unos días. El lunes, a última hora de la mañana, acudiría a la estafeta y le pediría a Kevin que le dejara intentar adivinar el interior de la carta. «Seguro que accederá a lo que le pido», sonrió al imaginar la conversación que mantendría con él.

Día 25 de marzo

Mientras Michael paseaba a su perro, costumbre que solo dejaba de hacer en los días de lluvia, Isabel le preparaba todas las mañanas un buen desayuno que compartía con él a su regreso: un zumo de naranja recién exprimido, un huevo pasado por agua y un café bien cargado con algunas pastas. Motivado por su baja tensión arterial, por la proximidad del mar o por su estado anímico, la cordobesa necesitaba de la cafeína para levantar su espíritu y las ganas de hacerse con el día.

Para la mujer las jornadas eran sumamente aburridas. Ya se conocía la colonia a la perfección y, en el mes y medio que llevaba viviendo en Gibraltar, había pasado por todas las calles en numerosas ocasiones, había repetido recorridos, había doblado por las mismas esquinas y se había cruzado con los mismos viandantes, empezando a encontrarse harta de vivir en un lugar asimilable a una cárcel, aunque su celda tuviera unas dimensiones descomunales y unas paredes hermosas, como eran las vistas que se percibían desde cada rincón de aquel enclave tan bello.

Después de desayunar con Michael se marchaba a la calle a hacer la compra, para regresar antes del mediodía, momento en el cual su compañero accidental se marchaba a la estafeta y ella pasaba a hacerse cargo de la tienda.

Siguiendo la indicación de Nicomedes Manrique, nunca le preguntó a Michael

qué escribía en las cartas que mandaba ni adonde las enviaba. Eso no era asunto suyo. Ella estaba allí para complementar la labor del hombre y fingir ante todos ser su esposa y, hasta el momento, lo había conseguido perfectamente. Cuando se cruzaba con alguna vecina entablaba conversaciones banales, casi siempre relativas al tiempo atmosférico o a alguna noticia que hubieran radiado por la BBC o vista en la televisión, aparato que no tenía en su casa de Alcaracejos y con el que estaba encantada porque, a pesar de estar en suelo inglés, las ondas le eran generosas y le permitían ver las emisiones españolas, como los concursos *Las diez de últimas* o *Cesta y Puntos*; las series *El ladrón sin destino* o *Ironside*; o los programas de producción propia como las *Galas del Sábado* o el *Estudio 1*, su preferido.

Como casi todos los días, y después de tomarse el suculento desayuno que le preparaba Isabel, Michael se metía en su habitación y guardaba cuidadosamente la correa de Tac. Por la noche, se cerraba por dentro —quería proteger a su compañera y entendía que cuanto menos supiera mejor sería para ella— y se sentaba delante de su pequeña mesa. Extraía un juego de destornilladores de precisión y desmontaba el porta correa.

Aunque el Seced llevaba muy poco tiempo formado, contaba con una estructura suficiente para poder dotar a sus agentes de algunos medios materiales, básicos pero bastantes para trabajar con eficacia. Así, en el chalé del Viso, en la calle Guadalquivir, habían montado un taller donde tres ingenieros industriales fabricaban artilugios que eran entregados después a los miembros operativos. La cámara que permitía fotografiar en película de quince milímetros era uno de los últimos ingenios que se había fabricado en aquel lugar. Encastrada dentro del porta correa, le permitía al usuario poder tomar fotos sin que nadie lo advirtiera. De ese modo, no había instalación militar, vehículo policial o edificio público que se resistiera al disimulado objetivo que manejaba el inglés con destreza.

Las probaturas las realizaron en Madrid, en diferentes situaciones, tanto en sombra como en sol, con el sujeto a contraluz, o en movimiento. Los resultados, en general, fueron satisfactorios, aunque cuando se trataba de fotografiar objetos estáticos los negativos resultaban especialmente buenos.

Muchas tardes, antes de abrir la filatelia, Michael se acercaba a la frontera con varios carretes y, después de haberlos metido dentro de un sobre resistente, los entregaba a la Guardia Civil, que ya tenía orden expresa de qué hacer con aquella misiva de tanta importancia.

La pareja que viajaba en el tren expreso Algeciras-Madrid —en todos los trenes de largo recorrido siempre viajaban dos guardias civiles— se hacía cargo del traslado y, al día siguiente, un químico del Seced revelaba los carretes, entregando las copias a Nicomedes antes del mediodía. En menos de veinticuatro horas se había cerrado el círculo.

Después de que las hubiera visto el vicepresidente del Gobierno, este cursaba la orden final de entregárselas al general José Caballero sin decirle la procedencia.

Día 31 de marzo

Tal y como habían convenido hacía dos semanas, los mismos cinco militares que se reunieron en Castellana 3 volvieron a juntarse en el mismo lugar para comentar los avances del plan individual asignado a cada ejército.

—Parece que todo va a empezar con usted, ¿no? —preguntó Carrero al teniente general José Lacalle, ministro del Aire.

—Eso parece, almirante.

Al vicepresidente no le gustó el tono de la respuesta. Le sonó —admitía que igual era una imaginación suya— con un cierto tinte de resignación.

—La acción la podemos iniciar con el despliegue de dos Alas con una tercera de apoyo. Comenzaremos con la incursión desde Torrejón de Ardoz y Talavera la Real de los F-104. Contando con su velocidad, su capacidad destructiva y la distancia desde sus bases, en un breve espacio de tiempo pueden haber realizado un magnífico trabajo. —Mientras escuchaba estas palabras, José Caballero se henchía de orgullo y sus ojos cobraban un brillo nuevo—. Inmediatamente después —continuó Lacalle—, entrarían los nuevos F-5 desde Morón. Almirante, en treinta minutos podemos haber desplegado suficiente potencia como para destruir la pequeña flota atracada en Gibraltar.

Nadie dijo nada. Todos habían mirado a Lacalle con tanto interés que ni siquiera sus cabezas mostraron asentimiento ante sus palabras.

Por el contrario, Carrero sí que sancionó la pequeña exposición argumentada por su ministro del Aire con una palabra de aprobación:

—Bien.

Tanto Menéndez Tolosa como Nieto Antúnez esperaban a que el almirante les diera paso. Se equivocaron. La atención regresó a Lacalle.

—¿No se va a necesitar el apoyo del Dédalo?

—No será necesario contar con el portaaviones, almirante —confirmó presto el ministro, imaginando la pregunta—. Torrejón de Ardoz se encuentra a doscientas setenta y cuatro millas del objetivo, Talavera la Real a ciento setenta y nueve, y Morón, la base más próxima, a sesenta y dos. Eso quiere decir que en muy pocos minutos pueden realizar el trayecto de ida, quedándoles suficiente combustible para el regreso.

»Además —terminó por añadir—, creo que la presencia de un buque de esas características podría despertar sospechas en el enemigo.

La primera intervención de José Lacalle, a juicio del vicepresidente, había sido acertada. Efectivamente, pensó, si no fuese imprescindible, no sería aconsejable realizar movimientos que pudieran resultar ostentadores.

—Por favor, ministro —miró al ferrolano—, continúe usted.

—Almirante, el papel de la Armada en esta acción va a quedar, por lo que se habló en la primera conferencia, en un segundo plano. —Se colocó sus gafas

metálicas, y siguió hablando—. Gibraltar no se encuentra en un lugar donde haya que llegar por mar para transportar el importante despliegue armamentístico y humano que se va a requerir.

Carrero abrió las palmas de sus manos en demanda de explicación. El que fuera la fuerza armada que menos participara, algo que era obvio, no quería decir que no tuviera su rol específico en la Operación Mirón.

—Desde la base de submarinos de Cartagena saldrán nuestras dos mejores unidades, el S-22 y el Almirante García de los Reyes. Navegarán por la superficie hasta noventa y cinco millas al oeste de Alborán, momento en el cual iniciaran la inmersión, Veinte minutos antes de la entrada en acción de los aviones, emergerán y situarán, mediante lanchas neumáticas, a un grupo de cien hombres para que preparen una acción de distracción al sur del peñón.

—¿Le parece corto el papel de su ministerio? Cada una de las piezas de este engranaje —argumentó a Nieto Antúnez, sin esperar a que este hablara— tiene un valor fundamental. Mire, hay máquinas muy grandes que pueden no funcionar porque no lo haga su componente más pequeño. ¿No?

—Por supuesto, almirante.

Tras un leve asentimiento, el vicepresidente dirigió la mirada al teniente general Camilo Menéndez Tolosa, que todavía no había participado en la reunión.

—Nosotros entramos después —empezó precisando el canario—, aunque nos pondremos en movimiento casi los primeros. Con discreción, días antes iremos situando carros de combate de los tipos M-47 y M-48 en todos los lugares que podamos del Campo de Gibraltar, en especial en Algeciras, que parece un lugar con suficientes elementos de camuflaje. Una compañía de zapadores iniciará, a la vez que los aviones realicen los primeros ataques, el fuego de mortero sobre el aeropuerto y los aviones allí situados. Calculo que en quince minutos, si no hay imprevistos, el aeródromo de Gibraltar quede completamente inutilizado, excepto un pasillo, coincidente con la actual carretera, que sirva para la entrada en la colonia de nuestros carros.

—Mi general —casi para sorpresa de todos, Caballero volvía a intervenir—, estamos ampliando la información que teníamos sobre las instalaciones militares gibraltareñas.

—Perdón —interrumpió Menéndez Tolosa, mientras miraba a los presentes—, no le entiendo.

—Sí, que al margen de la información que obtuve durante mi estancia, y que me sirvió para levantar el plano con el que estamos trabajando, estamos obteniendo un mayor detalle de lo que tienen los gibraltareños tras la verja, en concreto del número, medidas y características de los edificios militares y, una de las cosas que más me ha preocupado desde el inicio, la ubicación de las entradas a la roca.

—Pero, esa información, ¿cómo se está consiguiendo? —quiso saber el ministro del Ejército de Tierra, que era al que más afectaba lo que estaba indicando el

coordinador.

—Camilo… —Carrero le mandó callar diciendo su nombre y cerrando levemente los ojos. Todos entendieron.

La exposición del plan había entusiasmado al general José Caballero, aunque notaba en todos los ministros no un cariz de reproche, sino una perspectiva demasiado… no era capaz de encontrar la palabra adecuada… «automática.» Sí, era eso, los tres ministros le parecían autómatas repitiendo una lección más que aprendida, interiorizada. Les notaba faltos de entusiasmo, de ardor, del mismo sentimiento que le poseyó a él desde que Carrero le encomendó tan alta responsabilidad. «¿Cómo era posible que ninguno se mostrara apasionado con el proyecto de recuperar la integridad nacional?», se preguntó casi con lástima.

Había acertado. Ninguno de los tres aprobaba la acción militar que estaban exponiendo. Aunque no lo llegaron a poner encima de la mesa, les parecía que la solución militar no era el camino para recuperar la soberanía del Peñón.

—Me ha parecido correcta su exposición. Les felicito por ello. Quiero adelantarles —les comentó Carrero a modo de epílogo de la reunión— que el Consejo de Ministros aprobará una medida imprescindible para poder llevar a cabo esta misión que nos ha encargado el Generalísimo. Estamos hablando del cierre de la frontera que nos comunica con ellos. No les puedo apuntar la fecha pero espero que sea pronto, en cualquier caso, antes del verano.

Nadie comentó sus palabras. Carrero, continuó.

—La Operación Mirón todavía no tiene día. Lo pondrá, lógicamente, el Generalísimo, pero me inclino a pensar que será al poco tiempo del cierre de la verja. Les insto a que vayan preparando a sus hombres y sus máquinas aunque dentro de la máxima discreción. Absolutamente nadie más que nosotros cinco tiene que saber que estamos preparando esta acción de salvación nacional. Entrenen a sus equipos y ténganles bien preparados para cuando llegue el momento. Por cierto, ¿ha pensado ya quiénes serán los primeros hombres que entren en Gibraltar?

—Por supuesto, almirante —corroboró Menéndez Tolosa—. Nadie puede hacerlo mejor que ellos. Carrero entendió a quiénes se estaba refiriendo y no tardó en conceder la aprobación.

—Me parece perfecto. Estoy de acuerdo con usted, nadie mejor que ellos. ¡Por cierto, Caballero!, ¿ya sabe cómo va a llevar a varios miles de soldados a las inmediaciones de la frontera sin despertar sospechas ?

—Todavía no, almirante —reconoció el burgalés.

—Pues es un asunto que tiene que pensar, y pronto. ¿No le parece?

Abril

Día 3 de abril

Isabel dejó pasar a un viejo camión de reparto ACV cargado con cajas de bebidas que habían llegado en uno de los barcos mercantes que atracaban en los muelles de Gibraltar para alimentar a los veinticinco mil habitantes con que contaba la colonia. Solía hacer la compra en unas tiendas de comestibles que se situaban en la trasera de *Casemates Square*. Dado que todo el mundo hablaba perfectamente español, eso sí, con un fuerte ceceo, como si se encontrara en una calle de Chiclana, de Conil o de Barbate, no terminaba de verse en la necesidad ineludible de saber inglés. Se había comprado en *Gibraltar Bookshop*, en *Main Street* esquina con a *Governor's Lane*, un método para aprender el idioma, y muchas tardes, para cubrir el tedio de la inactividad, se encerraba en su habitación —mientras Michael atendía una tienda en la que no entraban clientes— y se aplicaba en el estudio, el cual completaba con la radio y la televisión. En las pocas semanas que llevaba notaba que había experimentado algún pequeño progreso pero aquel avance no se traducía en conversación con los gibraltareños, ya que en cuanto estos se daban cuenta de que era española, le hablaban en su idioma, aunque ella hubiera arrancado la conversación en inglés.

Pero eso no fue lo que intentó hablar cuando se cruzó con Violet Rogers, aquella mujer que había entrado en la tienda preguntando por los sellos de Julio Romero de Torres. Días después, Michael le contó que se la había encontrado y que le había pedido disculpas por pedirle un sello diciendo le que era el de mayor valor de la colección cuando no era así. «Eres una mal pensada», le había recriminado su falso marido. Ella no se quedó convencida. Había algo que no le terminaba de encajar.

Como si hubiera habido telepatía, nada más comprar un paquete de cuécaros —que se había acostumbrado a tomar de desayuno y que fue una de las sorpresas agradables que se encontró la golosa Isabel al llegar a Gibraltar—, salió a la calle y se encontró con Violet.

—¡Hola!, ¿se acuerda de mí? —preguntó la viejecita muy sonriente.

—Claro que me acuerdo de usted. Todavía no llevo mucho tiempo aquí como para que se me olviden las personas con las que he hablado.

—Yo es que soy muy buena fisonomista. Veo una cara y ya no se me olvida en toda mi vida. ¿Qué, comprando?

—Sí —confirmó la cordobesa—, mi marido está en la tienda y aprovecho parte de la mañana para hacer la compra.

—Ya verá que aquí tenemos de todo, o casi de todo —sonrió de nuevo.

—Sí, me ha sorprendido el surtido que tienen las tiendas.

—Claro, los del otro lado de la verja se creen que aquí solo tenemos tabaco y

alcohol, pero no, tenemos muchas más cosas, claro que no tantas como en Madrid —matiza, levantando la mano.

—¿En Madrid? —Isabel no sabía la razón por la cual le había nombrado la capital.

—Bueno, usted lo conocerá bien, ya que antes tenían una tienda allí, ¿no?

La había vuelto a sorprender la apreciación.

—Sí, claro que conozco bien Madrid.

—Yo nunca he estado, dicen que es una ciudad muy bonita. ¿En qué parte vivía usted?

—En la calle Jorge Juan. —Ahí no mintió, era donde se encontraba la pensión en la que se alojaba cuando trabajaba en Menéndez Pelayo.

—No sé dónde está esa calle. Bueno, es igual. Pero casarse, se casarían ustedes en su pueblo, porque usted, por el acento, es andaluza. ¿A que no me equivoco?

Isabel no sabía cómo dar por concluida la incómoda conversación. Intentó zanjarla lo antes posible.

—Sí, claro, nos casamos en un pueblo de Córdoba. Me tiene que perdonar, mi marido me está esperando porque tiene que salir.

—Perdón, querida. Como tengo todo el día para mí, me aburro demasiado, y si me encuentro con alguien en la calle… en fin, ya nos veremos, esto es un sitio muy pequeño, ya sabe.

—Seguro que sí.

Isabel se sentía algo extraña. Era Jueves Santo y nunca antes había pasado un día tan señalado como ese de aquella manera, sin estar rezando con su madre. En Gibraltar la Semana Santa pasaba casi desapercibida y aquellas calles no sabían lo que era acoger una procesión de penitentes ni venerar a un santo.

De primero, había preparado para comer una ensalada de lechuga, maíz y tomates. Los dos comían en el salón, frente a la *De Wald*, mientras esta emitía las noticias. Cuando se levantó para traer el pescado, un róbalo que había cocinado en el homo, fue cuando Michael comenzó a hablar.

—¿Sabes a quién me he encontrado cuando he salido de Correos ?

—¿A quién? —respondió Isabel, instintivamente, mientras se colocaba la servilleta sobre los muslos.

—A la señora aquella que tú decías que sabía mucho de sellos y que luego resultó que se había confundido.

A Isabel aquellas palabras la quemaron más que la fuente de Pyrex sobre la cual el jugo del pescado lanzaba borbotones, como si fuera la lava de un volcán. Ella no le había dicho que también se la había encontrado.

—¿Y qué te ha dicho? —sondeó, malintencionadamente.

—Nada, tontunas, esa mujer se aburre y cuando te engancha no te deja en paz.

Después de servir, y probar cómo le había quedado el pescado, la cordobesa, no contenta con la exigua explicación de Michael, indagó para obtener más información.

—Sí, tiene pinta de no tener nada que hacer en todo el día. No tendrá ni hijos o, si los tiene, ya serán mayores. Vivirá sola. No me extraña. —Isabel fingía como podía.

Después de tomarse un trago del vino con el que acompañaban el plato, el inglés siguió hablando.

—¡Qué mujer, qué cotilla! Se ha puesto a contarme que aquí en Gibraltar se vive muy bien y que no le extraña que los españoles quieran hacerse con el Peñón.

—¿Eso te ha dicho? —Le extrañó el tema de conversación.

—Sí, y después, sin venir a cuento, va y me pregunta que dónde nos casamos.

—¿Qué… dónde nos casamos? —Isabel estaba segura de que si su falso marido hubiera sido algo más observador, se habría dado cuenta de cómo le había mudado el semblante.— Sí, eso me preguntó —respondió Michael, con naturalidad.

—Y tú, ¿qué le dijiste? —quiso saber, estremecida.

—Mujer, lo normal, que nos casamos en Madrid. Concretamente en la iglesia de San Ginés. La más cercana a la plaza Mayor, le dije. Y se fue tan convencida.

Después, el inglés pareció concentrarse en la información deportiva que contaban en la televisión mientras que Isabel intentó disimular como pudo las náuseas que le había provocado lo que acababa de escuchar.

Día 8 de abril

—¿Nada?

—Nada —ratificó Dean a su jefe.

—¿Pero nada de nada?

—Ya le repito, las malditas cartas llevan en su interior un papel maché, denso, que impide que se puedan ver al trasluz. Todos los días he estado un buen rato con cada una y lo he intentado por todos los medios, incluso con una linterna, interponiendo la carta entre la luz y mis ojos, y nada, no he podido ni siquiera intuir una sola letra de lo que se ha escrito en su interior.

El comandante había recibido al teniente en su despacho. Desde hacía unos días no había parado de solicitarle la reunión y lo que le contaba, la verdad, no le gustaba. Aunque no tenía todavía ningún motivo serio de preocupación, sí compartía con él que esas visitas diarias a Correos eran raras, que no tenían mucho sentido aparente.

—¿Y dice que hay días que no entra nadie?

Dean, que se había sentado en una pequeña butaca al otro lado del gran escritorio del comandante, extrajo del interior de su guerrera un folio donde había anotado las personas que entraban en la filatelia de Michael Murray.

David Facey, el comandante de *The Royal Gibraltar Pólice*, tomó el papel y se ajustó las gafas de lectura. Lo leyó con interés y después levantó los ojos hacia su interlocutor.

—Es verdad, hay algunos días que no ha entrado nadie en la tienda —comprobó

el comandante, con seriedad—. Me imagino que la gente estará habituada a ir a las otras filatelias…

—Sí, a las que están en Irish Town y King Street. —El teniente no desperdiciaba cada oportunidad que se le presentaba para presumir de los conocimientos que tenía sobre la colonia—. Pues incluso así, al día siguiente iba a Correos a poner cartas.

—¿Y qué pedirá a sus proveedores?

Dean sintió satisfacción al escuchar la inquietud de su jefe. No cabía duda de que el comandante empezaba a considerar en serio sus sospechas.

—Por eso he venido, señor, porque yo tengo muy claro que este hombre es cualquier cosa menos filatélico. El comercio que montó tan rápidamente, con más dinero del necesario, es una tapadera.

—Una tapadera, ¿de qué? —El comandante se había quitado las gafas de leer de un solo golpe, con la mano derecha.

—No lo sé.

—Pues nos tendremos que enterar.

—Una medida que podríamos hacer es abrir una carta y verificar su contenido.

—¡Vamos, Dean!, ese no puede ser el razonamiento de un teniente perteneciente a *The Royal Gibraltar Pólice*. El camino no es ese. ¿Ha oído usted la palabra legalidad?

El teniente Rogers se veía impotente para terminar de convencer a su jefe de lo anómalo de aquella situación en la que creyó desde el principio. Ya no podía ir con más rodeos y entró directamente con el argumento más contundente.

—Mi comandante. Hace unos días le pedí a mi madre que me echara una mano.

—Dean, ¡por Dios!, deje a su madre en paz —Facey ya conocía lo aficionado que era su teniente a solicitar trabajos policiales paralelos a su madre. Como superior no lo aprobaba, pero tampoco se lo podía prohibir. Bien era verdad que en alguna ocasión les había facilitado enormemente su quehacer investigador.

—Ya sabe que ella no tiene nada que hacer, y estas cosas le gustan.

—A ver, ¿qué averiguó su madre?

—Lo de la boda. —¿Lo de la boda?— preguntó el comandante, algo desconcertado.

Dean Rogers comenzó con su relato. Mientras avanzaba en él, notaba cómo su interlocutor se interesaba cada vez más por lo que le decía, asintiendo a medida que asumía lo escuchado.

Al terminar, exclamó, a modo de cumplido:

—¿Sabe qué le digo?, que a su madre habrá que levantarle un monumento.

Día 10 de abril

Carrero no estaba totalmente convencido de que la decisión que habían tomado el

pasado día veinticinco había sido la correcta. Levantar un estado de excepción puede entenderse como signo de magnanimidad, de generosidad hacia los ciudadanos de un país; pero el almirante albergaba dudas sobre si también podía interpretarse como una muestra de debilidad ante las presiones de los grupos indeseables de la sociedad y de la prensa extranjera.

Todavía recordaba el apoyo incondicional que recibió de Nieto Antúnez y de Pepe Solís, dentro del gobierno; y de todas las Cortes cuando expuso las razones de la extensión a todo el territorio nacional de una medida que había comenzado el verano pasado en Guipúzcoa motivada por el asesinato de Melitón Manzanas. Los periodistas acreditados en el hemiciclo llegaron a contar en sus crónicas que hasta en diez ocasiones el almirante tuvo que dejar de hablar para corresponder a los aplausos de todos los miembros de la cámara.

El *Dodge Dart*, que procedía de la calle Juan Bravo, giró por Claudio Coello camino otra vez de su casa para desayunar después de haber escuchado misa y comulgado en la iglesia de San Francisco de Borja.

El almirante sentía que junto a Franco formaban las dos partes indisolubles de un mismo cuerpo: el Caudillo aportaba la cabeza y él las extremidades. El uno pensaba y el otro ejecutaba, y ahora había tocado rematar la ímproba labor iniciada en África un diecisiete de julio —como honraba el colosal monumento erigido en Ceuta para recordar una fecha tan marcada como esa— con la conquista del peñón de Gibraltar. Un logro que no sabría el alcance que podría tener en la órbita soviética ya que lo que nunca se podría reprochar a los británicos era su marcado carácter anticomunista, aunque en la Segunda Guerra Mundial se hubieran aliado con ellos contra Hitler. Una invasión del Peñón beneficiaría a España, eso nadie lo ponía en duda, pero también favorecería los intereses soviéticos ya que la NATO se quedaría sin una importante base de operaciones.

Para Carrero el país tenía otros asuntos de interés, desde su humilde punto de vista, mucho más preocupantes que plantear una invasión armada de la colonia: la grave situación económica, las continuas revueltas universitarias, la rebeldía de un sector del clero y la situación que se estaba viviendo con la descolonización de Guinea Ecuatorial. Aquella, que había sido casa española hasta que en octubre del año anterior Fraga y Francisco Macías firmaran en Malabo el acta de independencia, estaba registrando continuos altercados llegando a temer, incluso, por la seguridad de la amplia colonia española que todavía residía en el país africano. Y para colmo de males exteriores, estaba la tozuda postura de Castiella que regateaba a la administración Nixon la prórroga de la cesión de las bases americanas en nuestro país. «A este ministro hay que pararle los pies, a veces piensa demasiado.»

Pero lo que realmente preocupaba al almirante era la ausencia de sucesor en la jefatura del Estado. Todo el mundo apuntaba como heredero al nieto de Alfonso XIII, pero Franco todavía no terminaba de decidirse, o quizá de hacer pública esa decisión.

El vehículo llegó al número 6 de Hermanos Bécquer y el portero de la finca le

abrió la portezuela por donde se apeó un almirante Carrero Blanco que ya no vestía su grueso abrigo de paño azul por la benignidad de la primavera madrileña.

—Almirante, le ha llamado el general José Caballero —le informó Luis Acevedo, su secretario, nada más entrar en el piso.

Carrero enarcó las cejas a la vez que sacó un cigarrillo.

—¿Dijo qué quería? —indagó, después de expulsar el humo ceniciento de la primera bocanada.

—Me anunció que tenía mucho interés en hablar con usted. Yo le he dicho que siempre es usted quien fija las citas, pero el general se obstinó.

Carrero asintió e intentó ponerse en lugar del general de brigada. «Estará nervioso», quiso justificarle.

—Dígale que podemos vernos la semana próxima, a mediados, que esta ya no es posible. El martes, por ejemplo.

—¿En Castellana o aquí?, almirante.

—En Castellana. El que le haya recibido alguna una vez aquí no quiere decir que este sea mi despacho. Mi centro de trabajo lo tengo allí. Aquí está mi familia.

—Sí, almirante.

Día 12 de abril

El *Ford Capri* de Thomas Best acababa de entrar en la provincia de Cádiz, pero el conductor todavía seguía en su casa de Málaga, por lo menos mentalmente. Se consideraba un mamarracho, un simple, un mediocre. No podía alcanzar a entender cómo había tenido un error de tamaño calibre. Él, todo un jefe de Sección del MI6, había caído infantilmente ante una agente júnior, una miserable arribista que se valió de su cuerpo escaso y de su poca vergüenza para conseguir al final lo que se había propuesto.

No se le olvidaba cómo se presentó en la oficina el pasado viernes. Darren se encontraba en la provincia de Ciudad Real, concretamente en Manzanares —donde el Gobierno español tenía una central de telecomunicaciones—, mientras que el quisquilloso Albert se había tenido que marchar a Londres porque su madre había enfermado hasta el punto de poder tener un desenlace fatal en cuestión de horas.

Conocedora de la situación, y de que se iban a encontrar los dos solos en la oficina, Cindy se había embutido unos pantalones rojos tan ajustados que no se hacía necesario que Thomas tuviera que apelar a la imaginación para saber con absoluta precisión cómo era el cuerpo de su secretaria de cintura para abajo. Hacia arriba tampoco había que ser muy lince. Simplemente tener dos ojos para distinguir el sujetador negro que se transparentaba bajo la blusa blanca, bien abierta, para ocultar los pechos más pequeños pero más sugerentes que había conocido.

Mientras leía el Sur del día, Cindy aprovechó para entrar en su despacho con la

excusa ridícula de buscar unas carpetas. Valiéndose de ese pretexto, la joven no paraba de moverse por la estancia, de agacharse para mirar en el armario, de girarse, de mirarle y de distraerle preguntándole tontunas.

Aunque Thomas quería concentrarse en la lectura del diario, sus ojos viajaban continuamente desde el papel a la tela, traspasándola después hasta llegar a una piel que comenzó a desear hasta el nivel de sentir cómo el pantalón le quedaba demasiado apretado. Por fin, se levantó de la mesa…

«¿Cómo has podido aguantar tanto tiempo? Sí que te haces de rogar», le llegó a preguntar Cindy, después de que lo hicieran en el sofá de terciopelo granate que Thomas había dispuesto en su despacho.

Lo tenía decidido. Pediría el traslado de la agente a otra estación. Cuando regresara, elaboraría un magnífico informe sobre la muchacha —de todo el mundo era sabido que una de las maneras de quitarse a alguien de encima era ponderar en demasía sus virtudes profesionales—, diría que estaba preparada para hacerse cargo de una estación modesta y que sus días en Málaga habían terminado. Hablaría con Rennie y le diría que Cynthia era una mujer con proyección en el Servicio y que, mantenerla en labores administrativas, era un lujo que el MI6 no se podía permitir.

Sin perder la vista de la costa, enfiló la cuesta del Higuerón, que tenía como decorado la imponente visión del peñón de Gibraltar.

El Guardia Civil que examinó el pasaporte de Thomas Best no mostró reparo alguno y le franqueó la salida de España —según la ocasión, el inglés mostraba su pasaporte británico o su documento nacional de identidad español—. En el lado inglés, el *bobby* le saludó afectuosamente, aunque no le conocía.

—Manuel, me alegro mucho de verle —fue la salutación que recibió de David Facey en presencia de Dean Rogers. Allí también se hacía llamar por su alias español —. ¿Qué tal el viaje?

—Fatal, como siempre. Es incomprensible que se tarde menos tiempo en llegar a Londres desde Málaga que en venir aquí.

—Ya sabemos cómo están las carreteras en España —dedujo Dean, sin recibir eco de su opinión.

—¿Le apetece tomar algo?

—No, comandante, gracias. Si le parece, mejor cuénteme lo del filatélico.

—Tiene razón. Le he pedido al teniente Dean Rogers que nos acompañe porque ha conseguido una información que he entendido es de sumo interés. Por favor…

—Gracias, comandante. —Se arrellanó en la silla, sintiéndose un hombre importante. Tenía delante a un espía del MI6 al que había hecho recorrer muchos kilómetros para contarle algo. Un momento así lo podía calificar como un hito en su profesión. Intentó que no le temblara la voz—. El señor Michael Murray se estableció en febrero de este año en la *King's Yard Line* con un negocio filatélico. Le acompañaba una mujer. En teoría es su mujer.

—Dean, le rogaría concreción —le pidió el comandante, ante la mirada impasible

de Thomas.

Después de relatarle lo de las cartas que enviaba a filatelias de muchas ciudades españolas, y de recibir envíos con sellos, haciéndole ver lo sinsentido que puede ser para cualquier negocio acopiar mercancía que no vende, pasó a relatarle —aunque omitió la fuente— lo de la falta de conocimientos filatélicos y los distintos lugares de casamientos.

—Cada uno se ha casado en un lugar distinto —concluyó el teniente, poniendo cara de orgullo por el trabajo realizado.

Thomas asintió a la vez que se apuraba el cigarrillo.

—¿Qué años tienen?

—Él cuarenta y siete, aunque aparenta ser más joven. Y ella veinticinco. En su caso, parece algo mayor —opinó Dean, después de responder a la pregunta del hombre del MI6.

—¿Y no puede ser que él hubiera estado casado y hubiera enviudado, y casado después con esa chica?

Los dos policías se miraron.

—Con todos los respetos, Manuel —intervino David Facey—, es una posibilidad pero, francamente, yo no respondería así.

Best lo miró inquisitivamente. No terminaba de comprender la respuesta.

—Sí, esta vez sé muy bien lo que digo. Enviudé hace ocho años y estoy casado en segundas nupcias. Si hoy alguien me preguntara dónde me casé, no diría en la catedral de Hereford sino aquí, en Gibraltar, donde conocí a mi actual esposa, en *Saint Mary the Crowned*.

Al terminar sus palabras, se hizo un silencio en el despacho. El comandante se había quedado muy callado, pensativo.

—¡Bien!, nos encontramos entonces —Thomas retomó el hilo de la conversación— con que un inglés, falsamente casado con una española, sin ser filatélico, ha montado una filatelia en la cual no entra nadie, y pasa todos los días engordando unas existencias a las que no da salida.

Los dos policías se maravillaron de la capacidad que acababa de mostrar el hombre del MI6 para resumir.

Día 13 de abril

Los alrededores de la plaza Mayor de Madrid se encontraban atestados de gente que curioseaba en los puestos portátiles de sellos y monedas que se instalaban bajo las arcadas de la plaza, y entraba y salía de los bares y comercios de los alrededores, todos ellos abiertos a pesar de ser domingo.

Una de las personas que paseaba, al parecer sin rumbo fijo, era un hombre de mediana estatura, de abundante pelo cano, que ocultaba parte de los rasgos de su cara

con unas gafas de pasta negra tan falsas como la mayoría de las palabras que decía cada vez que abría la boca.

Aunque la amistad no era algo que el MI6 propugnara entre sus miembros, Thomas Best tenía algunos amigos diseminados por todo el mundo, y uno de ellos era un antiguo compañero con el que coincidió en Argentina. Por eso no le manifestó traba alguna cuando le llamó desde Gibraltar el día anterior para pedirle un favor.

—¿De verdad que no trabajó aquí nadie con la descripción que le estoy diciendo?

—No, seguro —le reafirmó un filatélico de Felipe III, una calle muy corta que recorría la escasa distancia existente entre la plaza Mayor y la calle homónima—, hace más de tres años que no entra nadie a trabajar en mi tienda. Y el último en marcharse fue Julián, que se jubiló el año pasado. ¿Por qué lo pregunta?

El hombre del MI6 y amigo de Thomas recorrió, con paciencia y meticulosidad, todas las filatelias y numismáticas que había en la plaza Mayor y aledaños.

—Este negocio no da para mantener empleados —le explicó al inglés un hombre algo cheposo que vestía un guardapolvo gris—, aquí solo trabajamos la familia. Mis hijos y yo —sentenció.

—Es que no sé en qué filatelia me contó mi hermano que le atendió un hombre muy amable, que tendría algo más de cuarenta años y que se marchó para establecerse en otro lugar. Y querría hablar con él.

—No, ya le digo que aquí no. De todas maneras, si quiere, nosotros le podemos atender igualmente. Dígame, ¿en qué estaría interesado?

Varió de táctica, sin utilizar la misma en cada tienda. En la mayoría de los casos, iniciaba la conversación interesándose por algún sello concreto: de 5 pesetas correspondiente a escudos españoles, de 6 de trajes regionales, o de series de pintores, motivo que se repetía en el catálogo de emisiones recientes con bastante asiduidad. Después, el espía inglés y amigo de Thomas Best pasaba a hablar de nimiedades hasta que entraba en la materia que lo había llevado hasta ahí.

Después de haberse gastado 181 pesetas en sellos, que fue comprando para contar con un motivo poco sospechoso de iniciar una conversación, y de haber entrado en no menos de quince establecimientos, llegó a la conclusión de que su intuición ya le había adelantado antes de entrar en el primero: Madrid no conocía a Michael Murray.

Aquella noche Thomas recibió una llamada realizada desde la embajada del Reino Unido en Madrid en la que le informaban del trabajo realizado.

Día 15 de abril

—¿Cómo te las vas a arreglar para ir a Correos?

—No te preocupes, Isabel, dejaré un papel diciendo que vuelvo en un cuarto de hora y ya está. Teniendo en cuenta el número de clientes que entran en la tienda, mala suerte sería que se dejara ver alguno en ese momento. Si acelero el paso y no hay

cola, seguro que hasta puedo tardar un poco menos. —Yendo por *Main Street*, se podía encontrar a seiscientos metros del edificio de Correos.

—Es que hace mucho que no veo a mi hija y la echo de menos.

—Es normal —sonrió el inglés.

Isabel no podía tener queja de Michael. La conexión entre los dos era perfecta. Ella ejercía de ama de casa, y él nunca había intentado sacar partido de una situación, en potencia ventajosa, cuando hombre y mujer conviven bajo el mismo techo.

La relación se podía calificar como ambigua porque a veces se enredaban en conversaciones sobre la vida en la colonia y la idiosincrasia de los gibraltareños pero en cambio, en otras, se sumían ambos en largos silencios que no hacían sino sumar un elemento más de complicidad en la pareja. Se miraban, a veces se sonreían sin motivo, se portaban con exceso de educación mutua… pero no pasaban de ahí. Como si se encontraran en un viaje hacia el centro de la tierra, la atracción que experimentaban el uno hacia el otro, lentamente, muy lentamente, iba avanzando en intensidad. Pero nada más. De momento, nada más. Ninguno de los dos parecía estar dispuesto a dar el primer paso, quizá porque sabían que un primer paso podía suponer una caída hacia el infinito.

A las cuatro de la tarde, cuando el edificio de las aduanas se encontraba vacío porque los trabajadores todavía no habían iniciado el camino de retorno a sus casas, Isabel regresaba a España, adonde no iba desde el día que entró en Gibraltar, el siete de febrero. Cargada con una pequeña maleta y una bolsa con unos regalos para sus padres y un peluche para Rafaela, atravesó andando el descampado conocido como Campo neutral, y así llegó a las primeras casas de La Línea. Entró en el bar Siete Puertas y pidió al camarero —que en ese momento servía una copita de La Hortelana a un cliente— un taxi que la pudiera llevar a Cádiz, donde tenía previsto tomar un autobús que la condujera a Córdoba capital. Allí, su tío Alfonso la recogería para llevarla a Alcaracejos, su pueblo —el hermano de su madre, corredor de ganado, tenía un Mercedes 200 gris plata, uno de los pocos coches que circulaban por sus calles.

Pero eso era lo que le había contado a Michael, la realidad iba a ser algo distinta.

Diez minutos después de entrar en el bar, y tras tomar un café con leche, Isabel cogía el taxi que la llevaría a Cádiz

—¿Adonde la llevo exactamente, señora? —A la plaza de San Juan de Dios. ¿No es allí donde está el ayuntamiento?

El viaje se le hizo eterno. La circulación era muy lenta porque la carretera estaba llena de camiones y, además, aburrida, ya que el trazado discurría por el interior sin ver el lejano mar nada más que en alguna esporádica ocasión. Lo peor fue al llegar a Chiclana. Desde allí, hasta la capital, las paradas fueron continuas y el tráfico, sobre todo al atravesar San Fernando, se volvía tan intenso que Isabel se encontraba al borde del desquiciamiento. Solo la aliviaba la idea de que iba a ver a su hija y a sus padres, pero también la calmaba el hecho de pensar que iba a compartir una congoja,

un miedo que se había apoderado de ella desde que se cruzó con la maldita vieja que no paraba de preguntar. Bajo ese halo de candor senil se encontraba alguien que Isabel entendía como amenazador, un ser del cual desconocía sus intenciones.

Después de pagar, y antes de que ella pudiera buscar con la mirada, alguien la había visto y había corrido a ayudarla:

—¿Te sujeto la maleta?

Isabel sonrió y agradeció la intención.

—No, no es necesario.

El hombre la miro de arriba abajo. El encontrarse tan lejos del lugar donde la había conocido le daba al encuentro un aire distinto, quizás algo lúdico. Además, estaban en Cádiz, allí nadie los conocía, eran dos extraños. Pero también era verdad que ambos eran dos profesionales, sobre todo él, y si se estaban viendo en aquel lugar era por trabajo. Nada más, por muy guapa y elegante que la hubiera encontrado con su traje de chaqueta de lana, granate, con la botonadura y el cuello en negro.

—¿A qué hora sale tu tren? —quiso enterarse Nicomedes.

—A las diez.

El hombre miró el reloj. Las agujas marcaban las siete de la tarde.

—La estación está muy cerca de aquí. Vamos a comer algo y me cuentas.

Después de tomar asiento junto a una mesa en un bar de la calle Jabonería, muy cerca de donde se habían encontrado, y de pedir unos fritos y un par de vasos de vino, el hombre la animó a que hablara y le contara la razón por la cual había solicitado la cita.

—Isabel, dime. Me tienes preocupado, desde que recibí tu llamada no he dejado de pensar en ti. Lo primero, ¿qué tal te encuentras? —Nicomedes sentía por la cordobesa un cariño casi paternal. La consideraba una niña, como una hija.

Antes de que se marchara a Gibraltar, los dos mantuvieron una conversación en su despacho, en Menéndez Pelayo 49. «Si tienes cualquier problema —la quiso tranquilizar en aquella reunión—, el que sea, llámame y hago por vernos. Y si entiendes que es confidencial, o es algo de lo que no quieres que se entere Michael, igual, tú me lo dices que nadie lo sabrá.» El lunes anterior, después de haberlo estado madurando, Isabel se fue a la oficina de telégrafos y puso una conferencia con Madrid. Con un número que estaba desviado a Menéndez Pelayo y que no sabía nadie más, ni tenía anotado en lugar alguno. Ella lo memorizó con una sencilla regla mnemotécnica.

—Pues el problema es que creo que algo no funciona bien.

Nicomedes Manrique no le dijo nada y la miró con atención, con afán de escucha.

—Al poco de llegar —continuó la mujer—, entró en la filatelia una mujer mayor con preguntas que me parecieron demasiado raras. Pidió un sello diciendo que era el de mayor valor cuando no era así.

—No entiendo.

—Bueno, no exactamente, preguntó por el de mayor valor diciendo un precio

cuando en realidad tiene otro.

El hombre la miró con profundidad. Su cabeza se encontraba en pleno proceso de búsqueda de una explicación lógica a lo que acababa de escuchar. En un primer momento no encontró ninguna.

—¿Y qué más?

—A primeros de mes nos volvimos a ver las dos. Yo venía de comprar y me la encontré… no sé cómo decirle… —parecía que le costaba trabajo acertar con las palabras precisas—, paseando por la calle.

—¿Paseando?

—No exactamente. Estaba como haciendo tiempo.

—Vamos, que te estaba buscando —resolvió el hombre.

—No digo que me estuviera buscando, pero no hacía nada en especial. Sí, se hizo la encontradiza. No cabe pensar otra cosa. —Isabel le vino a dar la razón a Nicomedes.

—¿Y qué hablasteis ?

—Estuvo como el primer día, haciéndose la simpática, y preguntando cosas.

Nicomedes mostraba un vivo interés por lo que escuchaba. Sus ojos estaban concentrados en los de Isabel, el cuerpo ligeramente adelantado y las manos juntas con los dedos entrecruzados.

—¿Y qué te preguntó?

—Dónde había vivido, quiero decir, en qué zona de Madrid había vivido antes, porque ella dio por sentado que vivíamos en Madrid.

—¿Porqué?

—Porque Michael se lo dijo el primer día que la conocimos, cuando entró en la filatelia.

El hombre cerró los ojos y ladeó la cabeza. Su rostro mostraba una expresión de preocupación.

—¿Y qué más te preguntó? —quiso saber el hombre del Seced.

—Que si nos casamos en mi pueblo, dándolo por hecho.

Nicomedes cogió el vaso de vino que había pedido y se lo bebió de un trago.

—Pero hay una última cosa.

—Dime, dime. Cuéntame todo lo que quieras.

—Lo peor vino después. Yo volví a la casa y después bajé, como hago todos los días, a la tienda para atenderla mientras Michael se va a Correos a poner unas cartas. —El hombre asintió, sabía muy bien a qué se refería con eso de poner las cartas aunque, curiosamente, Isabel no supiera qué labor realizaba en Gibraltar su falso marido—. No le hablé del encuentro que había tenido, no sé si hice bien o no, pero no le dije nada. Pues resultó que, cuando él iba a Correos, también se encontró con la anciana.

—Y le preguntó lo mismo, ¿no?, que dónde os habíais casado.

Isabel ya no abrió la boca. Solo se limitó a asentir.

—Y él le dijo que en otro sitio. ¿A que no me equivoco?

Parecía que las mandíbulas de la cordobesa se habían soldado y que no era capaz de articular palabra alguna. La tensión había subido demasiado, hasta unos límites nuevos para ella.

Nicomedes valoró la situación, sin preguntar nada más. «¿Quién sería esa mujer?, ¿una vieja cotilla desocupada o alguien que realizaba alguna labor de investigación de campo?»

—Isabel, tranquilízate, por favor. —Le puso la mano sobre su brazo y presionó ligeramente. La mujer se encontraba muy asustada—. Dices que fue a primeros de mes.

—Sí, no sé qué día exactamente pero fue a primeros. —Isabel se había sosegado. Le había faltado muy poco para arrancar a llorar.

—¿Y después no has visto nada raro, ha vuelto a ir a la tienda, os habéis vuelto a encontrar con ella? Es muy importante que recuerdes cualquier detalle, por insignificante que te pueda parecer.

—No, no he vuelto a ver a la trolera esa —aseveró, con rotundidad, muy segura de lo que decía—, ahora sabe que yo soy su *querindonga* y que estamos *arrejuntáos*, no un matrimonio como Dios manda, lo que siempre hemos dicho desde que llegamos a Gibraltar.

Nicomedes dejó pasar unos instantes en los que aprovechó para mirar al resto de clientes del bar, la mayoría parecían turistas o personas de paso. Después, cuando vio que Isabel se había calmado, prosiguió.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Sigue haciendo tu vida normal. No le digas nada de esto a Michael y si vuelves a tener algún encuentro que suponga algo más que un hola o adiós, házmelo saber. —Isabel le miraba con unos ojos engrandecidos. Nicomedes le había transmitido una seguridad que perdió desde aquel mediodía en el cual su compañero de misión, inocentemente, le contó el encuentro con la anciana.

—Sí, le llamo enseguida.

Esperó unos segundos y esbozó una ligera sonrisa antes de lanzar la última pregunta.

—¿Estás más tranquila?

Al despedirse, Nicomedes entendió que, de momento por lo menos, no había nada que hacer. Parecía solo una vieja chocha, de las muchas que hay en todos los lugares del mundo. Ninguna razón para alterar los planes que estaban puestos en marcha.

Cuando el expreso de Madrid abandonaba la estación, en su interior viajaba una mujer que no paraba de preguntarse si merecería la pena regresar a Gibraltar o quedarse definitivamente en Alcaracejos con Rafaela y huir de todo y de todos.

Día 16 de abril

Puntual —José Caballero conocía las costumbres del almirante—, el general de brigada llegó al paseo de la Castellana número 3, sede de la Presidencia del Gobierno, un edificio clasicista con una entrada amplia con porche, situado muy próximo a la plaza de Colón, donde acababan de comenzar a construir unas torres con una estructura interna de hormigón armado que rompía la armonía del entorno.

Uno de los ujieres abrió la puerta del *Seat 1500* negro que enarbolaba en su aleta delantera derecha una bandera de España metálica con una estrella de cuatro puntas. El general salió ligero del vehículo, como siempre solía caminar.

Cuando llegó a la segunda planta, Carrero le esperaba junto al escritorio de su despacho.

—A sus órdenes, almirante. —José Caballero inclinó la cabeza y taconeó sus impecables zapatos negros brillantes con un ruido quizá mayor al de otras ocasiones. Por lo menos eso fue lo que le pareció al vicepresidente.

—Por favor.

Después de sentarse en el sillón de confidente, el anfitrión esperó a que comenzara a hablar. Le animó con una frase de bienvenida. Tras ello le preguntó, sin evasivas, la razón de su visita.

—Almirante, tengo que reconocer que me encuentro inquieto con la evolución de la Operación Mirón.

—¿Porqué me dice eso?

—He hablado en alguna ocasión con los tres ministros de su gobierno y noto en ellos… no sé…

—No sé… ¿qué?, por favor, sea concreto.

—Quizá cierta frialdad a la hora de afrontar esta trascendental misión histórica. Poco ardor, incluso podría decir que poco entusiasmo.

—Eso que está usted diciendo puede ser muy grave. ¿Es que no están preparando su parte a conciencia?, ¿nota usted alguna actitud contraria a lo que se les ha ordenado? —conjeturó el cántabro.

—¡No, no digo eso!, ¡ni mucho menos!

—¿Entonces? —Carrero no terminaba de entender el motivo de queja del general de brigada.

—Almirante, a mí me gustaría que ellos fueran como soy yo, entusiastas, vehementes, que se apasionaran con la empresa que se nos ha confiado, no fríos militares que obedecen lo mandado.

—General, usted tiene que saber muy bien que un soldado ha de ser alguien que cumple las órdenes que recibe con absoluta pulcritud. Todos, cada uno en su puesto. Como yo las del Caudillo y él las de Dios.

Caballero no se imaginaba un razonamiento así. Sabía lo religioso que era Carrero: «Para mí es más importante ser considerado hijo de Dios que vicepresidente del Gobierno», le había oído decir en alguna ocasión.

—Los dos generales y el almirante Antúnez gozan de la confianza del Caudillo,

lo mismo que del jefe del Alto Estado Mayor, que tanto lamento no nos pueda acompañar en todos estos preparativos —el capitán general Muñoz Grandes seguía ingresado en el hospital de Carabanchel—, ya que es un magnífico estratega. Por tanto, también tienen la mía. Dígame algo concreto de ellos y tomaré medidas.

—No, no puedo decir nada malo de los ministros, solo que les veo demasiado fríos, como ajenos a este trascendental momento.

—Mire, estamos hablando de iniciar una acción armada contra un país, militarmente hablando, muy potente. Los ingleses siempre han sido unos grandes luchadores —Carrero sentía cierta admiración por las Fuerzas Armadas británicas, quizá por lo acentuada que siempre tuvo su faceta naval y por enarbolar, desde hacía décadas, la bandera anticomunista en la Europa Occidental— y ellos son los responsables de la operación y de la vida de sus hombres. Exijámosles que sean profesionales pero no les pidamos que sean forofos. Eso queda para los hinchas de un equipo de fútbol, no para un ministro militar.

La mirada inquisitiva de Carrero hizo mella en el semblante de José Caballero que, sin haberse dado cuenta, se había quedado con todos sus argumentos desmontados gracias a la firmeza del discurso del vicepresidente del Gobierno.

—¿Qué más me quería contar, general?

Era consciente de que no solo le había absorbido las quejas sino también las ideas y hasta las palabras más elementales.

—Almirante —acertó a decir, al fin—, estoy muy orgulloso de estar al frente de esta operación, y para mí es un honor que el Generalísimo me haya encomendado esta alta misión.

A Carrero no le gustó la última frase, notaba en su construcción una forzada expresión de disciplina, y el anfitrión odiaba las adulaciones.

—General, si usted me lo permite, esta tarde tengo asuntos muy importantes que abordar. Ya sabe usted que los jueves tengo despacho con el Generalísimo en El Pardo, y no hace falta que le remita a la prensa para recordarle cómo están las cosas en el extranjero y lo que tenemos que velar en España para mantener nuestra paz Por cierto, ¿ha encontrado ya la manera de situar en las inmediaciones del Peñón a los soldados que va a necesitar sin levantar sospechas?

Caballero bajó la cabeza.

—Pues preocúpese de eso y deje a sus compañeros que hagan la parte que les corresponde.

—Por supuesto, almirante.

Se puso en pie y se cuadró.

—¿Da vuecencia su permiso para retirarme?

Día 19 de abril

Si ya la diferencia de sueldos entre los españoles que trabajaban a uno u otro lado de la verja constituía un aliciente determinante, el estar colocado en Gibraltar añadía otro adicional: la libranza de los sábados. Con el sueldo fresco, pagado el viernes anterior, los trabajadores, la mayoría linenses o algecireños, disfrutaban de un día adicional de descanso.

Así, el panorama que la colonia ofrecía el sábado era similar al de los domingos, calles vacías, establecimientos cerrados, y casi nulo tránsito rodado.

Como todas las mañanas, Michael salió con Tac a pasear por las calles, siempre hacia el norte, o bien por la zona del puerto o bien por los aledaños del aeródromo militar, bordeando la linde del Garrison, el cementerio local. Tal y como sucedía desde el martes, sus pasos en la distancia eran seguidos por unos prismáticos que permanecían bien atentos a sus movimientos. Thomas Best entendía que pasear a un perro durante un lapso tan largo era excesivo, pero tampoco por eso se podía acusar a una persona de contravenir la ley. Por lo que le habían dicho, Michael era muy cumplidor con la legislación y no había cometido ninguna clase de falta ni siquiera de índole económica, satisfaciendo, puntualmente, todos los impuestos que le correspondían a su establecimiento. En el tiempo que llevaba en la colonia, era un ciudadano ejemplar.

Pero de lo que Thomas no tenía duda alguna era de que la actitud del falso filatélico era demasiado metódica. Todos los días hacía lo mismo. Su paseo, la apertura de la tienda en la que casi no entraba nadie, el envío de las cartas, el ulterior paseo, ya sin el perro, por la noche, después de cenar… siempre igual, todo igual, nada diferente. Y así día tras día. En un primer momento llegaron a pensar que Michael tuviera una amante, algo que fue rápidamente desechado porque, en sus paseos, nunca iba con nadie ni visitaba ninguna casa, ni los prostíbulos de Peligro.

Por télex se había comunicado con la oficina de Málaga para informar de que estaría unos días más en Gibraltar y lo único que había recibido habían sido insinuaciones de Cindy, que se estaba mostrando no ya insoportable sino muy poco profesional. El télex era un medio para fingir ante todos una comunicación con los proveedores de piezas de automoción que luego vendía Albert a los talleres de la región, no para contarle los modelos de bragas que se había comprado y que le esperaban, con ella dentro, para cuando regresase; y también para informarle de que iba a dejar a su novio, que no había conocido a otro hombre igual y un montón de obscenidades que se traducían en relatar con todo detalle las cosas que le haría cuando le volviera a ver. «No sabe ese pobre —pensaba, en alusión al novio cornudo de Cindy— el favor que le puede hacer la vida si esta le abandona. Seguro que encontrará otra mejor con la que poder formar una familia. No le costará trabajo.» Eso sí, no pudo por menos que reírse en alguna ocasión de las cosas que le contaba la secretaria a través del télex que solo se podía abrir con su clave de acceso.

En el fondo se avergonzaba al pensar en que todavía no había empezado a preparar el informe para solicitar, o más bien habría que matizar, para suplicar, a

Rennie que promocionaran a la señorita Barrett. La recordaba sobre el sofá, desnuda, mirándole con aquella cara picara y esos ojos bribones, y se le quitaban las ganas de comenzar a redactarlo.

Comió en *The Escarpment* con la incómoda compañía de no saber muy bien qué era lo que podía estar sucediendo con Michael. Efectivamente, aquello no era normal, y las cosas que se salían de la rutina le preocupaban porque fue una de las primeras máximas que aprendió en el SIS. Lo de las cartas podía tener una explicación pero el que viviera con una mujer con la cual no estaba casado pero fingieran ante todos estarlo… no, algo raro había ahí.

Después de echarse una pequeña siesta —era una de las costumbres que había adoptado desde que vino a vivir a España y que en Londres no terminaban de entender—, pensó que no había mejor manera de terminar un día de descanso que con una mujer.

La calle Gibraltar de La Línea, era una de las más frecuentadas, sobre todo a partir de la medianoche. Se podían contar hasta nueve cabarés donde se ofrecían toda clase de espectáculos y, con algo más de dinero, hasta una buena compañía.

Nada más bajarse del taxi que lo llevó desde la frontera se encontró con que aquel lugar seguía manteniendo el mismo ambiente que dejó la última vez que lo visitó, a finales del año pasado.

Entró en un garito que no conocía y rápidamente percibió la viciada atmósfera que lo inundaba, una mezcla de colonia barata, humo y sudor. Se sentó a media distancia del escenario donde una artista, con un gran parecido físico a Lola Flores, imitaba a la cantante.*A tu vera* brotaba de la garganta de la mujer con la misma nitidez y calidad de voz como si allí estuviera actuando la jerezana.

Pidió un DYC, solo, con hielo.

Al instante, notó que alguien se le acercaba.

—Me llamo Esperanza —le dijo la chica, mientras se sentaba a su lado sin pedir permiso.

Minutos después, la pareja se encontraba encima de una cama sobre una sábana limpia.

—¡Hijo, qué fino eres! —le contestó de mala manera cuando Thomas le puso en su mano un billete de Julio Romero de Torres para que cambiara la sábana antes de acostarse.

Después, la mujer le preguntó su nombre.

—Manolo, soy viajante y no preguntes más —le ordenó.

—Vaya, vaya, Manolo, ¡a ver cómo te portas!

La mujer, después de extender la sábana que había sacado de un aparador que tenía la habitación, al lado de un conjunto de palangana y jarro con espejo, comenzó a desabotonarse el vestido rojo que tendría dos o tres tallas menos de las que le correspondía, mientras Thomas la observaba sentado en una silla.

¿—Por qué no me ayudas con los botones?, es que siempre me enredo con ellos

—le pidió, insinuante.

Thomas se levantó y, cuando estaba a muy pocos centímetros, la mujer le agarró por el cuello y le plantó un beso en la boca, el cual provocó que el inglés se apartara casi violentamente.

—¿Qué pasa, que te da asco? —A la mujer le dieron ganas de escupirle.

—¡No vuelvas a hacer eso! —chilló el inglés, mientras se pasaba el antebrazo por la boca.

La prostituta le miró de arriba abajo hasta posar sus ojos debajo de la cintura. Después, levantó la vista y, señalando, le volvió a preguntar:

—¿Y eso otro?

Thomas se volvió a acercar a ella y, sin mediar palabra, agarró con fuerza la cabeza de Esperanza y la guió. Desde fuera hubiera podido parecer que le estaba haciendo una llave de defensa personal. Pero no, no eran esas las intenciones del hombre.

La mujer clavó las rodillas en el suelo y comenzó su trabajo.

Esperanza miraba al techo mientras Thomas realizaba un movimiento ascendente y descendente. En un momento, y cuando la mujer se empezaba a cansar por la tardanza, el inglés se quedó parado y la prostituta notó que su miembro perdía aliento. Se separó de ella y se quedó sentado en el borde de la cama.

—¿Ya? —preguntó, extrañada.

Thomas se había quedado como obnubilado, ausente.

—¿Te pasa algo? —La mujer parecía inquietarse. Estaba acostumbrada a ver cosas muy raras, pero eso de que un cliente, en pleno acto, se marchara de ella y se quedará sentado en el borde de la cama, absorto en algún pensamiento súbito, era algo nuevo.

Thomas se volvió hacia ella y le dio un breve beso en la boca, que sorprendió a Esperanza. Sonrió.

—¿Qué pasa?, ¿ya no te da asco mi boca?

—¡Ya sé lo del filatélico!

—¿El qué? —refunfuñó la mujer, sin saber de qué puñetas hablaba aquel hombre.

—Sí, ya sé todo. —Esta vez, miraba a la mujer con una sonrisa tan amplia que a ella también le dieron ganas de reír, aunque no tenía ni idea del porqué.

—Bueno, ¿qué pasa?, seguro ya tengo a alguno esperando —le urgió.

—Pues sigamos.

—Oye, rico, que no puedo estar contigo toda la noche. Thomas se levantó y sacó de su cartera un billete azul, el color de los de quinientas pesetas. Lo colocó encima de la mesita de noche.

—Oye —le dijo el inglés, antes de tumbarse sobre ella—, ¿por qué tendremos en España tantos billetes de pintores?

—No todos, a mí los que me gustan de verdad son los de los Reyes Católicos, y que yo sepa, esos no pintaron nada. ¿No tendrás alguno para mí? —Al formular esta

última pregunta, cambió la voz, aniñándola.

Thomas se sonrió de nuevo. Estaba feliz, acababa de encontrar explicación a la situación del falso filatélico. Miró a la chica y se volvió a levantar. Sacó de su cartera un billete de mil pesetas.

Esta vez, si se dejó besar en la boca por Esperanza.

Fue un buen beso, con pasión, con sabor.

Día 21 de abril

El avión de la BUA aterrizó en Heathrow con algo de retraso. Thomas llevaba cada vez peor los viajes a Londres. Acostumbrado al clima de la Costa del Sol, las islas le resultaban un lugar inhóspito, desagradable, incómodo no ya para vivir sino incluso para ir de visita, como era el caso.

Y luego había otras razones, hasta tres razones tenía para no salir de Andalucía: Trini, Cindy y ahora Esperanza. A veces se reía de cómo se tomó la separación de su mujer, la ansiedad que le acompañó durante todas las horas de la primera noche en soledad y lo inmensa que le pareció, en aquel momento, la cama de matrimonio. Recordaba que el cansancio le venció casi de madrugada. Pensaba que no sería capaz de superarlo, que iba a vivir con la lacra del desamparo. Pero, una vez más, la vida le iba a enseñar algo distinto, muy distinto. Aprendió en carnes propias lo rápido que se rellena un hueco sobre un colchón con una mujer cariñosa y alegre. Eso se lo enseñó Trini, la morena malagueña que le servía en el restaurante muchos días y que le concedía favores muchas noches. Pero lo que nunca podría haber imaginado era que iba a caer en los brazos de una advenediza como Cindy. «¡Al infierno con los formalismos y los prejuicios!», se dijo al segundo día que se acostó con ella. Trinidad y Cindy formaban las dos caras de la misma moneda, esa que le había regalado el destino con la separación de su mujer. Y, para colmo, estaba Esperanza. Sería porque fue con ella con quien encontró, inopinadamente, la solución al problema que se le había planteado con la situación del falso filatélico, o porque lo hacía como ninguna —«será por aquello de la experiencia», supuso—, pero la realidad fue que al día siguiente de conocerla, repitió visita al cabaré y se volvió a dejar dinero con ella. No le importó ser generoso.

Ahora, Thomas se encontraba entusiasmado y cansado, a partes iguales, y tenía que aparentar ante su jefe la estampa que se supone que tiene que mantener un jefe de Sección del MI6, un director de estación.

Después de acreditarse en la entrada y en dos controles interiores más, Thomas llegó, por fin, a la segunda planta del edificio, ante el despacho de C, como llamaban cariñosa e históricamente en el Servicio al director del MI6, en recuerdo del primero, el que lo creó allá por el año 1909, el cual firmaba las cartas con esa inicial, la de su apellido, el capitán Sir George Cumming.

—Por favor, Thomas, siéntese.

Sir John Rennie llevaba en el cargo de director del MI6 desde el año anterior, y ocupaba el puesto tras su paso por destinos tan dispares como Washington, Montevideo o Varsovia. A sus cincuenta y cinco años, Rennie era un hombre dotado de un gran atractivo, no solo por la elegancia de sus trajes de vicuña hechos a medida, sino por el aire que dejó en su impronta su educación en el *Pembroke College* de Oxford. «Antes de salir de su casa —pensaba Thomas en alguna ocasión—, debe pasarse una hora acicalándose ante el espejo.»

Thomas recibió gustoso un cigarrillo de su jefe. Por cortesía, siempre esperaba a que fuera su superior el primero en encenderlo.

—Vamos a ver, Thomas, ¿qué tenemos en Gibraltar?

—Señor, estoy observando movimientos que me parecen anormales.

—Explíquese —le instó Rennie—, si ha venido hasta aquí, dejando todo aquello, habrá tenido que ser por alguna razón suficientemente importante.

Pensó en qué habría querido decir con eso de «dejando todo aquello». «¿Sabrá algo? —pensó, casi con compunción

—. ¿Habrá dicho algo Cindy?

—En el mes de febrero —por fin, Thomas arrancó con su declaración— se instaló en Gibraltar un inglés llamado Michael Murray con su mujer, una andaluza llamada Isabel Vioque. Aquello son cuatro calles, y cualquier hecho nuevo supone para las autoridades locales todo un acontecimiento, me imagino que será para salir del aburrimiento que supone vivir en un lugar tan sumamente pequeño y tan policialmente tranquilo.

—Siga. —Rennie le animó a continuar, lacónico.

—Enseguida llegaron a la conclusión de que aquel hombre no era quien decía ser. Se enteraron de que había mentido sobre sus conocimientos en el negocio.

—Parece que está contando una historia infantil en una acampada para niños. Solo falta alguien tocando la guitarra. Por favor, Thomas, dígame algo que me pueda interesar.

John Rennie, aunque llegaba a trabajar pasadas las nueve y media de la mañana, y nada menos que en toda una limusina con chófer, luego resultaba ser una persona que cuidaba mucho su agenda y la distribución de las reuniones a lo largo de la misma.

—Esta persona tiene una costumbre muy puntual, demasiado puntual. Todos los días va a Correos a poner cartas a proveedores de sellos que le sirven con posterioridad. —Ante la cara que ponía su jefe, Thomas, solícito, continuó—. El problema, señor, es que en su tienda no entran clientes como para que tenga que hacer pedidos.

—¿Y si los recibe por teléfono?

La contrariedad se dibujó en el rostro del espía con demasiada nitidez. No había reparado en una contingencia así.

—No es normal, y menos en Gibraltar, un lugar tan pequeño, pero ¿no ha

considerado esa posibilidad? —remarcó Rennie.

—No, señor, no lo había considerado —admitió, con pesar.

—Siga, seguro que tiene más cosas que contarme.

—Durante mucho tiempo estuve intentando buscar el significado real de aquellas peticiones. Después de varios días, conseguí atar cabos, una noche en el hotel, trabajando. Este Michael —prosiguió Thomas— es una persona que dedica una parte importante del día a pasear por Gibraltar con un perro. Es decir, es alguien que se conoce, a la perfección, toda la colonia. La verdad es que la excusa del perro es muy buena.

—Muy buena y muy antigua, porque nosotros la hemos utilizado en muchas ocasiones.

—Ya lo sé, señor, me refiero a que a veces los camuflajes más simples son los más eficaces. Pero, también hay algo más.

Rennie golpeó levemente el cigarrillo para que la ceniza cayera dentro del cenicero, esperando que le contara.

—Gracias a la policía gibraltareña hemos sabido que el matrimonio no es tal. Que no están casados.

—¿Y eso ?, ¿cómo se enteraron ?

—Bueno, de una forma muy sutil se les preguntó por separado dónde se habían casado, y cada uno dijo una ciudad distinta. —Thomas le estaba apuntando a su jefe la posibilidad de que Michael fuera un espía español, conclusión a la que llegó en la cama con Esperanza; pero no se lo quería decir claramente, entendía que C podía tomarlo como una falta de consideración, un insulto a su inteligencia. El león tiene que cazar la pieza, no admite que se la den sin lucharla.

El jefe del MI6 se sonrió. Plantó las dos manos en la mesa y se sirvió de ellas para incorporarse en su sillón. No esperaba eso. No se podía imaginar que los españoles hubieran mandado un espía a Gibraltar. Lentamente, como queriendo digerir toda la información que acababa de escuchar, se encaminó a la librería que se levantaba a su izquierda, una formidable boiserie de nogal colmada de libros. A media altura, en la parte más cercana a la ventana, cuyos visillos impedían ver el exterior, había un armarito. Lo abrió y sacó una botella de güisqui y dos vasos largos. Su agente se lo había ganado.

—¿Qué le parece, señor?

—Que me extraña mucho que Carrero Blanco haya situado a un agente fuera de España. El Seced es un servicio de inteligencia incipiente, lo crearon el año pasado. Antes tenía otra cosa, pero solo para labores domésticas. Estudiantes, obreros… vamos, más que un servicio secreto era un conjunto de soplones más o menos organizados. Ha sido un invento del almirante, que sabemos que es la verdadera cabeza pensante del régimen de Franco, pero me cuesta asumir que tenga miembros operativos en el extranjero. Además, yo que ellos, primero empezaría por otros destinos. Si tuviera los recursos escasos que siempre se tiene cuando se comienza y

los políticos todavía no valoran lo que los profesionales entendemos por «inteligencia», a mis primeros hombres yo los mandaría a París, Nueva York, Moscú, aquí, quizá, no a un lugar que tiene seis kilómetros cuadrados donde vive muy poca gente y cuatro monos, y nunca mejor dicho. No, no tiene ningún sentido —resolvió.

Se había sentado en el pico de la mesa después de apartar con la mano unas carpetas que colocó en el centro del escritorio.

—Thomas, nosotros no podemos trabajar con suposiciones. Yo no puedo ir a mi jefe, el secretario del *Foreign Office*, si no llevo pruebas. ¡Búsquelas! —le mandó Rennie—. Esté muy atento, intenten multiplicarse usted y su equipo. Durante un tiempo, desatiendan el negocio tapadera y muévanse y haga mover a sus subagentes. Por cierto, hablando de su gente, ¿qué tal le está funcionando Cynthia Barrett? Había pensado mandarla a una estación francófona, para que vaya familiarizándose con el idioma.

Es posible que el perspicaz Rennie se diera cuenta del extraño movimiento que realizó Thomas al acomodarse en el sillón y aprovechar para beber un sorbo de güisqui.

—Yo creo que todavía debería quedarse en Málaga un poco más de tiempo —sentenció el director de la estación Sevilla—. Le faltan por aprender algunas cosas. —«Y a mí por enseñárselas», pensó Thomas, con malicia.

Día 29 de abril

El *Seat 124* circulaba con cierta dificultad por el camino vecinal que separaba el chalé de la carretera nacional. Las explicaciones habían sido correctas y en el kilómetro indicado, después de pasar una gasolinera, a la derecha, se abría la senda estrecha, asfaltada, tal y como le dijeron; jalonada de baches, como también le advirtieron.

Colocó el contador de kilómetros a cero y, con extraordinaria precisión, cuando el indicador llegó al número cuatro se abrió delante de él la casa que le habían descrito y, por lo poco que podía intuir dada la oscuridad del momento, con bastante exactitud.

Contó dos coches más e imaginó que él era el último en llegar. Consultó su reloj: la una de la madrugada. «Bien —pensó—, más puntual, imposible.»

Llamó al timbre y abrió la puerta quien esperaba:

—Me alegro de que estés aquí. —El hombre se acercó y le dio un abrazo.

—¡Caray!, nos vemos todos los viernes, y alguna semana en más de una ocasión y te alegras como si hubiéramos estado alejados meses —sonrió ante la reacción del militar.

—Sabes muy bien —le respondió— que esto no es lo mismo.

—Ya lo sé, hombre. ¿Puedo pasar?

—Por favor.

Una vez que hubo franqueado el umbral, cerró la puerta y le indicó el camino del salón.

—¿Está ya…?

—Sí, ha venido hace diez minutos.

Esta vez con el invitado que había llegado primero solo se cruzó un apretón de manos, eso sí, fuerte, sincero.

—Le he pedido al dueño de la casa que nos dejara puesto el fuego, que a esta hora todavía se nota frío, a pesar de estar en abril. Si quieres tomarte algo, ahí tienes güisqui, coñac, ron… hielo hay en el cubo. Y no te preocupes. Estamos solos. Mi amigo no vendrá hasta mañana por la mañana.

—Gracias. Mira, más que nunca hoy sí estoy de servicio, pero a pesar de ello, me voy a tomar una buena copa, que hay veces que las reglas están para romperlas. Lo que estamos haciendo es para que nos fusilen, por tanto, vamos a brindar por ello.

—Por cierto, ¿qué tal habéis podido salir de vuestras casas?

—¡Fatal!, vamos, a la pareja de la Policía Nacional no había manera de hacerles ver que se tenían que callar, que esto era una salida privada y que no necesitaba ni el coche oficial ni compañía.

—Es gente muy celosa de su trabajo. A mí me ha pasado lo mismo. Vamos, si me hubiera ido con una amiguita me hubiera resultado más sencillo.

Los tres rieron con la comparación.

Una vez acomodados, el anfitrión comenzó a hablar.

—Por cierto, ¿qué os parece lo de Francia?

—Que De Gaulle ha hecho bien. Ya está mayor para gobernar y de ahí su fracaso en el tema de las reformas constitucionales.

—¿Cuántos años tiene, por cierto?

Se hizo un silencio sintomático. Sin palabras, los tres militares calcularon la edad del presidente de la República Francesa y la asociaron con la de Franco. El general francés era, solo, dos años mayor que el jefe del Estado.

El anfitrión quiso reconducir la reunión. No se habían dado cita en aquella casa, a esas horas, para hablar de De Gaulle.

—Amigos, porque hoy nos tenemos que llamar así, tenemos ante nosotros un problema, quizá, bueno, seguro —ratificó con un movimiento de la mano— que es el problema mayor con el que nos vamos a enfrentar como ministros, y que es el desatino del Caudillo y la actitud del almirante.

—La verdad es que yo nunca me podría haber imaginado que Franco, que ha demostrado con creces ser un auténtico estadista, haya tenido ahora, precisamente en este momento, una idea tan descabellada como la de invadir Gibraltar. Lanzar una bomba allí significa que la represalia que van a tomar los ingleses contra nosotros va a ser inmediata y contundente.

—Muy contundente —recalcó el que había llegado en último lugar.

—Sí, efectivamente. Va a ser mortal. Y nosotros somos los ministros de los tres ejércitos, y deberíamos hacer algo. ¿No os parece?

—Claro que deberíamos hacer algo, pero ¿qué?

Tras dar un sorbo al cubalibre que se había preparado, tomó la delantera en la respuesta:

—Deberíamos pedir audiencia a Franco, privada, nosotros tres.

—¡Qué dices!, eso es imposible, ¿y saltarnos a Carrero? Primero deberíamos hablar con el vicepresidente e intentar hacerle razonar.

—No, él es como la voz de su amo —negó, categórico—. No va a pensar por su cuenta, yo creo que ni sabe qué es eso. Va a hacer lo que Franco le diga.

—Pues por eso tenemos que hablar con Franco, directamente.

—Conmigo no contéis. En cuanto formulemos la solicitud vamos a recibir la orden de detención y la acusación de sedición.

—¿Y qué nos va a hacer?, ¿fusilarnos ?

La última palabra sonó en el salón con demasiada fuerza. Fue cuando más audible se hizo el chisporrotear de los leños en la chimenea.

—También habría otra posibilidad, y sería exponerlo en el seno del Consejo de Ministros.

—No, eso no puede ser. Además, solo lo sabemos nosotros tres, por lo que dijo Carrero ningún otro ministro sabe nada. Solo Franco, Carrero y nosotros tres.

—Y Caballero.

—Mira, no me hables de ese mal nacido, de ese sinvergüenza. Ese es un cabrón que nos va a llevar a la ruina. Cuando lo vi el otro día con el punterito ese que tenía para señalar me dieron ganas de metérselo por el culo.

—Calla, no le des ideas que igual le gusta.

—Eso es lo peor que ha habido en España después de yo qué sé… —Le hubiera gustado encontrar un calificativo más despectivo, pero no fue capaz de recordar alguno.

—A mi me encantaría matarlo —afirmó, con rotundidad.

—¿Y de qué valdría? Nombraría a otro.

—Nombraría a otro si fuera ahora, pero ¿y si es poco antes de la fecha de la invasión?

Los otros dos asistentes le miraron. Era lo primero que se oía en la noche que parecía haber dejado a los tres ministros pensativos.

Mayo

Día 9 de mayo

Todos los Consejos de Ministros se encontraban marcados por la tensión. En ocasiones esta se hacía más llevadera, pero en cambio, en otras, la tirantez alcanzaba la tiesura. Quizás esa sería una de las razones por la cual, cuando Franco daba por concluida la reunión ministerial de los viernes, todos los miembros del gobierno experimentaban una cierta sensación de alivio. Habían sido muchas horas —solían comenzar sobre las nueve de la mañana— y, al caer la tarde, más de uno habría jurado que se había dejado algún kilo en aquella sala, el comedor de gala del palacio y antigua galería del rey Carlos III, donde se celebraban las sesiones del gabinete.

Sin perder las formas, mientras caminaban por los pasillos hacia la salida, el tono de conversación alcanzaba un punto de informal, algo más alto de lo que cabría esperar de tan selecto grupo. Los diecisiete ministros formaban el núcleo de la clase política dirigente, por lo menos frente a los ciudadanos, pero, como todo grupo, también tenía su aliento, y el aliento de los colaboradores de Franco llevaba uniforme azul y lucía en las mangas la coca y los galones de almirante de la Armada.

—Carrero, tengo que hablar con usted —le requirió Franco al terminar el Consejo.

—Por supuesto, mi general, lo que vuecencia ordene.

Una vez que José Solís, el último en encaminar sus pasos hacia la salida, terminó de despedirse del Generalísimo, con su inseparable y amplia sonrisa, Franco pidió a Carrero que le acompañara a su despacho. A pesar de los años, el general mantenía una constante de trabajo que maravillaba a su primer admirador, que no era otro que su vicepresidente.

—Cuénteme, ¿cómo va lo de Gibraltar?

—Excelencia, creo poder afirmar que el proceso paralelo al diplomático marcha adecuadamente. Por los informes que me han pasado los tres ministros militares, cada uno está realizando sin novedad sus correspondientes tareas y siguen instruyendo a sus hombres para cuando llegue el momento.

—¿Y cuándo será ese momento, Carrero?

—Como ya le comenté, creo que deberíamos realizar el cierre de la verja lo antes posible. Hay que aislarlos y responder así, con contundencia, a los insultos que nos está profiriendo la Gran Bretaña. Todo apunta a que a finales de mes no van a andarse con miramiento alguno para que entre en vigor la nueva constitución que se han inventado para la colonia y que supone una nueva contravención del Tratado de Utrecht.

—Un insulto hacia nosotros y hacia las Naciones Unidas —corroboró Franco.

—Exacto, una injuria al mundo.

El general asintió.

Transcurridos unos instantes, volvió a hablar, esta vez para exponer a su vicepresidente una inquietud.

—Lo único que me preocupa de toda esta acción, es la población civil. —La voz de Franco sonaba trascendental, con un punto de humanidad distinto, algo desconocida para su hombre de confianza—. Sé que la labor encomendada exige sacrificios, nadie dijo que esto iba a ser fácil, pero lo que no podría admitir sería que se causaran bajas entre los gibraltareños. Los soldados ya sabemos que ofrecemos nuestras vidas a nuestros más altos ideales, pero las personas que allí residen no tienen la culpa de la obstinación de sus dirigentes, por mucho referéndum que hubieran podido celebrar hace dos años.

—Excelencia, en toda acción militar siempre cabe esperar que no solo sean los soldados los que sufran consecuencias.

—Lo sé, pero Gibraltar es un terreno muy peculiar. ¿Cuánta extensión tiene?

—Mi general, en torno a seis kilómetros cuadrados.

—Si a esa extensión, ya de por sí muy pequeña, le quitamos el aeropuerto y los alrededores, toda la parte que ocupa el peñón, y el sur, que creo que está muy poco habitado —Carrero se sorprendió por cómo conocía Franco la colonia—, nos quedamos con que en dos kilómetros cuadrados tiene usted a la inmensa mayoría de la población.

Franco le acababa de dar a Carrero una nueva lección de perspicacia. La operación militar tenía que ser asombrosamente exacta, y la precisión de las acciones milimétrica.

—No se preocupe, Excelencia, me encargaré personalmente de supervisar todos los detalles.

Franco le clavó sus ojos como si fueran dos taladros.

—Sé que usted se va a encargar personalmente, pero no por ello me voy a dejar de preocupar.

Día 12 de mayo

El reloj acababa de marcar las tres de la madrugada. Thomas lo había visto cuando se había levantado al baño. Al regresar, contempló la silueta de Trini escondida bajo las sábanas, como si estas fueran la horma de su cuerpo. Dormía con una placidez que envidiaba. Se acercó a la mesilla y encendió un cigarrillo. Prefirió sentarse e intentar concentrarse en lo que le había provocado la falta de vigor durante la relación, aunque para eso tenía que reconocer que la malagueña era una experta en saber hacerse con situaciones así.

Con su viaje a Londres había conseguido algo muy importante, que no era otra cosa que preocupar a su jefe por un escenario en el que nunca reparaba. El sur de

España era un lugar donde nunca sucedía nada digno de inquietud para el SIS, por lo que él se consideraba como un jefe de Sección de segunda fila. «Por muy bueno que sea un actor —razonaba con cierta tristeza—, si actúa en teatros de provincia nunca alcanzará el estrellato.» Y él quería actuar en los primeros escenarios, teniendo puesta su máxima ambición profesional en el cargo de director del MI6. Pero su problema no solo era Rennie, sino su ubicación actual: cómoda pero demasiado callada.

A su jefe le preocupaba que el Seced hubiera situado a un agente en Gibraltar para espiar los movimientos de tropas inglesas en el puerto. Eso no era ninguna novedad, todos los servicios secretos tenían miembros destacados en los grandes puertos de todo el mundo. Pero en el caso de España la situación era distinta, y eso era lo que él tenía que averiguar.

El cuerpo dormido de Trini pegó un respingo.

—¿Qué haces? —preguntó, adormilada, medio incorporándose.

—Fumarme un cigarrillo —fue la lacónica contestación del inglés.

Trini se levantó al aseo, tal y como dormía, completamente desnuda. Una vez le dijo a Thomas que ponerse lencería fina era como querer engañar a la pareja: «Mi sexualidad es mi piel», le susurró un día, antes de entregarse.

Mientras apuraba la última calada, Thomas pudo oír el sonido que provocaba su amante mientras orinaba. Aquello le pareció gracioso. Seguro que a su mujer nunca la oyó.

Con pereza, Trini volvió a entrar en el dormitorio. Allí estaba, el «hombre más viajero», como le llamaba en alguna ocasión, en calzoncillos, mirándola y fijándose, en especial, en sus pechos.

—¿Qué, te gustan mis tetas?

—Sabes que sí —respondió el inglés, mientras las miraba, con un gesto de preocupación, absorto todavía en los recuerdos de la reunión que había celebrado con Rennie en Londres.

La mujer se las agarró con ambas manos y las acercó entre sí, después, las meneó, como si las invitara a bailar. Con ello, consiguió lo que quería, que el hombre por lo menos sonriera. Después, se sentó a horcajadas sobre sus piernas.

—Pues si te gustan, dales un besito. Que se ponen celosas cuando me besas a mí. Se quejan. ¿Nunca las has oído?

Thomas no se hizo de rogar y comenzó a besar alternativamente las areolas. Mientras, ella comenzó a hurgar con sus manos en el cuello de su amante y a revolverle el pelo a la vez que le besaba en las sienes.

No tuvieron que pasar muchos minutos para que Trini comenzara a notar lo que estaba esperando. Sin palabras, Thomas la cogió en brazos y la colocó con suma delicadeza sobre la cama. Se quitó los calzoncillos y se tumbó sobre ella.

Cuando le sintió en su interior, la mujer pensó: «Trini, eres una artista.»

Día 15 de mayo

Michael Murray no sabía si era causa o efecto, pero con la consolidación de la primavera las visitas de navíos militares al puerto de Gibraltar se habían incrementado notablemente, y no era de extrañar que cada semana llegaran una o dos embarcaciones nuevas para sustituir a otras tantas que abandonaban las dársenas de la colonia. El lugar seguía siendo una encrucijada de rutas marítimas y los intereses británicos, y también del resto de países pertenecientes a la NATO, por aquellas latitudes tenían su manifestación más palpable en las miríadas de soldados que pintaban de blanco las calles gibraltareñas.

Como hacía todos los días desde que llegó a la colonia, tras su paseo matinal con Tac regresó a casa y se dispuso a desayunar con Isabel. Los conocimientos de inglés de la cordobesa habían incrementado y ya era capaz de ver una película comprendiendo la mayoría de las frases. Una noche él propuso acudir al cine. La segunda y la tercera vez también tuvo que ser Michael quien lo volviera a plantear notando que cada día Isabel disfrutaba más con aquellas salidas. En su pueblo no tenían sala, le comentó, y a eso achacó aquel interés súbito por el cine. Después ya fue ella quien comentaba al mediodía, mientras comían:

—¿Te apetecería ir al cine esta noche?

El día que lo escuchó se quedó tan sorprendido que casi no supo cómo reaccionar. Estuvieron viendo *Funny Girl*, que el año anterior se había llevado varios Óscar.

Pero lo que peor llevaba Isabel era albergar en su interior una cierta sensación de traición. Ni le había contado que cuando había viajado a Alcaracejos para ver a Rafaela y a sus padres, hacía ya de eso un mes, se había entrevistado con Nicomedes ni que, siguiendo sus instrucciones, dos veces por semana llamaba a Madrid para contar si había alguna novedad o recibir alguna eventual instrucción. Cuando Michael abría la tienda, a las diez de la mañana, se marchaba hacia la frontera con la excusa de dar un paseo por la colonia y, de ahí, a La Línea para hablar con su jefe desde alguna cabina telefónica, siempre y cuando no hubiera mucha demora en conseguir línea.

Eran las reglas del juego y ella no las iba a romper.

Sin haberse dado cuenta, Michael tenía un problema con el que no había contado. Quería huir de la palabra concreta que define a la perfección los sentimientos que habían nacido en su interior, en su corazón, hacia su compañera de misión pero, como si fuera un dique endeble que quisiera hacer frente a una furiosa corriente de agua, el deseo sobre aquella mujer había empezado a llevarlo con dificultad. Al llegar la noche, y después de ver un rato la televisión, se la imaginaba cerrando la puerta de su habitación y, minutos después, desnudándose antes de meterse en la cama, una cama tan cercana y, a la vez, tan lejana.

Cuando salían a la calle, porque así lo habían acordado, se cogían de la mano y paseaban próximos, como se supone que tiene que hacer cualquier pareja. Al regresar, se soltaban sin decirse nada, como si fueran dos actores que se tienen que besar en cada función sin saber, siquiera, cuáles son sus nombres. Aquello era una

fachada, pero Michael sabía que aquel decorado se estaba resquebrajando.

Sin saber la razón, ahora no había un momento del día en que no la viera auténticamente hermosa, más preciosa que ninguna, con una personalidad arrolladora y una belleza arrobadora. También sabía que eso estaba prohibido, que la misión era mucho más importante que sus sentimientos, pero no fue capaz de desobedecer la orden que recibió de su interior y, al salir de Correos, entró en una perfumería que se ubicaba en la acera contraria a la estafeta, en la misma *Main Street*, a la que todo el mundo conocía en la colonia como la de «Pepe el Indio».

—Te he traído esto —le dijo, nada más subir de la tienda, antes de comer.

Isabel cogió el paquete entre sus manos mientras miraba a Thomas extrañada.

—Pero si no es mi cumpleaños.

—Ya lo sé, bueno, no lo sé porque no sé cuándo es —se incomodaba al pensar que se aturullaba al explicarse, como si fuera un novio primerizo declarándose—, pero es que me apetecía regalártelo.

Ella lo miró y le sonrió.

—Pues muchas gracias. ¿Lo puedo abrir?

—Me gustaría.

Cuando quitó el papel de regalo con que lo habían envuelto, apareció ante ella un frasco de litro con sales de baño de color violeta.

—¿Y esto? —preguntó tan extrañada como entusiasmada.

—Para que te prepares de vez en cuando un buen baño de espuma. Dicen que es muy bueno para la piel.

Isabel se quedó sin palabras porque no se podía imaginar que Michael, después de casi tres meses de convivencia forzosa, se destapara con un regalo tan personal.

Sin pensarlo mucho, se acercó a su cara y le dio dos besos en las mejillas que al inglés le parecieron los más apasionados que había recibido en toda su vida.

Día 27 de mayo

Hacía tantos años que Shaun McCánn llegó a Cartagena que ya había perdido la cuenta de la de botellas de Jumilla que había ingerido. Y no era un acertijo. Arribó en un barco mercante de bandera panameña y fue abandonado por el capitán que no aguantaba más el díscolo comportamiento de aquel marinero. Le pagó lo que se le adeudaba más una propina por alejarse al máximo de la pasarela de acceso al barco el día que zarparan.

Shaun, al que por sus orígenes todo el mundo llamaba Scotty, había nacido en *Ullapool*, una población situada «al norte del norte de la isla», como solía decir a los desconocidos cuando se presentaba.

En su juventud desempeñó oficios tan diversos como el de pastor, repartidor de leche, pescador y, en la última etapa, después de aprender en Dundee, técnico en

electrónica. Y así empezó a ganar dinero y a gastarlo en las mismas proporciones. En el *Grand Bridge* se enroló como radiotelegrafista, y allí permaneció durante treinta semanas al cabo de las cuales el capitán le marcó el final de su travesía.

En Cartagena pronto se dio a conocer por su pericia con el soldador, cuando estaba sereno, y por la capacidad para reemplazar en las radios las lámparas y las resistencias fundidas. Así encontró lo que necesitaba. Por un lado, alojamiento, en la céntrica calle Honda, pero también halló un trabajo. Fue en una tienda de reparación de electrodomésticos que también vendía material eléctrico, situada debajo de su vivienda.

Un día conoció a un tal Manuel López que dijo ser español y periodista. «Ese no es ni lo uno ni lo otro», pensó, con la resolución que solo tienen para sí las personas viajadas y engañadas. Y, tras compartir con él dos litros de Jumilla y otras dos mujeres en *La Puñalá*, en la calle Aurora, terminó por aceptar la proposición que le planteó. Solo tenía que tener los ojos limpios de legañas y los oídos sin cerumen e informarle de los distintos movimientos que se produjeran en la plaza, sobre todo en lo relativo a los buques de la Armada Española. Nada más. A cambio de esa información, lo de siempre, dinero. Y además de forma generosa.

Scotty dijo que sí.

—Cada semana quiero que me llames a este teléfono —le ordenó Thomas Best mientras le entregaba una tarjeta en la que se leía el nombre de una empresa y la actividad de la misma.

—¿Automoción?, ¿pero no me dijiste que eras periodista?

—Si te parece pongo en la tarjeta que me dedico a hacer periodismo de investigación. Eso es como si un espía pone en su tarjeta que es espía. ¿Lo encontrarías lógico? Y lee La Verdad, que en los periódicos se entera uno de muchas cosas —le recomendó.

Scotty indagaría en dos tipos de sitios, en los mejores, en aquellos donde se cocía la noticia y la información fluía en cantidad y diversidad: los bares y los burdeles. El escocés era de los que pensaba que allí era donde mejor se podría enterar de todo lo que pasaba en los acuartelamientos donde el acceso estaba rigurosamente prohibido —como por ejemplo el Arsenal, nombre por el que se conoce a la base naval de Cartagena—. «Trabajarán allí, pero se divertirán aquí», razonaba antes de perder la lucidez por culpa de los vapores del alcohol.

Por las calles de la ciudad murciana lo que se veía, casi en exclusiva, eran marineros con sus trajes inmaculados, solos o en grupo, si acaso huyendo de los arrestos que les podía imponer la Policía Naval por falta de uniformidad, actitud indecorosa o alteraciones del orden público. Alguna vez se veía a soldados de otros ejércitos, pero en raras ocasiones. Por eso, el día que vio a los boinas verdes se extrañó. Por la calle de Los Ciegos, una de las del Molinete —el barrio chino de la ciudad se abría a las espaldas del edificio de Capitanía—, los vio aparecer en grupo. «Por lo menos hay treinta», calculó, por encima. Le pareció divertida la experiencia

de seguirlos y así se metió en uno de los muchos tugurios que se abrían a ambos lados de las angostas calles de aquel barrio prohibido. En uno de ellos comenzó a entablar conversación con tres soldados que habían bebido todo lo que las chicas de la barra habían querido que bebieran, por lo que su lengua se encontraba tan suelta como vacías sus carteras.

—¿Y qué hacéis aquí tantos boinas verdes?

—Marearnos y vomitar —soltó uno de ellos, con la cara enrojecida y la sonrisa de bobalicón.

—¿Cómo es eso, muchacho? —inquirió el zorro de Scotty.

—Sí —empezó a contar otro—, llevamos varios días que nos meten en un submarino. ¿Tú sabes lo que se mueve un submarino?

El escocés nunca había entrado en un submarino, ni atracado ni en navegación, pero él nunca se mareaba. No sabía si era por haber nacido en una ciudad portuaria y haber visto el mar antes que los pechos de su madre, o por haber aprendido a nadar antes que a andar, aun así entendía que cualquier embarcación que tuviera una desproporción tan acusada entre su eslora y su manga, como era el caso de los submarinos, era mucho más propensa a sufrir un movimiento que causara mareos a los menos habituados. Y, además, si esos vaivenes se producían en un interior inundado de olores fuertes y sin ventilación, las probabilidades de experimentar náuseas eran todavía mayores.

—Pues no lo sé porque nunca he estado en un submarino —repuso, con naturalidad—. Oye, ¿me dejáis que os invite a otra?

Los tres muchachos aceptaron muy gustosos. Uno de ellos, a trompicones, se acercó y le dio un abrazo. Después, siguió hablándole.

—Pues mejor, nunca lo hagas, es horrible. Aquello va de lado a lado y además no tienes ni dónde agarrarte. —Pero, hombre, eso será cuando vais por la superficie. Debajo las cosas serán distintas.

—Eso es verdad —terció otro, mientras se tapaba con la mano un súbito acceso de eructo—, lo malo es que cuando nos vamos para abajo aquello se pone de un torcido…

Scotty disfrutaba viendo a la gente borracha. El había bebido tanto que para presentar síntomas tenía que tumbar a los compañeros de farra. Respecto a la situación de su hígado tampoco le preocupaba mucho. «Me preocuparía si fuera al médico», pensaba siempre.

—Y qué salís, ¿todos los días?

—Sí, todos los días nos tienen toda la mañana metidos en aquella caja negra —indicó uno de ellos, con el vaso en la mano y con cierta dificultad para atinar con él en su boca.

—Ahora, lo peor fue lo del otro día. Nos llevaron a una isla que está lejísimos, aquello fue un viaje de un día entero. Primero fuimos por arriba, ¡tenías que ver cómo se movía la mierda esa del submarino de los cojones!, luego nos metieron dentro y, al

cabo de una hora o así, volvimos a subir, ¡coño, parecía que estábamos subiendo el puerto del Escudo!

—¿Qué es eso?

—Es que mi colega es montañés —aclaró uno de los otros dos boinas verdes, quizás el que se encontraba algo más sobrio.

—¿Y qué más?

—Pues nada, que, cuando salimos fuera, nos encontramos con que nos había acompañado otro submarino, igual de negro que el nuestro, y sacaron unos botes neumáticos que tuvimos que hinchar con unos compresores que tenían en la torre negra, ya sabes, la que llevan todos los submarinos. El teniente pegaba voces como si estuviera fuera de sí. —Mientras relataba su experiencia, el soldado no paraba de gesticular—. En un momento nos metimos todos en los botes y, con remos, llegamos a la isla esa, que lo único que hay allí es un faro. Fue desembarcar y correr de un sitio para otro. Parecía una isla de chiste, de lo pequeña que era. Rodeada de mar, todo mar, nada más que mar —confirmaba el soldado, como si se hubiera transportado por unos instantes de nuevo a aquel lugar.

—¿Y cómo se llamaba aquella isla? —escudriñó Scotty, después de pegar un sorbo de su cubalibre.

—Ni puta idea.

Junio

Día 1 de junio

Carrero pensó que el tiempo atmosférico parecía siempre el principal aliado del Régimen del dieciocho de julio, porque no había un día grande, como el que iban a celebrar, en que no brillara el sol con fuerza.

Con algo de retraso respecto a las fechas habituales, el paseo de la Castellana de Madrid se había engalanado para acoger el XXX Desfile de la Victoria en recuerdo del triunfo de las tropas de Franco en la Guerra Civil. Hacía muchos años ya de aquella magna parada militar en la cual, según contaban, Franco había denegado la asistencia al *Reichsmarschall* Hermann Goering para que no le restara protagonismo. En aquella ocasión, el desfile duró toda la mañana pero, conforme habían pasado los años, la parada militar se había aquilatado, tanto en duración como en número de efectivos que rendían honores al jefe del Estado.

Con la antelación debida, fueron llegando al lugar señalado todos los miembros del gobierno, con su vicepresidente a la cabeza. Este saludó a sus compañeros de gabinete y a un general que se le acercó.

—A sus órdenes, almirante.

—Buenos días, Caballero.

—¿Dispuesto a disfrutar del desfile?

—No sé si la palabra disfrutar es la más adecuada. Para mí un desfile no es más que una demostración de disciplina de un ejército hacia su jefe. —El propio Carrero se sorprendió de lo cortante que había sido su respuesta.

—Por supuesto, almirante, lo que ocurre es que esta vez, se lo voy a confesar, lo voy a ver con otros ojos.

—¿Y eso?, ¿con qué ojos lo va a ver usted? —Al vicepresidente le extrañaban las afirmaciones tan insólitas con que solía sorprenderle el general de brigada.

—Con los ojos de un patriota que está a punto de acometer una acción histórica.

—Sé por qué dice eso, Caballero, pero tenga en cuenta una cosa, la verdadera acción histórica que se valora a todo patriota es la de ser capaz de conseguir y mantener la paz, como ha hecho nuestro Caudillo.

—Claro, almirante, de eso no cabe ninguna duda, pero esta vez parece que se nos está pidiendo que, al margen de mantener la paz, también utilicemos la fuerza en pro de nuestra patria.

José Caballero no preguntó. Se limitó a enarcar las cejas, buscando un asentimiento en su interlocutor que no encontró.

—Si me permite, querría saludar a alguien. —Carrero no se encontraba cómodo con el coordinador de la Operación Mirón. Había algo en su semblante y en sus palabras que no le inspiraba confianza, por muy buen militar y estratega que fuera.

—Por supuesto, almirante.

Se retiró un paso atrás y le brindó el correspondiente saludo.

Carrero se acercó a una de las personas que más desvelos le producía, y no tanto por él, sino por la circunstancia que le rodeaba, crucial para el destino del país a lo largo de las próximas décadas, como pensaba el primer colaborador de Franco.

«¿Por qué tardará tanto en decidirse el Generalísimo?», pensó, casi con coraje.

—A sus órdenes, almirante.

—Buenos días, don Juan Carlos. —Carrero correspondió al saludo militar que le había deparado el capitán de Infantería Juan Carlos de Borbón y Borbón.

—Parece que el tiempo nos acompaña. Un desfile con lluvia queda muy deslucido —fue el comentario intrascendente del capitán.

—La verdad es que sí, gracias a Dios, en esto siempre tenemos suerte y el buen tiempo hoy vuelve a estar con nosotros.

La insustancial conversación se vio interrumpida por el toque lejano de las cornetas que hacían sonar los miembros de la guardia personal del Generalísimo.

—Don Juan Carlos, voy a ocupar mi sitio.

—Sí, yo también.

Ambos militares volvieron a cruzarse el correspondiente saludo, y el nieto de Alfonso XIII se fue a ocupar una posición tal que le permitiera, una vez que Franco llegara a la tribuna, situarse a un metro escaso de distancia, por detrás.

El rumor de los lanceros se iba haciendo cada vez más audible y la imagen del grupo se hacía más cercana y perceptible. Rodeado de una nube de jinetes cubiertos con una larga capa blanca que llegaba hasta las ancas de los caballos, el Hispano Suiza llevaba al jefe del Estado que, de pie, iba saludando a la multitud que lo aclamaba.

Cuando llegó al lugar donde se levantaba la tribuna —situada entre el nacimiento de las calles Ayala y Don Ramón de la Cruz—, cumplimentó a los miembros del gobierno que, en fila, le devolvían el saludo con un ostensible movimiento de cabeza. Después, subió los cinco peldaños que le separaban del estrado, momento en el cual comenzó el desfile.

Mientras las primeras unidades de carros de combate se hacían presentes por la trepidación que producían las cadenas sobre el asfalto, el almirante miraba de reojo la escena, y veía a don Juan Carlos ocupar un lugar preeminente en la tribuna, por decisión del propio Franco, pero no terminaba de alcanzar a entender por qué el Caudillo no tomaba, lo antes posible, la decisión de nombrar sucesor, y más cuando hacía mucho tiempo que el entramado legal estaba preparado y perfectamente articulado. «Solo falta poner un nombre, y todos sabemos cuál será ese nombre», se repetía Carrero una y otra vez con inquietud.

Como todos los militares asistentes, cuando pasaba la bandera, el vicepresidente del Gobierno marcaba el primer tiempo de saludo y agachaba la cabeza levemente en señal de respeto. A pesar de la frialdad que tenía que mantener todo militar cuando

está preparando una acción, no podía evitar observar la cara de los soldados que asomaban por las torretas de los carros de combate y pensar cuántos de ellos caerían en la Operación Mirón. No podía. El sabía lo que era la guerra pero los que estaban desfilando allí no. Todos eran jóvenes nacidos y crecidos en la paz. Pero no se quiso compadecer de ellos. En el ejército, todos obedecían órdenes y él estaba cumpliendo las que había recibido de la única persona que se las podía dar.

Después de que hubieron desfilado diferentes tipos de unidades de artillería, y de que todos los presentes tuvieron que levantar las cabezas para admirar el vuelo de los reactores, comenzó el desfile de las tropas de a pie. Y una vez terminadas estas, cambiaron la música y la Castellana se dispuso a vivir su momento más álgido.

Precedidos por una cabra que parecía marcar el camino, los soldados, marcialmente dispuestos, arrancaron los vítores del público que había esperado hasta el final para presenciar el vivo paso de los hombres que más admiración despertaban.

«Estos serán los que se llevarán la peor parte», pensó el almirante con una sensibilidad que le incomodaba.

Día 3 de junio

Esta vez Isabel Vioque no había tenido que coger un taxi para realizar el camino de vuelta a su casa. A las nueve de la mañana del día anterior, lunes, en el andén de la estación de tren de Cádiz la esperaba una cara conocida. Un rostro no solo familiar sino hasta deseado.

La última semana de mayo había deparado, tanto a Isabel como a Michael, acontecimientos nuevos y, además, inesperados. Los dos habían cerrado la tienda durante unos días y se ausentaron de Gibraltar para cumplir órdenes superiores. Salieron a la vez pero a destinos diferentes. El lunes veintiséis Michael e Isabel llegaron a Cádiz, donde él dejó su coche. A las nueve de la noche tomaron el expreso de Madrid, aunque cada uno se apearía en una estación distinta. Habían comprado dos butacas de primera clase y optaron por cenar en el coche restaurante de *Wagons-Lits*. Si bien los dos compartían mesa desde hacía varios meses, hasta esa noche no habían experimentado unas sensaciones tan inquietantes, olvidadas ya para ambos. Marcados por una importante diferencia de edad, los dos tenían enterradas las emociones de una cita, que era en lo que se había convertido aquella cena. A Michael le parecía que aquella noche Isabel estaba radiante, quizá sería por su blusa camisera sin mangas azul pastel y su falda de doble pliegue que provocaba un insinuante vuelo al caminar. La veía reír relajada, franca, contenta. Sería porque volvía con sus padres o porque de nuevo sentiría la sonrisa, el olor y los besos de su hija. Pero también, pensaba, podría ser porque se encontraba con él. «¿Por qué no?», se preguntaba Michael con un punto de ilusión.

Isabel, por su parte, le veía muy distinto al de todos los días, el que comía o

cenaba casi sin hablar, sin separar la vista de la televisión excepto para atinar con la cuchara o con el tenedor lo que tenían los platos. Se le había olvidado que estaba viviendo con un hombre culto, versado en multitud de temas y, además, con un sentido del humor inteligente. No paraba de reír con las cosas que le contaba y esa misma felicidad que ella sentía avivaba en Michael el sentimiento mutuo.

Cuando el expreso fue llegando a la estación de Córdoba, se levantó y agarró la maleta de Isabel, que reposaba sobre el altillo de madera.

—Déjame que te ayude.

—Gracias —cumplió la mujer.

Después de pedir permiso a las otras dos personas que viajaban con ellos en el mismo compartimento —un hombre muy delgado que había ido leyendo un Ya y un sacerdote que se había quedado traspuesto a la altura de Sevilla—, salieron al estrecho pasillo.

Las luces procedentes de los edificios de la estación brindaron a Isabel una belleza inusual. A Michael le hubiera gustado cerrar los ojos y rodearla y tachonarla con sus besos, y permanecer unido a ella durante tanto tiempo que perdieran la noción del mismo, y que cuando los volviera a abrir se encontraran juntos en Atocha. Se reprimió como buenamente pudo.

Instantes antes de que el tren se detuviera, él sacó un pequeño paquete de su americana.

—Toma, dale esto, pero no le digas que es de mi parte, ya sabes que esta relación no la tiene que saber nadie.

Sorprendida, Isabel lo cogió con el mismo cuidado con que se lo entregaban.

—¿Qué es ? —quiso saber, extrañada y muy ilusionada.

—Son unos pendientes. Espero que a Rafaela le gusten. Isabel le miró y se lamentó de no tener valor para comérselo a besos.

—¿Me dejan salir?

Un soldado, cargado con su petate caqui, les pidió paso desabridamente.

Isabel accedió a la urgencia del militar lanzando una última mirada a Michael, que la despidió con unos ojos de pena que no se le olvidaron durante todos los días que se quedó en Alcaracejos.

El inglés esperó unos instantes a que se hubieran bajado y subido todos los viajeros y se asomó por una de las ventanillas del pasillo. A lo lejos, vio a Isabel que caminaba hacia la salida acompañada de un hombre que cargaba con su maleta. En el andén solo quedaban de pie, charlando con el jefe de estación, la pareja de guardias civiles que viajaba en el convoy.

Cuando la cordobesa se montó en el Mercedes de su tío Alfonso, el inglés se volvió a arrepentir de su cortedad.

Con el cuerpo cansado por el viaje y el corazón roto por la despedida, Michael arribó a Atocha con la instrucción de presentarse en Menéndez Pelayo 49, ante Nicomedes Manrique, para recibir nuevas instrucciones. El hombre del Seced había

dejado a un lado lo que le contó Isabel en Cádiz y entendió que aquello solo era achacable al tedio de una anciana desocupada. Ni Michael ni Isabel le habían expuesto un nuevo motivo de preocupación y de aquella mujer nunca más se había vuelto a saber.

Después de preguntarle por el viaje y realizar algún que otro comentario intrascendente, entró de lleno en la razón por la cual le había hecho venir a Madrid.

—Michael, me han informado —había sido Carrero pero, lógicamente, no iba a revelarle la fuente— que el cierre de la verja es inminente. ¿Tú sabes exactamente qué va a pasar, qué va a significar para los gibraltareños?

El inglés se encogió de hombros. Intuitivamente se imaginaba qué podía ser pero esperó que se lo explicaran con los pormenores que quisiera detallar su anfitrión.

—La medida supone el aislamiento absoluto de la colonia británica. Eso se traduce en que la frontera se cerrará y no se permitirá el paso a nadie. No se trata solo de prohibir la salida de los trabajadores españoles sino también la entrada de ciudadanos británicos en España. Michael, como si fuera el Muro de Berlín pero sin frontera.

El inglés escuchaba casi sin pestañear.

—Dejarán de funcionar los transbordadores con Algeciras —continuó pormenorizándole— y se suspenderá también el servicio postal y, por supuesto, las líneas telefónicas. Nada, Michael, a pesar de encontraros a muy poca distancia física, la separación real será mayor que si estuvierais en la Luna. ¡Peor, incluso!, porque los astronautas sí pueden hablar por radio. Vosotros, ni eso.

—Querrá decir que… —se había quedado sin palabras. Lo que Nicomedes le contaba suponía el fin de muchas cosas, sobre todo, de las comunicaciones.

—¿Qué, Michael, que nos vamos a quedar sin hablar?

—Claro —acertó a decir.

—Pues no, precisamente para eso has venido. Tenemos que cambiar de estrategia. A partir del día del cierre no vas a poder ir a la estafeta y mandar una carta así, tan tranquilo, y menos ir a la frontera y darle a la Guardia Civil cinco carretes de fotos, ¡por cierto, muy buenas! —intentó tranquilizarle con la adulación—. Por eso necesito que estés aquí unos días, en Madrid. Bueno, no exactamente en estas instalaciones sino en otro lugar. Espero que seas mañoso y aprendas rápido. Empiezas esta misma tarde.

—Y, ¿qué voy a tener que aprender?

Nicomedes sonrió. Le había transmitido un nivel de preocupación quizás excesivo aunque completamente real. Él se había informado y lo que le habían contado era eso, que el día en que se produjera el cierre sería así, con todas las consecuencias, no una medianía.

—Muchas cosas. Vas a trabajar en un chalé que tenemos en una zona residencial. Te hemos reservado una habitación en el Fénix, al lado de Colón —el hotel estaba enfrente de la sede central del Seced, en Castellana 5, aunque Nicomedes no le reveló

dicho extremo—, ¡no te quejarás! Tienes billete para el tren de regreso del sábado treinta y uno. El domingo, con lo del desfile, todo será un lío. Por tanto, si quieres, come pronto, échate una siesta y esta tarde digo que llegarás sobre las cinco. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas. —La exposición de Nicomedes no albergaba duda alguna, por tanto nada había que añadir.

—Oye, una pregunta. —Se acercó y le agarró el hombro, a la vez que le mostró una sonrisa tranquilizadora—. Me imagino que en Gibraltar habrá tarjetas postales, ¿no?

La semana se le hizo eterna. Las sesiones de trabajo duraban buena parte de la jornada, más las prácticas que tenía que realizar él solo. Lo llevaron al Viso, donde lo encerraron en un cuarto con material químico, papeles, cuchillas de afeitar… y mucha paciencia. De este último componente el ingeniero que le estuvo enseñando necesitó muchas dosis. Michael nunca entendió la razón por la cual le había ordenado Nicomedes que comprara sellos del exterior. «Lo importante es que te vean por Correos y que se considere normal que el dueño de una filatelia se surta de género de proveedores. Así, si un día tienes que cambiar de proveedor, nadie reparará en ello», le explicó su jefe. Con toda la nueva información que le había dado se alegraba de estar dirigido por alguien tan inteligente y con tanto sentido de la anticipación como Manrique.

Al terminar la jornada, cenaba algo por ahí y se marchaba pronto a dormir. Hubo una noche en la que tuvo que enseñar la documentación y la tarjeta que le dieron en el hotel Fénix a un policía armada que se la solicitó, ya que el hotel se encontraba en el primer número par de la calle de Hermosilla, a muy pocos metros de donde estaban montando las tribunas de personalidades para el desfile del domingo. En otro momento, quizá si una cordobesa no hubiera aparecido en su vida de la manera en que lo había hecho Isabel Vioque, habría visitado algún lugar que conocía de la zona del final de la avenida del Generalísimo, en la calle Doctor Fleming, cerca de la plaza de Castilla, pero en esta ocasión no se encontraba con ganas. «Aquello no son mujeres, son otra cosa. ¿Mujer?, mujer es Isabel», se repetía con total convencimiento. Si hubiera visitado aquellos lugares, habría vuelto al hotel con complejo de adúltero. La mirada de despedida en la estación de Córdoba, en el pasillo del tren, significaba el principio de un compromiso.

Al fin, la primera semana de junio no podía comenzar mejor. El lunes dos, por la mañana, la Diesel que tiraba del convoy hacía su entrada en la estación de Cádiz. Se quedó esperando en el principio del andén hasta que la vio aparecer. Llevaba un vestido verde estampado con flores blancas y amarillas, de botones delanteros, bien por encima de las rodillas. La habría devorado a besos allí mismo. Pero, esta vez, se llevó una sorpresa porque no fue él quien tomó la iniciativa.

—¡Michael!

La mujer lo envolvió con su brazo izquierdo y le murmuró:

—Ven, vamos a estropearlo. Ya estoy harta de fingir.

El beso fue apasionado, sentido y muy deseado, sin importarle si algún policía les pudiera llamar la atención y pedirles el libro de familia. Si eran un matrimonio ante los demás, también lo quería ser ante ella misma. Estaba cansada de guardar la ausencia eterna de su difunto marido. Paco no volvería y ella tenía veinticinco años. Y no quería esperar más. Ya se había hastiado de la soledad de la cama y de no tener a nadie a quien abrazar ni ser estrechada por unos brazos fuertes y seguros, tanto como los de Michael.

La mañana del martes día tres de junio Michael no se quería levantar de la cama. Tac entró en la habitación con la correa en la boca y con el hocico golpeó suavemente el pie de su amo. Con cierta sensación de culpa, se levantó y le mandó al salón.

—Luego te doy un premio, pero ahora sé un buen chico —le susurró al oído.

El perro pareció entenderle y se quedó tumbado en el sofá, con las orejas gachas y meneando el rabo de lado a lado.

Regresó al dormitorio y contempló a Isabel en su cama. Sin que nadie se lo hubiera dicho, sabía que estaba haciendo mal, que no podía enamorarse de una compañera de misión, que eso solo les traería complicaciones a ambos —y más con la precipitación de los hechos que podría provocar la entrada en vigor, desde el treinta y uno de mayo, de la nueva constitución gibraltareña—. Pero recordaba los besos de la mujer la noche anterior, y cuando le despertó a las cuatro de la mañana para volver a hacerlo. «Te mereces una venganza por lo que me has hecho esta madrugada —pensó con picardía—, ahora voy a ser yo quien te despierte.» Sin mediar palabra, se metió bajo las sábanas, acercándose quedo a ella por la espalda.

Día 9 de junio

Posiblemente no habría un solo trabajador que acudiera todas las mañanas a Gibraltar que no pensara que un día, un mal día, iba a pasar aquello que más temía. Después de un sinfín de especulaciones, los periódicos del domingo anunciaron lacónicamente la noticia: España cierra su frontera con Gibraltar. Tampoco se daban muchas más explicaciones excepto unas palabras que intentaban ser tranquilizadoras para informar a la población de que se tomarían todas las medidas posibles para reubicar a los trabajadores a lo largo del territorio nacional. Según los datos oficiales, la cifra de españoles empleados en la colonia llegaba casi a los cinco mil, pero la realidad era que el número de trabajadores que cruzaba la frontera cada mañana era el doble. Y después venían los empleos indirectos. El cierre de la verja, como todo el mundo conocía en la frontera, caía sobre el Campo de Gibraltar como una plancha de hierro que cercenaba las aspiraciones de desarrollo y de bienestar de varias decenas de miles de españoles.

Para el gobierno, como oficialmente decían los propios trabajadores, no había

problema —de hecho, el alcalde de La Línea de la Concepción, Pedro Alfageme, envió un telegrama al jefe del Estado en el cual le mostraba «su adhesión y entusiasmo por la medida adoptada encaminada a liberar a la ciudad de la servidumbre colonial»—. La llamada reubicación no era más que la asignación de un nuevo empleo en una España que era muy grande, demasiado a veces. Por ello, muchos linenses, sanroqueños y algecireños, principalmente, se imaginaron haciendo las maletas en muy poco tiempo y metiendo a sus familias y a sus ilusiones en un coche de línea camino de Madrid, Barcelona, Gijón, Vigo o Bilbao, para iniciar así un silencioso exilio económico.

Desde el otro lado de la verja, la noticia sorprendió con la misma estupefacción que en el lado español. El Arsenal, uno de los puntos de mayor demanda de empleo inmigrante, súbitamente se había quedado sin trabajadores. Pero no solo la industria naval se había visto afectada. También la construcción, los talleres de carpintería y de automoción, los servicios de limpieza, hasta las casas a las que acudían españolas para ejercer de asistentas o cuidar a los hijos de las trabajadoras inglesas se verían perjudicadas. Los jefes, siempre llanitos, se habían quedado sin nadie a quien mandar.

Michael abría el ejemplar del *The Gibraltar Chronicle* de ese lunes donde leía la noticia con suma preocupación.

—Nos hemos quedado aislados.

Isabel no le respondió y, después de servirle la leche sobre el café, le dio un beso en la boca, el lugar que se habían aprendido de memoria sus labios. Las mejillas de Michael habían quedado ahora solo para recibir las caricias de sus manos.

—¿Qué se veía esta mañana? —preguntó al fin la cordobesa, mientras se sentaba.

—Nada, parecía auténticamente un domingo. Fíjate la animación que dan los trabajadores cuando llegan por las mañanas, que parecen mucho más de los que dicen las noticias, cada uno hacia un sitio, la mayoría con sus bicicletas… de verdad, parecía un domingo.

—¿Vas a abrir?

—¡Claro!, ¿por qué no voy a abrir?

—No sé, como todo está tan raro, no sé —dudó, encogiéndose de hombros. Se giró y lo abrazó por detrás.

—Abrir; abriremos. Nosotros vamos a hacer nuestra vida normal.

Michael no le había contado nada de lo que estuvo haciendo en Madrid, para qué había ido y qué había aprendido. Por su propia seguridad era imprescindible que siguiera viviendo en el limbo informativo el mayor tiempo posible.

A media mañana Isabel salió a la calle para ver con sus propios ojos cómo estaba Gibraltar un día laborable sin diez mil personas. Al llegar a *Main Street*, procedente de su calle, torció hacia la izquierda, dirección sur y, al cabo de veinte minutos de plácido paseo, llegó al Arsenal. Desde su posición vio a algunos trabajadores españoles que cargaban en algún vehículo inglés unas cajas con sus herramientas y se imaginó que los habrían dejado entrar para retirarlas.

«¿Qué será de nosotros ahora, aquí, aislados?, ¿cuándo volveré a ver a Rafaela?», se preguntó con infinita tristeza.

Pero Isabel no era la única persona que había salido a la calle a ver los astilleros. Dean Rogers también quería palpar el ambiente que se vivía en Gibraltar sin la mano de obra española. «¿Qué vamos a hacer ahora?» Sabía que su jefe, el comandante David Facey, junto con otras personalidades, iba a mantener una reunión de urgencia en *The Convent*, la residencia de Joshua Has san, gobernador de la colonia, para analizar la situación suscitada. Parecía que la decisión del Gobierno español iba a ser irrevocable por lo que urgía buscar y encontrar mano de obra sustitutiva a la gaditana. En un primer momento habían barajado la posibilidad de contar con malteses o marroquíes. No eran más que conjeturas.

De todas maneras, no era ese asunto el que más le preocupaba a Dean. En lo personal era, indiscutiblemente, el saber que ya se había quedado sin la posibilidad de visitar los cabarés de la linense calle Gibraltar, y lo malo era que no veía, a corto plazo, una alternativa. En la índole profesional teóricamente el trabajo disminuiría, y no porque la población española fuera conflictiva, ni mucho menos, pero, también la estadística mandaba y la lógica de que, a menos personas, menos problemas, era aplastante. En ese momento se acordó de Michael Murray, de su falsa mujer, de su simulado empleo, de sus extraños pedidos… demasiadas apariencias.

Ya tenía un nuevo trabajo que él mismo se había encomendado. Iba a censar a todas las mujeres españolas, seguro que hombres serían muy pocos, si es que había alguno, que se habían quedado a vivir en Gibraltar. Dado que los españoles tenían prohibido pernoctar en la colonia, se trataba casi de forma exclusiva de aquellas que hubieron contraído matrimonio con llanitos para ver si alguna realizaba alguna actividad sospechosa. Había que buscar entretenimiento ante la nueva situación.

La primera de la lista sería, lógicamente, Isabel Vioque.

Día 11 de junio

Sobre la mesa de su escritorio tenía varios periódicos, como era habitual, que no había podido hojear, como también era habitual: *Daily Express, The Guardian, Daily Telegraph, The Times, The Observer*… el premier quería estar lo más informado que le permitían sus múltiples ocupaciones, aunque una de ellas era precisamente esa, estar informado.

Acababa de despedir de su despacho a James Callaghan, ministro del Interior; a Roy Jenkins, ministro de Economía, y Denis Healey, secretario de Estado para la Defensa, con quienes había tratado durante casi una hora la situación planteada en Gibraltar tras el cierre unilateral de la frontera por parte del Gobierno español. No solo había que contar con que representaba el fin de la entrada de trabajadores mucho más baratos que los gibraltareños, sino que además suponía también el cierre de toda

relación comercial entre ambas zonas, incluido el tráfico marítimo con España —también se había suspendido el tránsito entre Algeciras y el puerto de Gibraltar—. En ese momento, la colonia solo iba a quedar comunicada con el exterior mediante el transbordador que realizaba la línea con Tánger y los vuelos con Gran Bretaña. De entrada un doble problema, el laboral por un lado, pero no menor era la necesidad apremiante de alimentar a veinticinco mil estómagos que se habían quedado, de la noche a la mañana, sin suministros.

«¿Qué buscará el gobierno de Franco con el cierre de la frontera?», se preguntaba el primer ministro Harold Wilson, sin hallar respuesta convincente. Si con ello se está buscando presionar al gobierno laborista para iniciar unas negociaciones sobre un punto de valor estratégico estaban equivocados. El inquilino de *Downing Streetl* sabía que esa era una maniobra inútil. El orgullo británico no se iba a doblegar ante una coacción tan estúpida, por tanto, el hábil político de Yorkshire no terminaba de alcanzar a entender el verdadero fundamento que podía tener la medida adoptada por Franco y sus ministros.

Continuó con la lectura de los diarios en los cuales se realizaba una condena unánime a la vez que se comentaba el grave quebranto económico que sufriría la colonia y el coste que, al final, supondría para el contribuyente metropolitano.

«No, no los vamos a dejar solos. Son ciudadanos británicos y llevamos siglos alimentando bocas situadas a miles de kilómetros de la metrópoli, y con ellos no vamos a romper esa regla.»

Día 12 de junio

El cierre de la frontera no había modificado sus hábitos. A las ocho, aprovechando además el adelanto de la salida del sol y la benignidad de la mañana, Michael salió a la calle con Tac, bien agarrado por su correa. Caminaron a lo largo de *Line Wall Road* hasta llegar casi a la pista del aeropuerto. De ahí giró hacia la derecha hasta *Eastern Beach*, bordeando así todas las instalaciones militares. Aprovechaba que el pointer husmeaba por doquier para observar con disimulo y girar la muñeca hacia donde fuera menester.

Al cabo de hora y media, regresó a su casa y pidió a Isabel que, después de desayunar, abriera la tienda.

—¿No te importa? —le preguntó.

Veía feliz a su mujer. Su mujer, había interiorizado el concepto hasta hacerlo suyo, real y palpable. Cada día la veía más guapa y más dichosa. El cierre de la frontera había supuesto una especie de inicio de una nueva luna de miel. —Michael había estado casado antes, aunque su matrimonio solo duró dos años, hasta que su mujer le pidió el divorcio.

Además, con la proximidad del verano, su mujer había aligerado los atuendos

hasta el nivel de ponerle en una situación de perpetuo deseo. Ella tenía que ahorrar para el futuro de su hija pero Michael no tenía otro lugar mejor donde gastarse el dinero que regalándole ropa y complementos. En algunas ocasiones cerraban la filatelia un poco antes, por la tarde, y se marchaban de compras: vestidos veraniegos de punto, pantalones cortos a juego con blusas, minifaldas de vértigo, collares metálicos, cinturones anchos, botas hasta la altura de las rodillas… En más de una ocasión se iban corriendo de la tienda a la habitación, porque las compras había que probárselas de una manera muy distinta a como había hecho Isabel en el establecimiento. Michael disfrutaba con los pases privados de modelos y ella se sentía como lo que era, el centro de su vida, una mujer continuamente agasajada y colmada de atenciones y de cariño.

Aquella mañana, y una vez que Isabel hubo bajado a la tienda, Michael comenzó con la faena. En primer lugar fue a la que había sido su habitación —desde que regresaron convertidos en marido y mujer de hecho, dormían los dos juntos en la antigua alcoba de Isabel— y procedió a desmontar el carrete de fotos del porta correa de Tac, tal y como había estado haciendo desde que llegó en el mes de febrero. Posteriormente se dirigió a su cuarto de baño, única pieza de la vivienda que no tenía ventana al exterior, y preparó, todavía con el fluorescente encendido, todo lo que necesitaba para trabajar a oscuras. Así, situó al lado del lavabo un cilindro del grosor de una peonza, con un agujero en la parte superior y una ranura en el lateral. Cuando creyó que se encontraba preparado, apagó la luz y confió toda la responsabilidad a sus dedos. A ciegas, tal y como había practicado en el chalé de la calle Guadalquivir de Madrid, desmontó el carrete y lo introdujo en la ranura del cilindro. Se aseguró de que había quedado todo el celuloide en el interior.

Encendió la luz pues ya podía continuar trabajando sin riesgo a que la película se velara. Por la parte superior introdujo un chorro de líquido revelador que tenía camuflado en un frasco de colonia. Lo cerró y lo agitó. Miró el reloj. A los cuatro minutos vació el contenido y enjuagó el interior con agua. Después, vertió líquido fijador que tenía también disimulado en un frasco de loción para el pelo.

Diez minutos después, vació el líquido fijador, desmontó el cilindro y observó el contenido. Las doce exposiciones habían quedado casi perfectas «un poco oscuras, tendré que tener el revelador menos tiempo, quizá tres minutos y medio», conjeturó. Expuso los doce centímetros de largo que medía la película al chorro del grifo del lavabo. Por último, la colgó de una cuerda fina que Isabel tenía habilitada dentro de la ducha para secar la ropa los días de lluvia. Se valió de tres clips para sujetarlos negativos.

Ya le quedaba poco por hacer. Expuso la película al aire templado del secador de pelo y, tras unos segundos, esta se encontraba seca y lista para embalar, como le explicó el ingeniero que le enseñó en Madrid.

Los técnicos del Seced se habían provisto de un buen número de postales de Gibraltar, las cuales habían solicitado previamente. Nicomedes no tuvo problema

alguno en conseguirlas por medio de la Guardia Civil de la frontera, por supuesto, mucho antes del cierre de la verja. En el chalé de la calle Guadalquivir también tenían una pequeña imprenta, suficiente como para repicar con exactitud las postales que cayeran en sus manos pero con una salvedad, estas se componían de tres capas, muy finas, ya que la central estaba seccionada por en medio de tal manera que el negativo con las doce exposiciones se emparedaría, siendo la resultante una postal un poco más gruesa que las normales, solo detectable si se calibraba junto a otra, una en cada mano.

Nicomedes le había dado un juego de treinta postales especiales, treinta y cinco carretes y varios frascos de revelador y fijador para que tuviera suficiente material durante el tiempo que fuera a durar la misión.

Tras pegar las láminas delantera y trasera de la postal, y situarlas bajo el peso de unos libros, Michael se encontró con una tarjeta donde se podía apreciar una vista del aeropuerto gibraltareño que ocultaba las doce instantáneas realizadas a los barcos militares atracados en el puerto y a los aviones en las pistas.

Bajó a la tienda y, después de darle un beso a Isabel en sus siempre atrayentes labios, le anunció:

—Vuelvo en un cuarto de hora.

Salió de la filatelia y dobló por *Main Street* camino de Correos.

Media hora después, sonaba el teléfono en la central de *The Royal Gibraltar Police*. La operadora pasó la llamada a Dean Rogers. —

¿Dígame? —respondió el teniente, abúlico.

Sin necesidad de identificación, inmediatamente reconoció a su interlocutor.

—A ver, ¿qué quieres ?

Se quedó escuchando con desgana. De repente, pegó un bote en el asiento y exclamó un enérgico:

—¡Voy para allá!

Colgó con fuerza, se levantó impetuosamente y se ajustó la gorra de plato a la vez que salía despavorido de su despacho, como si hubiera cambiado el empleo de policía por el de bombero y le avisaran del incendio de su casa con su madre dentro.

Casi a la carrera llegó a Correos y, jadeando, se acercó a la mesa de Kevin.

—A ver, ¡dame! —le ordenó al empleado de la estafeta.

—Me podrías dar las gracias, por lo menos.

—Si no me lo hubieras dado, te habría acusado de delito de complicidad con el enemigo —amenazó Dean a Kevin, por su comentario.

El teniente sujetó cuidadosamente las dos cartas. Sabía que era el primer envío que Michael cursaba desde el cierre de la frontera. Una iba a una filatelia de Andorra la Vieja, a la cual ya había enviado cartas en ocasiones anteriores. Pero había una nueva y se adivinaba más gorda que la otra. Parecía que llevaba dentro una cartulina o algo parecido. El remite era el mismo, la tienda de filatelia de Michael Murray, pero el destinatario era nuevo.

—¿Cuándo la ha traído?

—Hará un cuarto de hora, más o menos.

Intentó comprobar su contenido al trasluz, pero no fue posible ni siquiera adivinar algo de su interior.

—Dame un papel y un bolígrafo —le solicitó a Kevin.

Tomó nota del destinatario y se la devolvió al empleado.

—¿Qué hago con ella?

—Pues qué vas a hacer, ¡mandarla!, no me la voy a quedar.

Cuando salió por la puerta del edificio oficial, Dean Rogers no recordaba que, con anterioridad, el falso filatélico hubiera enviado carta alguna a Lisboa.

Día 13 de junio

—Te dije que era urgente.

—Tú no tienes ni idea de lo que es urgente.

—Esto lo es.

—¡Basta! —El último chillido de Thomas había zanjado la discusión. A Scotty le pareció que había recibido una orden y como tal la acató.

Como habían quedado, todas las semanas Shaun McCann, Scotty, llamaba a Thomas y le informaba de las novedades que él entendía que acontecían en la ciudad portuaria, y tenían establecido un mecanismo de urgencia por si alguna vez el escocés tenía que informar de algo que considerara relevante; y la conversación con los boinas verdes le pareció que no era habitual. Fiel cumplidor de las instrucciones recibidas, el miércoles veintiocho, cuando todavía no se había cerrado la frontera de Gibraltar, Scotty llamó a Málaga sin que Manuel López, como le conocía, le hubiera hecho caso hasta el día anterior. Eso era precisamente lo que Shaun recriminaba a Thomas.

—¿Bueno, me vas a dejar pasar? —espetó Thomas a Scotty con un toque de ironía.

Una vez en el primer piso del número tres de la calle Honda, el inglés apartó con el pie el mobiliario que se distribuía por el salón como si hubieran entrado media docena de ladrones a desvalijar.

—¿Me habías dicho alguna vez que vivías en una pocilga?

El escocés lo miró con aversión, pero no le dijo nada.

—¿Me has llamado para que te ayude a limpiar, o para quemar toda esta mierda?

—¡Vale ya!, yo vivo como quiero.

—Ya lo veo. ¿Dónde tienes una silla limpia?

—Te estaban hablando de Alborán.

Al cabo de media hora, en la cual el anfitrión rememoró la conversación que había mantenido con aquellos tres boinas verdes en el Molinete, Thomas sentenció

con una afirmación que Scotty no entendía.

—Sí, no me mires con esa cara, te hablaban de la isla de Alborán.

—Yo no la conozco, ¿está por aquí?

—Si en vez de beber te dedicaras a estudiar un poco sabrías lo que hay en esta zona. Si van y vienen en el día, a la velocidad que puede navegar un submarino por la superficie, porque te decían que se movía mucho, ¿no? —Scotty asintió en silencio y siguió escuchando el razonamiento del periodista español, como Thomas Best le había hecho creer que era—, a una velocidad máxima de dieciséis o dieciocho nudos y teniendo en cuenta que tienen que maniobrar con eso de los desembarcos que me has contado, quítale dos horas como mínimo… —el hombre del MI6 estaba calculando mentalmente—, tiene que ser un lugar que se encuentre a un máximo de ochenta millas, cien a lo sumo. Con eso no tienen ni para llegar a Formentera, que tampoco podemos decir que sea una isla deshabitada precisamente, si acaso a Espalmador, pero ese islote está entre Formentera e lbiza y esos tres idiotas te dijeron que la isla estaba en medio del mar, ¿verdad?

—Eso dijeron, lo que pasa es que estaban tan borrachos que yo no creería todo lo que pudieron decir.

—No estoy de acuerdo. Un borracho se puede equivocar en el cálculo de horas o de distancias, o cambiar nombres, o no recordar cosas de cuando estaba sereno, pero si te dijeron, y los otros lo corroboraron, que la isla estaba en medio del mar, es que estaba en medio del mar. Sí, esos realizaron maniobras en Alborán.

—¿Y para qué quieren hacer maniobras en una isla tan alejada de todo?

—Eso no es asunto tuyo. A mi periódico esta noticia le va a interesar. Seguro.

—Entonces, me seguirás pagando ¿no?

—¿Pagando?, ¿tú crees que te lo mereces? —faroleó con su hombre en Cartagena.

Thomas estaba muy satisfecho con la información que acababa de recabar y estaba dispuesto a comunicársela a Rennie lo antes posible pero, ya que estaba allí, intentaría alegrar la noche, tanto su estómago como su cuerpo. Málaga y Trini le quedaban muy lejos.

—Scotty, vamos a cenar, que el viaje ha sido agotador. ¿Dónde me vas a invitar con lo que te voy a pagar?

—¡Ah, una cosa que se me olvidaba!

El inglés se volvió con la sensación de que iba a escuchar algo interesante.

—Aquellos tres soldados me contaron algo que no terminé de entender. Lo del servicio militar en España no lo domino, no sé cuánto tiempo tienen que estar en el ejército. Sé que los marineros más que los de tierra, pero tampoco sé ni cuánto más ni por qué.

—¿Y qué es lo que te parece interesante?

—Que en los submarinos solamente van aquellos que son del… ¿qué palabra dijeron?

—Sigue, intenta recordar. —El hombre del MI6 le animó a que continuara hablando.

—Que solamente van los que son del no sé qué de este año.

—¿Reemplazo ?

—¡Eso, reemplazo!, ¡eso fue lo que dijeron! —Scotty se alegró de haberse hecho entender—, que solamente hacían esas maniobras los que estuvieran en el ejército hasta el año próximo, que los que se iban a marchar a su casa en el sesenta y nueve no estaban en esas salidas.

—Si fueras español, como yo, entenderías mejor las palabras. ¿Te dieron alguna razón?

—No pregunté, me imagino que será que están ensayando algo que vayan a hacer antes de final de año.

Thomas aprovechó para sacar un cigarrillo y encenderlo. Había subestimado la última apreciación de Scotty. Lo que le había dicho no era algo interesante, era algo crucial.

—¿Qué, Scotty, me vas a presentar alguna novia nueva que tengas para mí? Si está acostumbrada a ti, seguro que estará deseando conocer a un hombre de verdad. —Thomas le guiñó un ojo.

Al escocés no le gustó el comentario de Manuel López.

Día 18 de junio

Desde hacía cinco años, y después de abandonar el viejo edificio situado en el 54 de *Broadway*, la sede central del MI6 estaba instalada en la *Century House*, un amplio y anodino inmueble con forma de caja de cerillas ubicado en el número 100 de la Westminster Bridge Road, en Lambeth, Londres.

Thomas Best había solicitado una reunión urgente con su jefe que, a regañadientes, había admitido verlo.

—Espero que lo que tenga que decirme sea tan importante como para haberse desplazado a Londres —fue lo primero que soltó, nada más ver cómo su agente cruzaba el umbral de la puerta de su despacho. Después prosiguió con más preguntas punzantes—. ¿Se imagina que nuestro hombre en Pekín tuviera que venir aquí cada vez que me quisiera contar algo?

—Señor, creo que sí es importante.

—Thomas, siéntese.

Al sentarse, John Rennie sintió el resuello de su interlocutor.

—¿Qué pasa, que no funciona el télex, o a la señorita Cynthia Bairett se le ha olvidado cifrar mensajes?

«¿Por qué mencionaría a Cindy? —se preguntó Thomas con cierta preocupación —. ¿Sabrá algo?»

—Por cierto, tenga cuidado, Best. El novio de Cynthia también trabaja en el SIS.

—No lo sabía —repuso Thomas, con naturalidad.

—Me alegro, eso quiere decir que no funcionamos tan mal como dicen los conservadores en la Cámara de los Comunes. Bueno, tenemos quince minutos. Vamos.

Thomas se incorporó de su sillón y se acercó todo lo que pudo a su jefe.

—Señor, tengo razones para pensar que los españoles están preparando algún tipo de maniobra militar.

—¿Algún tipo de maniobra militar? —el jefe del MI6 quiso que Thomas le ampliara las averiguaciones.

—Sí, por la información que he recibido de Cartagena, están ensayando un desembarco desde submarinos.

Rennie le miró con tranquilidad, callándose la opinión que se merecía tal afirmación. Optó por alargar su mano y coger una pequeña cajita de marfil. Le ofreció a Thomas un cigarrillo y él tomó otro. Tras la primera bocanada, le animó a que siguiera hablando. No podía ser que uno de sus mejores hombres, o al menos eso pensaba hasta hacía cinco minutos, hiciera un viaje de más de mil quinientos kilómetros para contarle semejante sinrazón.

—Desde hace varias semanas están haciendo a la mar sus dos mejores submarinos con un centenar de boinas verdes, ya sabe, soldados especializados —Rennie asintió dándole pruebas de que sabía muy bien quiénes eran los boinas verdes— y los llevan a realizar prácticas de desembarco a la isla de Alborán, un pedazo de tierra a mitad de camino entre Almería y Melilla.

—¿Sus dos mejores submarinos? —El director quiso abundar en la afirmación de su agente.

—La Armada Española cuenta con cuatro unidades, todo material muy antiguo, pero les funcionan, y los que utilizan en estas maniobras son los dos mejores.

—Ya. —Parecía que la respuesta le había convencido. Después de la explicación recibida, le lanzó la pregunta más importante de todas—. Thomas, ¿dónde está la noticia tan relevante como para que haya venido a Londres a verme?

—Señor, esas maniobras, ya de por sí, son la verdadera noticia.

Rennie no podía creer que Thomas Best hubiera perdido el juicio de esa manera. Pensó que igual alguna andaluza le había arrebatado el raciocinio.

—¡No me lo puedo creer! ¿Dónde está el problema, en las maniobras de dos submarinos ?

—Señor, no hay que verlo como un hecho aislado. Por lo que me he podido enterar, ellos nunca hacen salidas tan largas con los submarinos y menos con esa frecuencia, además, están preparando algún tipo de desembarco, lo que no sé es para qué, pero que algo hay, eso seguro. Totalmente seguro. Además, solo las están llevando a cabo con soldados que van a permanecer en filas todo este año. Los que se licencian a lo largo de 1969 no participan en los ejercicios —remarcó el dato, que al

jefe de Sección le pareció clarificador.

Rennie nunca había visto a Thomas hablar de aquella manera tan vehemente, como si le fuera la vida en aquella explicación.

—¿Y qué quiere que haga, Best?, ¿que le diga al primer ministro que mande al *Eagle* a la zona, o quiere usted que construyamos un portaaviones más grande todavía para contrarrestar las maniobras de dos submarinos y cien hombres?

—Señor, acuérdese del espía que han metido los españoles en Gibraltar.

—¿Y qué tendrá que ver una cosa con otra? El agente se sentía no solo incomprendido por su jefe, sino también humillado.

—Mire, Thomas, esto es un servicio de inteligencia y no el plató de los estudios Pinewood. —Rennie abrió una calculada pausa y, después de mirarle fijamente a los ojos, continuó—. Ni usted es Sean Connery ni yo soy Bernard Lee, ni tras esa puerta está la señorita Moneypenny esperando a que usted flirtee con ella. No sé si me entiende. —El jefe de Sección le miraba incrédulo, no comprendía cómo no le hacía caso, o cómo se había explicado tan mal, tan poco persuasivo—. No somos ni James Bond ni M, sino Thomas Best y C. En política no valen suposiciones, solo podemos hablar con hechos contrastados en nuestra mano. No sea melodramático, por favor.

—¿Me podría retirar? —fue lo único que se le ocurrió decir al agente.

—Si usted cree que puede haber algo relevante por allí abajo, búsquelo. Sabe que si es convincente, le creeré.

Thomas Best asintió, sin saber muy bien si el asenso era una maniobra mecánica de aceptación de la disciplina o si, realmente, pensaba que su jefe tenía razón y se había precipitado con el viaje.

Con su orgullo herido y con la ridícula sensación de tener que haber escuchado un sermón de un padre cabal a un hijo revoltoso, abandonó la *Century House* con dirección al aeropuerto de Heathrow. Sabía que le quedaban varias horas hasta que partiera su vuelo hacia Málaga, pero era consciente de que allí no tenía nada que hacer, ni siquiera, como le había mencionado su jefe, flirtear con una secretaria. Prefería buscar consuelo en los brazos de Trini, ahogarse en su calor y sumergirse en su sudor.

Una vez que Thomas Best se hubo marchado de su despacho, John Rennie se sentó a leer de nuevo la nota que le habían enviado desde el *Foreign Office*. En la misma le hablaban de que se había detectado un movimiento anormal en Gibraltar. Michael Murray, el falso filatélico, ya había mandado dos cartas a Lisboa, a casa de un particular.

Antes de recibir a Best ya había visto esa nota pero, expresamente, no le había querido decir nada porque deseaba que su hombre se esforzara en seguir buscando pruebas. En la reunión le había escuchado con mucha más atención de la que había aparentado y, efectivamente, aquello no entraba en la lógica. Esas maniobras resultaban, cuando menos, sospechosas y había que mantenerse alerta. Por tanto, quería que Thomas siguiera revolviendo, bajo las piedras si hacía falta, para hallar

más testimonios y encontrar alguno concluyente.

De momento, Rennie puso en marcha un operativo para saber qué era eso de las cartas a Lisboa. No era una idea descaminada. Si una tienda se ha quedado sin proveedores en España, «¿qué hay de malo que busque en Portugal nuevos provisores? —pensaba con naturalidad—, pero hay que investigarlo. Yo de Franco no me fío».

Día 20 de junio

A pesar de que el sol alumbraba cada vez más horas al día, José Caballero siempre terminaba su jornada laboral con luz artificial. Como si tuviera que pasar un examen, se conocía la orografía del peñón de Gibraltar de memoria. No sabía las veces que había repasado cada una de las calles, las bocas de los pasadizos que se adentraban en las entrañas de la roca, la extensión de cada dique y los barcos que podrían atracar en función del calado del puerto —este dato lo extrajo de unas publicaciones que adquirió cuando estuvo allí, con Julita—, las piezas que, aunque en teórico desuso, artillaban la defensa de la colonia. Creía que, como si fuera su casa, Gibraltar no tenía secretos para él. Además, las fotos que le enviaban le facilitaban un grado de detalle más porque, en los días que estuvo en la colonia durante el mes de febrero, no pudo tomar unas imágenes como las que ahora tenía en sus manos. «¿De qué o de quién se habrá servido Carrero para sacar estas fotos?», se preguntaba una y otra vez.

Por la información que le había facilitado Lacalle, el ministro del Aire, los F-104 estaban realizando ejercicios satisfactorios en Las Bardenas, en Navarra, mientras que para los F-5 había elegido Caudé, en Teruel, para sus evoluciones y prácticas de tiro. Entre tanto, la Brunete —por lo que le había informado Menéndez Tolosa— hacía maniobras en los Montes de Toledo, tanto prácticas con los carros como con los morteros. También estaban probando las piezas anti carro 60/50, suficientes para la oposición que se iban a encontrar.

De los ensayos navales estaba al frente Nieto Antúnez. Había puesto a trabajar al S-22 —el antiguo D-3, un sumergible norteamericano remozado en Cartagena hacía seis años— y al García de los Reyes, el 5-3i, el mejor submarino que tenía la Armada, aunque hubiera pasado ya un cuarto de siglo desde que fuera botado en Estados Unidos. Realizaban maniobras continuas con grupos de boinas verdes en la isla de Alborán, que ofrece una morfología muy similar a las playas y calas del sur del peñón.

Pero, sin duda, los que más trabajo tendrían y más bajas causarían serían los legionarios. Todavía estaban pendientes de hacer la elección final. De momento, tanto los de Ceuta como los de Melilla estaban trabajando duramente, preparándose para la acción. Al ser la única unidad profesional, su nivel de exigencia sería mucho mayor

que el del resto, y su grado de implicación, también.

La actividad naval inglesa se había incrementado notablemente en el puerto de la colonia y, además, la bahía de Algeciras había recibido la visita incluso de algún portaaviones, algo que antes era casi inimaginable. El general no dudaba de que la operación tenía que ser un éxito y no estaba dispuesto a que los británicos le pusieran más problemas de los previstos, por lo que hablaría con Lacalle y le exigiría que el número de aviones se incrementara sustancialmente y que desplegaran sobre Gibraltar el mayor potencial de fuego posible. «Y si tiene que caer población civil, que caiga. En la guerra no hay posibilidad de hacer distingos. Ellos son enemigos de España y, por tanto, enemigos de Dios.»

Día 22 de junio

—Michael.

—¿Qué?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Una pregunta?, según.

Desde que había comenzado la nueva relación entre la pareja, a Isabel le encantaban los sábados y los domingos. Esos dos días, que no abrían la tienda, Michael no madrugaba para salir a pasear con Tac y retrasaban el momento de levantarse hasta rozar la linea de la felicidad. La cordobesa se sentía dichosa y radiante, tranquila y reconfortada, y querida, muy amada. Había encontrado en Michael al hombre que pensaba nunca sería capaz de hallar. Paco fue su primer amor y el primero con quien aprendió a explorar su cuerpo y a descubrir unos sentimientos desconocidos, y también había sido el padre de Rafaela; pero sabía que la vida tenía que continuar, que después de cada noche despuntaba un nuevo amanecer, y el hecho de que su marido se saliera de la carretera no quería decir también que ella tuviera que estrellar su futuro contra una roca asesina. A Paco le lloró hasta el límite, pero, junto a Michael, había experimentado la sensación nueva de comprobar que sus lágrimas antiguas se habían cristalizado.

Lo que nunca podría haber imaginado era que iba a encontrar la felicidad en brazos de un hombre veintidós años mayor y del cual no conocía nada, excepto que era un espía al servicio del Gobierno español. Como ella.

—Michael, ¿qué hacemos en Gibraltar?

La pareja seguía en la cama. Habían trasnochado porque ella había aceptado encantada el ofrecimiento para cenar en un restaurante de *Casemates Square*. Después llegó aquello que ella no podía imaginar de un hombre con la edad de Michael. «¿Seré yo?», se preguntó con una buena dosis de vanidad.

—¿Cómo que qué hacemos en Gibraltar?

—Sí. Yo sí sé lo que estoy haciendo. Al principio ejercí de falsa mujer. Ahora,

quita lo de falsa. —Le cogió la cara con las dos manos y le dio un beso en la boca—. ¿No?

Michael le sonrió y le correspondió con otro más largo.

—Yo si sé lo que vine a hacer aquí —prosiguió Isabel, que dormía con un camisón violeta, corto, moteado de florecitas blancas y medio transparente que jamás se habría puesto en Alcaracejos, aunque no la viera nadie—, pero ¿y tú?, ¿qué haces tú en Gibraltar? Es más, ahora habría que preguntar qué hacemos los dos aquí.

—Sabes que no te lo puedo decir.

—Sí, eso era antes, pero no ahora.

—Isabel, que tú y yo…

No le dejó terminar. La mujer estaba enamorada de él pero no sabía si todavía más del veneno encerrado en sus besos, de su olor penetrante y varonil, del ritmo cadencioso de su respiración cuando hacían el amor, del contacto de sus dedos sobre su fuerte cutis donde asomaba una barba incipiente. Por ella, se pasaría toda la vida pegada a su boca.

—¿Qué me ibas a decir? —le volvió a preguntar Isabel nada más separar su cara para permitirle respirar.

—Te iba a decir que en estas cosas, cuanto menos se sepa mejor para todos —Michael se resistía a hablar de su misión concreta en Gibraltar—, y cuando digo para todos, me refiero en primer lugar para ti y para mí, para los dos. Así, si a uno de nosotros nos detuvieran podría asegurar que no sabe nada sin mentir.

—Pero yo quiero saber qué haces, soy mujer y muy curiosa, vamos, ¿qué haces por las mañanas con Tac cuando os vais de paseo?, ¿qué hay dentro de las cartas que mandas desde que vinimos aquí?, ¿adonde las envías?, ¿qué haces en el cuarto de baño, que luego hay un olor muy raro? ¡Oye! —de repente tuvo una ocurrencia y su rostro pasó a mostrar una expresión de contrariedad, de enfado—, ¿te metes a hacer *cochinás*?, ¿no te la estarás «cascando»? ¿No tienes suficiente conmigo?

Michael soltó una carcajada.

—No, mujer, no estoy haciendo nada malo, de verdad, no pienses mal.

Se giró hacia el otro lado de la cama. Ella le abrazó por la espalda y le dio un beso en el cuello. Sabía que no tenía que haber dicho eso, pero la perdió un estúpido ataque de celos.

Después de un largo silencio, sin girarse, Michael comenzó a hablar:

—Sé muy poco. Me dedico a hacer fotos.

—¿Fotos, qué fotos, con qué máquina? —sorprendida, Isabel quiso obtener más información. Que ella supiera, en su casa no había máquina alguna.

El inglés, sin dejar de darle la espalda, se levantó y se fue al salón. Regresó con la correa de Tac, al que tuvo que decir que esperara. —El animal, al ver a su amo con la correa, se había hecho otra idea marchándose dando saltos hacia la puerta, golpeando con fuerza la pared con el rabo.

—Mira.

Isabel cogió el porta correa y lo miró con detenimiento. Por indicación de Michael, reparó en una pequeña abertura en la cual se adivinaba un cristal redondo. Era el objetivo.

—¿Y con esto haces fotos? —curioseó, incrédula.

—Sí, en un carrete muy pequeño que revelo aquí. Luego envío los negativos. Me imagino que en algún lado sacarán copias en papel. Eso no es de mi incumbencia.

—¿Y adónde mandas esas cartas?

Michael se volvió hacia Isabel y la besó. Con su mano izquierda apartó un mechón que ocultaba parcialmente sus ojos.

—No sé quién las recibe. Yo pongo la dirección que me dijeron. En Lisboa.

—¿Lisboa?, ¿en Portugal?

—No sé si habrá otro Lisboa —confirmó, sonriente—, yo desde luego las mando a la de Portugal.

Isabel había llegado a su vida con la misma ilusión que supone un regalo inesperado. Desde el primer día que la vio en Madrid se quedó prendido de su incontenible belleza y de su estilo, pero siempre pensó que aquella mujer, aquella joven y maravillosa mujer nunca sería para un hombre como él, cansado y desencantado de todo, que había aceptado el encargo porque no tenía muy claro adonde podía ir, y la llamada de aquel conocido que le presentó a Nicomedes le solucionó muchas cosas, o quizá solo una, la esperanza por vivir.

—Ya sabes qué hacemos aquí. ¿Quieres acompañarme esta mañana? Después te enseño a revelar el carrete, es muy divertido. Oye, pero cuando estemos en el lavabo, a oscuras, no quiero jueguecitos, que esto es muy serio.

—No, por supuesto que no. —Isabel, sonriente, levantó las manos, como si le apuntara con una pistola—. Jamás se me ocurriría hacer un jueguecito contigo en un cuarto oscuro…

Día 26 de junio

El vicepresidente del Gobierno había llegado pronto a El Pardo y se encontraba departiendo con el jefe de la Casa Militar del jefe del Estado, el teniente general Castañón de Mena.

—Juan, ¿para qué día tiene previsto el Generalísimo subir a Meirás? —se interesó Carrero.

—Ya sabes, Luis, que para eso su Excelencia es muy suyo. Nos lo dice con muy poca antelación. Me imagino que cuando apriete un poco más el calor. —Estuvo a punto de insinuar que la decisión, como en otras ocasiones, estaría en manos de doña Carmen, pero no quiso faltar al respeto debido, aunque conociera al vicepresidente desde hacía muchos años.

—La verdad es que el año se está haciendo duro. Empezamos con el estado de

excepción y seguimos ahora con lo de Gibraltar, pero ya sabemos, Juan, para eso estamos aquí, para servir a nuestra patria.

—Desde luego, Luis, desde luego. Si me permites voy a ver si el Generalísimo se encuentra preparado.

Castañón de Mena dejó solo al vicepresidente y abandonó el Salón de Consejillos —una pequeña estancia decorada en la época de Fernando VII, que se encontraba entremedias del Salón de Consejos y el despacho de Franco—, en el cual solían esperar las visitas que recibía el Caudillo, incluido el propio Carrero Blanco.

No pasaron más de dos minutos cuando regresó el jefe de la Casa Militar indicándole que podía pasar al despacho del Generalísimo.

—Excelencia —como tenía por costumbre, el vicepresidente dio la mano al jefe del Estado a la vez que marcó un pequeño taconazo y una reverencia con la cabeza.

Una vez sentados, el general sorprendió a Carrero con una afirmación que este no esperaba.

—Carrero, le tengo que decir algo. Nombraré heredero antes del dieciocho de julio —le espetó, sin rodeos.

El rostro del almirante se iluminó como si hubiera sido enfocado por un reflector.

—Excelencia, me da usted una gran alegría. —Contrariamente a su estado normal, Carrero esbozó una sonrisa que casi contagió a Franco.

—Lo sé, por eso tenía ganas de que llegara, porque sé que usted lleva mucho tiempo detrás de mí, intentándome persuadir para que tome la decisión, y mire, va a ser inminente.

—No querría que vuecencia interpretara mis insinuaciones como una descortesía.

—No, Carrero, al contrario, siempre les he estado muy agradecido, tanto a usted como a Rodó, por los comentarios que me han hecho, y crea que siempre los he escuchado con verdadero interés.

—Muchas gracias, mi general. Y, dígame, ¿me puede adelantar ya el nombre?

El hecho de que en el desfile de la Victoria de hacía unas semanas —como ya había sucedido años atrás— Franco hubiera elegido al capitán Juan Carlos de Borbón y Borbón para que se situara junto a él en la presidencia de la parada militar era un dato demasiado significativo para alguien de la astucia mental del vicepresidente, pero, precisamente por ello, por esa sagacidad del santoñés, no se terminaba de fiar de las apariencias y deseaba escuchar el nombre del nieto de Alfonso XIII como el del elegido.

—A su tiempo, Carrero, a su tiempo. Ya le he dicho que muy pronto el pueblo español sabrá quién será el sucesor de nuestra obra, y usted antes, no se preocupe. Pero ahora vamos a tratar los asuntos que veremos mañana en el Consejo.

—Por supuesto, mi general.

—Hábleme de cómo marcha la Operación Mirón, por cierto, muy original el nombre. ¿Es suyo?

—No, Excelencia, el nombre fue puesto por el general José Caballero.

—Esa ocurrencia no la habría tenido su padre, aunque creo que era mejor militar que él.

Carrero no dijo nada, y quizá fue ese silencio lo que hizo a Franco reaccionar.

—¿Algún problema con él? —inquirió, mientras entornaba los ojos y volvía a perforar a su interlocutor con la mirada.

—No es que haya algún problema con el general José Caballero, Excelencia, es que es una persona demasiado impulsiva.

—Pero, eso, ¿es malo?

—No necesariamente, pero le veo algo violento.

—Carrero, si vamos a emplear la fuerza para tomar Gibraltar ya me dirá usted de qué forma lo vamos a llevar a cabo. ¿No le parece?

—Por supuesto, Excelencia, por supuesto.

Día 27 de junio

—No me haces caso.

—Estamos trabajando, y no me hables en inglés.

—Pero sino hay nadie.

—Ya sé que no hay nadie pero siempre os he dicho que en este lugar todos tenemos que hablar español porque se supone que somos españoles y vendemos amortiguadores y delcos. —Todo el grupo de la estación Sevilla había tenido que aprender un número importante de vocablos específicos relacionados con la industria automovilística—. Además, Cindy, tengo mucho que leer y mucho que romper después. —Miró hacia la destructora de papel, un artilugio que les habían mandado desde Londres vía Madrid, desconocido en el mobiliario de oficina de las tiendas malagueñas.

La mujer rodeó la mesa y se situó detrás de su sillón, con sus manos agarró sus brazos y se acercó a su oído:

—Un día te voy a atar a esta butaca y voy a hacer contigo lo que me dé la gana.

—Cindy, tú lo has dicho, un día, pero no hoy.

—Eres un tonto, no sabes lo que te pierdes. Te propongo una cosa.

Thomas se giró y, alargando el cuello, le dijo:

—Si es algo que me deje trabajar, lo pensaré.

—Hoy es viernes, ya sabes que Albert sigue con su madre que está cada vez peor, y hasta el martes no regresa, y Darren anda por Córdoba. ¿Sabes lo que te estoy diciendo?

Claro que sabía lo que le estaba diciendo, y ganas no le faltaban. La mujer se había puesto un vestido de punto rojo, cortísimo, y calzado unas botas blancas acharoladas altas, elásticas, que le llegaban un poco por encima de las rodillas. Para el inglés estaba muy apetecible.

—A ver, sorpréndeme.

—Ahora te dejo trabajar y mientras voy a descodificar unos télex que entraron esta mañana a primera hora. Después, me podrías invitar a comer por ahí, aunque ya sabes que a mí la cerveza me da sueño… —Se acercó a su cara y se quedó a escasos centímetros de su boca, sin llegar a juntarla—. Es posible que tengamos que buscar una cama para echarme la siesta. ¿Tú sabes dónde podríamos encontrar una?

La inglesa fue cerrando poco a poco los ojos a la vez que su boca iba formando una circunferencia.

Thomas no soportó la proximidad de aquellos labios rojo carmesí y los buscó con los suyos. Para su sorpresa, súbitamente, Cindy se apartó y giró el cuerpo hacia atrás.

—Después, ¿no has dicho que ahora hay que trabajar? —conjeturó, mientras le sonreía y le guiñaba un ojo.

Cuando salió de su despacho, y mientras la veía caminar de espaldas, los ojos de Thomas se dirigieron al sofá. Cerró los párpados y pensó, con la mayor profesionalidad que pudo acopiar en ese momento: «Thomas, aguanta, por tu Reina y por tu Patria», e intento concentrarse en la lectura de un informe que había recibido el día anterior.

Habría pasado media hora cuando Cindy irrumpió de nuevo en el despacho de su jefe. Por el gesto de su cara, al inglés le pareció que tenía algo importante que anunciarle.

—He estado descodificando el télex que han enviado esta mañana. —La muchacha parecía intuir la gravedad del trasfondo del asunto—. Gibraltar. Tienes que estar allí el lunes.

—¿Qué más dicen?

—Nada más, mira mis notas.

La profesional Cynthia que se acercaba ahora a su mesa nada tenía que ver con la juguetona Cindy con quien había tonteado hacía unos minutos.

—Gibraltar. Ir treinta de junio.

—¿Qué es eso? —fisgoneó la secretaria, aunque sabía cuál iba a ser la respuesta. Tenía claro que una cosa era que su jefe se hubiera acostado con ella y otra muy distinta que Thomas le fuera a revelar información clasificada.

—Cindy, sé buena chica. Responde que el aviso está recogido y que estaré allí a las once de la mañana.

—Vale.

La mujer giró sobre sus pasos y retornó a su mesa. A Thomas le incomodó el contenido del mensaje. De entrada le esperaba un buen madrugón porque sabía que, tras el cierre de la frontera, la única manera de entrar en el Peñón, lógicamente si se exceptuaba el avión, era dejar el coche en Algeciras, de ahí cruzar a Tánger para, desde la ciudad marroquí, volver a cruzar el estrecho hacia el puerto gibraltareño. «¿Para qué querrán que vaya a Gibraltar?», se preguntó con intensa preocupación.

Nunca había visto a Cindy con una expresión así. El ceño fruncido, los labios

prietos —ya con la pintura perdida entre los suyos—, los hombros tensos…

—¿De quién son? —exigió saber, mientras las sostenía en la mano.

Antes de eso, y después de haber pasado la mañana en la oficina, la pareja había cogido un taxi hasta el Pedregalejo donde Thomas la había invitado al Cabra a unas patas que tomaron regándolas con varias «Victorias» que les refrescaron y que provocaron el movimiento oscilante de los ojos de Cindy.

Después fueron a su casa, donde Thomas vio, por fin, lo que la chica medio ocultaba bajo su vestido de punto. Le gustó el modelo. Le sentaban muy bien. Después de revolver las sábanas y cambiar de postura varias veces a lo largo de veinticinco minutos, la chica entró en su baño. Fue al descolgar la toalla cuando las vio.

—¿No me has oído? —volvió a preguntar, situándose a los pies de la cama, con el brazo extendido mientras las mostraba sujetas con dos dedos a modo de pinza, como si le dieran asco—. Quiero saber que de quién son.

La escena le parecía a Thomas hasta graciosa. Cynthia, una mujer menuda, rubia hasta rayar en el albinismo, rodeada de una toalla y exhibiendo unas bragas blancas moteadas con florecitas malva, de una talla muy superior a la suya. Le faltó poco para reírse, pero intentó contenerse como buenamente pudo.

—No sé, seguro que mías no.

—¡Eres un cínico y un sinvergüenza!

Como si sufriera un arrebatamiento, Cindy comenzó a rasgar las bragas hasta dejarlas hechas jirones. Con todas sus fuerzas, se las tiró a la cara y corrió al lugar donde había dejado su ropa, cuando se desnudó ante él.

Dos minutos después salió atropelladamente del baño, con el vestido, más que colocado, puesto, y con todo el pelo revuelto como si hubiera intervenido en una riña callejera. El portazo que dio hizo que temblaran los marcos que colgaban en las paredes.

Thomas apartó lo que quedaba de las bragas de Trini de su cara y las dejó junto a él. Se giró sobre sí mismo y, dos horas después, cuando despertó de la siesta, fue consciente de lo que le importaba de verdad una mujer como Cindy. Su enfado solo le había provocado sopor, deparándole un sueño tan plácido y despreocupado como el de un bebé.

Día 30 de junio

El jefe de Sección del SIS inglés Thomas Best no podía imaginar que una embarcación pudiera moverse tanto sin llegar a hundirse. El recorrido entre Algeciras y Tánger resultó mareante no solo para él, sino para la mayoría del pasaje, que había dejado sobre la cubierta los restos del desayuno.

Pero el principal problema no era ese. La verdadera razón por la que se

encontraba angustiado al llegar al puerto marroquí era pensar que tenía que hacerse otra vez a la mar para llegar a Gibraltar en un trayecto, además, algo más largo que el anterior.

Por eso, cuando a las once y media de la mañana lo vio entrar en su despacho, Dean Rogers le rogó insistentemente que se dejara ver por un médico.

—Teniente, solo es un mareo. Siempre me he mareado en los barcos, desde pequeño.

—En unos minutos puede estar uno aquí, el hospital lo tenemos muy cerca.

—¡No! —Tuvo que levantar la voz para acallar las insistentes sugerencias del testarudo teniente—. He venido a trabajar y vamos a ello.

Pasaron al despacho del comandante de *The Royal Gibraltar Police* donde el jefe máximo de la policía gibraltareña le estaba esperando con verdadera impaciencia.

—¿Quiere comer algo? —ofreció David Facey, que quería ser lo más amable posible.

—Si quiere que vomite aquí, sí.

Instantáneamente se dio cuenta de la respuesta tan descortés que acababa de dar. Quiso arreglarlo.

—Lo que me vendría bien sería beber algo. ¿Tienen té?

Aquella bebida caliente pareció confortarle hasta hacerle retornar una cierta coloración a su piel.

—¿Trajeron mi máquina?

—Está en la habitación contigua, vino anoche desde Londres. Funcionan muy bien los de su Servicio —rubricó el teniente.

Thomas no le dijo nada. Solo lo miró y pensó en llamarle idiota. Se calló.

Mientras salían del despacho del comandante, el inglés volvió a preguntar:

—¿Tienen alguna carta suya?

—Sí, nuestro hombre ha ido esta mañana a Correos y la he interceptado. Aquí la tiene.

Mientras le entregaba un sobre blanco con un sello dedicado a la reciente Conferencia de la Commonwealth, el hombre del MI6 pensaba que el teniente era una persona especialmente desagradable, un pelota, un simple matón de pueblo que no sería nadie si saliera de la falda del peñón. «Bien me gustaría ver a este imbécil en una calle de Londonderry», imaginó Thomas.

Cuando el comandante encendió la luz de la habitación que hacía las veces de pequeño almacén, Thomas pudo ver el artilugio que acababan de enviarle. Era una caja metálica, similar a un horno, que descansaba sobre una mesa de madera. En la puerta no había ventana alguna para ver su interior.

—Bien, vamos a enchufarla.

Después de conectarla a la red, cogió la carta y la introdujo en el interior con el reverso hacia arriba. Giró un par de ruedas metálicas y presionó un botón. Una luz roja se encendió bajo la atenta mirada de los dos policías, que nunca habían visto algo

similar.

Nada más activarla, Thomas miró su reloj.

—Estará en breve. —El espía no quiso precisar el tiempo programado.

Dean admiraba la impasibilidad del hombre del MI6 y se preguntaba si se parecería en algo a James Bond, su héroe cinematográfico. Había visto todas las películas de la serie y cada vez le gustaban más, aunque era de los que se lamentaban de que Sean Connery hubiera abandonado el papel tras la cinta filmada en Japón, que no resultó tan exitosa como las anteriores.

No pudo reprimir la curiosidad y, aun con riesgo de que Thomas le remitiera al secreto profesional, le preguntó:

—Perdón, ¿qué es este aparato?

Tras soltar el humo de la calada, el hombre del MI6 no tuvo ningún problema en responder.

—Es una máquina que emite calor y humedad en la combinación exacta para que la goma se deshaga sin alterar la calidad del papel.

—¡Oh! —fue la única palabra que soltó Dean, al margen de mostrar un asentimiento que parecía no tener fin.

Tras cumplirse los cuarenta y cinco segundos que había programado Thomas, presionó de nuevo el botón que hacía apagar la luz roja y abrió la puerta.

Tal y como había anunciado, la goma había desaparecido y la solapa del sobre se había abierto. Introdujo la mano en la máquina y lo extrajo del interior. También se había desprendido el sello con el que había sido franqueado.

El inglés había llevado consigo una bolsa de deportes. De la misma extrajo unos guantes de látex, similares a los de un cirujano, unas pinzas y una lupa. Se sentó y encendió la luz de un flexo. Los dos policías se habían quedado de pie y miraban atentamente lo que hacía el espía.

Cogió la carta y, con cautela, abrió la solapa. Dentro había un folio doblado y una postal de una vista aérea del peñón. Desplegó la carta y leyó su contenido. Parecía una carta comercial normal en la cual se solicitaba el envío de una serie de sellos, tanto españoles como gibraltareños. Concretamente encargaba dieciocho unidades, de distintos valores aunque le pareció que la mayoría eran de los más económicos. La misiva estaba redactada en español, en el lenguaje habitual que se supone debe tener toda relación mercantil. Se hablaba de que el pago se realizaría contra una cuenta de clientes. Nada que llamara la atención al espía inglés.

La postal, sin embargo, estaba dirigida a alguien que, por el lenguaje, parecía un niño, o un adolescente. Le contaba generalidades de la colonia y terminaba con una despedida cariñosa. Nada más.

Thomas miró la carta al trasluz y la olió. Lo mismo hizo con la tarjeta. Aun con el inconveniente de la falta de sensibilidad de los guantes, las palpó por ambos lados y paseó su dedo índice por todo el contorno.

Nada, aquel sobre no tenía más que lo que se veía. Súbitamente se sintió

incómodo. Había querido hacer ver a su jefe que en Gibraltar había un espía y que el Estado español estaba preparando la invasión de la colonia pero ¿sobre qué fundamento?, ¿cuál era el argumento de peso que desnivelaba la balanza entre las fuerzas antagónicas de la realidad o la conjetura?

Se volvió hacia el comandante:

—Aquí no hay nada. No obstante, voy a tomar unas fotos.

De la bolsa de deportes sacó una pequeña caja con cuatro cintas de casete. De una de ellas —concretamente la que tenía en su delantera una instantánea de una banda de gaiteros escoceses— extrajo una máquina fotográfica y desplegó un pequeño trípode que llevaba oculto en un catalejo. Con la luz del flexo y ayudado por un pequeño latiguillo negro, tiró varias fotos, tanto al sobre como al texto.

Los dos policías miraban expectantes. No se podían imaginar que el inglés llevara tanto artilugio dentro de una inocente bolsa de deportes.

Por último, puso encima de la mesa un bote de una sustancia parecida a un pegamento y, con primor, repasó con un pincel el lugar donde originariamente se encontraba la cola con la que se cerraba el sobre. Terminó todo el trabajo haciendo la misma operación con el sello.

—¡Ya está! —exclamó el espía—. En cinco minutos la puede coger y devolverla a Correos. Esta carta tiene que llegar a su destino.

—Sí, señor, la llevaré ahora mismo.

—Por cierto, me gustaría volver a ver a esta persona. Comandante, ¿suele salir por la noche?

Antes de que Facey fuera a abrir la boca, el teniente se adelantó con la diligencia que tanto exasperaba al hombre del SIS.

—Se les suele ver a los dos en algún restaurante. Al principio no, pero desde hace un mes, más o menos, acostumbran a salir a cenar y sobre las ocho es fácil verlos.

—Y eso, ¿cómo lo sabe usted? —escudriñó Facey.

—Señor, ya sabe que no hay nada que se mueva en la colonia que no controlemos.

«Esa prepotencia algún día te pasará factura, polizonte», pensó Thomas, con el mayor desprecio que podía sentir por un compatriota y, de alguna forma, colega.

El inglés miró el reloj.

—Para eso quedan algo más de seis horas. Querría ir a descansar y después, vamos a ver si tenemos suerte. ¿No le parece? —propuso al teniente.

—Me he permitido reservarle una habitación en el *Montarik Hotel*. No es muy lujoso pero está en el centro de *Main Street*, ya sabe, nuestra calle principal. ¿Qué le parece si le recojo a las ocho?

—Bien —fue la respuesta concisa que le dio.

—Si quiere, puedo llevarle en un coche.

—¿En un coche de policía?

Dean se dio cuenta de la torpeza que acababa de cometer, y sintió los ojos

reprobadores de su jefe sobre su nuca.

Cuando sonó el despertador que había incluido en su pequeño equipaje, Thomas se sintió totalmente desorientado. Marcaba las siete y media. Decidió que lo primero que tenía que hacer era ducharse e intentar poner en orden sus ideas, pero no solo las profesionales.

Al bajar a la recepción se encontró, sentado en un sofá y con un ejemplar del Gibraltar Chronicle entre sus manos, a un teniente Rogers vestido de paisano. Se había apretado un pantalón vaquero que parecía fuera a estallarle y un polo color verdoyo. «Menos mal que no ha venido vestido de policía», se alegró, con ironía.

—¡Ah, Manuel! —profirió al verlo llegar al vestíbulo.

Sin interesarse por sus mareos de la mañana, le soltó:

—Hemos tenido suerte.

Tiró el periódico a una mesita baja, se incorporó pesadamente y acercó su cabeza al oído del agente.

—Están cenando en un restaurante italiano de Line Wall Road. Andando no tardamos más de diez minutos, además, hemos tenido suerte, se han sentado en la terraza.

Thomas tenía que reconocer la innegable eficacia profesional del teniente Rogers, por mucho que, en lo personal, le resultara una persona cargante y pretenciosa.

—Buen trabajo. Por cierto —le picó la curiosidad, mientras salían a la calle—, ¿cómo ha dado con ellos?

—Es difícil que algo se le pase por alto a *The Royal Gibraltar Police* —aseveró, henchido de orgullo.

Main Street se encontraba en pleno bullicio. Aunque los comercios estaban cerrando, todavía quedaban numerosas personas que paseaban con tranquilidad. El cierre de la frontera con España no había provocado que el turismo aminorara, aun más, parecía que los habitantes de la metrópoli habían tenido un brote de solidaridad y, según comentaban, la cifra de británicos que volaban hacia Gibraltar se había incrementado en las últimas semanas.

La velocidad con la que llevó el teniente Rogers a Thomas no se podía calificar precisamente como de paseo. Su orondo cuerpo se desplazaba a grandes zancadas siendo seguido por el hombre del MI6 que, para no perder sus hábitos, procuraba fijarse en todo lo que le rodeaba, desde modelos de coches a establecimientos comerciales, pasando por la revista continua que realizaba a las caras de las personas con las que se cruzaba, tomándoles una imaginaria foto y archivándola en algún hueco libre que le quedara todavía en su memoria.

Tal y como había estimado, a los diez minutos de trote, la pareja había llegado a las inmediaciones del restaurante.

—¡Cuidado! —le pidió el teniente—, crucemos de acera.

Dean se dio cuenta de que Thomas, cuando habían atravesado la calzada, había mirado hacia la dirección equivocada.

—Manuel, aquí conducimos como los continentales, por la derecha. Tenga cuidado.

«¿Le podría caer alguna vez simpático un hombre como ese?», fue la pregunta que el inglés se formuló y para la cual todavía no tenía respuesta.

Se fueron acercando por la acera contraria, despacio, y miraron con disimulo.

—Ahí los tiene, son los que ocupan la penúltima mesa, junto a la pizarra con el menú.

Thomas Best se colocó unas gafas negras y aprovechó el efímero camuflaje que le otorgaban para observarlos con el máximo detalle, con los pocos segundos que le permitían las circunstancias para evitar que, por cualquier medio, pudieran descubrir su presencia.

Pero no parecía que ello fuera a ser posible. Dado que el hombre se había sentado de espaldas a la calzada —«error, grave error, aprendiz de espía», pensó el rubio agente del MI6, casi con cariño— a quien pudo ver con precisión fue a la mujer.

Siguiendo la indicación de Best, Dean había aprovechado para mirar hacia su izquierda, en dirección al puerto, ya que entendía que no sería lógico que dos personas que pasaban por la calle miraran a la vez a una determinada mesa.

—¿Los ha visto bien? —quiso asegurarse el teniente, cuando ya los habían rebasado ampliamente.

—A él ya le había visto.

—A quien ha visto bien ha sido a la mujer, ¿verdad?

—Sí, a ella la he mirado más —reconoció el inglés, mientras se guardaba las gafas en la funda.

—¡Vaya mujer!, en alguna ocasión me he cruzado con ella por la calle y me ha pasado como a usted, me he quedado impresionado.

—¿Impresionado?, ¿por qué dice eso?

—Porque es la verdad. Es imposible ver a esa mujer y no quedar impactado. La andaluza es una mujer bonita, pero las cordobesas son las mejores. Se lo digo yo, que he conocido a unas cuantas. Además, las hay bien morenas y como esta, con un pelo tan rubio que parece una sueca.

«Bocazas», pensó Thomas. Efectivamente, la mujer que acompañaba al falso filatélico llevaba un vestido muy corto rojo con el cuello, los bordes de las mangas cortas y el estrecho cinturón amarillos, como el color de su pelo, muy a la moda de lo que había visto el inglés en su último viaje a Londres.

Cuando, después de cenar algo en una cafetería, Thomas subió a su habitación, tardó mucho tiempo en conciliar el sueño. Las cinco horas que había dormido por la tarde le habían desvelado. Tomó la decisión de cursar una orden a la *Century House* para que averiguaran quién era el destinatario de las cartas que enviaba Michael Murray. «Ya que sabemos el contenido —pensó—, vamos a ver si nos enteramos de quién demonios se hace cargo de ellas.»

Lo que no sabía era que John Rennie ya se había adelantado a su razonamiento.

Julio

Día 3 de julio

Desde que Franco le había asegurado que antes del dieciocho de julio iba a anunciar el nombre de su heredero, Carrero no había dejado de pensar en otra cosa, ni siquiera en las consecuencias de la entrada en vigor del tratado de España con Marruecos sobre Ifni. «Y los ingleses, ¿qué?» El almirante no podía apartar de su mente la chulesca actitud británica ante el proceso de descolonización que se estaba viviendo en todo el mundo y del que parecía que Gibraltar se iba a erigir como una desgraciada excepción. También sabía que iba a ser cuestión de tiempo, «y, además, de muy poco tiempo», aseguró para sí, mientras subía las escaleras que le conducían desde la entrada del palacio de El Pardo hasta el despacho de Su Excelencia.

Le sorprendió encontrarse con un anfitrión que parecía especialmente contento, algo muy poco habitual, ya que lo común era que Franco le mostrase su repetido rostro impasible y nada afectuoso.

—Carrero, tengo que darle una noticia —le anunció, una vez los dos se hubieran sentado delante del gran escritorio que tenía el jefe del Estado en su despacho.

El vicepresidente, antes de escucharla, supo perfectamente de qué se trataba.

—Dígame, mi general.

—Ya he designado sucesor. Será don Juan Carlos de Borbón.

Oír aquella afirmación de boca de Francisco Franco fue para el almirante Luis Carrero Blanco, no por esperada, la mejor noticia que podía recibir en lo que le restaba de vida, que esperaba fuera mucha.

—Quiero que disponga —continuó el Generalísimo— para el día diecisiete de este mes el preceptivo pleno y que fije para el día veintidós la fecha en la que quiero proponer a las Cortes el nombramiento de Juan Carlos. Será nombrado sucesor a título de rey.

Carrero se contuvo para no romper el protocolo que exigía su puesto y el de su interlocutor. Si no hubiera sido él, se habría levantado y le habría dado un fuerte abrazo felicitándolo por la magnífica decisión que había tomado.

—A título de rey, me parece una acertadísima decisión, mi general.

Franco aspiró profundamente —algo inusual en él—, en un acto de toma de fuerzas para hablar, para manifestar, más que una opinión, un sentimiento.

—¿Sabe una cosa? Para mí, nombrar sucesor es como si estuviera cometiendo una deserción de mis obligaciones como capitán de esta nave que se llama España.

—Mi general, con todos los respetos, yo lo veo como otra cosa totalmente diferente, lo que usted está haciendo es señalar a aquella persona que va a completar la labor que empezó el dieciocho de julio y que tanta paz y progreso nos ha deparado.

—No sé. —El jefe del Estado parecía dudar de sus palabras—. Era algo que había

que hacer y ya está hecho. He decidido nombrarle general de brigada. Encárguese usted de realizar las gestiones oportunas. De momento no vamos a decir nada en el Consejo de mañana, mi intención es decírselo al interesado el sábado doce. El viernes anterior lo comunicaré personalmente a todo el gobierno.

—A sus órdenes, mi general. Por cierto, una curiosidad, si me lo permite. Ya que dice que le nombrará sucesor a título de rey, ¿con qué nombre reinará?

—Carrero, eso es un asunto suyo. Evidentemente, yo no lo veré. Será como Carlos V, de España, naturalmente, o como Juan Carlos I. No lo sé; pero nosotros vayamos a lo nuestro. ¿Qué veremos mañana?

Día 4 de julio

La *Rúa do Meio a Lapa* es una de las angostas calles que se entrecruzan en el dédalo de vías que recorren el barrio de Lapa, situado al oeste de Lisboa, concretamente al sur de la Basílica da Estrela.

El número 81, el destino de las cartas que enviaba Michael Murray desde Gibraltar, se encontraba casi al final, en las proximidades de la Rúa da Lapa. El edificio constaba de tres plantas más una abuhardillada, de la cual asomaban a la calle cuatro ventanas. La fachada, como tantas otras en la ciudad y en todo Portugal, había sido ornamentada con azulejos azules, auténtica seña de identidad de todo un país.

Gary Byrne no lo tuvo fácil para ser seleccionado por el MI6. Un pelirrojo es alguien que no suele pasar desapercibido, pero el Servicio entendió que en una nómina de muchos cientos de agentes, podía ser interesante que hubiera algunos que, precisamente, pudieran ser fácilmente recordables por su fisonomía. Ese era el caso de Gary. Con sus treinta y dos años, Gary ya había aprendido cuatro idiomas y el portugués sería el quinto que sumara a su lista. Pero no solo dominaba varias lenguas. También había aprendido algunos oficios que le podrían ser muy útiles en sus funciones de agente del MI6, como por ejemplo la mecánica de automóviles.

Cuando se recibió en la estación Lisboa la petición desde Londres, el jefe de Sección de Portugal —desde la capital se llevaba todo el país, incluso a los agentes destacados en Funchal y en Ponta Delgada— le pidió a Gary que se acercara por la *Rúa do Meio a Lapa* y se enterara de quién vivía en el primero izquierda. Con dos visitas le bastó para regresar al despacho de su jefe con la respuesta:

—Allí no vive nadie —afirmó con rotundidad. Y terminó por concretar—. Puede tratarse de un buzón muerto.

Efectivamente, en el primero izquierda del número 81 de esa calle no residía persona alguna desde hacía varios años, eso sí, todos los días alguien recogía el buzón del cual no sobresalía ni un papel de publicidad.

—Había una carta con remite desde Gibraltar —concretó a su jefe.

—¿Y seguro que recogen el buzón todos los días?

—Sí, volví por la noche y el buzón estaba vacío.

—¿A qué hora pasa el cartero? —le inquirió.

Gary ya se había enterado de todos los datos. Con dos días de observaciones sabía que el cartero pasaba a primera hora de la mañana, y que la carta era recogida siempre antes de comer pues, con ayuda de las llaves maestras que le acompañaban en todo momento, supo que el empleado de Correos siempre echaba una y, cuando él volvía a primera hora de la tarde, el buzón se había quedado vacío.

El viernes cuatro, antes de las ocho y media de la mañana, llegó en su *Opel Record*. Tuvo suerte ya que encontró aparcamiento en la misma puerta de la finca. Se bajó y, tras lanzar unas rápidas miradas a lo largo de la calle en ambos sentidos, abrió el portal y verificó que no habían echado ninguna carta.

«Nada», se reafirmó.

Volvió a la calle y abrió el capó. Lo sujetó con la baña metálica que llevaba el Opel al efecto y quitó la tapa del de le o. Introdujo la llave e intentó arrancar algo que, lógicamente, no consiguió.

Después comenzó por desmontar el carburador y las bujías, extendiéndolas en la estrecha acera. Sacó un pequeño cepillo de raíces y comenzó a lijarlas. Las volvió a colocar en su sitio e intentó ponerlo en marcha. El motor de arranque roncaba en vacío.

Una hora después de haber comenzado ya se había cruzado con varios viandantes, y con algún que otro vecino que se había interesado por lo que sucedía.

—No sé lo que le puede pasar —se lamentaba cuando le preguntaban.

—¿Ha mirado si llega gasolina al carburador? —le preguntó un hombre achaparrado que, por su aspecto, la velocidad de sus andares y de sus palabras, parecía un jubilado.

—¡No!, ¡mire!, a ver si va a ser eso. ¿Usted entiende de mecánica?

—Trabajé en Vila Nova de Gaia en una imprenta, y algo de máquinas acabé aprendiendo.

—Pues me vendría muy bien que me ayudara pero ¿sabe lo que pasa?, que este coche me lo ha dejado mi padre y no quiero que lo toque nadie, es más, como se entere de que lo he estropeado es capaz de matarme. Le tiene mucho cariño. ¡Cuidado!

En ese momento apareció el cartero, que venía desde abajo, desde el cruce con la *Rúa das Pracas*, algo escorado e intentando contrapesar así el peso de la cartera de cuero marrón.

—Perdón, ¿puede pasar? —quiso saber Gary—, es que no me funciona el coche y estoy buscando la avería.

—No se preocupe, estoy acostumbrado a estas aceras tan estrechas.

El cartero entró en la finca y, al cabo de un minuto, salió de nuevo, para continuar su camino.

—Bueno, pues yo le dejo. ¡Que encuentre pronto la avería! —le deseó el hombre,

mientras se giraba y levantaba la mano, casi como si le estuviera bendiciendo.

—Eso espero yo también.

Gary aguardó a que el señor se hubiera marchado y entró en el portal. Abrió el buzón y comprobó que el cartero acababa de depositar una nueva carta sellada en Gibraltar.

«Ahora, vamos a ver quién viene a por ella», pensó con curiosidad. Después, siguió intentado arreglar la avería simulada.

Día 7 de julio

«¿Tendrá la humillación algún límite?», se preguntaba Thomas, en recuerdo de las palabras que había cruzado con Rennie, mientras terminaba de cenar en el restaurante donde servía Trini.

El regreso desde Algeciras fue algo mejor que la ida. Esta vez el viaje en barco se convirtió solo en un sacrificio, sin alcanzar el nivel del tormento. Otra vez tuvo que subirse a aquel maldito transbordador que lo llevó a Tánger y, desde allí, retornar a la Península por el puerto de Algeciras. Después, el viaje a Málaga por la carretera de doble sentido —la autovía que estaban construyendo desde Marbella todavía no se había terminado.

Pero lo peor no habían sido los cuatro viajes en barco sino el tono de la conversación con Rennie. Por más que había intentado convencerle de que había que interrogar a Michael Murray y averiguar qué estaba tramando con las cartas a Lisboa y las extrañas peticiones de sellos, no había sido capaz de obtener su autorización para que le mandara un equipo de la sección Delta. Solo en una cosa había tenido razón, en que aquello era un «camino sin retorno», como sentenció en varias ocasiones. Si detenían a Michael, ya no podrían volver a esperar que él se comportara como si eso no hubiera sucedido. El cambiaría de estrategia. Lo comunicaría, por la manera que fuera, al Seced —Thomas estaba incuestionablemente convencido de que trabajaba para los servicios secretos españoles—, y ya nunca más sabrían cuál era su plan, qué había detrás de unas, teóricamente inocentes, peticiones de sellos. Pero no solo eran las cartas y las maniobras de los dos submarinos. También estaba la postal, una vista aérea del peñón, con su aeropuerto a la izquierda y su puerto abajo. Recordaba con precisión fotográfica los trazos a bolígrafo realizados en el reverso de la tarjeta, aquellas palabras parecían ser dirigidas a un chaval, como si fuera el hijo de un amigo que las coleccionara. «¿Tenía algo de especial aquella postal?», se preguntaba sin cesar y también sin ser capaz de apartar de su mente el recuerdo de aquella cartulina con una foto pegada.

Cuando la malagueña le sirvió la sopa, Thomas le preguntó, casi sin mover la boca, si subiría esa noche a pasarla con él.

—Si tú quieres, sí —accedió sin hacerse de rogar.

Después de servirle, regresó de nuevo y volvió a remover la sopa con el cazo. Encontró lo que buscaba y le echó en su plato una zanahoria cocida que había puesto el cocinero.

—Espero que tengas tú otra cosa que dé más sabor que esto.

Se giró, después de sacarle la lengua, camino de la cocina, sin volver a mirarle.

Thomas era consciente de que nadie le entendería si supieran la verdadera razón por la cual la estación Sevilla se encontraba en Málaga.

La malagueña había nacido con un don, con una estrella que quizá solo el inglés, español para ella, era capaz de distinguir: jamás había dejado de sentirse feliz a su lado. Antes, durante y, sobre todo, después de su matrimonio fallido con la madre de sus hijos, Thomas había conocido a muchas mujeres, además, siempre pensaba que tampoco se había tenido que esforzar mucho para llevarse a la cama una buena compañía. Muchas veces con dinero por delante, pero las más solo desplegando alguna de sus dotes y mostrando una parte del elenco de sus virtudes interiores. No sabía el porqué. Se miraba al espejo y se veía como un hombre corriente —condición casi necesaria para ser admitido en el MI6—. Pero Trini era una mujer de otra dimensión y en la cama nunca había estado con alguien que se comportara como ella, capaz de mostrar cariño y ternura hasta el límite, y deseo y pasión hasta unos niveles nunca antes vividos. Súbitamente se entristeció al pensar en la manera que tenía Trini de redondear su sueldo y en las compañías que buscaría, o que la buscarían, para obtener algo más de posibles. «A lo mejor, cuando un día me canse de ser humillado por Rennie, o por el que venga después de Rennie, me quedo a vivir aquí y me caso con ella», terminó aventurando.

Tal y como le había prometido, a las doce y media de la noche sonó el timbre. Thomas se levantó de la cama, donde se había metido solo con el pantalón del pijama porque, a pesar de tener el balcón abierto, el calor se había vuelto infernal.

Le abrió y la besó con tanta fuerza que casi le hizo daño.

—¡Qué bestia eres! —gritó la mujer, mientras cerraba la puerta de la entrada con un golpe del zapato—. ¡Coño, déjame que pase!

Como todas las noches, la veía auténticamente espectacular, con el vestido floreado bien ceñido, como no le quedaba a ninguna otra mujer, con su generoso escote y sus pendientes tan originales que nunca se quitaba.

—Estás muy guapa.

—Eso se lo dirás a todas, sinvergüenza, que me tienes *abandoná, abandonaíta* me tienes tú.

La mujer entró en el salón y tiró su bolso sobre el sofá, como si fuera un soldado desprendiéndose del petate al iniciar un día de permiso. Thomas no se separaba de ella y la llevaba bien agarrada por la cintura.

—Oye, ¿me vas a dejar que me duche primero?

—No —le respondió mientras buscaba su boca.

—Sí, primero me voy a duchar. Tú, ¿qué quieres, hacerlo con una camarera o con

un cocinero? Huelo a comida, ¿no huelo a comida? —le preguntó, queriendo que él se lo confirmara.

—A mi me parece que hueles a ti, y con eso me sirve.

—No seas *pesao*. La insistencia de la mujer había llegado a tal punto que el inglés no tuvo más remedio que soltarla y dejar que entrara en el aseo. Él la esperaría en la cama.

No habría pasado más de un minuto cuando volvió a salir.

—Oye, por cierto, ¿no me dejaría yo aquí el otro día unas bragas? Las he buscado por *toa* la casa y no las he *encontrao*.

Día 9 de julio

El tiempo había de enseñar al general de brigada José Caballero una palabra nueva, un vocablo que nunca había podido imaginar que incorporaría a su diccionario. Era el término «desesperado». Jamás se había sentido así. Quizá la noticia se la comunicaron demasiado pronto, nada menos que en el lejanísimo, para él, mes de enero. También pudo ser que organizara todo con demasiada premura, y hubiera pecado de exceso de previsión. Incluso llegó a pensar que el problema era él, que no tenía temple ni sosiego y le sobraba nervio, energía, «patriotismo», resumía. La realidad, la única realidad posible era que Carrero Blanco le había comunicado que la Operación Mirón no se llevaría a cabo hasta después del verano. Mientras tanto, lo que tenía que hacer era seguir madurando el plan, sopesar los imponderables, prever las contingencias y entrenara sus tropas, adiestrándolas «en la precisión del corto plazo pero en la oscuridad del largo», le había referido el almirante, dado a cuidar el lenguaje, los giros y la claridad de los mensajes. Es decir, que los soldados se prepararan a conciencia pero sin saber realmente para qué lo hacían.

Por los despachos que Caballero mantenía con cierta frecuencia con los generales de cada uno de los ejércitos, sabía que los submarinos realizaban prácticas sin novedad en la isla de Alborán y que los boinas verdes estaban adquiriendo cada vez mayor destreza y soltura a la hora de armar las embarcaciones neumáticas y llegar y desplegarse por el área señalada. Se había seleccionado igualmente a un escogido grupo de escaladores, destinados en Huesca, por si tenían que acceder a algún lugar del Peñón de muy difícil acceso. La Legión se adiestraba con magnífico resultado, algo que, para él no constituía ningún descubrimiento. Por la información que le había proporcionado Menéndez Tolosa, el ministro del Ejército de Tierra, la preparación de las tropas se desarrollaba conforme a las líneas generales aprobadas en su día.

La artillería igual. Los componentes del arma manejaban cada vez mejor sus medios, y su grado de precisión, no solo en el despliegue de los canos sino en la

certeza de sus disparos, se incrementaba hasta rayar la perfección. Y el Ejército del Aire, «protagonista del primer acto de la función», siempre pensaba el general, continuaba regularmente con sus ejercicios. El problema era que no sabía ni de cuántos aviones iba a poder disponer ni el número de embarcaciones enemigas que tendrían que neutralizar. Las instalaciones militares ubicadas en la zona norte de la colonia constituían un objetivo muy fácil para los F-104 y los F-5. Además, el factor sorpresa siempre jugaría a su favor.

Todo estaba preparado para que, a la orden del Generalísimo, todos se pusieran en pie.

—La verdad, Caballero —recordaba las palabras de Carrero Blanco cuando le contó que ya había encontrado una solución para situar a miles de soldados en la proximidad más inmediata al Peñón sin levantar sospechas a nadie—, es que tengo que felicitarle, ahí ha estado usted especialmente genial. Yo creo que a nadie se nos habría ocurrido una idea similar. Reciba mi más cordial enhorabuena.

El vicepresidente del Gobierno llegó a esbozar una mueca de sonrisa cuando recapacitó sobre el planteamiento que le acababan de exponer.

—Sí —repitió—, muy original, y no, nunca se lo podría imaginar el enemigo. Hablaré con Pepe Solís para que lo disponga.

—Almirante —se permitió insinuarle una sugerencia—, ¿no cree usted que puede ser peligroso que lo sepa alguien más?

—No se preocupe, Caballero, le diré que a Su Excelencia le gustaría que apoyáramos la zona del Campo de Gibraltar y que no solo tenemos que prestar el respaldo desde el punto de vista económico, sino también desde otros ángulos. No se preocupe, de verdad, déjelo de mi cuenta, y sí, ha sido una gran idea.

El general de brigada abandonó el despacho del vicepresidente del Gobierno en el paseo de la Castellana muy orgulloso de haber sido capaz de encontrar algo que le venía demandando Carrero desde hacía varios meses: el modo de poder situar a miles de soldados españoles ante las mismas narices de los ingleses sin levantar sospechas. «Ante las mismas narices», casi se regodeaba con la expresión, mientras su coche oficial arrancaba camino de La Cibeles.

Día 11 de julio

El espionaje era una labor de equipo. Por lo menos esa era una de las máximas de Gary Byrne. Igual pensaba eso porque él podía realizar con éxito muchas de las funciones que se le piden a un espía, como por ejemplo la de llevar a cabo un seguimiento. «¿Pasa desapercibido un pelirrojo?», se preguntaba casi con jocosidad. De todas maneras, el responsable de la estación Lisboa sabía que podía contar con Gary para muchos cometidos, pero no tenía por qué ser para todos. Un seguimiento era una labor en la que hacían falta varias personas, una especie de cadena en la que

el eslabón de Gary no era imprescindible.

El mismo día cuatro, cerca del mediodía, casi dos horas después de que el cartero depositara la carta procedente de Gibraltar, un hombre bajito, con gafas de montura de concha, quizá demasiado grandes para el tamaño de su cara, algo patizambo y, a juzgar por la velocidad con la que andaba, muy nervioso, salía del portal del número 81 de la *Rúa do Meio a Lapa* hacia la izquierda, y subía un poco la calle hasta llegar a la Rúa da Lapa donde dobló hacia la rúa Borges Carneiro, dirección noreste.

Una vez que desapareció de la vista de Gary, este reparó milagrosamente el Opel del que se había servido para saber quién recogía las cartas que llegaban al piso observado y regresó a sus oficinas. Allí organizó el seguimiento del hombre que había visto y del que aprendió sus rasgos permanentes, es decir, aquellos que uno nunca puede ocultar, tales como la estatura —unas hipotéticas alzas podían variar algo la altura de una persona, pero muy poco—, la complexión física, los rasgos determinantes del rostro… porque otros, como el pelo, las gafas, la barba o incluso los kilos pueden ser elementos fácilmente alterables por el enemigo.

Otro compañero se pasó gran parte de la mañana del lunes siete caminando a lo largo de la Rúa Borges Carneiro, atento a la aparición del hombre que tan magistralmente había descrito el pelirrojo. Unos minutos antes de la una del mediodía lo vio girar procedente de la *Rúa do Meio a Lapa* y le siguió durante un trecho que consideró razonable. Después abandonó la acción y anotó dónde había dejado al objetivo y la dirección que llevaba.

El ocho, por seguridad, nadie acudió a la zona, para evitar que el hombre al que seguían pudiera sospechar algo, y el nueve el seguimiento lo realizó una mujer, una compañera recién llegada de Londres, que cumplió su trabajo a la perfección ya que caminó a la distancia requerida para evitar que en un giro de cabeza, casual o intencionado, pudiera ser descubierta. Para fortuna de las personas del MI6, el hombre al que seguían no había cogido ningún transporte público, lo cual hubiera supuesto un problema adicional; además, caminaba tan ensimismado que en ningún momento se preocupó de que alguien pudiera andar tras sus pasos.

El día once, el hombre del MI6 se había sentado en una cafetería de la Rúa Arco de San Mamede, había pedido un café y, provisto de un Diario de Noticias, se dispuso a poner en práctica la mayor cualidad que debe poseer un espía: la paciencia. Después de permanecer tres horas en el interior, y de haberse leído el periódico varias veces, vio pasar por la acera contraria al hombre que tan perfectamente le habían indicado sus compañeros. Sacó de su cartera los escudos necesarios para abonar los tres cafés, la queijadinha y la botella de Agua Castelo que había consumido y salió a la calle después de dejar el manoseado diario sobre la mesa. Cruzó la calzada y acompasó sus pasos a los vivos andares del hombre al que seguía, que en la primera calle que pudo, como si quisiera rodear el parque Meyer, giró a la derecha por la Rúa do Salitre.

Mientras caminaba a la prudente distancia de veinte metros, el inglés que realizaba el seguimiento pensó que hasta cabía la posibilidad de que les estuvieran

tendiendo una trampa, que no era lógico que llevara andando tanto tiempo. Desde el barrio de Lapa hasta donde se encontraban era una distancia suficientemente importante como para cubrirla a pie, salvo que se encontrara próximo a su destino.

De espaldas, el hombre que se suponía había retirado la carta del cajetín ofrecía un aspecto quizá más demacrado del que tenía cuando lo vio de lado mientras releía el periódico. La chaqueta, de pequeños cuadros marrones, parecía quedarle algo grande y los pantalones eran un poco más largos de lo deseable, lamiendo con los bajos los pequeños y cuadrados adoquines blancos de la acera.

El objetivo se encontraba muy cerca de alcanzar la gran avenida da Liberdade, lugar donde circulaban gran número de líneas de autobuses, hacia el norte, y de tranvías, preferentemente hacia el sur. Pero no tuvo tiempo de pensar hacia dónde iría el hombre al que seguía. Justo en la primera puerta del edificio que hacía esquina con la gran avenida, giró y accedió a su interior.

El agente del MI6 no sabía ni a quién había seguido ni por qué, esa era una de las muchas lecciones que aprendió en su día, solo tenía que informar de lo que había visto. Las conclusiones las extraería otro, no él.

Cuando llegó a la oficina, pidió hablar con su jefe, que esperaba, ávido, la respuesta.

—¿Seguro? —quiso ratificar, con escepticismo.

—Sí, el hombre que me habéis señalado ha entrado en la embajada de España, en el número 1 de la Rúa do Salitre.

Día 14 de julio

La cara de John Rennie era la viva expresión de la preocupación. Le acababan de facilitar un informe y lo que leía le había dejado pensativo. Intentó evadirse por unos instantes y se asomó a la calle desde la ventana del segundo piso, donde se encontraba su despacho. Pensaba en lo felices que paseaban los peatones y en lo ajenos que circulaban los conductores de los vehículos que surcaban la calzada. Y eso sin hablar de los turistas que, en esas fechas, en el momento álgido del verano londinense, poblaban todas las esquinas de la ciudad más importante del mundo para Rennie. Sentía que vivía en el corazón del planeta y que él era uno de los pocos elegidos para llevar, de forma perpetua, una vida llena de inseguridades y de recelos. Agachó la vista y volvió a releer la nota que le habían enviado desde el *Foreign Office*.

Pero no era la única que había recibido en las últimas horas. Lisboa también le había mandado un télex informándole del destino de las cartas que se expedían desde Gibraltar.

Y luego tenía el que había recibido desde Málaga.

Thomas se preguntaba si alguna vez su cabeza estaría descansando. Pensó que

probablemente nunca, y menos aún dormido.

De la última estancia en Gibraltar se había traído dos recuerdos grabados en su memoria: la mujer que cenaba con Michael y la postal. Por lo que le habían dicho, en todo el tiempo que había estado localizado el falso filatélico, nunca antes había enviado una carta a Lisboa. La policía gibraltareña había realizado un seguimiento preciso de las cartas que franqueaba y solo mandaba misivas fuera de España a Andorra, y ahora, de repente, le surgía un nuevo proveedor, y en Portugal, país también bajo una dictadura muy similar a la española, la de Marcelo Caetano —que había sustituido a Oliveira Salazar el año anterior por un derrame cerebral de este.

Fue de madrugada cuando halló la respuesta. Se incorporó de la cama como si hubiera oído una alarma contra incendios. Esta vez no había sido una tumescencia peneal lo que le había soliviantado sino el recuerdo de lo último que había pensado sobre la postal. Rememoró sus propias palabras: «Sin ser capaz de apartar de su mente el recuerdo de aquella cartulina con una foto pegada.» «¡Claro, una cartulina con una foto pegada! —asoció la idea—, algo pegado siempre oculta lo que está debajo», dedujo. Miró el reloj y pensó en llamar a Gibraltar, pero eran las tres y media y a esa hora nadie le podría ayudar. Le habían confirmado que todas las cartas desde Gibraltar salían en avión para Londres, desde donde las distribuían posteriormente.

Se volvió a recostar e intentó conciliar el sueño.

«¿Y si el avión despega a primera hora?» No podía esperar más. Se vistió con lo primero que encontró y salió a la calle. Caminó hasta Molina Lario, donde se ubicaba el edificio de Telefónica, y pidió una conferencia con Londres, con la *Century House*.

De noche las demoras eran muy pequeñas y en diez minutos ya estaba hablando con un compañero suyo. Le dio las instrucciones concretas y le pidió que se las repitiera.

—¿Qué te crees, que estoy dormido cuando apunto?

«Si supiera rezar, ahora rezaría algo», pensó Thomas mientras se encaminaba al consulado británico en Málaga.

Un empleado que no podía ocultar su rostro somnoliento le atendió y le ofreció algo para beber:

—Café, té, una copa…

—Una silla y un teléfono. Eso es lo único que necesito.

Al cabo de hora y media los astros se habían alineado y el teléfono sonó como si fuera una dulce melodía. Al otro lado de la línea había una voz conocida aunque, en ese momento, no amistosa.

—Manuel, he tenido que poner a trabajar a seis policías de madrugada. Espero que lo que me tenga que decir sea muy importante.

—Comandante Facey, le puedo asegurar que he tenido una corazonada que…

No le dejó terminar. Las voces del comandante se oían casi como si estuviera físicamente en la habitación contigua.

—¿Corazonada?, ¿usted cree que nos podemos mover por corazonadas?, ¿me está queriendo decir que lo que he tenido que montar para localizar las sacas de Correos y dentro de ellas buscar una carta del maldito filatélico ese ha sido por una corazonada? Voy a poner una queja a sus superiores —le amenazó el comandante.

—Pero ¿había carta?

—¡Sí, había carta!, una que envió ayer. —A Thomas le pareció que Facey empezaba a aplacarse.

—¿También a Lisboa?

—Sí, a la *Rúa do Meio a Lapa*. Me dice el teniente Rogers, que lo tengo aquí al lado, que es adonde siempre las envía.

—Bien, pues ábrala.

—¿Cómo que la abra?, ¿así, sin más ?

—¿Se nota la carta gruesa, como si llevara una postal dentro?

—Sí, claro, aquí no solo hay un papel, todo apunta a que también hay una postal en su interior, como la que abrió cuando vino usted. —Pues ábrala como si usted fuera el destinatario.

—Mire, Manuel, la policía gibraltareña es muy respetuosa con la legalidad, y violar la correspondencia es un delito. Por tanto, ni yo ni mis hombres vamos a realizar esa maniobra ilícita.

—¿Esa maniobra ilícita, me está diciendo? —Thomas estaba convencido de que si no les separara la línea de teléfono, le habría propinado un soberbio puñetazo—. Se lo voy a decir muy claro. Si usted no abre ahora mismo la carta, le aseguro que en menos de media hora va a recibir una llamada de la cual se va a arrepentir en lo que le quede de vida.

Se hizo un silencio. El inglés había faroleado. Conseguir que el comandante David Facey recibiera esa llamada a la que aludía Thomas le habría supuesto a este horas de gestiones, pero eso no lo sabía el policía gibraltareño.

—¿Esto es un asunto de seguridad nacional? —preguntó, timorato, el comandante, queriendo buscar una explicación a lo que pensaba hacer y una justificación ante su conciencia de persona que ha jurado cumplir y hacer cumplir las leyes.

—No solo esto es un asunto de seguridad nacional —le confirmó Thomas—, sino que puede estar en juego la vida de miles de personas y usted, como yo, trabajamos para preservar su integridad. ¿Estoy equivocado?

Después de unos segundos de silencio, Facey volvió a hablar:

—No, no lo está. Mire —tras unos últimos instantes de duda, resolvió—, como tengo delante al teniente Dean Rogers, le pongo a él por testigo de lo que estoy haciendo. A ver, dígame, ¿dice usted que la tengo que abrir como si fuera para mí?

Una vez que había extraído la carta con la petición de sellos, Thomas le pidió que se centrara en la postal. —

Descríbamela, tanto por delante como por detrás —le ordenó.

David Facey cumplió la orden y le leyó el insulso contenido.

—La foto es del faro de Punta Europa, muy bonita por cierto.

—Bien, pues rásguela.

—¿Que la rasgue?, ¿quiere decir que la rompa?

—Sí, con cuidado, por el centro, muy despacio, de arriba abajo.

El comandante no sabía lo que estaba haciendo ni por qué hacía caso a un hombre que, en verdad, no sabía ni quién era. Aun así, procedió como le decía. Juntó los dedos índice y pulgar de las dos manos en el centro y los movió en sentido opuesto. La cartulina comenzó a rajarse. Cuando estaba casi a punto de llegar al centro, notó algo distinto. Aquello no era papel.

—Manuel, aquí hay algo.

El inglés siguió con el auricular en su mano. Notó la voz trémula del comandante al pormenorizarle lo que acababa de encontrar. Su corazonada había vuelto a tener un sustento real. Sonrió.

A continuación gestionó una llamada con Rennie. «Si cuando estuve en Gibraltar, con la máquina, la hubiera tenido más tiempo, además de saltar la goma del sobre, también lo hubiera hecho el pegamento de la postal», imaginó Thomas, contrariado por los días perdidos.

El informe que se había recibido desde Washington —vía *Foreign Office*— detallaba los movimientos de los reactores del Ejército del Aire español. Los radares de la base de Rota, y de otros puntos diseminados por la península Ibérica, habían detectado un movimiento inusual de aterrizaje y despegue de los aparatos españoles, muy superior al que venían realizando en años anteriores. Ese incremento en la frecuencia de las misiones era digno, como poco, de consideración. Si eso fuera un dato aislado le otorgaría una importancia relativa, pero Rennie sentía que le había entrado un póquer de ases: los movimientos de los aviones, los de los submarinos, los envíos del filatélico a la embajada española de Lisboa y la naturaleza de los mismos —descubierta gracias a la sagacidad de su jefe de Sección—, por lo que estaba en condiciones de apostar.

Pulsó el interfono de la mesa de su despacho e, instantes después, entró en él un hombre delgado vestido con un traje de alpaca azul ultramarino. El chaleco le otorgaría un aire más distinguido, pero Rennie —que se vestía nada más y nada menos que en *Ede Ravenscroft*, en su tienda de *Gracechurch Street*— lo primero en que pensó fue que era un cretino por ponerse un chaleco en el mes de julio.

—¿Tenemos disponibles personas de la sección Delta que hablen español?

—Se lo digo en unos minutos, señor. Rennie asintió y permitió que se marchara su ayudante para recabar la información que le había solicitado.

—Señor —le comentó al regresar, mientras consultaba una carpeta de anillas—, en Londres tenemos cuatro, pero solo uno de ellos habla español con fluidez

—Pues necesito otro. ¿Dónde está el más cercano?

—Un momento, señor. —Pasó varias hojas y su jefe comprendió rápidamente de

qué forma le podía ayudar.

—¿Por qué no se apoya en mi mesa?, así lo puede buscar con comodidad.

—Gracias —el secretario se acercó y descansó el archivador.

La presencia de Rennie lo ponía nervioso y parecía que le costaba trabajo encontrar el dato que le solicitaba. Por fin, dio con la información que le demandaba el director del MI6.

—El más próximo que habla español se encuentra en Menorca, ¡qué casualidad, en España! Está de vacaciones.

—Pues se le han terminado. Dígales que se presenten en Gibraltar el próximo jueves diecisiete a las doce de la mañana. También envíe un mensaje codificado a nuestra estación de Sevilla, bueno, de Málaga. —Siempre se le olvidaba que la base del MI6 del sur de España había cambiado de ubicación, quizá sería porque nunca supo la razón real por la que Thomas prefería una ciudad a otra—. Dígale a Thomas Best que se presente también en Gibraltar y que están en camino dos personas de la sección Delta. Seguro que se alegrará —zanjó.

Día 15 de julio

El ministro de Asuntos Exteriores británico, llamado también secretario general del *Foreign Office*, no tuvo más remedio que plegarse a la petición de John Rennie y solicitar al primer ministro una reunión para comentar las últimas noticias que se habían suscitado en la mal llamada estación Sevilla.

Al 10 de *Downing Streetl* acudieron cinco personas, quizás el quinteto que más hilos podía manejar en materia de seguridad nacional. Por un lado se encontraba John Rennie, como director del MI6 y su jefe Michael Stewart, el ministro de Exteriores. También habían sido invitados Sir Martin Furnival Jones, director del MI5 y su superior jerárquico, el ministro James Callaghan, titular de la cartera de Interior. Por último, también se había incorporado a la reunión Denis Healey, secretario de estado para la defensa. El anfitrión era el primer ministro, Harold Wilson, que llevaba al frente del gobierno desde hacía casi cinco años.

Por indicación de Michael Stewart, John Rennie comenzó a exponer la situación, haciéndoles partícipes de la información que poseía el MI6.

Todos los asistentes escucharon atentamente la relación de pormenores que comenzaba con los primeros indicios, cuando fue detectada la presencia de una persona haciéndose pasar por filatélico, después el falso casamiento, las cartas, las postales, su contenido, el destinatario final de las mismas, las atípicas maniobras de los submarinos, el incremento de vuelos militares… incluso también habló del cierre de la verja, como parte de un plan diseñado previamente.

—Gracias, Rennie. Señores, yo creo que está claro —opinó Stewart. Furnival Jones miró a su jefe, Callaghan, y ninguno entendió que tuviera que aportar algo.

—Bueno, parece que estamos ante una situación muy novedosa —interpretó el premier—. Todo apunta a que nuestros vecinos están realizando algo distinto a lo que han hecho otras veces. ¿No es así?

—Señor, una de las máximas de los servicios de seguridad es encender la alerta cuando el «contrario» varía sus costumbres. —Rennie quiso dar una pequeña clase al primer ministro. Prefirió utilizar un eufemismo para referirse a España.

—Me está usted queriendo decir que cuando el de enfrente hace algo nuevo, nosotros tenemos que ponemos en guardia, ¿no?

—Sí, más o menos —corroboró Stewart, dando la razón a su hombre.

—Pero también les he oído decir a ustedes en muchas ocasiones que no hay nada peor que hacer siempre las mismas cosas, que la rutina es nuestra peor consejera y que si no cambiamos nuestros hábitos constantemente nos convertimos en un blanco demasiado fácil para el enemigo. ¿Es así o me lo he inventado?

Todos callaron. Parecía que los argumentos que le habían esgrimido a Harold Wilson no resultaban tan demoledores como les parecía a ellos, en especial al jefe del MI6 y a Stewart. El silencio del director del MI5 y del ministro del Interior empezaba a resultar molesto para el secretario del *Foreign Office*. Healey tampoco quiso intervenir.

—No, señor, nosotros también cambiamos de estrategia si la ocasión lo aconseja.

—¿Y no les parece a ustedes que la ocasión se lo ha aconsejado? El cierre de la frontera habrá sido una sorpresa para nosotros, para mí no tanto, tengo que confesarlo, pero no para ellos. Suya ha sido la decisión, por tanto, sabían desde hacía muchos meses que iban a quedarse sin la posibilidad de meter las narices en la colonia que llevan reivindicando desde hace siglos, por lo que es muy lógico que antes de junio quisieran crear una mínima infraestructura. No —el anfitrión estaba completamente seguro de su razonamiento—, de momento no me han contado nada que no me esperara.

—Señor, pero ¿y las fotos microfilmadas ?

—¡Vamos, Stewart!, ¿preguntamos a Rennie cuántas fotos hemos hecho nosotros a instalaciones militares de países, no digo ya enemigos, sino amigos?, ¿cientos, miles?, ¿con qué cifra me quedo?, ¿o hablo de millones ?

—Bueno, por lo que a mí respecta, lo que ha contado Rennie es, cuando menos, inquietante. —James Callaghan, el ministro del Interior, parecía querer ayudar a su colega de Exteriores, mientras se ajustaba sus aparatosas gafas de pasta negra.

—Yo no digo que no lo sea —matiza Wilson—, lo que no voy a hacer es molestar a la reina con este conjunto de presunciones. Cuando tengamos algo más claro ya lo veremos, pero no, con lo que me han contado, no vamos a hacer nada. A mí lo que me preocupa es la situación que se está suscitando en el Peñón. España está ejerciendo una presión sobre la Roca que no sé dónde puede encontrar su límite. —Hizo un alto para paladear un buche de té. Después, prosiguió—. En todos los frentes diplomáticos, el ministro Castiella está trabajando en lo que ellos entienden como una

causa justa, despreciando la historia y el arraigo británico que ha tenido Gibraltar desde hace más de doscientos cincuenta años. Dudo mucho que Franco, que se está avejentando con gran rapidez, tenga una ocurrencia desgraciada. Igual esto que me cuentan es el primer paso. No lo sé, eso será algo que ustedes tendrán que averiguar.

—Quizá sería deseable que redobláramos nuestra presencia en Gibraltar —apuntó el secretario de Estado para la Defensa.

—No creo que sea necesario. Hoy por hoy, los problemas son para ellos. Y además de dos tipos —quiso concretar Wilson—, tanto laboral como económico. Con el primero no van a tener problemas. Dudo que los trabajadores se vayan a manifestar —sonrió mientras comentaba las palabras de Denis Healey—, y en el plano económico, tampoco creo que les importe mucho a unos políticos que se encuentran a muchos kilómetros de donde se fraguó el problema. Los recolocarán donde puedan y ya está. Ustedes vigilen bien, es lo único que les puedo decir. Vigilen bien y permanezcan atentos a cualquier movimiento.

Todos se miraron entre sí mientras asentían. La reunión estaba terminando.

—Señores, ¿algo más ?

—Teníamos pensado interrogar a Michael Murray… —planteó John Rennie, casi con miedo.

—Mire, Rennie, si le tengo que decir yo lo que usted tiene que hacer, primero vamos a hacer una cosa, yo me voy a sentar en la silla de Stewart y él en la mía. ¿No le parece? Cada uno tiene que tomar las decisiones que le corresponden por su puesto. Ustedes las suyas, y yo las mías.

—Sí, señor —reafirmó el secretario del*Foreign Office*.

—Estén atentos —zanjó el premier.

Día 18 de julio

Michael recordó que el Alzamiento Nacional cayó en sábado. Para él aquella fecha seguía teniendo la misma simbología y representaba el esfuerzo que realizaron todos aquellos patriotas para liberar a una España oprimida bajo el terror rojo y el comunismo ateo.

Como hacía todas las mañanas desde que llegó a Gibraltar, salió de su casa con Tac dispuesto a dar un largo paseo, estirar las piernas, desperezarse y, sobre todo, comprobar la situación del puerto y las variaciones de buques que se podrían haber sucedido durante la jornada precedente.

Caminaba por *Queensway* cuando se encontró en medio de la calle a un señor que parecía esperarle. Estaba tocado con una gorra y ocultaba sus ojos tras unas gafas negras. En un brazo llevaba un periódico doblado manteniendo el otro libre. Cuando estuvo a un par de metros, el hombre se dirigió a él, en inglés.

—Perdón, ¿tendría usted hora?

Michael se paró, momento que aprovechó el pointer para olisquear las piernas del transeúnte.

—Las ocho y cuarto.

—Muchas gracias, caballero. Mire, detrás de usted —el hombre le hablaba en un tono espaciado, a la vez que vocalizaba cada palabra— hay una furgoneta; si accede voluntariamente a entrar en su interior, le aseguro que todo será más fácil. No nos obligue a emplear la violencia.

El falso filatélico notó el ímpetu de una Commer que paraba detrás de él. De la misma se bajaron dos policías que rodearon a Michael. Ninguno portaba armas.

Sin esperar respuesta, le agarraron por los brazos y le condujeron al interior, introduciéndole por la puerta trasera tanto a él como a su perro. El espía español no opuso resistencia alguna.

Michael perdió la noción del tiempo. Antes de apearse del vehículo, entraron los dos policías que le habían detenido —así, con esa palabra, calificaba lo que le había sucedido, aunque todavía no le hubieran dicho nada— y le taparon los ojos con un grueso trapo negro dejándole, momentáneamente, invidente. Después, le bajaron y le condujeron entre dos personas a otro lugar. Por eso mismo, cuando oyó abrirse una puerta, no sabía si llevaba sentado diez minutos o media hora. Le habían esposado las manos a la espalda pero tenía los pies libres. También sintió que estaba sobre una banqueta de madera, de cuatro patas.

—Nos tiene usted que perdonar —escuchó a una voz que le seguía hablando en inglés—, pero le hemos tenido que traer de una manera muy poco ortodoxa. Nos hubiera gustado invitarle de una manera más formal pero pensamos que usted habría declinado tal ofrecimiento.

¿Dónde está mi perro? —fue la primera pregunta que formuló, la cual produjo extrañeza general.

—Ya nos hemos encargado de él. No se preocupe, está bien. —Volvió a hablar la misma persona que lo había hecho con anterioridad—. Queremos hacerle unas preguntas. Espero que coopere. ¿Nos puede decir su edad?

—Cuarenta y siete años.

—¿Qué día nació?

—Mire, no voy a responder a un interrogatorio. Yo soy un ciudadano británico que tiene un honrado comercio en Gibraltar. No he cometido ningún delito y no tengo por qué estar aquí. —A pesar de encontrarse en aquella situación, la voz de Michael sonaba alta y nítida.

—Nadie dice que usted haya cometido un delito, pero le rogaría que fuera más conciso en sus respuestas y se ciñera a las preguntas que le voy a formular. Repito, ¿qué día nació?

—Exijo que me quiten este pañuelo.

—Me parece que me estoy explicando fatal. ¿Me puede usted decir qué día nació? —Las palabras del interrogador mantenían idéntica modulación y no daban

síntoma alguno de alteración.

—No hasta que me quiten esta ridícula venda.

—Bien, usted lo ha querido.

Durante unos segundos, que se le hicieron eternos, Michael se quedó esperando acontecimientos. Volvió a escuchar pasos y sintió que más personas habían entrado donde él se encontraba. Después notó cómo le esposaban los tobillos y le agarraban por los dos brazos levantándole de la banqueta.

—Cuidado, ahora vienen unos escalones —escuchó que le advertían.

A las nueve y media de la mañana, Isabel tenía preparado en la mesa de la cocina un desayuno que combinaba, a partes iguales, las necesidades energéticas que precisaba Michael después del paseo con las dosis de cariño y amor que ella estaba dispuesta a regalarle. Era la hora a la cual solía regresar a casa y, en aquella ocasión, le había preparado unas lonchas de bacón que acompañarían a dos huevos fritos y un zumo de naranja que acababa de exprimir a mano, como siempre hacía.

A las diez menos diez, Isabel se encontraba sensiblemente preocupada sin explicarse qué le podía haber pasado a alguien que tenía en su cabeza un reloj y en su quehacer diario una rutina programada. Se asomó a la ventana, se volvió a sentar, encendió la radio, conectó la televisión, mordisqueó unas galletas y, con todo eso, solo consiguió ponerse todavía más nerviosa.

El reloj marcaba las diez de la mañana, hora de abrir. «¿Qué hago?», se preguntó con angustia.

Un cuarto de hora después del momento en el cual Michael tendría que haber levantado el cierre de la filatelia, Isabel tiró todo el desayuno a la basura y vertió el zumo al fregadero, se calzó unos zapatos cómodos y salió a la calle a buscarlo. «¡Al diablo la tienda!», resolvió decidida.

Día 19 de julio

A Thomas Best no le gustaban los hombres de la sección Delta. Entendía que eran necesarios, que sin ellos en la inmensa mayoría de las ocasiones se habrían quedado sin obtener una información imprescindible para el desarrollo de las misiones. Pero aun así no le gustaban. Para pertenecer a esa sección había que ser demasiado frío y no abrigar sentimiento alguno, y cultivar una actitud desaforada contra las reglas, la ética y, también, por qué no decirlo, contra la vida.

Esa intuición que se desarrolla en un servicio en el cual piensas que el enemigo puede estar en cualquier parte, por supuesto, en la más inesperada, fue lo que llevó a Thomas a intuir que dos de las personas que habían tomado con él el transbordador en Tánger eran los dos hombres de la sección Delta, los especialistas en interrogatorios del MI6. Aunque hablaban entre ellos en una actitud distendida y afable, incluso con algún que otro pasajero, el hombre del SIS supo que aquellos dos

hombres habían sido los llamados por C para que acudieran a Gibraltar e intentaran desentrañar un misterio que él mismo se había encargado de alentar.

—¡Vaya, esto sí que es una casualidad! —exclamó el comandante al ver llegar a las tres personas que estaba esperando.

A Thomas ya lo conocía, pero no así a los otros dos hombres, que no mostraron un rictus de amabilidad ni cuando el policía les ofreció algo de comer o de beber.

—¿Manuel, qué tal el viaje? —le preguntó a Thomas—, ¿se ha mareado mucho esta vez?

—Perfecto —respondió el inglés. No le había parecido acertado por parte del anfitrión que sacara en público una de sus facetas más débiles.

—Ustedes, ¿se han mareado?

—No nos hemos mareado —manifestó el más alto—. Comandante, sino le importa, vamos a elaborar la estrategia. Necesitamos un plano de Gibraltar para que nos indiquen cuáles son las costumbres del objetivo. También queremos saber dónde vive y con quién, cuáles son los hábitos de esa o esas personas, así como sus debilidades, sus gustos, sus fobias, los idiomas que habla, todo lo que sepan de él, desde sus estudios a sus aficiones.

—Bien, intentaré reunir toda la información lo antes posible.

—¿Lo antes posible, mi comandante? —Ahora había hablado el más bajo, que también parecía ser el más joven de los dos—. El día de actuación tiene que ser mañana viernes dieciocho de julio, una fecha, por cierto, muy señalada para todos los fascistas.

—También necesitamos hablar con la autoridad militar en Gibraltar. Las instalaciones de la policía no nos sirven. Por sistema —precisó el otro interrogador.

—¿No les sirven nuestras instalaciones? ¿Y qué tipo de instalaciones necesitan los señores llegados de Londres? —quiso saber Facey, dolido por el desprecio mostrado contra su institución.

—No se lo tome a mal, comandante, pero las infraestructuras militares son mucho más discretas que unas policiales, y eso es justo lo que necesitamos nosotros, cautela.

Thomas no había dicho nada mientras había durado la refriega dialéctica entre el comandante y los dos hombres de la sección más despreciable para él del MI6. Tampoco tenía mucho que decir.

Después de una comida fría a partir de sandwiches de paté y de queso de oveja, los dos interrogadores escuchaban atentamente a Dean Rogers y a otros dos policías describir el itinerario que todas las mañanas, con una puntualidad matemática, recorría Michael a lo largo de la colonia.

—¿Por qué hace siempre el mismo recorrido?

—Eso es algo que nos hemos preguntado nosotros también muchas veces —reconoció el teniente Rogers—, es verdad que es el que permite observar todos los puntos militares de interés. Algunas veces se le ve por otros lugares, pero son las menos. Me imagino que se habrá preguntado que si así le sirve, por qué cambiar.

—Nosotros no nos imaginamos nada —apostilló uno de los deltas, como les llamaban—, no podemos permitirnos esos lujos.

—¿Con quién vive? —inquirió el otro interrogador.

—Con una mujer, pero no es su mujer, aunque él dice que lo es.

El comandante Facey fue mirado con reprobación por parte de los dos hombres, mientras Thomas, que se conocía perfectamente la historia, tuvo que contener la sonrisa al escuchar la explicación enmarañada que había brindado el policía.

—¿Y qué hará la mujer cuando constate que el hombre con el que vive ha desaparecido?

A los cuatro policías presentes les hubiera gustado encogerse de hombros, pero veían en esa actitud muy poca profesionalidad.

—Me imagino que lo buscará. Ya nos encargaremos de hacerla pensar en algo. —El teniente Rogers fue el único que se atrevió a hablar. A Thomas le pareció, dadas las circunstancias, una respuesta coherente.

Después de estudiar el plan con minuciosidad, los dos interrogadores le dieron al comandante de *The Royal Gibraltar Police* las instrucciones pertinentes para actuar al día siguiente, dieciocho de julio. Pidieron una dotación de tres policías y una furgoneta sin distintivos en su exterior. También hablaron con las autoridades militares y habilitaron un lugar para los interrogatorios. La acción se desarrolló tal y como habían previsto, incluso entendieron como normal la reacción inicial de Michael Murray de no cooperar.

La sección Delta siempre operaba por parejas porque los interrogatorios de espías enemigos solían tener un común denominador: su extensión horaria. Sabían —realizaban aquellas funciones desde hacía muchos años— que el objetivo aguantaría lúcido durante varias horas. Después, empezaría a encontrarse verdaderamente incómodo. Hasta llegar al nivel de la asfixia psicológica había que armarse de paciencia, y para ello se requería estar descansado, de ahí que la pareja se tuviera que alternar. El que nunca rotaba era el prisionero.

Después de bajar a un sótano, al que le condujeron dos soldados de la RAF, lo sentaron en un banco estrecho de madera, extraordinariamente bajo —no levantaría más de treinta centímetros del suelo—, y en esa posición le volvieron a pedir, con educación extrema, que colaborara. Al cabo de una hora, y al escuchar que las preguntas que le estaban formulando no podían ser más inocentes, Michael comenzó a responder. Había tenido tiempo suficiente para haberse creado mentalmente una nueva vida, y por ello no tuvo ningún problema en responder a cuestiones tales como dónde había nacido, cómo era su familia y dónde había estudiado. El interrogador se encontraba sentado en una silla, detrás del prisionero, al cual no se le habían quitado las esposas de los tobillos ni de las muñecas, que seguía teniendo pegadas a su espalda. Por supuesto, la venda negra continuaba tapando sus ojos.

Tres horas después, entró el otro hombre de la sección Delta y volvió a repetir las mismas preguntas pero alterando el orden, y anotando después las respuestas en la

misma libreta. Cada cierto tiempo, añadía nuevas cuestiones y obtenía nuevas respuestas.

Cada media hora le ofrecían agua y le acompañaban al aseo cuando lo solicitaba, no sin antes quitarle las esposas de las muñecas.

Michael pensaba que no lo estaba haciendo del todo mal; no recordaba haberse equivocado en ningún momento. Solo se inquietó al preguntarse el tiempo que habría transcurrido desde que lo secuestraron.

—Llevan ustedes ocho horas desde que cogieron a ese pobre diablo. ¿Cuánto tiempo más necesitan? —interpeló Thomas a uno de los interrogadores, el que parecía ser el jefe de los dos, cuando salió a descansar.

—¿Dice usted ocho horas?, pues serán ocho horas si usted lo dice, pero sepa que nosotros no tenemos reloj porque no sabemos cuánto tiempo necesitamos con cada objetivo. Este se está comportando como un profesional y parece que ha sido entrenado para soportar un largo interrogatorio —eso no era cierto, Nicomedes Manrique no había contemplado la posibilidad y por tanto no había preparado a su agente para esa circunstancia—, así que vamos a necesitar más tiempo para conseguir hacerle caer, para que él se vea así mismo como un mentiroso. A partir de ahí será más fácil, pero le aseguro que pueden quedar todavía muchas horas.

—¿Le dejarán dormir?

Fue la primera vez que vio a uno de los deltas esgrimir una mueca cómica.

—Por si acaso, duerma usted por él. —A Thomas le pareció que sintió placer al responder así.

A las dos de la madrugada, después de catorce horas de interrogatorio, el cuerpo de Michael se cimbreaba de lado a lado. Su columna no soportaba mantener una postura como aquella pero, aun así, se negaba a admitir que estaba cansado y lo único que quería era que lo dejaran en paz; pero sabía que eso no sucedería.

En ese momento, se encontraban con él los dos interrogadores.

—Michael —habló el más bajito—, creo que ha llegado el momento de hacer un resumen. Te hemos hecho doscientas cincuenta y cuatro preguntas distintas y en diecisiete de ellas has dado respuestas contradictorias. Concretamente en cinco has contestado ideas excluyentes.

—Eso no es verdad. Yo nunca les he mentido —ladró, con toda su rabia pero con las fuerzas justas.

—Sí, te has equivocado en la descripción de tu colegio, en el color de las paredes de tu casa, en el nombre de tus primos, en el orden de los lugares donde estuviste durante la Segunda Guerra Mundial… has mentido y ya no te creemos nada. Por tanto, te vamos a dar una oportunidad de quedar bien con nosotros y vamos a hablar de otras cosas, y ten cuidado con no equivocarte esta vez

Deliberadamente, guardaron dos minutos de silencio. Después, le preguntaron:

—¿Quién te ha ordenado que fotografíes instalaciones militares?

Lo que temía, aquello que había sospechado desde el primer momento se estaba

convirtiendo en una verdad absoluta. «Aquellos eran hombres del MI6 que habían viajado hasta Gibraltar para sonsacarle la tapadera», coligió el hombre del Seced.

—Si quieres nos cuentas y te aseguro que no te arrepentirás.

Michael se mantuvo en silencio. «¿Qué hora sería?, ¿cuánto tiempo llevaría en aquella banqueta sentado casi en el suelo?», se preguntaba, aunque sabía que nadie le daría respuesta. Además, con los ojos tapados, la sensación de desorientación le zumbaba en la cabeza como si fuera el aburrido sonido de un motor al ralentí.

—De verdad, los tres que nos encontramos aquí sabemos cómo son las cosas, no nos vamos a llamar a engaño. Eres un espía que has sido capturado en suelo enemigo. Ya sabes lo que te va a pasar. Ahora te vamos a dejar un rato sin hacer preguntas, para que pienses, para que recapacites y para que llegues al convencimiento de todo lo que puedes hacer todavía por Isabel.

Día 20 de julio

El viernes dieciocho de julio Isabel no regresó a su casa hasta las seis de la tarde. Por si acaso Michael volvía, le había dejado una nota escrita en un folio tirado en el suelo del piso, para que, si retornaba y ella no estaba, lo leyera nada más entrar. Cuando regresó la cordobesa contempló, con tristeza, con infinita desolación, que Michael había desaparecido, que se había esfumado en un lugar donde era literalmente imposible perderse. Gibraltar, cuatro calles y una roca que ocupa la mitad de la superficie de la colonia, vayas por donde vayas, siempre te vas a encontrar con el mar, el sempiterno referente.

Recorrió todas las avenidas, caminó desde el faro de Punta Europa hasta la linde del aeropuerto, desde el cementerio Garrison al Arsenal, incluso llegó a *Catalán Bay*, situada en la vertiente oriental del peñón, un lugar por donde nunca iban. Nada. Ningún rastro ni de Michael ni de Tac. Parecía que la tierra se los había tragado. La tierra o el mar. Pero también cabía la posibilidad de que no solo la tierra o el mar se los hubieran tragado. Desde hacía unos días sabía perfectamente cuál era la misión de Michael en Gibraltar y, con el cierre de la verja, su papel se había convertido en crucial para que, quienquiera que recibiera las cartas, supiera la situación en los diques británicos y en los destacamentos militares. Y en el aeropuerto. También allí.

Sin concederse un minuto de descanso, volvió a dejar otra nota parecida en el mismo lugar y volvió a salir a la calle.

Lo primero que hizo fue acudir al hospital. Por más señas que dio en la recepción del centro médico, le confirmaron que en las últimas veinticuatro horas no había ingresado nadie, ni por ese nombre ni con esa descripción física. Ante la insistencia de la mujer, consultaron el registro de movimiento de las ambulancias y le especificaron que la única salida que registró un vehículo fue a recoger a una mujer que había roto aguas en su casa, en la zona de *Acland Avenue*.

Después fue a la central de *The Royal Gibraltar Police*.

Nada más cruzar el umbral de la comisaría se le acercó uno de los policías que le preguntó en inglés, con suma amabilidad:

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Quiero preguntar por una persona.

—¿Preguntar por una persona?, no entiendo.

—No se preocupe, Rawlinson, que yo atiendo a la señora —se oyó que alguien ordenaba desde el fondo.

Dean Rogers, que estaba esperando la visita de Isabel Vioque, se había hecho notar y quería ocuparse personalmente de la recién llegada.

La española se acercó al mostrador, donde el policía la esperaba con rostro afable y ganas de cumplir.

—Señora, he oído que comentaba a uno de mis policías que quería preguntar por una persona.

—Sí, mi marido, que se marchó esta mañana a caminar con nuestro perro y no ha regresado.

—¿No ha regresado?, ¡qué raro! Otras cosas nos podrán pasar, pero la desaparición de personas no es algo en lo que mis chicos tengan que emplear mucho tiempo. Antes, cuando estaba abierta la frontera, sí era más común que ello sucediera. Algún marido cansado, algún hijo que se independizó sin permiso, alguna mujer que abandonó a su esposo… —soltó una risita que a Isabel le pareció repulsiva— ya sabe, pero desde que nos cerraron la comunicación con España, que yo recuerde, no ha desaparecido nadie.

—Pues Michael se marchó y no ha vuelto. Salió con nuestro perro —especificó, intentando que ese dato pudiera ayudar en la localización.

—¡Caray, y además con un perro!, pues sí que es extraño, Vamos a hacer una cosa, vamos a llamar al hospital, a ver si… —El teniente hizo ademán de descolgar el auricular de un teléfono que tenían en el mostrador.

Isabel no le dejó terminar.

—No, no llame, acabo de venir de allí y no ha ingresado nadie con ese nombre.

—A ver si había salido de su casa sin identificación —sugirió Rogers, haciéndose el perspicaz.

—No, tampoco ha ingresado nadie sin identificar. Mire, mi marido es una persona de costumbres fijas. Siempre sale a la misma hora y siempre recorre el mismo camino. —Isabel se sentía impotente para hacerle ver que se trataba de una desaparición, que no podía haber otra razón.

—Señora, voy a informar a mis hombres para que busquen a su marido y si hay alguna novedad, rápidamente se lo haremos saber. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Nosotros vivimos en *King's Yard Line*, justo encima de la filatelia que regenta mi marido. No sé si la conoce.

—¡Ah, sí! —exclamó, después de fingir que pensaba durante unos instantes—, la

filatelia nueva. Sí, creo que he pasado en alguna ocasión por su tienda.

—No sé qué ha podido suceder, la verdad. —Después de la visita al hospital y de las palabras del policía, Isabel se sentía aturdida.

—Pues yo tampoco, ¿dice usted que se marchó esta mañana a primera hora? —Sin esperar ratificación, consultó su reloj y continuó hablando—: Es mucho tiempo para un lugar como es hoy en día Gibraltar, y más si no ha tenido ningún accidente, afortunadamente —matizó, levantando las manos, como si quisiera tranquilizar a su interlocutora—, ni ha tenido ningún problema con la policía.

—Bien, le dejo. Muchas gracias y, por favor, aquí tiene mi número de teléfono. Estaré pendiente de él todo el día y toda la noche, por supuesto.

—Claro, señora, claro. Estamos a su servicio.

Cuando la mujer se volvió para enfilar la puerta de salida, el teniente Rogers volvió a hablar.

—Quizás hay algo que debería comentarle. Isabel clavó en seco sus pies y giró su cabeza, expectante.

—¡Dígame!, ¿qué me debería comentar?

—Posiblemente no debería, pero, en fin, en ocasiones se ha dado el caso de que alguien, el marido o la mujer, abandone el hogar. Creo que en España también se da. En España y en todo el mundo. El marido sale de casa, teóricamente dentro de la más absoluta normalidad, pero ya no vuelve.

—¿Qué quiere decir?

—Señora, usted es una mujer joven e inteligente. Sí sabe lo que estoy queriendo decir. No me lo ponga difícil.

—¿Está insinuando que mi marido me ha abandonado?

—No lo quería decir de esa manera, pero no sería usted la primera mujer a la cual abandonan sin avisar.

Isabel le miró sin creer las palabras que estaba escuchando.

—Su marido pudo coger un transbordador a Tánger y de allí a cualquier parte. O bien quedarse en Marruecos, o entrar en España por Algeciras… a estas horas, su marido puede estar a cientos de kilómetros de Gibraltar.

La mujer empequeñeció los ojos y tomó aire.

—Imposible. ¿Dejarme? Eso mi marido nunca lo haría.

—Lo siento, ya le dije que igual no debería haber apuntado la posibilidad, aunque solo era eso, una posibilidad.

Sin volver a despedirse, Isabel abandonó la comisaría e intentó contener un llanto que no pudo reprimir al salir a la calle.

El domingo veinte Isabel se despertó tan abatida que no tenía ni ganas ni fuerzas para abandonar la horizontalidad de la cama. Solo recordaba las miradas que había lanzado continuamente al teléfono durante toda la noche, una velada larga e interminable. Y era la segunda. Nunca se había encontrado más perdida en su vida. En Gibraltar, con la frontera sellada —con la única vía de escape a través de

Marruecos, por Tánger, o a Inglaterra por avión—, se hallaba cercada. No podía llamar por teléfono porque las comunicaciones con España estaban cortadas, y tampoco podía enviar una carta por el mismo motivo. El día anterior había acudido de nuevo al hospital y a la comisaría, y había recibido negativas como respuesta.

Por otro lado no paraba de pensar en la duda que le había sembrado el policía que la recibió el viernes por la tarde. «¿Podrá estar en lo cierto y Michael me ha dejado?», se preguntaba, tan confusa que no era capaz de ordenar sus pensamientos. En el fondo había algo que le había extrañado. Él, que siempre se había mostrado tan receloso de su labor en Gibraltar, había accedido a contarle el trabajo que le habían encargado en Menéndez Pelayo. Le había enseñado a montar los carretes, a revelar las películas y a camuflar un negativo en el interior de una postal.

«¿Y si ese policía tuviera razón?», se preguntó con desasosiego.

En cualquier caso, el lunes era otra vez día laborable y la tienda llevaba cerrada desde el pasado jueves. Isabel se levantó de la cama con la certeza de lo que iba a hacer al día siguiente.

Día 21 de julio

En la colonia no se hablaba de otra cosa que del primer alunizaje. Por lo que decían en las televisiones y escribían en los periódicos, el hombre iba a poner los pies en la Luna por primera vez. «¡Como si no hubiera otras cosas que hacer aquí, en la tierra!» Ese era el razonamiento de Dean Rogers, mientras se pavoneaba a lo largo de *Main Street*, sabiendo que su colaboración en el asunto del falso filatélico había sido decisiva, como le habían remarcado los dos hombres que llegaron desde Londres y que no sonrieron en ningún momento. Ya se habían marchado. Por lo que le habían contado, el domingo por la tarde los vieron partir en un avión militar. Al tal Michael Murray lo llevaban en una silla de ruedas. No le habían podido aclarar si iba así porque le hubieran pegado una paliza, porque lo hubieran drogado o, simplemente, porque se encontraba exánime después de horas y horas de interrogatorio. El otro hombre, el agente que vino cuando se descubrió que la filatelia era una tapadera de algo, todavía seguía en la colonia.

A él le daba igual. Ahora, lo importante era ir a ver a Kevin y ver de qué manera le podría zaherir.

—Kevin —le empezó a contar, mientras le ponía la mano en el hombro—, hoy van a llegar a la Luna los astronautas americanos. Ten cuidado, a ver si te van a elegir astronauta y la próxima vez que vayan para allá te nombran comandante de la misión.

El teniente dibujó con los ojos una batida y buscó alguna adhesión burlesca a la mofa que se traía con el empleado de Correos.

—No creo, teniente, antes que llevarme a mí, seguro que le llevan a usted, por si algún astronauta tiene necesidad de ir al aseo y necesita ayuda.

Lo que más fastidió a Dean Rogers fue que la agudeza de Kevin tuvo mayor eco entre sus compañeros que la suya.

—Bueno —rápido, se compuso como pudo y prosiguió la conversación—, venía a decirte que ya no tienes que preocuparte por la carta que recibías del de la filatelia. Ya no va a haber más.

—¿Y eso?

—Secretos, cosas de Estado. Tú no las entenderías —resolvió, a la vez que se dio media vuelta y abandonó la estafeta, mucho más herido en su amor propio que cuando entró.

«Le tenía que haber arrestado por desacato a la autoridad», se recriminó al regresar a *Main Street*.

Eran las once de la mañana de un día que entraría en la historia de la humanidad, pensaba el teniente.

Llevaría dos horas en la comisaría, hojeando primero *Gibraltar Chronicle* y después *The Times*, cuando sonó su extensión. La telefonista de la centralita le anunció que la llamada provenía de Correos.

—¿Teniente?

—Dime Kevin. —El episodio que acababa de acontecer le había arrebatado las ganas de volver a bromear con el empleado.

—Te has equivocado.

—¿Cómo que me he equivocado? —escudriñó, extrañado y desabrido.

—Sí, que te has equivocado en lo de que no iba a haber más cartas.

—Por favor, Kevin, estoy trabajando. ¿De qué estas hablando?

—Que aquí está.

—¿Que ahí está, quién?

—La carta, la carta de Lisboa; eso sí, tenías que ver qué mujer ha venido a franquearla. A una hembra como esa no la hemos pillado nunca ni tú ni yo, ni cuando hemos ido con las pagas extras.

Día 25 de julio

Thomas Best había regresado a Málaga. A pesar de haberlo propiciado él, de haber insistido a su jefe para investigar al falso filatélico porque las actividades que estaba realizando eran constitutivas de delito de espionaje, a pesar de haber cumplido con su obligación, el inglés se sentía como el ejecutor que, aunque no acciona la palanca del cadalso, sí rodea el cuello del reo con la soga.

La labor de los deltas había sido tan impecable profesionalmente como despreciable humanamente. Tras dieciocho horas de interrogatorio ininterrumpido cambiaron de estrategia y pasaron a aplicar métodos más persuasivos. El hombre, bajo la amenaza de buscar a Isabel para que le acompañara, acabó contando todo lo

que sabía. Thomas estaba convencido de que era así, de que no había cuerpo capaz de aguantar aquello. Al final, lo único que se extrajo en consecuencia era que el Seced quería tener controlada la flota atracada en Gibraltar, saber qué número de buques se encontraban allí, el tipo de cada uno y los movimientos significativos que pudiera haber en el aeropuerto y en los destacamentos militares. La descripción de la colonia y las entradas visibles al interior de la roca había sido labor de los primeros meses, según les confesó. Michael aseguró una y mil veces que él no sabía nada de lo que pasaba con las cartas desde que las dejaba en la estafeta.

Parecía evidente que los hombres de Carrero Blanco habían realizado su trabajo con eficacia, porque la fragmentación en la información había funcionado, «y bien», subrayó Thomas.

Una vez que los dos interrogadores, junto al espectro de Michael Murray, despegaron del aeropuerto de Gibraltar rumbo a una base militar británica, que ni le dijeron cuál ni le importó saberlo, y tras informar de que su mujer continuaba con el trabajo que realizaba su pareja —tal y como los había visto cenar, el inglés estaba convencido de que eran pareja sentimental—, recibió la orden de abandonar Gibraltar «de momento», le advirtieron. En la *Century House* habían llegado a la conclusión de que la información que podía enviar a través de fotos —si es que contaba con otra máquina para poder seguir tomándolas— no era muy relevante ya que donde se escondían los verdaderos secretos del peñón no era en los exteriores sino en el interior de la roca, lugar al que, por lo que habían constatado los deltas, los falsos filatélicos nunca tuvieron acceso. Además, de momento no querían que Madrid echara en falta los envíos. Por tanto, todo iba a continuar igual e iban a dejar hacer a la nueva espía. «Thomas —le había contado Rennie por teléfono—, todos sabemos la utilidad que supone conocer la existencia de un espía enemigo en nuestro suelo y que él no sepa que estamos sobre su pista. Mañana puede ser que nos interese que mande a Madrid una determinada información. ¿No le parece?»

En la estación de Málaga las cosas habían empeorado. Fallecida la madre de Albert, este se había reincorporado a su trabajo y seguía tomando pedidos de los talleres con la misma mala gana que hacía unos meses, más un factor exponencial que provocaba que su hastío se incrementara hasta límites insostenibles. Darren seguía viajando por toda Andalucía y Extremadura sin obtener más novedades que el incesante movimiento de aviones que aterrizaban y despegaban de Talavera la Real y Morón de la Frontera. Pero eso no lo podían considerar una afrenta por parte del Gobierno español. Con sus aparatos se suponía que hacían lo que querían, y si su deseo era gastar combustible, «que lo gasten», consideraba Thomas. Informó de ello a Londres sin saber que allí ya conocían la existencia de esos vuelos.

Pero donde estaba el gran problema era en Cynthia. La mujer fue otra desde el día en que acudió a su casa y salió como salió. A partir de ese momento pasó a vestirse completamente distinta, con ropa amplia, casi siempre faldas que prolongaban el borde muy por debajo de las rodillas. Hubo algunos días que, a pesar de la época del

año, se puso algún jersey fino de cuello alto. Y lo peor era el trato. Todo eran frases cortas, contestaciones monosilábicas, gestos mohínos y adustez en las formas. La encantadora, seductora y chispeante Cindy era un recuerdo que solo quedaba en la mente de ambos.

—Está entrando un nuevo télex —le informó la chica, en español perfectamente pronunciado—. Ahora lo descifro y te lo doy.

Thomas asintió y siguió con la lectura del periódico, que trataba, a partes iguales, de los tres frentes informativos del momento para la prensa española: la llegada del hombre a la Luna, el discurso de don Juan Carlos ante las Cortes aceptando ser el sucesor de Franco y las gestiones de Nixon en Vietnam.

Al cabo de unos minutos Cindy volvió a entrar en el despacho de su jefe y dejó sobre la mesa un papel procedente de *Century House*: «Puede tomarse quince días de vacaciones. Firmado C.»

Poco más había que añadir. Su jefe le estaba diciendo que lo que había no era muy urgente y que podía hacer lo que se disponían a realizar la mayor parte de los europeos, tomarse unos días de descanso. Pero eso no era suficiente para Thomas. Si se marchaba unos días, quería saber con quién y sabía perfectamente cuál era su primera y mejor opción.

Día 28 de julio

—La decisión está tomada, Caballero. No vamos a fijar fecha para la intervención hasta pasado el uno de octubre.

—Almirante, con todos mis respetos, no estoy de acuerdo, todos sabemos que los británicos no se irán de Gibraltar el día uno de octubre, y más con la entrada de su nueva constitución; por cierto, bien podía haber elegido la ONU otra fecha, no ese día, tan importante para todos los españoles de buena fe.

—A lo mejor no podía haber sido mejor día, pero, no insistamos. —Carrero Blanco quería hacer razonar, una vez más, al indómito general José Caballero—. Si invadimos la colonia extranjera antes de esa fecha, podremos ser acusados, injustamente, pero acusados de no haber respetado las reglas y en este tema el Generalísimo quiere ser especialmente cuidadoso. Nosotros emplearemos la fuerza cuando se hayan agotado todas las vías diplomáticas, y la fecha última e improrrogable que ha dado la ONU a Gran Bretaña para que abandone Gibraltar es el miércoles uno de octubre de 1969.

El calor del mediodía golpeaba con fuerza el asfalto de la Castellana y, aunque la extensa arboleda refrescaba la atmósfera y aminoraba la sensación térmica, el despacho del vicepresidente del Gobierno parecía contagiarse del ambiente de la calle.

—Caballero, lo está haciendo muy bien y este país necesita soldados como usted.

En un tiempo récord ha sido capaz de diseñar un plan de ataque sobre la Roca que solo se podría calificar como de magistral. Gracias a nuestros contactos, que me han confirmado que siguen trabajando con normalidad —Nicomedes Manrique le había corroborado que se seguían recibiendo las cartas en la embajada española en Lisboa con total regularidad—, sabemos en todo momento qué buques estarán allí en el momento del ataque y cuáles serán los efectivos que los custodiarán. Como ve, general, hay mucha más gente trabajando de la que usted piensa, calladamente y con gran sacrificio, en pos de nuestra empresa, en la causa que Dios nos ha asignado y que Franco nos ha trasmitido.

José Caballero se quedó sin palabras. Aunque él deseaba entrar en acción, el razonamiento del vicepresidente del Gobierno era concluyente y solo le restaba retirarse y permanecer a sus órdenes.

—Almirante, ¿puedo preguntar si se va a marchar de vacaciones ?

—¡Claro que puede! —Carrero sonrió, parecía que le había terminado de convencer de que había que esperar a la fecha marcada—. Iremos a El Escorial, toda la familia, bueno, la que me va quedando, que los hijos van creciendo y ya van haciendo su vida. Aprovecharé para leer, a ver si termino *La quimera negra*, y pintar, sobre todo esto último, que es lo que más me gusta.

—Me han dicho que su destreza con los pinceles es magnífica.

—No tanto, no crea, en esto, como en todo, tengo mucho que aprender. ¿Y usted?, ¿se va a ir a algún lado? —Este es el primer veraneo que voy a estar sin mi padre y, con todo lo nuestro, no lo había pensado. La familia de Julita tiene una finca en un pueblo de Toledo. Es posible que vayamos unos días.

—No deje de estar localizado, Caballero, esto es lo que tiene la responsabilidad de gobernar, que tenemos que estar siempre alerta.

—A sus órdenes, almirante.

Día 29 de julio

El día dieciséis de octubre, se cumplirían cinco años de la llegada de Harold Wilson a *Downing Streetl*, y parecía que le empezaban a pesar más de lo que le hubiera gustado, aunque menos de lo que desearía la oposición conservadora. La situación en el Ulster había convertido su silla en un potro de tortura y hacía tiempo que no sabía lo que era dormir y descansar a la vez. Siempre pendiente de que a cualquier hora de la noche le llamaran para informarle de un nuevo episodio.

En el año 1921, de los treinta y dos condados de Irlanda, veintiséis formaron un país independiente —admitido en la ONU en 1955—, mientras que seis siguieron vinculados a Londres. Apabullados por un desempleo tres veces mayor que en Inglaterra, la batalla entre los protestantes y la minoría católica era continua tanto en Londonderry como en la capital, Belfast, por mucho que las fuerzas militares, en un

número no menor a siete mil efectivos, a las órdenes del general Freeland, mediaran con éxito decreciente.

La agenda del otoño no podía ser más prometedora. En septiembre estaba previsto el congreso sindical británico y en octubre la conferencia del partido laborista, el *premier* Wilson sentía que vivía un continuo plebiscito.

Y para colmo de problemas, la situación de Gibraltar. El uno de octubre se cumpliría el plazo que les había dado la ONU, allá por el lejano mes de diciembre del año pasado, para descolonizar Gibraltar, algo que no iba a pasar en ningún caso. Los gibraltareños se habían pronunciado hacía dos años, cuando se les dio la posibilidad de que se expresaran en las urnas sobre si querían seguir perteneciendo a la Corona británica o pasar a pertenecer a la soberanía española. Wilson entendía que el gobierno de Franco no había querido escuchar al pueblo calpense. El diez de septiembre de 1967 más de doce mil votantes optaron por continuar siendo británicos, mientras que solo cuarenta y cuatro preferían pasar a ser españoles. Los dos países tenían un enfoque distinto de la situación. Para España, la decisión tenía que tomarla el Reino Unido siguiendo una resolución dictada por la ONU, mientras que los británicos entendían que se tenía que respetar el deseo de los llanitos. Ese había sido el subterfugio en que se basaba Wilson para no entregar la colonia.

Las noticias que le habían facilitado tanto el ministro del Interior como el secretario del *Foreign Office* eran cuando menos inquietantes. Por un lado, había unas maniobras con submarinos que se alejaban de la normalidad, por otro, un espía español que hacía fotos a los exteriores de las instalaciones militares y que ahora las seguía haciendo su novia, «¡bienvenidos al mundo de la extorsión en suelo ajeno!», pensó que le hubiera gustado decirle al Gobierno de España, si hubiera tenido un momento oportuno; y también estaba lo de los aviones. Que las fuerzas aéreas españolas volaran más ahora que antes no era motivo para declararles la guerra. Pensándolo con frialdad, el primer ministro en ningún momento pensó en serio la posibilidad de que España fuera a cometer la locura, para él lo sería, de emprender alguna acción militar contra el Peñón.

Miró el calendario y pensó en cómo estarían Mary y los chicos, Robin y Giles, en la finca de Chequers, huyendo del calor sofocante del mediodía londinense.

«Creo que este año es el que más me he merecido unas vacaciones», concluyó el premier, mientras daba la última calada a su pipa.

Segunda parte

Septiembre

Día 2 de septiembre

Thomas Best siempre pensó que las vacaciones de un espía no deberían llamarse así. Al contrario de lo que sucedía con los maestros de escuela, con el resto de los funcionarios públicos o con la mayoría de los empleados por cuenta ajena, las personas que trabajaban en un servicio de inteligencia nunca se marchaban a descansar. «Un lugar donde tienes que dejar el teléfono por si hay una emergencia nacional no es un lugar de vacaciones», razonaba en soledad. Entendía que la palabra «perderse» no existía en el léxico de los hombres del MI6.

Por más que se lo pidió no consiguió que Trini le acompañase. Eran dos posturas enfrentadas. Por un lado ella no quería dejar a su hija con su madre durante varias semanas y por otro él no quería compartir una buena cama de hotel, una exquisita mesa de restaurante y una agradable velada a la orilla del mar con la desagradable interferencia de la hija de otro hombre. Eligió los Cayos de Florida —los miembros del SIS estaban exentos de pagar impuestos—, donde pasó veinte días inolvidables en un bungaló de *Duck Key* sobre las aguas del Caribe. La gente del equipo de C tuvo la gentileza de no molestarle en ningún momento y Ofelia, una cubana huida con su familia del régimen de Fidel, le componía la cama por las mañanas y le ayudaba a deshacerla por las noches a cambio de amabilidad y algunos dólares que le dejaba por la mañana en la mesita de noche.

Regresó a Málaga, vía Londres, en la última semana del mes de agosto —antes de partir, C le concedió unos días más de vacaciones— a tiempo de ponerse al día de las pocas novedades que habían acontecido durante su ausencia. En España, pensaba que, como en casi todo el mundo, la vida se tomaba un descanso, y recordaba lo que había oído a veces decir a algún marinero sobre la aparente quietud que precede al estallido de las tormentas.

En Recambios y Distribuciones del Sur S. A. se produjeron cambios. Rennie tomó en consideración la opinión que le había expresado Best a finales de julio y había trasladado a Cindy a la estación Oslo, para trabajar junto al agregado comercial de la embajada británica en la capital noruega. En su lugar había mandado a un descodificador júnior, un tal Schembri, que tenía que practicar continuamente porque le faltaba soltura a la hora de manejar las claves. Thomas pensó que ya iría familiarizándose con el puesto. Prefería la disculpable lentitud del joven que la exasperación que le provocaba Cindy, que había convertido la oficina en un lugar tenso e ingrato.

El agente aventuraba un mes de septiembre muy distinto al de los años anteriores. El primero de octubre —por lo que había aprendido, de gran simbología para el Régimen— significaba este año una fecha clave, ya que era la que había señalado la

Organización de las Naciones Unidas en su *Resolución 2.429* de la XXIII Asamblea General dictada el dieciocho de diciembre del año anterior como límite para el abandono de Gibraltar por parte del Reino Unido. Era evidente que la administración laborista no iba a acatar dicha resolución, por lo que Thomas se preguntaba qué pasaría al día siguiente.

Con la camarera malagueña las cosas se habían enfriado. La tensión previa a su marcha hacia Florida había dejado un mar de fondo en la relación que todavía perduraba. Cuando la semana anterior había acudido a su restaurante se había encontrado con una mujer distante, impasible ante los intentos de Thomas por buscar una reconciliación.

Aquel día el inglés había procurado ponerse lo que entendía que mejor le quedaba: unos pantalones de pinzas beis, una camisa de manga corta marrón y unos zapatos a juego con el cinturón. Se acarició las mejillas con Mermen y se peinó con esmero echándose un poco de fijador. Dejó la pistola en la caja fuerte disimulada que tenía en su piso.

Entró en el restaurante pronto, como si fuera un inglés y no un español que acude en verano a cenar. A esa hora solo estaban ocupadas dos mesas por sendas parejas de extranjeros; nórdicos, le parecieron. Aprovechó que la que habitualmente ocupaba estaba libre y tomó posesión de la misma, a la vez que encendía un *Winston*. Cuando Trini se percató de su presencia pegó un giro adrede y se marchó a atender otra mesa. «Ya vendrás, no tengo prisa», pronosticó Thomas.

Efectivamente, dado que ella era la única camarera que servía en El boquerón dorado, tras retardar la atención todo el tiempo que pudo, al final, Trini se acercó a su mesa con la carta en la mano:

—¿Qué quiere para beber? —preguntó con displicencia.

—Por favor, Trini, ¿me vas a llamar ahora de usted?

La mujer se quedó mirándole. Habría dado media vida porque sus ojos se convirtieran en dos puñales afilados.

—Trae un vasito de vino. Y de comer, lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera?, no digas eso Manolo, que si por mí fuera te iba a traer para cenar algo que yo me sé.

—No me digas esas cosas —parecía que había vencido el primer impulso de genio y resentimiento de la mujer—, que sabes que me pongo triste. A mí me gusta todo lo que haces tú, todo lo bueno que haces conmigo, ya sabes… —Alargó lentamente su brazo derecho hasta llegar a rozar el delantal de la camarera. Esta se retiró unos centímetros, los suficientes para demostrarle que persistía con el enfado.

Después de mirar a ambos lados, como si temiera que alguien la pudiera oír, la malagueña le preguntó:

—Ya que no te quisiste ir conmigo y con mi hija, ¿con quién te fuiste?

—Por favor, no me preguntes eso. Te puedes imaginar la respuesta.

—Con ella, ¿no? ¿Por qué no le dices ya de una vez que estás enamorado de mí?

—Trini, en España no hay divorcio. Ya te dije que nuestra relación está muerta, pero no supe decirle que no y nos acabamos marchando con sus padres a Cullera. —Thomas estaba tan acostumbrado a mentir que lo hacía con una naturalidad innata. Cuando decía la verdad era cuando se sentía extraño—. Oye, ¿qué vas a hacer al terminar?

—Acostarme en mi cama; sola, que es lo que me apetece y lo que haré —determinó con rotundidad plena, con absoluta convicción y con la seguridad de que hacía gala la camarera. A las tres de la madrugada, cuando salió por la puerta de su casa, Thomas pensó que nunca había conocido a una mujer con la que se encontrara tan vital, que tanto le sorprendiera y que no se le fuera de la cabeza ni un solo momento a lo largo del día, bien para desearla o bien para maldecirla cuando la veía marcharse con otro hombre.

Esa noche no le dio nada de dinero. « Si le hubiera dado una sola peseta, habría pensado que la estaba llamando prostituta», supuso el inglés, que acertó de pleno el pensamiento de Trini.

Día 3 de septiembre

Isabel había pasado el verano más atípico de su existencia. Es más, pensaba que aunque gozara del mismo número de vidas que tiene un gato, nunca se encontraría en una situación de desamparo e incertidumbre como la que había vivido en un lugar del que antes casi no había oído ni hablar.

La fecha la recordaba muy bien. Fue el dieciocho de julio el día que tiró a la basura el desayuno y salió a la calle a buscar, infructuosamente, a Michael, el hombre de quien se había enamorado. Había sido un viernes. El lunes siguiente tomó la solemne decisión: continuaría la labor que él desarrollaba. Con su mayor determinación, que no dejaba de ser un disfraz de la inseguridad que la envolvía, el veintiuno de julio Isabel salió a la calle, temprano, y se dirigió al puerto.

Ella no entendía de buques, y menos de barcos de guerra, pero sí sabía distinguir de tamaños. Los había más grandes y más pequeños. También fue al aeropuerto y se fijó en los aviones que ocupaban la parte este del complejo, donde se situaban los hangares.

Conocedora de las existencias de postales preparadas con que contaba, siguió manteniendo la regularidad en los envíos franqueando una carta con destino a Lisboa cada tres o cuatro días. Solamente tenían la máquina de fotos que estaba disimulada en el porta correa de Tac, pero la misma había corrido igual suerte que Michael y el pointer. Por tanto, al no tener negativos que enviar, se limitaba a escribir un pequeño informe a máquina —el papel, al doblarse, tenía un grosor similar al de la película— que después encastraba entre las cartulinas que eran ocultadas por la foto y su reverso. Contó que la máquina de fotos se había estropeado y que por esa razón

escribía un informe sustitutivo que intentó fuera lo más sintético posible. No hizo mención a la desaparición de Michael. La idea de que su pareja hubiera podido huir le había calado hasta la médula.

Lo que no sabía muy bien era por qué lo hacía. ¿Para seguir prestando un servicio a su país?, ¿para tapar la vergüenza que supone la deserción de alguien a quien acabó amando?, ¿o quizá porque no tenía otra alternativa? Durante unos días estuvo confusa, justo los mismos que fue a interesarse por él tanto al hospital como a la comisaría. Al quinto día entendió que no tenía lógica alguna acudir a ambos lugares para preguntar por alguien que empezaba a ser historia. La alternativa de la huida había pasado de ser la opción más creíble a la única.

Con dinero, sin otra cosa que hacer durante toda la jornada que abrir el comercio unas horas para atender a la media docena de personas que entraban… a la semana, Isabel empezó a sentirse como si fuera una leona enjaulada. Optó por comprarse algunos libros en español en *The Gibraltar Bookshop*, una librería muy cercana a su casa, y muchas tardes tomaba el autobús para tumbarse en la playa de *Catalán Bay*, contigua a las instalaciones militares de la RAF, al noreste de la colonia. Al principio, con alguna dificultad de concentración pero, conforme fueron pasando los días, prefirió no pensar en nada más que en lo que leía y convertir aquello en un alternativo plan de evasión.

Muchas veces, sobre todo en los primeros momentos, se preguntó de qué manera podría comunicar con Nicomedes para contarle su situación y la ausencia de Michael. Buscó las formas y no las halló. Las comunicaciones con España estaban cortadas, tanto las postales como las telefónicas. Poner una nota en la carta que enviaba a Lisboa tampoco le parecía buena idea y situarse tras la valla metálica e intentar comunicarse a chillidos con algún linense —como veía que hacían en muchas ocasiones españoles y llanitos, o familiares de ambos que habían quedado separados por el cierre de la frontera— era algo que no llevaría a lugar alguno. El que el Gobierno español hubiera cerrado la verja suponía, en la práctica, la incomunicación más absoluta en ambos sentidos. Esa era la única realidad irrefutable. La última posibilidad que barajó fue la de marcharse a Tánger e intentar desde allí establecer contacto con Nicomedes, pero también la desechó, por lo menos de momento. Sin ir acompañada de su supuesto marido le albergaban demasiadas dudas de que pudiera salir de Gibraltar o, lo que sería peor, no poder volver a entrar. Aunque ella tenía documentación inglesa, por ser la esposa de un ciudadano británico, la misma era falsa, muy bien trabajada, pero falsa; la habían preparado en Madrid y entendía que era un peligro exhibirla más allá de lo imprescindible. Isabel no tenía en Gibraltar amigos en quienes confiar. Nunca en su vida se había encontrado más sola.

El miércoles tres de septiembre, después de haber escuchado en la radio los ecos del golpe de Estado acontecido en Libia a manos del coronel Muammar al-Gadaffi, y las consecuencias que podría tener para la paz en la zona, Isabel salió a sellar la carta que había escrito hacía un par de horas. Antes de entrar en Correos alguien la reclamó

con un chistido que le pareció desagradable. Al volverse y comprobar quién la había llamado sintió una inevitable sensación de aprensión. La presencia de aquella mujer le resultaba inquietante. Hacía meses que no hablaba con ella, aunque en alguna ocasión la había visto caminar por la calle con su campaneo errante.

—Querida, ¡cuánto tiempo sin vernos! Y cuidado que este lugar es bien pequeño como para perdernos. ¿Qué tal les va con nosotros a usted y a su marido?

Esta vez, Violet no había salido a la calle con algún encargo de su hijo, el teniente Dean Rogers. Solo había sido la casualidad la que había unido a las dos mujeres, pero eso era algo que Isabel nunca se creería.

—Nos va muy bien, muchas gracias.

—¡Qué calor tenemos!, ¿no le parece? Yo estoy deseando que venga ya el otoño y podamos respirar un poco, aunque este año parece que las cosas van a ser muy distintas.

—¿Y por qué dice usted eso? —escrutó al fin, tras dudar unos instantes.

—Ya sabe, la fecha del uno de octubre. Oiga, ¿no irán ustedes a hacernos españoles a la fuerza? —especuló la mujer con una media sonrisa que denotaba su aviesa intención.

—Pues no, vamos, que no sé… —Isabel no supo qué responder ante la mención a la fecha que había dado la ONU.

—Nosotros ya hemos dicho que no, que no y que no —Violet parecía una niña pataleando ante una negativa de su madre—, aunque nos den la doble ciudadanía. Yo de Franco no me fío, por muy anticomunista que sea.

A juicio de Isabel la conversación se había extendido en demasía. La española mostró su nerviosismo por la hora.

—Me va a tener que perdonar, pero tengo que echar esta carta y no puedo desatender la tienda, que la tengo cerrada.

—¿Cerrada? ¿No está su marido? —La pregunta era sincera ya que su hijo no le había contado nada de lo sucedido a finales de julio.

—Perdone, de verdad, otro día hablamos con más pausa.

—Claro, claro, vaya, vaya.

La madre del teniente de policía contempló cómo, azarada, Isabel enfilaba lo más rápido que podía en la dirección de Correos. A Violet le picó la curiosidad la ausencia de respuesta a su pregunta.

Al regresar a *King's Yard Line* Isabel se llevó uno de los mayores sobresaltos que había vivido en sus veinticinco años de vida. El cartero había introducido por debajo de la puerta una carta, la primera que recibía en Gibraltar. Nadie le podía escribir allí puesto que nadie sabía su paradero. Abrió la puerta de cristal y se agachó a recogerla, pero rápidamente confirmó que no era para ella. El destinatario era Michael y carecía de remitente. La miró al trasluz y comprobó que en su interior solo había papel. Cogió un lápiz de la mesa y, a modo de abrecartas, lo utilizó para rasgar el sobre por su parte superior.

El contenido no podía ser más escueto. Un folio y una frase escrita a máquina: «Lunes 8 de septiembre. 11:00 horas. Café de París.» Después, dos letras, estas trazadas a mano: «N. M.»

Día 5 de septiembre

—Pensaba que hoy tendrían Consejo de Ministros.

—No, Manrique, el Generalísimo todavía continua en el Norte. Hoy se marcha definitivamente de Meirás y emprende un recorrido por la cornisa Cantábrica. Va con Nieto Antúnez y con Castañón de Mena, el jefe de la Casa Militar.

Nicomedes se daba cuenta de que el almirante solo le facilitaba aquella información que era pública y que sabía por los periódicos. La discreción del vicepresidente del Gobierno hubiera desaconsejado comentar algún otro extremo que pudiera suponer una ligereza.

—El próximo Consejo me temo que será como otros años, en San Sebastián. —Puede ser.— Carrero, ni confirmó ni desmintió.

—¿En Ayete? —quiso concretar Nicomedes.

—Vamos a ver, Manrique —el cántabro se había cansado de escuchar las preguntas de Nicomedes Manrique; la reunión había sido convocada por él y, por tanto, no era su invitado la persona que tuviera que formular cuestión alguna—, quiero saber exactamente cómo están las cosas en Gibraltar. ¿Cómo está nuestro hombre allí?

—Almirante, se encuentra en perfecto estado. Se siguen recibiendo, puntuales, como siempre, las cartas en Lisboa. Fotos no porque se le ha estropeado la máquina, según me contó un día, pero a cambio envía un resumen mecanografiado. —A Nicomedes le parecía extraño el estilo que utilizaba Michael en sus cartas. No le quiso comentar nada a Carrero—. Me las mandan cuando se reciben en el *Lusitania-Express*. Tal y como usted me ordenó, en Menéndez Pelayo las transcribimos y se las entregamos al motorista que viene a recogerlas. —Carrero no le había dicho quién era el destinatario final de aquella información, que no era otro que él mismo.

—Bien, pero, al margen de eso, ¿ha hablado con él?, ¿sabe cómo está la mujer que vive con él?, ¿algún problema de convivencia entre ellos, con los ingleses…?

—Creo que los dos hemos tenido cierta telepatía, si me permite la observación. Precisamente he quedado con Michael para saber cómo marchan las cosas allí. Por supuesto con la mayor prudencia.

—Bien, ¿cuándo tiene previsto reunirse con él?

—El próximo lunes día ocho, por la mañana —precisó el capitán de fragata.

A Nicomedes no le terminaba de entrar en la cabeza que el vicepresidente del Gobierno fuera capaz de permanecer concentrado en la conversación mientras doblaba con delicadeza y minuciosidad un folio hasta convertirlo en alguna figura.

Parecía que estaba terminando un avión.

—Manrique, le he llamado, también, para pedirle una actuación sobre una persona.

Nicomedes pensaba que él realizaba con su jefe, Carrero Blanco, una analogía similar a la del almirante con el Caudillo: uno pensaba, el otro actuaba.

—Quiero asegurarme de la intachable conducta de un militar. —Con un último doblez, dejó sobre la mesa una figura de un avión de amplias alas—. Lo tuve bajo mis órdenes hace mucho tiempo, también pertenece a la Armada, como nosotros. Fue alumno mío en la Escuela de Guerra Naval de Madrid. Ahora debe de tener los cincuenta y cinco años, más o menos, y me consta que está destinado en Ferrol del Caudillo.

El Seced tenía otras personas para investigar a militares pero, dada la estrecha relación de esa gestión con la Operación Mirón, Carrero no quiso emplear a otros miembros y pidió al capitán de fragata que realizara la oportuna averiguación.

Mientras Nicomedes le miraba sin pestañear, el vicepresidente aprovechó una pequeña pausa y encendió un cigarrillo.

—Necesito saber cómo es de afecto a nuestro Régimen, si sigue siendo tan leal como lo era en su día, y si su disponibilidad es absoluta. Le quiero encargar una misión tan difícil como vital para nuestra seguridad, y no quiero confiar en alguien que no me vaya a responder, que no nos vaya a responder. —Nicomedes entendió la última frase como un cumplido.

—Almirante, como siempre, a sus órdenes.

—Le voy a decir lo que sé. Espero que en una semana me pueda completar esta información tan exigua que tengo de él. No tenemos más tiempo.

Día 6 de septiembre

La veía en la cama y pensaba que era el más idiota de todos los seres humanos. «No solo eres idiota, Scotty —se decía el escocés—, sino que también eres un romántico, un romántico pasado de moda. Nadie se habría enamorado de una prostituta, y menos aún de una prostituta embarazada.»

Había sucedido en una sofocante noche de finales del mes de julio. La conoció en una de las visitas habituales a los antros del Molinete, concretamente en uno de la plaza de la Tronera. Llevaba una semana. Había acudido allí desde Motilla del Palancar, donde sus padres la habían echado de casa por haberse dejado preñar. Con una maleta medio vacía y una tripa medio llena, Pepa llegó a Cartagena y rápido encontró la manera de ganarse la vida —entre el puerto y la minería de La Unión el trabajo no escaseaba—. No entró en disquisiciones estériles sobre si aquello estaba bien o si no era lo correcto. La realidad era que había hallado un lugar donde poder tener techo y una cama, aunque tuviera que compartirla muchas veces al día.

Después de hacerlo con el escocés, que entró en la barra americana donde trabajaba Pepa como un cliente más, este le dijo que recogiera sus cosas. Terminó pronto.

—¡Vámonos! —ordenó—. Mi casa está muy cerca de aquí. Yo te llevo la maleta.

—¿Estás seguro? —preguntó la chica, sin terminar de asumir que alguien pudiera acogerla en ese estado y después de saber cómo se había ganado la vida en los últimos días.

—Más que nunca. ¿Puedo? —Pepa se extrañó de que le pidiera permiso para darle un beso.

—¿Por qué me pides permiso para besarme?

—Porque como ya te he pagado, no sé si ahora te vas a dejar.

Scotty había recibido muchos besos de prostitutas, pero jamás como el que le dio Pepa en aquel momento, quizá porque ya había dejado de serlo.

Al escocés le gustaba conocer los entornos de la zona y en alguna ocasión cogía su coche y se marchaba de Cartagena uno o dos días. El que Pepa estuviera en su casa no suponía un impedimento para dar rienda suelta a su instinto natural de libertad y de curiosidad y, tal y como le había dicho la noche anterior, esta vez puso rumbo a Benidorm. Había oído hablar de aquel pueblo alicantino desde que llegó a Murcia, y pensó que ese sábado podía ser un buen momento para conocerlo. Le había pedido a Pepa, que estaba ya de siete meses —lo dijo en su casa al quinto mes, cuando ya no pudo ocultarlo—, que se quedara a descansar y ella le contó que emplearía el tiempo cosiendo unas cortinas para la habitación del futuro bebé.

—No vayas a comer carne de choto por ahí —le advirtió su nueva novia, después de darle un beso de despedida—, que aquí te espera solomillo. ¡Que los hombres sois muy tontos! —remató.

Scotty entendió lo que le decía y, a la vez que le devolvía el beso, la rodeó por la cintura con su brazo derecho mientras le puntualizaba:

—Y solomillo del bueno.

Con las dos ventanillas abiertas de su *Seat 127 Coupé*, Shaun, como se llamaba en realidad el escocés, escaló parte de la costa mediterránea para atravesar la ciudad de Alicante y, desde allí, llegar a Benidorm. Le sorprendió el acentuado contraste entre los rascacielos que comenzaban a poblar sus playas y las huertas que todavía se dejaban ver entre edificación y edificación. Buscó un hotel y halló habitación sin dificultad.

Fue de noche, y después de llenar el estómago con una buena cena y media botella de tinto, cuando se encontró tentado de entrar en una discoteca. Mientras paseaba sin rumbo se encontró con una que tenía un nombre muy inglés, incluso muy escocés, dada la nacionalidad del actor que había encarnado al personaje. Se llamaba: 007. «Como el agente de las películas», recordó Scotty.

Acodado en la barra, y tras su segundo cubalibre, vio entrar a unos legionarios; serían por lo menos una docena, tal vez más, todos ellos tocados con su *chapiri* y su

bamboleante borla roja. Ocuparon cuatro mesas, próximas a la pista de baile —una circunferencia plateada de seis metros de diámetro salpicada de luces policromas que brotaban desde el techo y se estrellaban contra la chapa— y rápidamente se diseminaron por parejas o tríos, intentando sacar a bailar el *Casatschok*, de Georgie Dann, a toda aquella mujer que se dejara, incluso hasta la que oponía un mínimo de resistencia.

Scotty había oído hablar de la Legión pero nunca había visto un legionario en Cartagena. Le pareció muy raro que se encontraran allí, en una población turística como Benidorm, y esperó acontecimientos, mientras se frotaba las manos al pensar que podría estar a punto de encontrar nuevas fuentes de información con las que nutrir los siempre hambrientos oídos del español que le pagaba tan bien por hacer, según él, tan poco.

No tuvo que esperar mucho para que dos de ellos se acercaran a la barra a pedir su segunda bebida. Uno era muy joven, no tendría más de veinte años, mientras que el otro contrastaba con su compañero por sacarle, por lo menos, diez años. Sudaban a borbotones y se habían colocado el gorro doblado en la hombrera. Los botones de la camisa los llevaban desabrochados hasta el pecho.

—¡Camarero! —chilló uno de ellos, a la vez que pegaba una sonora palmada en el mostrador.

Cuando les habían servido las dos bebidas que habían solicitado, Scotty, que se encontraba a un par de metros de los soldados, no esperó a que se marcharan.

—¿Qué hace aquí mi Legión?

—¿Tu Legión?, ¿qué estás diciendo tú? —receló el militar, que también tenía que hablar a chillidos, ya que la música de *The Archies* y su *Sugar Sugar* se montaba sobre las palabras de los tres hombres.

—Sí, digo mi Legión porque a mí me hubiera gustado haber sido legionario, pero dejé embarazada a mi novia y tuve que quedarme a trabajar en el pueblo —contestó Scotty, muy resuelto—. Vuestra vida debe de ser una aventura continua.

—Sí, la verdad es que no hay un día igual —confirmó el más joven—. Yo estoy encantado.

—Fíjate, hizo la mili con nosotros y después se reenganchó —apuntó el mayor—, pero cuenta, cuéntanos qué te pasó.

—De verdad, teníais que haber visto al cabrón de mi suegro, fue a mi casa y mis padres creían que me iba a matar.

—Y tú, ¿qué pensaste? —quiso que le contara el más veterano, con curiosidad por la historia tan grotesca que Scotty les estaba relatando.

—¿Que qué pensé yo? Si hubiera estado allí os lo diría, pero cuando me asomé por la ventana y vi llegar el coche de aquel hijo de la gran puta salté a la calle por otro lado de la casa y me marché a la casa de un amigo.

—¿Y qué más? —El más joven se había apoyado en el hombro de su compañero y quería que Scotty les contara toda la historia, que les estaba resultando muy

divertida.

—Pues que si mi amigo no me deja las llaves del coche, se las quito.

—¡No jodas! —prorrumpió el chaval—. ¿Tan bestia era tu suegro?

—¡Ya te digo!, por mis muertos que si no me deja el coche se lo robo. Me marché de allí y no quise volver hasta pasada una semana, cuando las cosas ya estaban más calmadas. —Miró su vaso y lo encontró prácticamente vacío.

—¿Quieres tomarte otra con nosotros?, te invitamos —se ofreció el mayor.

—Bueno, no digo que no, ya digo, para mí estar con vosotros es como estar con aquello que más he querido pero que nunca podré tener.

Los dos le miraron extrañados por la frase que acababan de escuchar. Nunca habían visto a nadie que hablara con tanta pena por no haber podido entrar en la Unidad. El joven fue el primero en volver a hablar.

—¡Caray, pareces un filósofo!

Después de que el camarero hubiera servido la tercera a Scotty y a los dos legionarios, el nivel de confianza se había elevado hasta alcanzar el punto necesario para que el escocés lanzara sus redes.

—¿Y qué hacéis por aquí?

—De maniobras —respondió el mayor, después de limpiarse los labios con el antebrazo.

—Pero ¿vosotros tenéis acuartelamiento aquí?

—Sí, aquí al lado, ¡en Ceuta! —ironizó.

—¡Hostias!, pero si eso está en África.

—Eso es España —matizó el veterano, en un arrebato de dignidad—, pero sí, de aquí está lejísimos. Nos trajeron en barco hasta Alicante y desde allí a Calpe, donde hemos montado las tiendas.

—¿Calpe?, ¿dónde está eso?

—Muy cerca, a unos veinte kilómetros. —El más joven se había aprendido muy bien la distancia.

—¿Y qué tal van las maniobras ?

—Jodidas —reconoció el mayor, mientras esbozaba una mueca desdeñosa.

—¿Qué hacéis para que sean jodidas?

—¿Quieres saber qué hacemos ?, pues subir y bajar.

—¿Subir y bajar? —quiso sonsacar Scotty.

—Sí, subir y bajar —confesó, mientras buscaba la confirmación en los ojos de su compañero.

Día 8 de septiembre

Antes de subirse al transbordador que la condujera a Tánger, Isabel Moque escrutó Gibraltar como si buscara una pulga escurridiza en el pelaje de Tac. Después

de preguntarse y preguntar una y mil veces dónde estaba el Café de París, ya que no recordaba haber visto anteriormente un establecimiento con ese nombre, y de escuchar respuestas tales como «el único Café de París que conozco es uno que hay en Tánger, «aquí no hay ningún café que se llame así», «el de Tánger sí lo conozco, pero no conozco ninguno en Gibraltar», llegó a la conclusión de que el encuentro propuesto sería en la ciudad marroquí, algo que tenía toda la lógica si la persona que la había citado era quien creía: Nicomedes Manrique. La firma, con las dos iniciales, se lo dejaba entrever. Si era así, Nicomedes, como español, tendría muy difícil acceder a la colonia. Pero, «¿y si no fuera Nicomedes quien había citado a Michael?», se preguntó con inquietud. En el fondo ella no sabía casi nada de casi nadie. Ni sabía con certeza qué actividad se realizaba en Menéndez Pelayo, ni conocía quién era en realidad Michael Murray, o el hombre que decía llamarse así.

El Estrecho permanecía en calma y el trayecto que realizó el transbordador resultó ser una travesía placentera. Era la primera vez en su vida que Isabel se hacía a la mar y tenía cierto respeto por las consecuencias que podría producir en su cuerpo el continuo movimiento de la embarcación. Al arribar al puerto tangerino Isabel se quedó sorprendida del mundo en el que había entrado a tan solo una hora de navegación: chilabas, babuchas, caftanes y velos fueron los atuendos que la rodearon y que en Gibraltar no había visto. Después de que le sellaran el pasaporte inglés —con el mayor disimulo que pudo, contuvo la respiración mientras el policía marroquí comprobaba su foto, ya que pensaba que en cualquier momento podía detectar la falsificación—, salió del recinto portuario y preguntó a un taxista.

—¿Café de París?, eso está en la plaza de Francia. ¡Monte! —soltó el conductor, en español.

El vehículo zigzagueó por unas cuestas y llegó a una gran avenida. A una velocidad muy superior a la que ella entendía como razonable, el Mercedes avanzaba por la calzada mientras la cordobesa se preguntaba continuamente si había hecho bien en salir de Gibraltar. «Una cosa es que el policía marroquí no detecte un pasaporte falso y otra muy distinta será cuando lo examine un policía inglés. Ya veremos qué pasa a la vuelta», pensaba con desasosiego.

—¡Aquí! —El taxista se detuvo con una brusca frenada delante de un café que hacía esquina.

Isabel curioseó el exterior desde dentro del coche —el hombre la había dejado en un chaflán redondeado donde se leía con claridad Gran Café de París—. En ese momento reparó en que no llevaba dirhams encima.

Le dio un billete de cinco libras y el hombre le devolvió varias monedas marroquíes. La española tenía asumido que el árabe había realizado el cambio que había querido.

Una vez que el taxi se hubo marchado, consultó su reloj: quedaba un cuarto de hora para las once de la mañana. Se preguntó qué hacer sin encontrar respuesta inmediata a su incertidumbre. Podría entrar en el café, pero allí solo había hombres,

en todo el amplio recinto no había ni una sola mujer, ni siquiera como camarera. La otra posibilidad era pasear por la calle, pero tampoco se veía a mujer alguna vestida a los modos occidentales.

Tuvo suerte. Desde lejos vio caminar hacia el café a Nicomedes Manrique, que no se había dado cuenta de que ella estaba en la puerta. Con unos pantalones oscuros y una chaqueta blanca, parecía distraído, ensimismado en algún pensamiento que le hubiera arrebatado la capacidad de observación de lo que le rodeaba. Cuando se fijó en Isabel se quedó tan sorprendido que casi detuvo su marcha. No obstante, prosiguió con sus andares. Estaría a un metro de ella y ya comenzó a hablar:

—Isabel, ¡vaya sorpresa!

—¿Cómo está, Nicomedes ?

Se dieron un par de besos.

—Yo estoy muy bien, pero no me podía imaginar que vinieras tú también.

La afirmación revelaba que Nicomedes no sabía nada de la suerte que había corrido Michael.

—No, Michael no ha venido.

—¿No? —El rictus del hombre del Seced cambió radicalmente. O era un gran actor, o lo que acababa de escuchar era, con rotundidad, una mala e inesperada noticia.

Isabel miró al interior del café.

—No he entrado porque solo hay hombres y no sabía qué hacer.

—Pasa, vamos a sentarnos a una mesa. —Más que sugerir, las palabras de Nicomedes sonaban a una orden.

El Café de París era uno de los establecimientos más famosos de Tánger, si no el que más. Como había intuido Isabel sin llegar a entrar, su interior estaba abarrotado de hombres que, solos o en pareja, se sentaban alrededor de unas mesas redondas de mármol blanco con una consumición enfrente, té en la mayoría de los casos. Alguno leía el periódico, otros charlaban, pero la mayoría hacía como los que se sentaban en la terraza que tenía el café en la calle, más que mirar, vagaban los ojos de un lado a otro solo movidos por el aburrimiento.

Detrás de la caja registradora se podía ver un gran cartel en colores apagados enmarcado y con cristal de Hassan II vestido con una chilaba blanca, profusamente bordada, y cubierto con un fez rojo.

Después de haber pedido al camarero dos refrescos, y una vez que este se hubo marchado, Nicomedes comenzó con la batería de preguntas.

Mientras las formulaba, el rostro de Isabel iba cambiando de expresión en expresión. Desde la sorpresa a la incredulidad, desde el desaliento a la meditación. En media hora la mujer había sido capaz de resumir los siete meses de estancia en la colonia británica.

—No me creo que haya desertado —conjeturó el hombre del Seced.

—Yo no lo sé. —A Nicomedes le asombraba la entereza con la que Isabel le

relató todo el período de soledad que había vivido en Gibraltar, tras la marcha de Michael.

—Desde el principio me pareció un hombre muy comprometido con la causa y con el Régimen de nuestro Caudillo, no es el perfil de persona que abandone su puesto en el campo de batalla. Además, ¿adonde iba a ir?, que sepamos no tenía familia ni grandes amigos. Ahí se realizó una fantástica labor de captación —recordó el marino.

Isabel apuró la Coca-Cola.

—También es posible que tuviera alguna razón para marcharse —apuntó Nicomedes, que parecía que sembraba una duda en la conversación.

—¿Cuál? —Extrañada, la mujer le miró casi sin girar la cabeza.

—¿Qué tal iban las cosas entre vosotros?

—¿Qué quiere decir?

—Isabel, ya sabes, tú fuiste como su falsa mujer. No sé, compartíais techo, igual surgieron problemas, la convivencia… ya me entiendes. —Nicomedes no quería preguntárselo directamente y prefirió moverse por el terreno de la insinuación.

Lo primero que pensó la mujer fue decirle la verdad, pero rápido cambió de opinión. Su vida privada era eso, suya, y no tenía por qué contar nada a nadie.

—No, nos llevábamos bien. —Isabel fue rotunda en su valoración—. No hubo ningún problema. Dentro de la casa cada uno hacía su vida. Siempre se portó como un señor y no quiso intentar nada que lo deshonrara.

—Entiendo. —Nicomedes asintió. Parecía que la explicación de Isabel le había convencido.

Miró el reloj.

—Aquí se come muy pronto. ¿A qué hora tienes el barco de regreso?

—No tengo billete, pero me dijeron en Gibraltar que no hay problema, que siempre hay plazas disponibles. Salen varios esta tarde.

—¿Te apetece que te invite a comer?

El restaurante al que Nicomedes la llevó se encontraba en la avenida de Inglaterra, casi esquina a la calle de Bélgica, a diez minutos andando de donde se encontraban. Se llamaba *Ichbilia*. Un camarero vestido con una chilaba adornada de hilos y piedras brillantes les dio la bienvenida con una acentuada reverencia que le llevó a permanecer unos instantes mirando al suelo. Después, con mucha parsimonia, se irguió.

—Bienvenidos —saludó, en español, a la vez que mostraba una amplia sonrisa. Les señaló una mesa junto a una pared decorada con una foto mural de la Giralda de Sevilla.— Si Isabel o Nicomedes hubieran sabido árabe habrían entendido el porqué del nombre del restaurante.

Mientras tomaban un *tajine de poulet au citrón*, Nicomedes expuso la alternativa que le rondaba por la cabeza desde que Isabel le habló de la desaparición de Michael.

—También puede ser que los británicos le hayan cazado. —Antes de plantear la

posibilidad, miró a ambos lados de la mesa y giró la cabeza hacia atrás, para asegurarse de que nadie le podría oír, al margen de hablar con un tono de voz especialmente bajo.

—¿Cazado? —se extrañó Isabel—. ¿Dice arrestado?

—Sí, que lo hayan detenido y le hayan querido interrogar. Acuérdate de lo que hablamos en Cádiz en abril, de la señora que te hizo aquellas preguntas tan raras. ¿Lo recuerdas? En aquel momento tomamos la decisión de no hacer nada porque entendimos aquello como algo muy puntual, un hecho aislado, pero… no sé —dudó—, también pudieron observarle paseando con el perro. Igual no le advertimos del riesgo que acarreaba ser tan metódico. Todo son conjeturas —supuso, mientras se encogía de hombros y negaba con la cabeza.

Isabel se desasosegó y su faz manifestó un gesto de ansiedad. A Nicomedes no le pasó desapercibida la cara que mostraba su interlocutora.

—¿Sabes?, no te lo oculto, nunca se te ha ocultado, que tu estancia en Gibraltar entraña peligro. Y con lo que me cuentas, más todavía, pero no podemos prescindir de ti. Eres la única persona de la organización —a Isabel nunca le dijeron que el servicio para el que trabajaba se llamaba Seced— que tenemos allí y ahora; además, con el cierre de la frontera, es imposible pensar en una sustitución. Tienes que aguantar. España te pide ese esfuerzo. —El hombre se acercó a ella y la agarró suavemente de la mano durante unos instantes.

La mujer asintió a la vez que le vino a la memoria el momento en el que se enteró del accidente de Paco. En su funeral también le hablaron de los sacrificios que había que realizar por España.

Después de unos minutos en los que Nicomedes aprovechó el silencio para comer unas tajadas de pollo y ver cómo Isabel solo jugueteaba con el tenedor por encima del plato, incapaz de probar un solo bocado, volvió a hablar:

—De momento, sigue con lo que estás haciendo. Exactamente igual, con las postales. No sé de qué manera vamos a poder volver a darte una máquina de fotos y más postales. Por si acaso, espacia los envíos, no te vayas a quedar sin material. Un día recibirás una carta con un teléfono y una hora. Llama desde una cabina. No será de España, ya sabemos que las comunicaciones están cortadas. Será de otro país. Para facilitarte la labor, vendrán todos los números que tendrás que marcar y lo camuflaremos con unas claves muy sencillas.

—¿Con claves ? —Isabel no sabía qué quería decir. Nicomedes agarró una servilleta y escribió la secuencia de números del dial telefónico y debajo puso letras, al azar. Se la entregó a Isabel no sin antes copiarlo también en otra que se quedó él.

—Es muy simple, pero servirá. En vez de escribirte un número de teléfono, te diremos una secuencia de letras. No es descabellado que te intervengan las cartas, aunque nunca te las mandaremos desde España.

—¿Y adonde llamaré?

—No lo sé ahora. Ya te lo diremos. No te preocupes porque te atenderán en

español. Será a una de nuestras embajadas, eso si te lo puedo adelantar. ¿Te apetece algo de postre? —Nicomedes sabía que la conversación había sido muy intensa, demasiado—. No has probado nada. En Marruecos los dulces son exquisitos, quizá demasiado dulzones pero muy jugosos. Si te gusta la miel, no me digas más.

—No tengo apetito. Y si le hubieran detenido, ¿qué le harán? —Isabel se había quedado absorta pensando en el destino de Michael. En su vida había tenido dos amores y ambos habían desaparecido súbitamente, como un bello sueño al despertar.

Nicomedes no pronunció palabra alguna y prefirió abrir la boca para tomar un trozo de zanahoria, que ya se había quedado fría. La expresión de la mujer al interpretar su silencio le indicó claramente a Manrique qué tipo de relación habían mantenido ella y Michael en Gibraltar.

Cuando terminaron de comer —en el caso de Isabel, cuando se levantó de la mesa —, buscaron un teléfono público y Nicomedes, que tenía un buen nivel de francés, intentó poner una conferencia con Alcaracejos pero le advirtieron que tendría, mínimo, una demora de seis horas. Antes de despedirse, y después de haber notado que la mujer se encontraba cada vez más apenada, le informó:

—Le hemos puesto un giro a tu padre, lo recibirá en estos días.

Isabel agradeció con los ojos.

—Toma, en este sobre tienes pesetas pero sobre todo libras. Que no te falte de nada.

Después de guardarlo en su bolso, lo miró fijamente.

—¿Sabe si esto va a durar mucho?

—No lo sé, Isabel, no lo sé, puedes creerme. Yo no sé mucho más de lo que te estoy contando. A mí me pasa como a ti. Solo sé una parte de los planes. Es más, ni sé quién lo sabe en su totalidad. Y ni me importa —resolvió, con rotundidad.

Instantes antes de que parara el taxi en el que se subió la mujer, Nicomedes se quiso poner en su lugar:

—Sé que estás como loca por abrazar a tu hija. Ya verás como, gracias a tu esfuerzo, el día de mañana y cuando sea consciente de todo tu sacrificio, se sentirá muy orgullos a de ti.

Cuando el taxi se perdió por el *Boulevard Pasteur*, el capitán de fragata miró el reloj y calculó el tiempo que le quedaba para llegar a Ceuta en su coche antes de que saliera el barco para Algeciras.

Día 10 de septiembre

—¿Y seguro que es tan importante?

—Mucho, jefe. Muchísimo —aseguró Scotty.

—Mira que Cartagena está muy lejos de Málaga y son muchas horas de coche, que nosotros todavía no tenemos las carreteras de los europeos —aseveró Thomas,

siempre en su papel de ciudadano español.

—Si no fuera tan importante como pienso, no te haría venir.

—Está bien, el miércoles saldré muy temprano de Málaga. Llegaré a tu casa… cuando llegue.

Esa había sido la escueta conversación que había mantenido con el subagente inglés destacado en Cartagena el pasado lunes por la mañana. «¿Qué querrá ese pobre diablo?», se preguntó el inglés, con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

Después de un viaje agotador, aparcó el coche en las inmediaciones de la entrada al Arsenal, y caminó desde allí a la calle Honda, donde vivía Scotty, después de dar un pequeño rodeo. Como hacía siempre antes de entrar en el portal, batió con la vista el contorno y se aseguró de que nadie le había seguido. Prendió un *Winston* y subió los escalones que le llevaron al primer piso. Su reloj marcaba las doce y cuarto.

—¡Manolo, qué alegría me da verte! —El anfitrión no podía ocultar la satisfacción que le deparaba ver a Thomas. Se acercó y le dio un abrazo.

—Que te pague por las tonterías que me cuentas no te da derecho a sobarme. —Le apartó como buenamente pudo.

—Es que me alegra mucho verte. —Scotty era un hombre muy vehemente en sus gestos, y a Thomas le incomodaba tanto contacto.

—¿Puedo pasar?

—Por favor, perdona —se disculpó el escocés. Después de cerrar la puerta, le guio al salón.

En una esquina, al lado de la ventana, una mujer tejía un jersey de punto. Thomas se extrañó de verla allí y, más todavía, por lo que hacía, como si fuera la dueña de la casa.

—Buenos días —cumplió el inglés cortés mente, con una ligera inclinación de cabeza.

—Mira, os voy a presentar. Pepa, te presento a mi amigo Manolo. Manolo, esta es Pepa.

La mujer se incorporó para darle un par de besos.

—Scotty me ha hablado mucho de ti —correspondió la mujer, inclinando levemente el tronco, como si estuviera saludando a una persona muy importante.

—¿Ah sí?, ¿y qué te ha contado?

El anfitrión no dejó que Pepa respondiera.

—Manuel, ¿quieres tomar algo?

—¿Quién coño es esa mujer? —indagó Thomas, lleno de ira, tras cerrar las dos puertas que había tenido que abrir hasta llegar a la cocina.

—Es mi novia.

—¿Pero qué coño estás diciendo, Shaun?

—¿Shaun?, ¿ya no me llamas Scotty?

—No juegues conmigo, te estoy preguntando que quién coño es esa mujer. Además está embarazada.

—Muy observador —murmuró el escocés.

—No me tomes el pelo. —Thomas desconfió de la nueva inquilina que se había metido en casa de su subagente. Por sistema, maliciaba de las novedades.

—Te repito que es mi novia. Oye, el hecho de que me pagues no significa que te tenga que aguantar todo. Yo vivo con quien quiero.

Hasta que llegaron a las inmediaciones de Calpe prácticamente no cruzaron palabra alguna.

—¿Es en el mismo Calpe? —quiso concretar Thomas, que era quien conducía.

—Sí.

Las pocas respuestas de Scotty habían sido monosilábicas.

El *Ford Capri* giró en la desviación de la carretera nacional y enfiló un promontorio que le resultó al inglés altamente familiar. Mientras el coche llegaba al pueblo, el escocés se animó a hablar. Si la áspera discusión había quedado atrás hacía muchos kilómetros, la visión de la montaña que se adentraba en el mar le resultó a Thomas mucho más sorprendente que el recuerdo de la repentina, y para él sospechosa, novia de Scotty.

—Vine el domingo —comenzó a relatar—, después de hablar con dos legionarios en una discoteca de Benidorm. Me extrañó lo que me contaron y me pareció muy sospechoso. No entendía lo que me decían.

—¿Qué te decían exactamente esos soldados?

—Que subían y que bajaban. Y después se reían.

Thomas lo miró, mientras apartaba durante unos instantes los ojos de la carretera. Asintió, aunque tampoco sabía a qué se refería.

Eran las dos del mediodía cuando el hombre del MI6 estacionaba su coche en las inmediaciones del puerto pesquero.

—Vamos, por allí —indicó Scotty, con un movimiento del mentón.

Caminaron juntos, dejando las salinas a la izquierda, y lo que vieron le resulto a Thomas extremadamente inquietante. Por lo menos contó quince carpas caqui diseminadas por una explanada. A su lado estaban aparcados más de veinte camiones Barreiros del Ejército de Tierra y varios *AML H-60 Panhard*, uno de los vehículos más utilizados por la Legión. También pudo distinguir dos ambulancias y otros dos vehículos de gran tamaño que pertenecían a unidades de intendencia. Varios legionarios armados con un cetme montaban guardia en los alrededores.

—¿Y esto? —preguntó al escocés, con la sorpresa dibujada en su cara.

—Las maniobras. Ven, vamos a acercarnos al peñón.

—¿Cómo se llama esta roca? —Thomas nunca antes había visto la formación natural que tenía delante.

—El peñón de Ifach.

El gesto del inglés se había mudado adusto. Scotty no dijo nada.

Por los senderos que ascendían por la escarpada falda de la roca se podían distinguir con nitidez varias hileras de legionarios que hormigueaban bajo los

chillidos —por mucho que agudizó el oído no logró distinguir consigna alguna— de otros militares a los que supuso superiores jerárquicos.

—El domingo, cuando vine, tenías que haber visto a un teniente. El muy bestia se estaba ensañando con un soldado, un chaval joven, que parecía haberse desfallecido y al que bajaban entre dos compañeros. Lo tiró al suelo y le dio de patadas hasta que se cansó.

Thomas le había oído pero no le había escuchado.

—¡Vamos! —resolvió, al fin.

Mientras salían otra vez del pueblo de Calpe, Scotty preguntó, más que por él, por su estómago.

—Oye, ¿vamos a parar para comer?

—No, tú si quieres te vas a Cartagena, yo me tengo que quedar en Alicante.

—¿En Alicante?, y yo, ¿cómo voy a volver a Cartagena?

—En autobús, o haciendo dedo, o robas un coche, ¿a mí qué más me da? Yo me tengo que quedar en Alicante. Te dejaré en la estación de autobuses. No te preocupes que desde allí sabrás llegar a tu casa.

Después de que Scotty se bajara en la capital, Thomas continuó por la carretera de la costa, hacia el sur, hasta llegar al aeropuerto. Aparcó, guardó la pistola en la caja fuerte disimulada que tenía en el coche y cogió varios billetes, tanto de pesetas como de libras.

En la ventanilla de información le indicaron que había un vuelo que salía para Londres a las nueve de la noche, y que quedaban varios asientos libres, aunque todos de primera clase.

—Déme uno. Si es posible, de pasillo —detalló. Por deformación, siempre buscaba aquellas ubicaciones que tuvieran una rápida salida.

Con el billete en el bolsillo, se dirigió a una zona del aeropuerto donde había varias cabinas. Pidió una conferencia con Londres y se alegró de que solo hubiera una hora de demora.

Cuando escuchó la voz de uno de los secretarios de Rennie, le comunicó, tajante:

—Soy Best. Vuelvo a casa. Código Alfa. —Y colgó.

Día 11 de septiembre

En Londres el verano duraba poco más de un mes, si acaso, mes y medio, pero, entrado ya septiembre, se palpaba en la atmósfera y se contrastaba en el termómetro que el estío era un tiempo pretérito.

Como no había facturado equipaje, nada más llegar a Heathrow Thomas salió a la calle y paró al primer taxi que vio.

Media hora después, casi a las doce y cuarto de la noche, se identificaba en la *Century House* y se le permitió subir a la segunda planta donde le estaban esperando

con expectación. Un código Alfa requería prioridad en cualquier circunstancia y Rennie tenía que estar disponible en todo momento si uno de sus jefes de Sección se lo demandaba con esa contraseña.

Se dieron un apretón de manos y le invitó a que se sentara.

—¿De dónde vienes?

—De Alicante.

—¿De Alicante?, eso no es zona tuya, tú llegas hasta Murcia. —John Rennie tenía un conocimiento profundo de la geografía española, como de la mayoría de los países europeos.

—No sabía que poníamos fronteras a la búsqueda de información.

—¡Ya estamos!, ¿tú sabes lo que quieren decir las reglas ?

—Sé que cuando se persigue al enemigo, las reglas, como a veces la legalidad, tienen que archivarse en la papelera. —La manera de hablar de Thomas no admitía dudas sobre la gravedad de lo que tenía que contar.

—Dime —Rennie cortó, con sequedad.

—Señor, ¿usted sabe lo que es el peñón de Ifach?

—No, la verdad es que no. —Después de unos instantes dubitativos, manifestó su desconocimiento—. ¿Dónde está?

—Está en Alicante, al norte de la capital de la provincia. ¿Podrían facilitarle alguna información?

Lo miró y entendió lo que le estaba solicitando. —Espera.

Pulsó un timbre que tenía sobre su escritorio. Al momento, entró uno de sus ayudantes.

—Dos cosas, Anthony. Necesito que me digas qué sabemos aquí, en la *Century House*, del peñón de Ifach. ¿Lo he dicho bien? —preguntó, girándose hacia Thomas. Este le confirmó con un leve asentimiento—. Está en Alicante, España. Y té, tráenos té para los dos.

—¿Podría traernos también una información adicional? —preguntó, inesperadamente, el jefe de Sección.

—¿Qué más quieres que veamos? —Rennie levantó el mentón, casi provocador.

—De la Legión española. Una Unidad militar de combate.

—Sé lo que es la Legión —aclaró C, casi ofendido por la explicación innecesaria de Thomas—. Está bien, Anthony, díganos qué tenemos también de esos soldados, aunque no creo que puedas saber mucho más que nuestro amigo. Sus acuartelamientos están en tu zona de influencia. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca, señor, es por si quiere completar la información que le voy a facilitar.

Rennie no respondió a la vanidosa aclaración de Thomas y miró a su secretario apremiándole con la vista para que regresara pronto con lo solicitado.

—¿Has cenado?

—En el avión de Iberia me dieron algo. Lo suficiente.

Mientras les traían lo demandado sobre el peñón de Ifach, degustaban el té con distintos niveles de tranquilidad. Rennie, que hacía tiempo ojeando unos documentos, lo miró y quiso adoptar con su jefe de Sección una actitud paternal.

—Tranquilo, Thomas. En este trabajo hay que tener mucha paciencia.

—Gracias señor —fue la respuesta que le dio, casi más ofensiva que si le hubiera proferido un insulto.

Habían acabado los dos de beber el té cuando Anthony entró con una carpeta de cartón que entregó a su jefe.

—Señor, aquí está todo lo que tenemos en Londres sobre las dos cuestiones que me pidió.

Después de que se marchara su ayudante, Rennie lo abrió y lo primero que se encontró fue con tres fotografías. Thomas notó cómo le había afectado a C ver el peñón de Ifach. Después de volver a observar detenidamente las tres instantáneas, el máximo responsable del MI6 miró a su interlocutor.

—¡Dios mío!

—Por eso me he permitido molestarle en su despacho a estas horas, señor.

—Has hecho muy bien, Vamos, cuéntame todo lo que has visto.

Mientras Thomas Best le relataba las evoluciones de los legionarios por los empinados caminos que ascendían a la cima del peñón de Ifach, Rennie seguía mirando alternativamente las tres fotos. Se valió de una lupa para escrutarlas en detalle.

El peñón de Ifach es un promontorio que s e adentra en el mar un kilómetro y medio, unido a tierra por un tómbolo ligeramente escarpado. Según leía en una nota que incluía el informe, su altura sobre el nivel del mar alcanzaba los trescientos veintiocho metros. En función del ángulo con el que estuvieran tomadas las fotos, el parecido con Gibraltar era asombroso. No conocía dos formaciones rocosas tan similares en todo el mundo, y solo separadas entre sí varios cientos de kilómetros.

—¿Cuánto mide el punto más alto de Gibraltar?

—Supera por muy poco los cuatrocientos metros, no sé, cuatrocientos quince o cuatrocientos veinte —calculó el jefe de Sección.

Plantó con rabia las fotografías encima de su escritorio y miró fijamente a Thomas.

—Están ensayando la toma de Gibraltar.

—Yo también he pensado eso. —Por fin parecía que Rennie había extraído la misma deducción que él.

Día 12 de septiembre

La noche anterior, y delante de Thomas, John Rennie llamó a su jefe, el secretario del *Foreign Office*, para informarle de una novedad que calificó como de especial

trascendencia.

El ministro de Asuntos Exteriores los recibió en su despacho. Después de escuchar atentamente las explicaciones del director del MI6, se interesó por los soldados que realizaban las maniobras.

—¿Quiénes son esos legionarios?

—Thomas, por favor. —Rennie invitó a hablar a su jefe de Sección.

—Es una Unidad fundada en el año 1920 por el rey Alfonso XIII, el abuelo del que acaba de nombrar Franco sucesor. —Best era un profundo conocedor de los últimos cien años de la historia de España—. Se creó para defender las plazas españolas en África. Hoy solo tiene acuartelamientos en Ceuta, Melilla y Sahara. Está formada por Tercios y estos a su vez por Banderas. La mayoría son soldados profesionales, aunque hay alguno de reemplazo. Están muy bien entrenados, son duros, agresivos y están muy motivados. En sus himnos siempre están hablando de la muerte. —De hecho, a Thomas le sorprendía que una Unidad militar saliera en procesión en Semana Santa. El inglés recordaba haberlos visto pasar desde el balcón de su casa en la calle Carretería, los Jueves Santos, acompañando al llamado Cristo de la Buena Muerte, y se sobrecogía al comprobar el fervor popular con que eran acogidos.

Terminó su breve exposición ratificándose:

—Sí, señor, gente muy motivada. No me gustaría tenerlos enfrente.

—Pues está claro que los tenemos enfrente, y mucho más cerca de lo que nos podíamos imaginar —sentenció el ministro.

—Con esta información podemos reunir todas las piezas que teníamos sueltas —razonó Rennie.

—Cierto, aunque esta parece la más evidente de todas —opinó el secretario del *Foreign Office*.

El ministro pensó en lo que le habían ido trasladando acerca de las maniobras de los dos submarinos en la isla de Alborán, del aumento de los vuelos desde Torrejón de Ardoz, del espía español en Gibraltar que fotografiaba la colonia —del interrogatorio al que lo sometieron en julio no pudieron averiguar mucho más—, y ahora esto. Era la famosa gota que colma el vas o.

—Tenemos que hablar con el primer ministro —concluyó Stewart.

—Lo que usted diga —corroboró Rennie, mientras Thomas permaneció callado.

La decisión de levantar las barreras de maderas y alambres con púas entre los barrios católicos y protestantes de Belfast, y sustituirlas por líneas de soldados británicos tomada el pasado día diez había reducido, aún más, las horas de sueño de Harold Wilson.

Cuando recibió en *Downing Streetl* a los tres hombres, parecía que llevaba varios días sin dormir. Las ojeras las tenía cada vez más marcadas y los cinco años de gobierno le estaban pesando como una roca sobre su carácter estoico e insensible.

El premier escuchó atentamente las explicaciones de Rennie, mientras que el

ministro de Asuntos Exteriores y el jefe de Sección del MI6 observaban la exposición del director del seis.

—Las intenciones del gobierno de Franco están claras —remarcó Wilson—. Esta última que me cuentan es una prueba irrebatible, pero, unida a las otras que me han detallado, da como resultado una certeza. Pero eso no va a pasar antes del día uno de octubre.

—Perdón, primer ministro —ahora era Stewart el que hablaba—, ¿cómo puede estarían seguro?

—Yo no tengo la seguridad de nada, pero entra dentro de toda lógica que esperen a que se cumpla el plazo marcado por la ONU en la maldita resolución de diciembre pasado. Aguantarán hasta ese día esperando a que yo envíe un comunicado en el que informe que he dado la orden de devolver Gibraltar y servírselo en bandeja de plata, cosa que, evidentemente, no voy a hacer.

Los tres invitados permanecieron en silencio sin atreverse a contradecir al premier. —

Franco no es tonto, ni mucho menos. Es más, creo que es uno de los políticos más listos que hay en Europa. Ha sabido bailar con todos, con los nazis, con nosotros, con los marroquíes, con los americanos… ellos han pasado, pero él sigue. No —se ratificaba Wilson—, hasta el uno de octubre a media noche no harán nada. Y después, después dependerá de nosotros, de lo que hayamos sido capaces de hacer en este tiempo.

Miró el calendario que había encima de su mesa y señaló con el dedo.

—Quedan diecinueve días. Tienen ustedes diecinueve días para evitar una guerra. Espero que lo consigan, porque si una sola bala española roza a un ciudadano gibraltareño o a un soldado británico caerá todo el peso de nuestras fuerzas armadas sobre las suyas, de eso sí que puedo estar seguro.

—No aguantarían nada —presumió el ministro.

—Ya sé que no aguantarían nada, pero la misión de los políticos es trabajar para la paz Preferimos entendemos con la palabra que con el fuego. Ya les digo, diecinueve días. A ver qué hacen con tantas horas por delante. No siempre contamos con plazos tan largos para poder reaccionar.

Rennie miró a su jefe y este asintió. Thomas, en cambio, prefirió mantenerse impasible.

—Ahora, con su permiso, voy a ver si me reciben en *Buckingham*. No sé cómo tiene la agenda Su Majestad. Habrá que informarle. ¿No les parece?

Día 13 de septiembre

El Consejo de Ministros había resultado extenuante. Comenzó el día anterior, viernes, como siempre, y se había prolongado hasta el sábado. Eso no era ni mucho

menos lo normal Lo habitual era que comenzaran los viernes por la mañana y que terminaran por la tarde, pero no que duraran dos días. Habían sido once horas de reunión que acabaron agotando los cuerpos y saturando los cerebros.

Esa sensación de cansancio se había incrementado porque el Consejo no se había celebrado en El Pardo. El Generalísimo todavía continuaba con sus vacaciones estivales y había pasado a fijar su residencia, temporalmente, en el donostiarra palacio de Ayete, adonde había llegado el pasado martes después de efectuar una travesía en el Azor desde Galicia.

San Sebastián se encontraba sitiada por las fuerzas de seguridad del Estado que habían montado sobre la ciudad vasca un importante dispositivo policial, destacando a varios miles de efectivos, tanto de la Guardia Civil como de la Policía Armada y del Cuerpo Superior de Policía.

José Caballero había llegado al hotel María Cristina en el coche cama del tren expreso procedente de Madrid. Después de instalarse en su habitación, salió a caminar por el paseo marítimo de la playa de la Concha, a estirar las piernas y a aclarar la mente. Había quedado en verse con Carrero después de comer, y esperaba ansioso la reunión ya que el vicepresidente tenía que confirmarle la fecha definitiva de la Operación Mirón. No podía imaginar que la espera le fuera a tensar tanto. Llevaba así desde el mes de enero y los pasados habían sido los meses más largos de su vida.

Regresó a almorzar al hotel y allí uno de sus colaboradores le confirmó que el almirante le recibiría en el edificio del Gobierno Militar a las cinco de la tarde.

Después de una pequeña siesta, y por supuesto vestido de paisano, José Caballero tomó un taxi para dirigirse al lugar de la cita. En el trayecto pudo constatar la gran cantidad de vehículos policiales, la mayoría Jeep grises que llevaban protegidos los cristales con una rejilla metálica. Se esparcían por cada esquina. Nunca había visto nada igual.

En la puerta le esperaba Luis Acevedo, el secretario de Luis Carrero Blanco.

—Buenas tardes, don José.

Después de corresponder al saludo, los dos se adentraron en el edificio hasta llegar a un pasillo, en cuya segunda puerta le recibió un rostro familiar.

—Caballero, me alegro de verle. —La cara del almirante reflejaba el cansancio de los dos días de reunión.

—Veo que ha sido un Consejo de Ministros muy largo.

—Largo y duro. Eso sí, provechoso. Hemos preparado la Ley Sindical y la Ley General de Educación, al margen de otras disposiciones. Ahora tienen que aprobarse en las Cortes, pero nuestros deberes ya están hechos.

—Me alegro. Al final, lo que queda son los frutos.

—Ya lo creo, aunque no sé si esa frase la dice usted por otra cosa.

—También, almirante, también.

—Normal. Siéntese, por favor.

Ambos sacaron un cigarrillo de sus paquetes y José Caballero se adelantó para ofrecer fuego al vicepresidente.

—Ya tenemos fecha para nuestra operación. Bueno, la que me propuso. Su Excelencia ha dado su beneplácito.

El general de brigada asintió, mostrando la satisfacción en su cara.

—Tenemos que esperar hasta la fecha que se marca en la resolución de la ONU y al Generalísimo le parece bien el día que usted señaló.

—No sabe cuánto me alegra que nuestro primer soldado apruebe la fecha. Me imagino que del resto de detalles estará al corriente.

—Por supuesto. Nos hemos visto después de la reunión del gabinete, ¡hay que ver la vitalidad que tiene este hombre! —con ese comentario, Carrero se quiso engañar así mismo, queriendo alardear, en vano, de la salud de Franco—, y le he actualizado toda la información. También han asistido los tres ministros militares.

José Caballero pensó que había faltado él.

—Por cierto, estoy siguiendo la evolución de la enfermedad del jefe del Alto Estado Mayor. Solo sé lo que dicen los periódicos. ¿Hay alguna novedad?

—Todos estamos preocupados por la salud del general Muñoz Grandes —respondió Carrero—, la primera espada española contra el comunismo. Espero que Dios sea compasivo con alguien que ha dado todo por nuestra Patria.

—Yo también lo espero.

—Bueno, respecto a Mirón, hay una pequeña novedad. He decidido asignarle un colaborador.

La extrañeza se adueñó del rostro de José Caballero.

—¿Me podría explicar eso? —En el momento de formularla, el general de brigada se dio cuenta de lo improcedente que podía sonar en los oídos de un superior una cuestión así planteada.

—Claro. La labor que está usted haciendo es encomiable, eso desde luego, y por ello, tanto Su Excelencia como yo hemos decidido que sería bueno que tuviera un colaborador, una especie de consejero. Alguien que le será muy útil en todo momento, sobre todo en los más decisivos. Se llama Alvaro Bernal, es capitán de navío y en estos momentos se encuentra en El Fenol del Caudillo. —A Carrero le gustaba decir siempre el nombre oficial de la población coruñesa.

Caballero se había quedado sin saber qué decir. Eran unas instrucciones bastante claras que le estaba dando un superior, por tanto, se trataba de una orden. Nada que objetar. Aun así, emprendió una resistencia.

—Almirante, con todos mis respetos…

—Ya está, Caballero. ¿Alguna cosa más ?

La respuesta le había domeñado.

—Le he dado orden de que se presente en su despacho el próximo martes día dieciséis. Por la mañana —especificó, severo.

Cuando se despidieron, y aunque los dos estaban vestidos de paisano, Caballero

pegó un taconazo como nunca antes había dado al vicepresidente del Gobierno. Era su peculiar manera de mostrar su repulsa por la decisión que le había anunciado.

Este lo vio marchar por el pasillo que lo había conducido a su ocasional despacho y recordó las ultimas palabras que cruzó con Alvaro Bernal cuando lo despidió en Presidencia, el pasado miércoles: «Que nunca se le olvide que mis órdenes siempre estarán por encima de las de cualquier otra persona», le precisó, para eliminarle cualquier duda que pudiera suscitársele al capitán de navío.

A Caballero no le iba a transmitir problemas, pero lo de Michael le había dejado consternado y un tanto desorientado. Hacía dos días le había llamado Nicomedes para contarle la misteriosa desaparición del hombre del Seced en Gibraltar. Le relató con todo detalle la reunión que mantuvo con Isabel Vio que en Tánger y las conclusiones que había extraído. Para Manrique, Michael había sido detenido por los ingleses. Carrero no comulgaba completamente con la idea y todavía albergaba la duda de que hubiera desertado. En cualquier caso, ambos entendieron que lo más lógico era continuar con el plan y dejar que Isabel siguiera enviando información sobre el número de buques y de aviones que se encontraban en la colonia así como de cualquier novedad que entendiera destacable.

Realmente, la labor de Michael Murray había perdido una parte importante de la esencia con que nació. Al margen de tener alguien dentro del territorio enemigo, algo siempre útil, la razón por la que lo mandaron a Gibraltar fue para completar las descripciones de la colonia y de las instalaciones militares, así como la localización de las entradas al interior de la roca. En las primeras semanas envió una información muy útil, y el material fotográfico que pudo obtener le sirvió a Caballero para perfeccionar su operación militar. Pero desde el mes de julio, casi desde el cierre de la frontera, la información que se suministraba adolecía de interés ya que el peñón estaba suficientemente retratado y se conocían con el máximo detalle posible cuáles eran los accesos a su interior.

«¿Dónde podrá estar este hombre?», se preguntó Carrero, pensando en Michael, mientras aspiraba una buena bocanada de humo de su cigarrillo.

15 de septiembre

John Rennie había visitado Madrid en varias ocasiones, pero nunca había llegado a dormir en la ciudad; siempre habían sido visitas de horas. Desde Londres le habían reservado una habitación en el hotel Palace, situado a muy pocos metros de la fuente de Neptuno, una de las más importantes de la ciudad.

Después de tomar un buen desayuno, Rennie tomó un taxi e indicó una dirección en un es pañol bastante aceptable:

—Lléveme a la calle Genova esquina con Zurbano. —Por seguridad, nunca decía el lugar exacto al que se dirigía sino uno próximo.

Durante el corto trayecto, el director del MI6 aprovechó para recrearse en las vistas mientras el coche circulaba por el paseo del Prado y Recoletos hasta llegar a la plaza de Colón. El taxi trazó la rotonda, y dejó la estatua del descubridor en el centro. Después enfiló la empinada calle Génova. Paró en la segunda bocacalle y el taxista subió la bandera.

Caminó muy pocos metros, ya que en la calle Fernando el Santo esquina con Monte Esquinza se encontraba su destino real: la embajada británica en Madrid.

El embajador le habilitó uno de los despachos del primer piso para convertirlo en cuartel general del operativo que tenía previsto montar. Lo primero que hizo cuando salió de *Downing Streetl* fue averiguar cuántos de sus agentes hablaban español con suficiente fluidez. Con la lista de los perfiles de todos los efectivos que cumplían dicho parámetro y que no estaban destinados en España, eliminó a los que se encontraban realizando alguna labor muy concreta y de difícil sustitución, y se quedó con un grupo de veintiséis, la mayoría distribuidos en países de América Latina. Ese sería el refuerzo que recibiría para cubrir todo el territorio enemigo. Después los citó en Madrid entre el martes dieciséis y el jueves dieciocho. A cada uno le iba a asignar una zona geográfica específica y su misión iba a ser tan sencilla como crucial, informar de los movimientos de tropas o de armamento que pudieran detectar en apoyo de la infraestructura que ya de por sí tenía el SIS instalada en la Península. Después, nombró un coordinador, también un hombre del MI6 en Madrid, para que centralizara los informes que enviarían cada uno de los agentes. Rennie recibiría desde Londres una llamada cada seis horas con el resumen porque el premier había exigido información continua.

—Señor, la visita que había anticipado acaba de llegar —le informó una voz femenina a través del intercomunicador que había instalado en ese despacho volandero.

Instantes después, Thomas Best, con un rostro que reflejaba el cansancio acumulado, se presentaba ante su jefe.

—Thomas, ¿qué te pasa?, te veo con mala cara.

—Ya sabemos cómo son las carreteras españolas, señor —se limitó a responder

Efectivamente, el sábado trece había tomado un vuelo que lo dejó otra vez en Alicante, donde pasó parte del domingo catorce. Por la tarde emprendió el viaje a Madrid que le resultó eterno.

Rennie le contó sus planes.

—A lo largo de los próximos dos días me voy a entrevistar con muchas personas, agentes nuestros que voy a repartir por toda España, fundamentalmente donde hay destacamentos militares de importancia. Tengo el censo de todos y no hay un lugar donde se mueva un soldado que no controlemos. Thomas, está claro que nuestro papel es trabajar en la paz por si se nos presenta la ocasión de tener que defender a nuestro país en la guerra. —Al jefe de Sección no le gustó la moralina, pero prefirió callar.

—Señor, ¿qué quiere que haga yo?

—En Gibraltar había dos espías españoles. Uno de ellos ya ha dejado de ser un peligro, pero el otro sigue activo e informando, no sé muy bien de qué, todo sea dicho. Ahí hay mucho que trabajar. Podemos optar por varias opciones. Una de ellas sería detenerla también e impedir que el enemigo sepa cuáles son nuestros movimientos. Pero hay más. ¿No te parece?

—A mí también me parece que podemos hacer más cosas.

—¡Bien!, veo que nos entendemos.

Miró la hora y comprobó que eran las doce y media.

—Thomas, aquí en España se come muy tarde, pero si estamos en el restaurante a las dos, seguro que nos servirán. Me han hablado de que en la Cava Baja, una calle próxima a la plaza Mayor, hay varios restaurantes típicos. ¿Qué te parece?

—Encantado, señor, pero he venido en coche, y Málaga está muy lejos de Madrid. —«Y Trini también», pensó.

—Por supuesto. Comemos, hablamos y te marchas, que sí, ya sé que tienes muchos kilómetros por delante.

Día 17 de septiembre

Se sentía incómodo. No por acudir a una cita sino por ser el anfitrión, la persona que había buscado el lugar y había convocado el encuentro. ¿Quién era él para tomar una iniciativa de esa magnitud? Se justificaba en la respuesta positiva de sus otros dos compañeros por lo que el sentimiento de culpabilidad parecía bajar de nivel. Ellos hacían que él se sintiera menos conspirador.

Si la reunión que mantuvieron en el mes de abril, en el mismo escenario, tuvo un tinte de encuentro, de búsqueda de una salida a la situación que Franco les planteaba por boca de Carrero, la de ahora era totalmente distinta, radicalmente diferente. En ese momento lo que iban a hacer era diseñar un plan para matar a alguien. Y él se sentía cabecilla, líder de un grupo insurgente que quiere, nada más y nada menos, romper la cadena de mando y no solo revolverse contra la orden de un superior sino matar a otro militar, en definitiva, a un compañero.

—No, gracias, no quiero alcohol.

—¿Y eso?, ¿no quieres echarle unas gotitas de ginebra a la Coca-Cola?

El último en llegar se sentó en el sofá, en el mismo lugar donde se acomodó cuando la chimenea les ofrecía su callada y cómplice compañía, a finales del mes de abril.

—No, solo tomaré un refresco.

—¿Qué te pasa? —se interesó el tercero—, parece que te ha comido la lengua un gato.

—Me pasa lo que me imagino que también te pasa a ti, aunque lo exteriorizas de

otra manera. Es la primera vez que me reúno con fines como estos, y eso me pasa, que nunca antes me he juntado con alguien para planear matar a un general de brigada. Bueno, ni a un general ni a nadie.

—Pero en la Cruzada mataste a gente —le repusieron—, no sé a cuento de qué viene ponerse tan trascendental. Aquello fue un acto de salvación de la patria y esto también lo es.

—No, no te confundas, esto es un golpe de Estado, que es diferente.

—No, eso no es así —terció el anfitrión—, aquí no nos hemos planteado nunca sustituir el mando ni del Generalísimo ni de nuestro vicepresidente.

—Me da igual, estamos hablando de matar a un militar solo por el hecho de que ha recibido una orden que no nos gusta, una orden que no compartimos. ¿Y?, ¿es que siempre hemos ejecutado órdenes con las que estábamos de acuerdo?

—No te falta razón, sabes que nunca te la he quitado porque tus intervenciones en las sesiones del Consejo son escogidas y siempre atinadas. No, no seré yo quien te la quite. Pero la razón por la que nos hemos juntado aquí otra vez ha sido para darle forma a un plan que surgió en este mismo salón y con el cual, en su momento, todos estuvimos de acuerdo.

Parecía que la discusión se había polarizado entre los dos militares, manteniéndose el tercero en una situación de incertidumbre que sabía que tenía que cortar.

—Creo que es bueno que hagamos una recapitulación. ¿No os parece? —Dado que ninguno de los otros dos ministros dijo nada, continuó con sus palabras—. La situación es muy grave, lo sabemos los tres quizá mejor que nadie porque somos los responsables de las armas de nuestra patria. Franco se nos está haciendo viejo. Desgraciadamente los años no solo están haciendo mella en su cuerpo sino que también pueden estar menoscabando su capacidad de estadista.

Dio un sorbo del gin-tonic que se había servido y prosiguió con el resumen que estaba realizando. Se dio cuenta de que ninguno de los otros dos ministros lo miraba. El uno, el que estaba poniendo más objeciones, contemplaba absorto la chimenea apagada, como si todavía estuviera embelesado viendo quemarse unos leños que habían dejado de arder hacía meses. El otro no levantaba la vista del cigarrillo que sostenían sus dedos.

—Por ello, creo que la decisión de nuestro Caudillo está mediatizada. Que no es la que habría tomado si sus facultades mentales se mantuvieran intactas.

—¿Estás queriendo decir que Su Excelencia está chocho?

—Está queriendo decir que Su Excelencia no ha medido las consecuencias. Esa es la realidad, que si invadimos Gibraltar nos vamos a encontrar con que en horas vamos a tener encima no ya a todas las Fuerzas Armadas británicas sino a la NATO entera.

—¡Sabes que eso no es así!

—¿Qué coño sabes tú? —preguntó, frenético—. ¿Hay precedentes? Repito, ¿hay precedentes?

Nadie le respondió.

Apuró el vaso y se levantó parsimonioso. Encaminó sus pasos hacia la puerta de la calle y, mientras abría el tirador, se volvió y los miró alternativamente.

—Nos veremos en El Pardo, en el próximo Consejo de Ministros. Por mi parte, nunca he estado aquí, nunca he hablado con vosotros sobre esto y nunca se me ha pasado por la cabeza desobedecer ciegamente una orden.

Los otros dos ministros se habían puesto de pie.

—Solo le pido a Dios que nos coja a todos confesados. Buenas noches.

A la una menos cuarto de la madrugada arrancaba el primero de los tres coches que permanecían aparcados junto al porche del chalé. Diez minutos después lo hacían los otros dos.

Caballero volvía a estar de suerte. Los tres ministros militares habían demostrado ser buenos soldados. Y un soldado siempre obedece las órdenes de su jefe, aunque no esté de acuerdo con ellas.

Día 19 de septiembre

Isabel sabía muy bien el significado del día uno de octubre. Ella era una mujer muy bien informada porque, entre otras cosas, no tenía mucho más que hacer en Gibraltar. En la tienda entraba muy poca gente y no le daba ni para entretenerse. Allí siempre tenía encendido un transistor y escuchaba a todas horas Radio Gibraltar. Los días se le hacían cada vez más largos a pesar de que, por la acción del calendario, cada vez anochecía antes. «¡Cómo se van notando los días!», pensó, mientras miraba a través de los cristales de la ventana del salón. Y, con el sol, también se desvanecía la poca alegría que le quedaba. Las noches eran eternas y después de cenar no encontraba mejor distracción que leer en la cama y acordarse de Michael con la extraña sensación de no saber muy bien qué concepto tener de él. En ocasiones lo trataba en su memoria como a un canalla, en otras como a un héroe, pero siempre como el hombre que le había hecho renacer la ilusión por una relación. El día que enterró a Paco pensó que jamás volvería a enamorarse, pero el tiempo le había de enseñar el nacimiento de una esperanza, una ilusión, de nuevo truncada.

Aquella noche de viernes, y nada más colocar el marcapáginas en el libro que estaba leyendo —las dramáticas *Cinco horas con Mario*, de Delibes—, apagó la luz, se acurrucó en la cama y buscó a tientas la reconfortante compañía de la medalla de su Virgen de la Guía, de quien era devota desde que se la regalaron, el día de su primera comunión.

Pero aquella vez no le sirvió de bálsamo contra su pesadumbre. Sin entender la razón, se perdió en un llanto continuo que parecía no tener fin. Al rato, sus pies la llevaron al primer cajón de su armario y lo abrió mientras se sentaba en el borde de la cama. Paseó sus dedos por las prendas íntimas que había comprado en una tienda de

lencería de *Main Street*, cercana a la catedral de Santa María, y que se ponía, con pudor al principio y cierta impudicia después, para alegrar la cara y el cuerpo de un Michael que no paraba de agasajarla con detalles y que la hacía sentirse el centro de su vida. «¿Por qué me tendré que encontrar tan sola otra vez, Virgen mía? —se preguntaba una y otra vez—, ¿será ese mi destino?»

La mañana arrancó con el tedio habitual. Desayunó casi nada, como siempre, y bajó a abrir la tienda.

Cuando, sobre las doce de la mañana, salió a la calle a franquear una carta —el último envío había sido el martes dieciséis—, pensó que su intuición le dictaba que no le quedaba mucho tiempo en Gibraltar. La fecha del día uno iba a suponer una inflexión, de eso no cabía duda alguna, y para eso bastaba ver el incremento de la presencia militar que había experimentado la colonia. Evidentemente que una de las posibilidades que se podían presentar era que las Fuerzas Armadas españolas invadieran el Peñón. Esa era una contingencia que estaba flotando en el ambiente de los gibraltareños y que en alguna ocasión había leído en los periódicos locales o escuchado en la radio. Con la información que suministraba ayudaba a que, desde algún sitio, se tuviera conocimiento del número de efectivos británicos. Se preguntó qué sucedería con ella si empezaban a caer bombas españolas sobre la colonia. A esos efectos, ella sería como una ciudadana británica más. De hecho, esa era su situación administrativa, al estar casada con un británico.

Al salir de Correos, un hombre se acercó a ella y le preguntó, en inglés:

—Perdone, ¿lleva usted mucha prisa?

—Sí, he dejado mi tienda sola y tengo que volver —fue la respuesta que dio Isabel, también en el mismo idioma.

—Precisamente de ello le quería hablar.

Extrañada por la apreciación del desconocido, clavó los pies en el suelo e inquirió con brusquedad.

—¿Qué quiere decir?

—Perdón, me quiero presentar. Mi nombre es Andy Savage, y nací en Cardiff, Gales. ¿Lo conoce usted?

A Isabel no le gustaba aquella conversación. No conocía de nada al rubio que la acababa de abordar por la calle y no quería hablar con él.

—No, no lo conozco, pero de verdad que llevo prisa.

—Es que he visto que usted tiene una filatelia, en la *King's Yard Line*.

—¿Cómo lo sabe? —Porque ayer pasé por la puerta y la vi dentro. Verá, es que un sobrino mío ha heredado el negocio tras la muerte de mi hermano, su padre, y va a venir dentro de unos días a visitarme. Yo trabajo en Gibraltar en un hotel, en *Catalán Bay*.

—De verdad, ahora no puedo atenderle. Buenos días.

A Isabel no le interesaba nada lo que le contaba esa persona, por lo que continuó andando sin pararse de nuevo.

El hombre la vio marchar y lamentó el mal resultado que había tenido el primer encuentro con su objetivo.

«No te quejes, que podía haber sido peor», pensó el hombre del MI6 mientras se recreaba en la estrecha cintura, en el culo respingón que adivinaba bajo la falda blanca de popelín y en el baile de los cabellos al andar. «¡Qué ojos, Thomas!, ¿habías visto alguna vez unos ojos verdes tan impresionantes como los de esta mujer?», se preguntó sabiendo muy bien cuál era la respuesta.

Día 22 de septiembre

—Caballero, ¿de cuántos efectivos de la Legión dispondremos?

—Mire, Berna!, preferiría que cuando se dirija a mí, me llame «mi general». ¿No le parece que resulta un tratamiento más adecuado?

Era el primer despacho que mantenían los dos militares y las maneras de José Caballero no podían ser más cortantes y distantes con el capitán de navío que le había colocado el vicepresidente del Gobierno. Lo veía como una especie de soplón, un hombre que tenía que estar pegado a él durante todo el tiempo, preguntando a todas horas y mostrándose como un espectador demasiado próximo y, por lo tanto, excesivamente incómodo.

—Sí, le preguntaba, mi general, que de cuántos legionarios vamos a poder disponer.

—Menéndez Tolosa y yo estamos de acuerdo que con tres banderas será suficiente. Estamos hablando de casi mil novecientos efectivos, solo de ese cuerpo. Tenga en cuenta que vamos a jugar con el factor sorpresa, por tanto, el tiempo va a correr a nuestro favor.

—Permítame que le diga que el factor sorpresa no creo que sea tal. —Alvaro Bernal expuso su teoría ante un José Caballero que no tenía ninguna gana de escucharla—. Los británicos saben de la importancia de la fecha del uno de octubre y no sería disparatado que estuvieran en la creencia de que ese día nuestro ejército llevara a cabo una acción militar sobre el Peñón.

—Eso es una tontería. Llevamos este operativo en el más absoluto secreto. Con usted solo lo sabemos siete personas. Usted es el único que conoce de su existencia que no pertenece al generalato. No sé por qué nuestro vicepresidente del Gobierno le ha metido en esta operación. No —se reafirmaba, alterado ante los comentarios de Bernal—, los ingleses no saben nada de esto y les vamos a pillar dormidos. Al amanecer del día señalado el cielo se llenará de reactores y la atmósfera de bombas.

—¿Y qué día será ese? —preguntó el capitán de navío.

—¿No se lo ha dicho el almirante?

—Pues no, ni le pregunté ni me dijo.

Caballero sonrió. Parecía que el marino no tenía todas las cartas en su mano.

—Ya lo sabrá, en su momento. Como todos.

Día 23 de septiembre

Salvo en los despachos de los jueves por la tarde y los Consejos de Ministros de los viernes, no era habitual que Franco y Carrero se reunieran, pero Su Excelencia había interpretado la ocasión como de la máxima importancia. Los periódicos habían recibido una noticia que consideraban tan relevante que la habían reseñado en las primeras páginas: Inglaterra había anunciado ante la Asamblea General de la ONU que el primero de octubre no se marcharía de Gibraltar.

De nada habían servido las dádivas que concedía el Gobierno español al pueblo gibraltareño, las cuales se resumían en aceptar la libertad religiosa de todos sus habitantes, respetar su nacionalidad británica —los llanitos tendrían la doble nacionalidad—, la garantía de su residencia y del libre ejercicio de sus actividades mercantiles. Por otro lado, a Gran Bretaña se le permitiría mantener una base militar. A Franco le parecían unas atenciones excesivas para un gobierno que se obstinaba en mantener en suelo español la única colonia europea. De nuevo, se había pisoteado el Tratado de Utrecht.

La noticia era nueva para los españoles pero no lo había sido para Carrero, ya que el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, le había telefoneado desde el palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio, comunicándole las informaciones llegadas des de Nueva York.

—Carrero —le dijo Franco—, esto da cuerpo a lo que llevamos preparando desde principios de año.

—Está claro, Excelencia, que no nos dejan otra alternativa que defendernos. —Como siempre, el cántabro corroboraba las palabras del jefe del Estado.

—Hay veces que la historia nos pide un sacrificio y esta es una de ellas. Dios y España demandan nuestra presencia en el campo de batalla.

Franco le había recibido en su despacho oficial, situado justo sobre la puerta de entrada al palacio de El Pardo. Tenía la mes a atiborrada de papeles y el almirante pensó que serían los efectos del verano pero, desde hacía algún tiempo, observaba en el presidente del Gobierno una cierta dejación en sus funciones.

—Excelencia, ¿está el príncipe de España informado de la Operación Mirón?

—Él ya tiene bastante con ir enterándose de los entresijos del pesado deber de gobernar un país, además, esto es algo que le quiero dejar hecho, no quiero que arranque, el día que Dios me llame a su lado, con la carga adicional que supone tener que completar la unidad de España.

—Con todos mis respetos, Excelencia, creo que don Juan Carlos tendría que saber qué va a pasar. Su apoyo a la acción sería inequívoco, de eso estoy seguro —supuso, por su cuenta, el vicepresidente del Gobierno.

—Seguro que sí. —Franco le dio la razón pero dudaba de que el príncipe fuera a mostrarse tan predispuesto al proyecto como creía el almirante.

—Y¿qué día considera vuecencia el más adecuado para comunicárselo al Consejo de Ministros?

—No ahora, Carrero, no ahora. Vamos a esperar unos días. Desde luego, este viernes no. Será la primera reunión ministerial que celebramos en El Pardo desde el mes de julio y no quiero que lo sepan con tanta anticipación. Sé que todos son de fiar, pero cuantas menos personas conozcan la Operación Mirón, mayores posibilidades tendremos de que esta sea eficaz

—Ya que ha tocado el tema, Excelencia —Carrero vio que el discurrir de la conversación le había llevado a uno de los puntos que quería tratar con el Generalísimo—, creo que a nuestro gabinete, ya se lo he dicho en ocasiones precedentes, le vendría muy bien el relevo de algunos de sus miembros.

—Me lo ha expuesto, sí, ya me lo ha dicho otras veces —comentó Franco, como si las palabras de su vicepresidente del Gobierno le sonaran a música ya oída, al argumento de un libro leído y nada original.

—Hay algunos ministerios sobre los que tenemos que hacer ajustes, como por ejemplo el de Información y Turismo. Tenemos las librerías llenas de libros pornográficos carentes de valores para nuestros jóvenes, o el propio Ministerio de Asuntos Exteriores. Mucho discurso cargado de verborrea ante las Cortes, mucho Libro Rojo —nombre que recibía un compendio de documentos preparados por el Ministerio de Asuntos Exteriores sobre Gibraltar—, pero lo cierto es que la acción diplomática de Castiella ha fracasado. Si no hubiera sido así, ahora no estaríamos en esta tesitura. Los mismos ministros militares no ponen el entusiasmo que deberían poner en esta acción que nos ha reclamado Dios, en esta nueva Cruzada de valores contra el enemigo extranjero.

—Carrero, veremos eso que usted dice en su momento. Pronto, se lo aseguro, pero ahora estamos en otros asuntos y no voy a realizar ningún cambio ministerial. Por ahora —matizó.

Aunque lo conocía desde hacía décadas, en ocasiones al almirante le hervía la sangre al constatar la tranquilidad que mostraba el Caudillo para tratar los asuntos de Estado.

—Por supuesto, mi general, por supuesto.

Día 24 de septiembre

—Esto es como telegrafiar una guerra.

—Esto es obedecer —puntualizó, tajante, John Rennie.

—Señor, no se puede anunciar, y menos en el foro de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que vamos a incumplir una de sus resoluciones. —Thomas no

entendía la actitud de los políticos de su país.

—Thomas, no te voy a consentir que juzgues las decisiones que recibimos. Te repito que tú y yo estamos aquí para obedecer y tu papel ahora va a s er otro.

El director de la estación Sevilla se encontraba en Gibraltar desde el día dieciséis de septiembre, fecha en la cual llegó a través del acostumbrado camino que le llevaba a embarcarse dos veces, una para atravesar el estrecho desde Algeciras a Tánger y otra desde la ciudad marroquí a Gibraltar. Tenía otra opción, haber volado desde Madrid a Londres y luego desde allí a la Roca, pero las combinaciones horarias le podrían haber demorado más todavía su entrada en la colonia y no quería llegar tarde pero, sobre todo, no quería dejar pasar una noche con Trini. La del lunes quince había sido la última y no sabía cuánto tiempo iba a estar sin regresar a Málaga. Había roto todas las costumbres y la había llamado desde Despeñaperros, con tan buena fortuna que su conferencia solo había tenido una demora de media hora. Cuando le pidió pasar la noche con ella, le respondió que imposible, que la niña se encontraba mal y que se marcharía a su casa al terminar de servir las cenas.

—Por favor, Trini, necesito estar contigo esta noche.

—¡Qué *pesao* eres! —le había reprendido—, te estoy diciendo que mi hija está mala y que esta noche me voy con ella.

Algo le decía a Thomas que aquello era mentira y que quien esperaba a la camarera era algún viajante adúltero y adinerado en alguna habitación de hotel caro.

—Trini, nunca te he pedido esto así, de esta manera, pero te necesito, no puedo estar sin ti, con mi mujer no vivo, es lo peor que me ha podido pasar en la vida y la odio con todas mis fuerzas, y si me enterara de que se ha muerto, me alegraría.

—Manolo, no seas bestia, ¿cómo vas a querer que se muera la pobre mujer? Anda, hablaré con mi hermana —resolvió al fin—, a ver si ella puede quedarse con la niña.

Cuando colgó, efectivamente, se asustó al comprobar hasta dónde había llegado a humillarse ante la malagueña.

Volvió a centrarse en la conversación que había mantenido con Rennie, que se encontraba en la embajada británica de la calle Femando el Santo de Madrid.

—Los papeles han cambiado. Toma buena nota. Se quiere que los españoles inicien la operación.

—¿Qué? ¿Que queremos que los españoles comiencen a matarnos ? ¿Dónde está nuestro papel preventivo?

—No seas melodramático, Thomas. No sé a cuántos matarán, incluso si llegarán a matar a alguno, pero se quiere que ellos comiencen.

—¿Cómo que se quiere, qué quiere decir que se quiere? —enfatizaba todo lo que podía el carácter impersonal del sujeto—, no hablemos en abstracto. Lo querrá alguien, será el premier, o la reina, o tú, o el ministro, o el gobierno, pero será alguien.

Thomas se había puesto en contacto con Rennie a petición de este desde un

teléfono situado en uno de los acuartelamientos militares de la colonia, para poder hablar con mayor libertad y, sobre todo, con seguridad.

—No es una información que tienes que saber. Tú a obedecer. Por cierto, no me gusta lo que está pasando.

El jefe de Sección se sentía desconcertado, nuevamente.

—Por favor, ¿de qué habla ahora?

—Como sabes, estoy en Madrid desde el pasado día catorce y no salgo de la embajada para nada. He entrevistado a un buen número de agentes y los tengo diseminados por toda España. Cada día me llaman una o dos veces para informarme de lo que ven, y ese es el problema.

—¿Cuáles el problema, C?

—Que no ven nada, que no se está moviendo ni un puñetero carro de combate, ni un destacamento de soldados, que los legionarios permanecen en sus acuartelamientos, por cierto, en Calpe no queda nadie, que los submarinos siguen en Cartagena y que puede que todo sea mentira, que los españoles acaten nuestra decisión y que todo haya resultado una maldita sobrevaloración de la ambición desbocada de Franco y de tus apreciaciones.

—¿Mis apreciaciones? —Thomas se sentía nuevamente humillado por su jefe.

—Sí, porque todo esto lo hemos movido por tus conjeturas, que igual han sido precipitadas y poco o nada maduradas. Todos los días, cuando hablo con Harold Wilson, se me cae la cara de vergüenza al repetirle que en España no se está moviendo un soldado fuera de lo normal. Te puedes imaginar su tono y luego el de Stewart. Y tú mientras de vacaciones en la playa.

Thomas cerró los ojos y apretó los labios todo lo fuerte que pudo. Si lo hubiera tenido cerca habría pedido a alguien que le sujetara la mano para no vaciar el cargador en el cerebro del pelota de su jefe.

—Pero que sepas que el próximo miércoles día uno vamos a llenar la bahía de Algeciras de barcos, Vamos a realizar la mayor maniobra naval de la historia en la zona. Por si acaso tuvieras razón.

Día 26 de septiembre

—¿Me va a decir que no se acuerda de mí?

—Claro que me acuerdo, pase, por favor. —Isabel permitió a Thomas Best entrar en su establecimiento.

—El otro día la vi muy apurada en la calle —le intentaba hacer recordar, hablando le en inglés— y tampoco la quise molestar más. ¿Se acuerda de lo que le conté?

Isabel sabía que ese hombre mentía. Intentó ponerse en guardia desde el primer momento. Desgraciadamente para ella, ahora no podía despacharle como lo hizo en la

calle, con la excusa de la prisa. Se encontraba en su tienda, sin posibilidad de escapatoria.

—Algo de que un familiar tenía una tienda, pero no recuerdo bien. ¿Qué quiere de mí?

—Era un sobrino mío, ha heredado el negocio de su padre, allí, en Cardiff, todos nosotros somos gales es —quiso aclarar—, y me contó que tenía intención de venirse a vivir aquí y montar también una filatelia. Ya he preguntado en las otras dos filatelias, para irme haciendo una idea, pero, claro, es posible que no sea muy ético preguntarle a usted si este tipo de negocio es rentable en Gibraltar.

—¿Que si es…? Perdone, es que todavía no domino el inglés. Mi marido lo s abe muy bien porque él sí lo es.

—¿Y podría hablar con su marido, si es posible? —El espía sabía muy bien que Michael hacía mucho tiempo que ya no estaba en Gibraltar.

—Se ha marchado a visitar a un familiar que está enfermo —respondió con la excusa que tenía preparada, por si llegaba la ocasión.

—¡Oh!, ¡cuánto lo siento! Bueno, me preguntaba que igual no es conveniente que usted hable de negocios con un posible competidor. —Thomas intentaba serlo más educado que podía por lo que hablaba lento y vocalizaba al máximo cada palabra, para facilitar la comprensión a su interlocutora.

—Quizás es mejor que hable con mi marido, cuando regrese. ¿No le parece?

—Tiene usted razón. Volveré en otro momento.

Thomas se dirigió a la puerta y, antes de salir, se volvió.

—Yo le dije que me llamaba Andy Savage, ¿le importaría decirme cuál es su nombre?

—Sí, sí me importaría —replicó Isabel, que intentaba parecer lo más seca que sabía. No quería volver a ver a aquel hombre pisar su tienda y entendía que había sido lo suficientemente explícita.

Nada más salir de la filatelia, Thomas torció a la izquierda y en veinte metros ya se encontraba en *Main Street*.

Día 30 de septiembre

Siguiendo las órdenes expresas del primer ministro, las Fuerzas Navales británicas habían realizado un extraordinario despliegue en toda la bahía algecireña. Submarinos, fragatas, minadores, destructores, corbetas y hasta el portaaviones Eagle exhibieron todo su poder disuasorio bajo la excusa de unas maniobras de la NATO, incluyendo también en la acción a la Marina holandesa para que no resultara como una maniobra exclusivamente británica.

La expectación era máxima tanto en Femando el Santo como en la *Century House*. El premier había ordenado ser informado del más mínimo acontecimiento que

se suscitara en la colonia o sus alrededores.

«Hay algo que no entiendo», pensaba Rennie en su despacho provisional de Madrid. No entendía que los españoles fueran a intervenir en Gibraltar y no hubieran movido ni un soldado ni un carro de combate. Eso era imposible. Gibraltar había que tomarlo calle a calle y casa a casa, no era un lugar que se pudiera bombardear desde lejos, no, eso allí no valía.

El estado de emergencia había llegado a tal extremo que todas las tropas británicas destacadas en la Roca permanecían acuarteladas, o bien en los buques de guerra que estaban anclados en los muelles gibraltareños o en los kilómetros de galerías que horadaban la roca. John Rennie pensó en la mujer del filatélico, la espía española que enviaba mensajes al gobierno de Franco, y no terminaba de estar convencido de que dejarla en libertad fuera la mejor opción.

Días antes se había mantenido una reunión entre Robert Peliza, líder del IWBP —siglas de la *Integration With Britain Party*— y vencedor en las elecciones del treinta de julio, el comandante en jefe de las tropas británicas destacadas en la colonia y el comandante David Facey. Se les había pedido que tuvieran preparado un plan que contemplara la eventualidad de una evacuación urgente de la población civil. Su composición era de siete mil quinientas mujeres, cinco mil niños menores de catorce años y seis mil quinientos varones. En total, diecinueve mil almas a proteger. A esa cifra había que sumar otras seis mil personas, familiares en su mayoría, de los militares destacados en el Peñón. El plan no contemplaba la evacuación por aire —imposible, dado el número de personas y la capacidad efectiva de los aviones— sino por mar. Los barcos no pertenecientes a la Armada británica, se convertirían en refugios improvisados y, a plena capacidad, se harían a la mar a la más mínima señal. Ahí irían, fundamentalmente, las mujeres y en especial los niños. A los hombres se les daría cobijo dentro de la roca. La longitud de sus túneles y la versatilidad de los mismos facilitarían su alojamiento.

Seis horas. Ese era el tiempo máximo fijado para realizar la evacuación.

Pero John Rennie intuía que había algo que se le escapaba y no era otra cosa que la permanencia de las tropas españolas en sus cuarteles. Aunque el MI6 tenía tantos puntos para vigilar como países había en la tierra, su director había sido capaz de arañar efectivos sin importarle ahora si sabían o no el idioma español: «Para ver si de un cuartel salen tanques no es necesario conocer el idioma», llegó a pensar. Así, distribuidos en parejas, como si fueran turistas, sumó otros cuarenta y dos agentes. Ni en la época de la Segunda Guerra Mundial —cuando España, y en concreto Madrid, se convirtió en la morada habitual de espías del Eje—, el MI6 había tenido tanto despliegue al sur de los Pirineos.

A las seis de la tarde ya había recibido tres llamadas de Stewart y una del premier. La respuesta dada había sido la misma: «Nada.» Él, y otros dos ayudantes que se trajo desde la *Century House*, no paraban de recibir información de toda la red que habían trenzado en casi todas las provincias españolas, en especial las que se situaban al sur

del paralelo cuarenta, más los hombres destacados en Melilla y en Ceuta, donde tenía a tres de ellos en cada plaza. Por cierto, uno de sus hombres ubicado en esta última ciudad le había informado de un dato que le interesó sobremanera. Se comentaba en Ceuta que la Legión estaba disfrutando de unos permisos muy poco habituales y que, según se decía, se les había entregado una paga extra. Parecía que fuera un «fin de fiesta», una gracia en la víspera de un momento singular.

«Pero ¿y si todo fuera una falsa alarma?» No quería ni pensaren las consecuencias políticas de un error así.

Octubre

Octubre Día 3 de octubre. Viernes

El teléfono de John Rennie había sonado a las cinco de la mañana. En su cama del hotel Palace, donde solo acudía a dormir, recibió la orden de dirigirse inmediatamente a Torrejón de Ardoz. Allí, en la base aérea, le recogería un avión militar inglés que le llevaría a Londres para asistir a una reunión a la que no podía declinar su asistencia.

A las ocho, hora británica, el vehículo que le había llevado a un aeródromo militar situado al suroeste de la ciudad aparcó en *Whitehall* esquina con *Downing Streetl*. Después de superar los controles de acceso, el director del MI6 entró en el número 10, la residencia oficial del primer ministro del Reino Unido.

—Acompáñeme, por favor —le rogó uno de los empleados del edificio.

Cuando le abrieron la puerta del primer despacho del edificio, Rennie constató la presencia de aquellos a quien esperaba: Harold Wilson, Stewart, Callaghan y dos generales que había visto en alguna otra ocasión. El rostro de todos ofrecía una mezcla de cansancio y tensión.

—Por favor, Rennie, siéntese —le pidió el anfitrión.

—Gracias, señor.

—¿Quiere un poco de té, café…?, es posible que no haya comido nada desde Madrid.

—No se preocupe. Estoy bien.

—Rennie, hemos sobreestimado al Régimen de Franco —sentenció Stewart, secretario del *Foreign Office*—. En esta ocasión hemos faltado al significado de nuestras siglas. Somos un servicio, eso está claro, creo que seguimos siendo secretos, pero desde luego lo que no hemos sido es inteligentes. No le hemos llamado para acusarle. Usted y sus hombres han trabajado bien, cerca de los problemas, como nos corresponde a todos, pero hemos extraído conclusiones erróneas y a los resultados me remito.

El director del MI6 lo miraba con atención pero con sentimiento de culpa. No se lo podía decir más claro. —

El gobierno —esta vez fue el premier quien tomó la palabra— está muy orgulloso de su servicio de inteligencia, pero creemos que en esta ocasión no hemos sabido interpretar correctamente los signos recibidos. No voy a decir que hemos hecho el ridículo pero lo hemos bordeado. Ahora me alegro de no haber tomado la decisión de evacuar Gibraltar. Si hubiéramos hecho eso, ahora estaría en la cola del paro. —Los presentes nunca habían oído hablar así al primer ministro—. Dentro de media hora salgo de nuevo para Brighton, donde estamos celebrando el consejo del partido, como sabe. ¿Con qué cara me hubiera presentado ante mis compañeros si monto una defensa militar en una plaza por el hecho de haber visto a cuatro legionarios subiendo

por una roca o a dos submarinos haciendo prácticas en una isla desierta? Incluso el espía español. ¿Qué dirían todos de este gobierno?

—Señor, hemos ido tomando las decisiones conforme recabábamos datos para ello —se intentó defender John Rennie.

—Claro, claro… —El premier no parecía que fuera a hacer mucho caso de lo que le esgrimiera el director del MI6.

—Rennie —Stewart, secretario de *Foreign Office* y jefe suyo, fue tajante—, desmonte inmediatamente el operativo que ha instalado en España. No podemos permitirnos la licencia de mantener a docenas de agentes ociosos mirando las paredes de un cuartel. Hágalo de inmediato y usted vuelva a la *Century House*, ya ha estado bastante tiempo en España y hay muchos otros centros de interés, ahora y desde hace varias décadas. Si quiere se los recuerdo, como por ejemplo, Berlín, Varsovia, Praga, incluso Trípoli o La Paz, con el golpe de Estado de la semana pasada. Las cosas que pasan en el país veintitrés —todos los países tenían una clave, en el MI6 el veintitrés era el número de España— no son hoy en día prioritarias. Franco ya ha nombrado sucesor. Ahora se sentará a esperar a que le llegue su hora.

Rennie asintió. Nunca había recibido una amonestación tan contundente como la de esa mañana «y tan injusta», pensaba. Lo que le había contado su jefe de Sección eran detalles tan significativos que no los iba a archivar. El SIS no. El, tampoco.

Día 4 de octubre. Sábado

La conversación telefónica no pudo ser más breve. En dos minutos, John Rennie le cursó una orden que no dejaba lugar a interpretaciones. Todo el operativo especial quedaba desmontado, sin posibilidad de prórrogas. De forma inmediata, todos los agentes enviados de refuerzo retornarían a sus destinos habituales por lo que quedaría la estructura base en cada estación, la que hubiera antes de la crisis.

—¿Y yo?

—Tú a Málaga. Ya no haces nada en la colonia.

—Señor, pero ¿y todo lo que hemos visto?

—Espejismos, Thomas, han sido espejismos, nada más. Un trozo de tierra, incluso tan pequeño como Gibraltar, necesita de unos medios si lo quieres cobrar por la fuerza, y el enemigo no ha hecho nada, absolutamente nada.

—Pero lo puede hacer. —Se resistía a pensar que todo lo que habían visto fuera fruto de casualidades, de hechos aislados inconexos.

—Thomas, sino acata mis órdenes me veré obligado a tomar otras medidas. Y no quisiera.

—¿Cuándo me marcho?

—Si puede hoy mejor que mañana. Seguro que en Málaga, junto al télex y a su equipo hará mucho más por la reina y por nuestro país de lo que hace en Gibraltar.

—Mañana volveré a Málaga, señor. —Thomas colgó el auricular con tanta fuerza que casi lo rompió.

Día 6 de octubre. Lunes

—¿Y qué le cuentas a tu mujer?

—¿Qué le cuento, de qué?

—De lo que haces aquí, en Málaga. ¿Tanto trabajo tiene tu empresa para que vivas más aquí que en Madrid?

—Sí, en todo el sur de España tenemos muchos clientes y para mí es un honor que en la empresa hayan pensado en mí.

—Pues tendrás dinero amocho, ¿no?

—No me quejo. —Thomas conocía un buen número de localismos.

Acababan de terminar y casi se había quedado dormido mientras Trini se había dado una ducha. Era una mujer muy maniática y siempre se lavaba dos veces, tanto antes como después. Y si repetían, entonces se duchaba una tercera vez.

El inglés se resistía a creer que todo lo que había percibido fueran visiones, «espejismos», como le dijo su director. Pensó que se trataba de una obediencia debida, de un acatamiento jerárquico, pero aquella orden no podía partir de alguien como John Rennie, un hombre con capacidad demostrada en todo lo relacionado con la seguridad y la inteligencia.

Como siempre le encantaba hacer, Trini paseaba sus dedos por el pecho de Thomas.

—Manolo, ¿cómo es tu mujer?

—No me hables ahora de ella.

—Sí, nunca me hablas de ella. ¿La sigues queriendo, aunque sea un poquito?

El inglés esbozó una mueca de sonrisa, sin mirarla.

—¿Porqué me preguntas eso?

Trini se encontraba completamente desnuda, apoyada en su lado derecho y con su muslo sobre su cintura, como si se hubiera caído desde el techo.

—Porque me gustaría saberlo. Dime, ¿la quieres?

—Mi mujer y yo no dormimos en la misma habitación desde hace muchos años.

—¿Sí?, ¡no me lo creo! —La malagueña había levantado el cuello, como alertada por lo que acababa de escuchar.

—Créetelo. No nos soportamos, pero como todavía no tenemos divorcio, tendré que aguantarme así hasta que me muera.

—¡Qué pena!

—¿Por qué dices eso de la pena?, ¡qué más te da a ti!

—Hombre, no digas eso, si tú es tuvieras soltero…

A Thomas le extrañó lo que acababa de escuchar, por ello, inquirió un poco más

para conocer el significado real de sus palabras.

—¿Qué pasaría si yo estuviera soltero?

—Oye, ¿tú te casarías conmigo?

—Trini, ¡qué cosas me dices!

—¡Venga, dime!, ¿te casarías con una camarera de un restaurante que, además, es madre soltera?

Thomas la miró como nunca, casi como si estuviera contemplándola por primera vez.

Se ahorró las palabras y la envolvió con sus brazos otra vez Era feliz así, rodeándola con fuerza, bebiendo su respiración y experimentando el íntimo placer de sentir la fusión de su piel con la de una mujer como Trini.

—Se te va a mudar la piel, como a las serpientes.

—Eres un merdellón —le increpó cariñosamente, mientras le golpeaba flojito con la palma de la mano—. ¡Mira que llamarme a mí bicha!

—Es verdad, es la tercera vez que te duchas esta noche.

—Si quieres, me puedo duchar una cuarta… —Y diciendo estas últimas palabras, metió su mano por debajo de las sábanas para buscar aquello que, en ese momento, Thomas no estaba dispuesto a entregar.

—¡No!, ¡deja!

Ella rio y le dio un bes o en la mejilla.

Se volvieron a quedar en silencio. Fue Trini quien lo rompió con algo que cambiaría por completo el discurrir de los acontecimientos de los próximos días. Una referencia insignificante, casi una frase sin sentido.

—Este domingo, que libro, me ha invitado mi hermana a comer. Es su santo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Thomas, distraído, más por corresponder a la chica que por la curiosidad que le despertara saber el nombre de su hermana.

—¡Ay, hijo!, ¿cómo que cómo se llama?

—Sí, no sé qué es el domingo.

—¡Illo!, el domingo es el día del Pilar.

—¡Ah! —Por la expresión de la mujer, parecía que él tenía que haber sabido qué festividad era.

—Vamos, el día más grande de España, cuando el Colón ese descubrió América. Oye, ¿a ti a qué colegio te llevaron en Madrid?, ¿o eras de los que hacían *piardas*?

—Iba poco al colegio.

—Vamos, ¡mira qué cosas dice!, no saber quién es la patrona de España…

Casi no había oído lo que le había dicho. Tuvieron que pasar algunos segundos para que reaccionara.

—¿Cómo has dicho? —Thomas se incorporó en la cama, apoyando la espalda en el cabecero.

—¡Madre mía!, ni que lo hubieras oído por primera vez. No me digas que no sabías que la Virgen del Pilar es la patrona de España.

—Trini, la patrona de España es la Inmaculada Concepción. —Thomas hizo nuevamente gala de la vasta cultura que poseía sobre el país en el que estaba destinado.

—Pues si tú lo dices, lo será, pero siempre he oído decir que era la patrona de España.

Entonces, la cabeza del inglés se transformó en una olla de ideas a presión, y sintió que su corazón comenzaba a latir de tal manera que, sino lo paraba, acabaría saliéndosele por la boca cabalgando alocado hacia el mar.

—¿Te pasa algo, Manolo?, ¡no me jodas, no te vaya a dar algo!

Thomas la miró con la respiración jadeante, como si lo hubieran hecho por tercera vez.

—Es que me he acordado de que tengo que llamar por teléfono.

—¿Qué pasa, que tienes una cuñada que también se llama Pilar y se te había *olvidao*?

Después de despedirla, y aunque eran las tres de la madrugada del lunes al martes, el hombre del MI6 salió a la calle con el monedero lleno de monedas de veinticinco pesetas y dispuesto a encontrar una cabina desde la cual nunca antes hubiera llamado a Londres. No podía esperar al día siguiente y usar el télex, entendía que la noticia era de la máxima prioridad.

—Quiero poner una conferencia a Londres —pidió a la telefonista.

Los diez minutos de tardanza —por la noche, las líneas telefónicas solían ir mucho más ligeras que durante las horas diurnas— se le hicieron eternos.

Al cabo del tiempo que le habían dicho, volvió a llamar. Desde la *Century House* le pasaron directamente con la residencia particular de John Rennie.

—Señor, lamento molestarlo.

—Thomas, tengo muchas personas repartidas por todo el mundo —su voz no sonaba a la de una persona dormida sino a la de alguien que se encontraba realmente molesto—, y no puedo estar centrado ni en uno solo ni con un país. Estamos de madrugada, esto que me está pasando no puede ser verdad.

—Señor, ya sé qué día van a realizar la operación.

—¿Qué operación? —Su nivel de irritación le llevaba a cuestionar cada cosa que oía.

—La invasión, señor, la invasión que estamos esperando. —Aunque las probabilidades de que la conversación estuviera siendo intervenida, algo que por la hora y por elegir una cabina de forma aleatoria, era prácticamente imposible, siempre evitaban citar nombres—. Será este próximo domingo. Es la festividad del Pilar, la que es considerada patrona de España, algo lleno de simbología para la mentalidad de esta gente.

Durante unos instantes se hizo un silencio en la línea telefónica en la cual Thomas Best casi podía escuchar los latidos de su propio corazón.

—Thomas —por fin, arranco Rennie—, ¡vete al infierno!

Cuando el jefe de Sección escuchó el silencio en el auricular se sintió ridículo, como si fuera un payaso jubilado que ya no hace gracia y que solo inspira lástima.

—¡Cabrón! —chilló, en español, todo lo alto que pudo, nada más salir a la calle —. ¡Maldito cabrón! ¡Hijo de la gran puta!

Día 8 de octubre. Miércoles.

Thomas se había quedado solo. A pesar de tener la evidencia, a su juicio, de que el Ejército español iba a asaltar Gibraltar el domingo doce de octubre, es decir, en cuatro días, nadie le había escuchado, y cuando decía nadie se estaba refiriendo a su jefe. Si Rennie no interiorizaba su conclusión no había nada que hacer. El director del MI6 era la llave para abrir la pesada maquinaria que se tenía que poner en marcha y, más que una oreja ávida, se había encontrado con un muro sordo.

Pero todavía quedaba tiempo y Thomas poseía las más altas dosis de tesón y paciencia.

Su estación la componía un equipo de cuatro personas, con él, y contaba con una red de subagentes, pasivos sí, pero que se podían convertir en sus ojos y en sus oídos allá donde él no pudiera llegar. Eran otras cinco personas cuya labor en muchos casos se limitaba a la realización de resúmenes de prensa, movimientos de cónsules y a la transmisión de algún que otro chisme sobre algún político local u hombre de negocios provinciano.

El día anterior había hablado con ellos y les había pedido que acudieran a Málaga para organizar el plan: «Conque me vaya al infierno… ¡al infierno se va a ir él!», pensaba Thomas al recordar la última conversación con su jefe.

El martes había despachado con todos menos con Scotty, que le contó que no podía desplazarse a Málaga hasta el miércoles. Le dijo que tenía que acompañar a Pepa al médico. «¡Es un calzonazos!», pensó de él.

Lo había citado en un café próximo a «La manquita» —como habían bautizado los malagueños a la Catedral, por lo asimétrica que había quedado ya que nunca se terminó de construir la torre sur—. Llegó puntual, a las once de la mañana. Thomas interpretó que, dadas las circunstancias y lo que le iba a proponer, tendría que comenzar la conversación con algo amable:

—Scotty, ¿qué tal va el embarazo de Pepa? —Le pareció que la pregunta había resultado más que empalagosa, falsa, pero, por la reacción del escocés, había dado en el clavo.

—Muchas gracias por tu interés, Manolo. Le han dicho que va todo perfecto, que para noviembre vamos a ser padres.

Le resultaba vomitivo estar hablando de semejantes pamplinas bajo aquellas circunstancias, pero se alegraba de haber comenzado así. Veía a Scotty más feliz que nunca, casi tanto como si el hijo fuera de él.

—Bueno, pues vas a estar unos días sin ver a Pepa.

—¿Porqué? —saltó, más que extrañado, sobresaltado.

—Porque te vas a marchar a Ceuta.

—¿A Ceuta? —El escocés cas i pegó un chillido.

—Sí —Thomas le pidió con un gesto de las manos que bajara el volumen de su voz—, ¿no te has hecho amigo de los legionarios?, pues nada, te vas allí y te plantas en el puerto, día y noche, y me dices qué pasa.

—Pero eso es imposible, tal y como está Pepa no la puedo dejar s ola.

—Scotty, no me vengas con mariconadas, ella se encuentra perfectamente, me lo acabas de decir, y porque te vayas unos días allí no le va a pasar nada.

—Que no, Manolo, que no, que yo no la dejo sola. —El escocés miraba al suelo y huía de la mirada de Thomas, a la vez que negaba con la cabeza de forma repetida.

La situación se empezaba a complicar. El resto de sub agentes estaban muy asentados en sus correspondientes ciudades, todos tenían su trabajo y su posición social. Pretender que alguno, de forma súbita y sin levantar sospechas en sus entornos habituales, se trasladara a Ceuta era impensable. Solo contaba con un pobre diablo como Scotty, alguien cuya ausencia nadie echaría en falta. Pero parecía que eso era antes.

—Vamos a ver, Mister McCann, te lo voy a explicar muy despacio. Necesito que te vayas a Ceuta. —Hizo una pausa. Después, concretó—. Ahora.

—¿Ahora? —Scotty le interrumpió, todavía más sorprendido por la premura.

—Déjame que te cuente. Como te decía, necesito que te vayas a Ceuta ahora y que te pases allí unos días, muy pocos. Tengo mucho interés en saber qué movimientos de legionarios se pueden producir allí y mira, voy a ser generoso.

—¿Generoso?

—Sí, generoso, ya sabes. —Y al decir estas palabras marcó con los dedos el signo internacional del dinero—. A ese niño, o niña, habrá que comprarle una buena cunita, ¿no?, y ropita, y pañales… —se sentía ridículo hablando así, pero la cara del escocés había cambiado completamente de semblante—, y todo eso cuesta mucho dinero. Dime, Scotty, ¿sabes lo feliz que vas a hacer así a Pepa?

Cuando se despidió de su hombre en Cartagena se alegró de no haber empleado con él la fuerza bruta. «Recuerda que estás en un servicio de inteligencia, Thomas, que a veces se te olvida», se decía para sí.

Los vehículos habían arribado desde distintas partes de Andalucía. Así, su llegada se fue realizando a lo largo de toda la tarde. En las inmediaciones de San Roque, a escasos kilómetros del escenario de los acontecimientos, el cuerpo de Sanidad estaba empezando a montar un hospital de campaña para atender a los heridos durante la conflagración. Las órdenes que tenía el teniente coronel médico eran de que estuviera dispuesto para el domingo al mediodía. Menéndez Tolosa solo le había dicho que se trataba de unas maniobras conjuntas con el Ejército americano en la costa de Zahara de los Atunes.

La llegada de un cargamento de veinte camiones militares Barreiros al puerto de Melilla no pasó desapercibida a Darren, el más viajero de la estación Sevilla y a quien Thomas había encargado que se desplazara a aquella ciudad, donde se encontraba el acuartelamiento del Campo de Rostrogordo, uno de los más importantes de la Legión. Desde que los había visto evolucionar en el peñón de Ifach estaba completamente seguro de que esa sería la unidad que entraría en la colonia, de ahí su obsesión por controlar sus movimientos. Mandó a sus mejores hombres a los dos lugares más representativos, Ceuta y Melilla, para que, desde allí, le fueran informando. Dudaba mucho de que enviaran efectivos desde el Sahara, por la dificultad añadida que suponía la movilidad en avión.

Cuando Darren constató la llegada de los camiones, que se metieron directamente en el acuartelamiento de la Legión, corrió a buscar un teléfono público y, desde un bar, llamó a Schembri, el miembro que había sustituido a Cindy, y le dijo la clave convenida.

«Tampoco Rennie me va a hacer caso con esto», imaginó Thomas. Sabía que, para que le tomara en serio, tenía que descubrir un movimiento más significativo que la llegada de unos camiones. Era demasiado evidente que los vehículos habían llegado al puerto para efectuar un traslado. «En veinte camiones pueden entrar más de cuatrocientos efectivos», calculó el inglés. Pero sabía que aquello era poco, que Rennie necesitaría más carnada para volver a exponerse ante los políticos, sus jefes.

Lo que no sabía Thomas era que la prueba que necesitaba y a s e encontraba en poder del director del MI6.

Día 9 de octubre. Jueves.

Downing Streetl se había convertido en un hervidero. Con la información que le había trasladado el secretario del *Foreign Office* ya no había lugar a duda alguna: el domingo doce de octubre, Día de la Hispanidad, el Ejército español atacaría Gibraltar.

Aunque le mostró una actitud esquiva y desinteresada, la sospecha que le trasladó Thomas no pasó desapercibida para el director del MI6, quien, al día siguiente, telefoneó al jefe de Sección de Madrid y al de Barcelona para que le ampliaran el significado del día doce de octubre para la mentalidad española. Con lo que él había oído con anterioridad, más el complemento recibido de sus hombres en España, pidió al de Madrid que estuviera atento a los acuartelamientos de carros de combate. Desde ese momento, hubo hombres del MI6 merodeando por El Goloso y por los cuarteles de la carretera de Extremadura. En ambos puntos se estaba procediendo al embarque de un importante número de unidades del M-48, perfectamente distinguibles incluso en la distancia. Aquella noticia voló literalmente hasta la *Century House* y, cuando fue recibida por Rennie, este se supo en posesión de la baza ganadora de la que había carecido hasta ese momento. Va no hacía falta buscar más evidencias. Cuando le

informaron de que los trenes habían partido hacia el sur de la Península entendió que ya no necesitaba ninguna otra prueba más, que aquella era la definitiva y que lo siguiente sería la primera bomba sobre su colonia.

Harold Wilson había convocado a un gabinete de crisis en el cual se encontraban el ministro del Interior, el secretario del *Foreign Office* y tres generales de las Fuerzas Armadas británicas para, entre todos, trabajar ante la mayor contingencia surgida desde que Hitler atravesara la frontera polaca el uno de septiembre de 1939. En los últimos treinta años no había sucedido nada comparable con lo que se avecinaba y tenían que prepararse en función de la consigna que se había establecido, que no era otra que esperar el ataque español para responder con la mayor contundencia que pudieran.

Lo que más le preocupaba era la evacuación de la población civil.

—Desde luego, la prioridad son las mujeres y los niños, doce mil quinientos —recordó James Callaghan, ministro del Interior.

—A esa cifra hay que sumar las mujeres y los niños de los que están allí destinados, más o menos otros tres mil.

—Dieciséis mil. Esa es la primera cifra —resumió el premier—. ¿Y qué les vamos a decir para sacarlos de sus casas?

—Hablar de una invasión armada española provocaría la alarma y el pánico. Eso no se puede decir —opinó uno de los generales—, tenemos que buscar otra alternativa.

—Recuerdo que una vez tuvimos un caso similar en Oriente Medio —comentó John Rennie— y lo que hicimos para evacuar una pequeña población fue decir que cabía el riesgo de un escape radiactivo. Se les contó que se había detectado una ojiva en mal estado y que podía provocar graves consecuencias para el aparato respiratorio. La gente se creyó aquello y abandonaron sus casas sin ningún problema. Al cabo de tres días los retornamos y aquello quedó como una anécdota.

Todos se miraron y, sin palabras, aprobaron la propuesta del director del MI6.

—La evacuación tendrá que realizarse el sábado día once. La orden se trasladará a la Roca a primera hora de la mañana. A las dos de la tarde no quiero ver a nadie que no vaya vestido de militar por las calles de Gibraltar. —Harold Wilson era un hombre acostumbrado a tomar decisiones y aquella era una más—. Se suspenderá el servicio de transbordadores en ese día con cualquier excusa, la que sea, por ejemplo, que se han estropeado los motores de los barcos, o que el combustible que se les había echado se encontraba defectuoso y que ha dañado los cilindros… ¡yo qué sé!, el caso es que la noticia de la evacuación no tiene que trascender fuera de la colonia.

—Habrá que tener cuidado con las comunicaciones telefónicas —apuntó Cállaghan.

—Tan sencillo como cortarlas. Con España ya lo están, y con el resto de países se cortarán; incluido el Reino Unido. Con todos. ¡Ah!, y cuidado con los radioaficionados. ¿Cuántos hay registrados? —preguntó el primer ministro al de

Interior.

—No lo sé. Nos enteraremos. Pero no será difícil anular su señal. Sabemos cuáles son sus frecuencias, las tenemos registradas cuando solicitan la autorización para emitir. Tan sencillo como pedir al ejército que emita una onda que las contrarreste.

—Eso no será ningún problema —aseveró uno de los generales.

—Lo más normal es que el primer ataque venga por el aire. ¿No?

—Efectivamente, señor primer ministro —confirmó el mismo general, un hombre que en su juventud ya le tocó batirse en el norte de África a las órdenes de Monty—. Desde luego, si fuéramos a hacer lo mismo, nuestra primera acción aérea sería contra las instalaciones militares, tanto las tenes tres como las navales.

—Pues ya sabe usted dónde no tiene que acumular hombres. El domingo doce vamos a contar con miles de portales libres para apostar a nuestros soldados. Quiero tener mañana por la mañana en esta misma mesa la información exacta de dónde se encuentran todos los buques destacados por la zona y cuáles serán los acuartelamientos militares españoles que atacaremos en cuanto nos lancen la primera bomba.

—Señor, de lo que no vamos a poder surtir a la colonia como nos gustaría es de material defensivo —apuntó uno de los militares.

—Lo sé, y tampoco quiero. Si entre hoy y mañana nos liamos a mandar aviones cargados con piezas de artillería y las situamos delante del Peñón, probablemente hasta les quitamos las ganas de atacarnos.

Aunque parecía que todos los problemas del premier habían desaparecido, más bien lo que ocurría era que la fuerza de este era tan grande que había eclipsado al resto. Así, consideraba que en el Ulster la convivencia entre católicos y protestantes era pacífica, que por el canal de Suez navegaban los barcos ingleses, que en Nigeria —antigua colonia británica— reinaba la quietud, y que la inflación no se había duplicado en tan solo dos años. Todo se había quedado pequeño, nimio si se comparaba con la invasión de Gibraltar del próximo domingo.

—Y usted, Rennie, tiene que felicitar a su hombre en Sevilla. Si no hubiera sido por su obstinada profesionalidad, a estas horas permaneceríamos dormidos, pensando que nuestro vecino solo actuaría por las vías diplomáticas. Cuando termine todo, a ese hombre hay que condecorarlo como corresponde.

John Rennie sabía que Thomas Best era uno de sus mejores agentes, eso no hacía falta que nadie se lo recordara, y no sabía si le había tratado con excesiva dureza, de hecho, su hombre en Málaga todavía no sabía que todos sus desvelos habían tenido su fruto y que su país, por el que tanto luchaba, se estaba poniendo en pie de guerra gracias no solo a su trabajo sino fundamentalmente a su pertinacia.

—Por cierto —terció Stewart, como si se le hubiera encendido una luz en su cabeza—, ¿saben si la espía española está detenida?, recuerden, la que manda las cartas a Lisboa.

Quizá de forma inconsciente, todos miraron hacia Rennie, como si él tuviera que

estar al tanto de ello.

—Que yo sepa no, de momento no se ha hecho nada con es a mujer.

—Pues será lo primero que habrá que hacer, ¿no? —supuso Harold Wilson, dando por sentado que no tenía ninguna lógica que estuviera en libertad y siguiera informando al enemigo de los efectivos navales situados en la colonia.

—Por supuesto, señor. —Rennie dio la razón a su primer ministro sin titubeos.

A media tarde del jueves nueve de octubre se recibió en Málaga un télex codificado que fue rápidamente pasado al jefe de Sección. Este lo cogió y lo leyó. Al terminar el breve mensaje, su rostro mostró una expresión de severidad.

Se le ordenaba ponerse en contacto urgentemente con la *Century House*. Tomó un papel y escribió: «Thomas localizado. Espero órdenes.»

—Schembri, mande este télex al almacén central —ordenó al descodificador llegado hacía poco más de un mes a Málaga.

Cuando se marchó su ayudante tuvo un soplo de recuerdo para Cindy y los ojos que ponía cuando esta abandonaba su despacho, y también una pizca de compasión hacia su novio. «Pobre —pensó—, espero que si algún día se entera de cómo era su chica, la perdone.»

Mientras le llegaba la respuesta, o la llamada de alguno de sus subagentes con alguna novedad, siguió ojeando el Sur, ya que por la mañana había estado leyendo la edición sevillana del ABC.

—Señor, ya han respondido.

Schembri le entregó un papel doblado. Thomas leyó el mensaje y cerró los ojos: «Confirmada invasión a Gibraltar. Trasládese urgentemente hacia allí. A las diez de la noche estará esperándole la embarcación Altair en el puerto de Tánger.»

No podía ser, a las diez de la noche no podía ser. Miró su reloj y comprobó que marcaba las cinco y media. Estar a las diez de la noche suponía salir en ese mismo instante hacia Algeciras y tomar el transbordador de las nueve como muy tarde. «No, eso no podía ser», se ratificaba. Sabía que era muy posible que todo acabara en días y que, si se confirmaba lo que acababa de leer, posiblemente nunca más regresaría a Málaga.

—Schembri. Ponga este nuevo mensaje.

Cuando el joven tomó el papel y lo leyó, para revisarlo, se quedó mirándole fijamente, sin saber cómo reaccionar.

—¿Qué pasa, Schembri, ahora no entiende mi letra?

—No, señor, es que por el contexto del anterior, esta respuesta…

—Pues mira, muchacho, por el contexto del anterior, como tú dices, hago lo que creo oportuno. ¿Te parece bien?

Sin responder, Schembri se fue a su mesa y tomó el libro de claves, descodificó cada sílaba y la convirtió en una nueva petición de bujías, delcos, manguitos y bombillas. Lo que le habían ordenado era que enviara un mensaje muy sencillo: Imposible diez de la noche. Hora contacto con Altair medianoche. Antes médico

urgente.

Salió atropelladamente de la oficina y miró por última vez aquel lugar donde había estado trabajando para su país desde hacía dos años. Thomas estaba convencido de que si todo se confirmaba, las posibilidades de que aquel grupo siguiera establecido allí serían nulas. La policía española investigaría a fondo y su coartada se desharía como una pieza de hielo en una infusión hirviendo, por muy empresa española que se hubiera hecho pasar, y por muy real que fuera el negocio de venta de piezas de automoción.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la calle Marqués de Larios, donde aparcó en el primer lugar que encontró. Iba con la hora muy justa. Entró en el prestigioso establecimiento y procuró entretenerse lo menos posible con las piezas que le mostraban. Eligió la que entendió que más le podía gustar.

—Muchas gracias, señor, pero ¿no quiere que se lo envuelva? —se ofreció el dependiente de Aurelio Marcos, extrañado por la venta que acababa de efectuar.

—No puedo, voy con prisa —resolvió Thomas, ya desde la puerta.

Trini le había dicho un día que vivía al lado de la plaza de Bailen, en el barrio de La Trinidad. Antes de poner rumbo hacia el noroeste, pasó por su casa, abrió la caja fuerte y sacó los papeles que allí guardaba, que no eran más que unos mapas del sur de la Península pero con una anotaciones inservibles para cualquier otra persona que los pudiera ver. Guardó todo el dinero y se despidió con la vista de su casa. Lo último que contempló fue su dormitorio, concretamente su cama, testigo de momentos que sabía que permanecerían en su recuerdo hasta el día que muriera.

Thomas nunca había estado en La Trinidad. No era un lugar de interés para un espía del MI6. Miró el reloj y constató que eran casi las siete de la tarde. «¿A qué hora se marchará al restaurante?», quiso adivinar. Sabía que no contaba con mucho tiempo. Tenía que estar en Algeciras en dos horas, por lo que no podía perder tiempo en encontrarla.

Preguntó a un par de transeúntes que diligentemente le indicaron dónde se encontraba el lugar que buscaba. Aparcó en cuanto entró en la plaza, donde unos adolescentes estaban jugando al fútbol a la luz de las pocas farolas que tenían bombilla.

—¡Eh, vosotros! —reclamó la atención a dos niños que, descalzos, jugaban con unas maderas—, ¿sabéis dónde vive Trinidad, una que es camarera en El boquerón dorado?

—¿La Trini? —buscó confirmación el más pequeño, un chavalillo que no tendría más de diez años, pecoso, de pelo más que rizado, revuelto, que vestía unos pantalones cortos grises. Tan grandes que podrían ser de su hermano mayor—, ¡claro!, ¡sígame!

Sin mediar más palabra, echó a correr junto a su amigo, ya que el coche en el que había llegado el forastero podía ser premonitorio de una generosa propina. Thomas apretó el paso y los siguió. Se sentía algo ridículo por su vestimenta: americana

deportiva, camisa de pequeños cuadros, pantalones de pinzas y zapatos de tafilete. Aquella traza le delataba como alguien extraño en un barrio donde la gente solo se acercaba a esa forma de vestir cuando iban de boda.

Los chavales se pararon junto a una casa de una planta que había quedado en medio de otras dos, algo más modernas.

—Aquí —señaló el que parecía mandar en la pareja. Thomas sacó su monedero y les dio dos duros a cada uno.

—¡Gracias! —Por la forma de agradecer, parecía que les había regalado una fortuna.

Llamó a la puerta y abrió una mujer que tendría entre cincuenta y cincuenta y cinco años. Tenía una cría entre sus brazos. La señora no entendía quién podía ser aquella persona.

—Perdone, señora, ¿está Trinidad?

Después de mirarlo de arriba abajo, la mujer acabó por abrir la boca para preguntar algo que el inglés jamás se habría imaginado escuchar.

—¿Es usted policía?

—¿Policía yo?, ¡no, en absoluto! —esbozó una sonrisa—. Soy un amigo suyo.

—¿Un amigo…? ¡ya! —exclamó, a la vez que asentía.

—Sí, señora, soy un amigo de Trinidad y me gustaría verla. ¿Está en casa?

—No.

—¿No? ¿Dónde está?

—Se ha ido a comprar unas cosas que necesitaba para ella.

—¿De comida? —quiso saber Thomas.

—No, de ropa.

—Entonces está en la tienda de Adela Domínguez —imaginó uno de los chavales, el que parecía mayor, que todavía no se había ido y que se había quedado para ver quién era aquel señor tan elegante y tan rico que les había dado dos monedas a cada uno.

Thomas miró a la señora y esta ni confirmó ni desmintió.

—¿Quiere que le llevemos? —preguntó uno de los chavales—. Es donde solemos comprar. Es una tienda que tiene de *tó*.

—¿Sabéis dónde está?

—¡Claro!, pero antes, una cosa, ¿Vamos a tener una propina por ser tan listos?

Ya no fue un esbozo de sonrisa lo que soltó Thomas sino una carcajada sincera. Volvió a sacar su monedero y preguntó al pecoso:

—¿Si te doy esto lo vas a compartir con tu amigo? —La moneda de veinticinco pesetas les parecía a los dos chavales que brillaba como si fuera una estrella caída del cielo.

Con un movimiento del pulgar de su mano derecha, la moneda salió volando y, como si fueran dos jugadores de baloncesto en el principio de un partido, ambos muchachos saltaron para ver cuál de los dos se hacía con ella.

Después de doblar por dos calles distinguieron el establecimiento que le habían dicho.

Como si hubiera estado esperando el momento, cuando llegaron, Trini salía por el umbral de la tienda, con una pequeña bolsa en la mano.

—¡Manolo!, ¿qué haces aquí? —Los pies de la mujer se pararon sin que ella tuviera nada que ver en ello.

Le contempló la cara y lo vio con gesto de preocupación pero guapo, muy guapo. No había hombre a quien le sentaran mejor los pantalones que a su Manolo. Se lamentaba de no haberse podido peinar un poco, o haber vestido menos astrosa.

Antes de abrir la boca, Thomas espantó a los dos niños.

—Vosotros, vamos, ¡largaos de aquí!

Sin rechistar y temiendo que les quitara las monedas, optaron por marcharse de allí a la carrera.

—Manolo, ¿qué pasa?, no me asustes. —A Trini le hubiera gustado agarrarle, darle un beso y pedirle que le contara, pero estaban en su barrio y no quería alimentar, más todavía, los chismes que corrían sobre su vida.

—No te asusto. Mira, no tengo tiempo, me tengo que marchar de viaje y no sé cuándo volveré.

—¿De viaje?, ¿y no puedes esperarte a mañana? Si hoy termino pronto con las cenas… ya sabes —sonrió y le guiñó un ojo aunque sentía que algo nuevo pero incómodo estaba sucediendo.

—No puedo, de verdad, Yo solo he venido para darte esto y para decirte que igual un día vuelvo a Málaga, y lo primero que haré será buscarte.

—Pero ¿qué quiere decir todo esto? No te entiendo. Me dejas *espaventá*.

—Toma.

Thomas optó por no seguir con la conversación y le dio la pequeña cajita.

Trini lo abrió intuyendo su contenido. Notaba que sus piernas le estaban temblando.

A pesar de la escasa iluminación de la calle, la malagueña pudo distinguir con precisión la rutilante belleza del anillo que le estaba regalando aquel hombre del cual, realmente, no sabía nada.

Pensó que al diablo los rumores del vecindario y que no tenía dudas sobre lo que le apetecía hacer. Se intentó acercar a Thomas pero el inglés se inclinó ligeramente hacia atrás.

—Me lo debes, pero no ahora —acertó a decir el espía, a la vez que mostraba un rictus frío, trascendental. Veía que le costaba hablar.

Ella vocalizó un «te quiero» que leyeron los ojos del hombre con precisión.

La pareja acababa de rubricar un compromiso más fuerte que si hubieran pasado por la iglesia.

Con el corazón destrozado como un adolescente, Thomas tomó la Nacional 340 rumbo a Algeciras. Después de atravesar, a la mayor velocidad que pudo, todas las

poblaciones costeras occidentales de la provincia de Málaga, entró en la de Cádiz y, al cabo de unos kilómetros, divisó el contorno del peñón de Gibraltar, con sus luces rojas en la parte superior.

Por fin, tras irle señalando a su jefe todo aquello que entendía como movimientos anormales, Rennie acabó creyéndole y aceptando que la Roca sería invadida por el ejército de Franco. Lo que no terminaba de entender, pensaba mientras bordeaba la bahía de Algeciras, era la razón que había llevado al director del MI6 a convocarle en el Peñón con esa urgencia. La última vez que había hablado con él había sido la noche del pasado lunes y la respuesta que le dio todavía le resonaba en la cabeza como una nueva desconsideración, sin dar valor a lo que le había contado sobre la importancia del Día de la Hispanidad para un país como España. Y ahora, de repente, le confirmaba que la invasión se iba a acometer y que su presencia en la colonia era imprescindible.

Aquello era una locura. No le entraba en la cabeza cómo el Gobierno español iba a iniciar una acción en la cual, seguro, morirían muchos soldados de ambos estados, muchachos inocentes víctimas de los delirios imperiales de unos y de la intransigencia de otros. Él era un miembro de los servicios de inteligencia que trabajaba para salvaguardar la seguridad de su país y no era un político para entrar en valoraciones ni para tomar decisiones, pero no compartía la de su gobierno. Eso de esperar a que los españoles dispararan primero para, después, caer sobre ellos machacándoles era algo que no entendía, algo que iba en contra de su ética y de su moral.

Cuando llegó al puerto de Algeciras las agujas del reloj de su coche marcaban las diez menos diez de la noche. Aparcó lo más rápidamente que pudo y, casi a la carrera, llegó hasta la terminal de salidas de transbordadores y comprobó que el último salía a las diez y media. Adquirió un billete para Tánger y entró en la cafetería donde tomó un sandwich que le sirvió de cena. Antes, había preguntado en la ventanilla si el mar estaba revuelto.

—Hay marejadilla —le habían respondido, sin más, sin especificarle qué quería decir exactamente esa palabra. Prefirió no preguntar cuál sería la altura de las olas con un estado de la mar así.

La travesía, quizá por ser de noche, fue algo más llevadera que la de otras ocasiones. De hecho, casi ni se había mareado, si acaso un ligero aturdimiento.

Al bajarse del transbordador preguntó a un vigilante portuario, en francés, ya que Thomas no sabía ni una palabra de árabe, dónde se encontraba la zona de amarre de yates pero, nada más dar las gracias por la indicación, le abordó un hombre que se abrigaba del relente de la noche con un impermeable grueso azul marino, y unos pantalones de tonalidad imprecisa.

—Creo que está usted buscando algún servicio especial. ¿Me equivoco? —presupuso, en inglés.

—¿Qué clase de servicio especial? —sondeó Thomas, con recelo, aunque sabía

que aquella era la persona que se iba a poner a su servicio de forma inmediata.

—Me han llamado de Londres. Tengo que llevarle a Gibraltar. Mi embarcación se llama Altair —precisó el desconocido, un hombre de apariencia extraña, muy decidido en sus modos, capaz de mantener fija la mirada mientras hablaba y con un acento muy peculiar.

—Perfecto.

Nada más comenzar a andar juntos, el agente se plantó y le preguntó:

—Por cierto, ¿de dónde le ha venido el encargo?

—Del almacén central —ratificó, impasible.

La embarcación que esperaba a Thomas era un yate a motor, con una cabina en el centro, de algo más de diez metros de eslora; pequeña para moverse entre las inmensas esloras que navegaban por el Estrecho pero suficiente para cubrir una distancia de treinta y cinco millas que separaban ambas poblaciones costeras.

Desde Londres, y en previsión de tener que llevar a cabo alguna labor de apoyo, habían enviado hacía unos días al subagente que cubría la zona del Algarve, cuyo centro de operaciones se situaba en la ciudad de Vilamoura, el puerto deportivo más importante del sur de Portugal.

El hombre que lo había recogido de la terminal de transbordadores le ofreció un chaquetón grueso, de paño. No parecía impermeable.

—De noche, encima de un barco, siempre hace frío, y en octubre mucho más. Hágame caso y cúbrase con ello. Se lo dice alguien que nació en la isla de Wight.

Sin esperar a que se lo sugiriera de nuevo, Thomas se lo puso, así como una gorra que también le facilitó.

—Por la cabeza perdemos mucho de nuestro calor corporal. Los marineros siempre la llevan tapada. ¿No se ha fijado?

La travesía fue mucho peor que la que acababa de realizar en el transbordador. Las pequeñas dimensiones de la embarcación producían un movimiento arrítmico que mareó al agente hasta provocar el vómito de todo lo que había cenado.

—Por ahí no, por babor, a sotavento —había indicado el patrón al ver las intenciones de Thomas.

Al hombre del MI6 le horrorizaba ofrecer esa imagen de debilidad pero era algo muy superior a su capacidad de autosugestión.

Cuando el perfil del peñón se recortaba con nitidez sobre la negrura de la noche, anunciándole la proximidad al puerto de destino, Thomas se encontraba sentado en el interior del casco, soportando como podía los últimos minutos que le restaban de suplicio hasta que pudiera poner los pies en suelo firme. Por una de las lumbreras se percató de la entrada en el puerto gibraltareño. Con suavidad, y sobre un mar que ya no se movía, la embarcación se aproximó al muelle de la policía, donde un rostro familiar le dio la bienvenida.

—Manuel, ¿qué tal la travesía?

El teniente había formulado la pregunta de forma mecánica, sin darse cuenta del

estado en el que se encontraba el recién llegado. De haberse fijado en la cara de Best, se la habría ahorrado.

Entre dos policías gibraltareños ayudaron al inglés a desembarcar. Parecía un pelele al que no le respondían las piernas. Lo metieron en un coche y lo trasladaron a la comisaría donde le sirvieron una infusión caliente que pareció entonar al jefe de Sección.

—Por favor, Manuel, tómese el tiempo que necesite. —El comandante le recibió con su corrección habitual—. Esta bebida le va a venir muy bien, le tonificará el cuerpo. Después tengo orden de trasladarlo a la base militar. Allí le están esperando. Estamos todos muy inquietos. ¿Sabe usted algo?

Era absurdo que un hombre de la jerarquía del comandante Facey le preguntara algo así. Evidentemente, si Thomas poseía alguna información relevante no lo iba a decir, por mucho que se lo preguntara. Le respondió con cortesía.

—Vamos a ver si me dicen algo ahora, en la base.

—Claro, claro —el comandante entendió.

Media hora después de haber llegado a la comisaría, un coche de *The Royal Gibraltar Pólice* le condujo a la entrada de la base militar de la colonia, situada en *Lancáster Road*. Eran las dos y cuarto de la madrugada.

—Bienvenido a Gibraltar —le saludó un general del SAS—. No le veo con buena cara. ¿Ha tenido mala travesía? Decían que el mar estaba un poco revuelto.

—Sí, un poco. —Thomas se aguantó las ganas de mandarle a la mierda.

—Me han dicho que en cuanto llegara llamara a Londres, a su gente. He dispuesto un despacho para que pueda trabajar a gusto y hablar con tranquilidad.

Con una gran foto de la reina como único elemento ornamental, la habitación solo contaba con una mesa de trabajo llena de carpetas, unos muebles archivadores y unas sillas.

—Thomas, felicidades —fue lo primero que le dijo Rennie, nada más entrar en contacto telefónico—. El primer ministro me ha pedido que te enviara su felicitación más cordial y yo estoy encantado de transmitírtela.

«Maldito cabrón, ahora me vienes con esas», pensó, con furia.

—Se ha tomado en firme la posibilidad de que nos ataquen este domingo, es decir, en menos de setenta y dos horas.

—¿Y para qué estoy aquí?, ¿para ser el primero en caer?

—¡Qué cosas tienes, Thomas!, veo que nunca pierdes el sentido del humor. Necesito a uno de mis hombres allí. El sábado a las ocho de la mañana se va a proceder a la evacuación de la población civil. Todavía no lo sabe nadie en la colonia, tú eres el primero. Mañana, a las diez de la mañana, James Stewart tiene previsto llamar a Robert Peliza para informarle de la decisión que ha tomado el gobierno y de todo lo que tienen que preparar para ese día. Están a punto de arribar a Gibraltar dos barcos que acogerán a las mujeres y los niños, pero ahora no te quiero agobiar con consignas. Descansa; mañana, y sobre todo pasado, van a ser días duros. Del

domingo prefiero ni hablar.

—Señor, ¿para qué me ha mandado aquí? Eso de que quiere a uno de sus hombres en Gibraltar no me lo creo. Déme la explicación real.

Se hizo un silencio a ambos lados de la línea telefónica. Llevaban trabajando juntos el tiempo suficiente como para entenderse casi con la primera palabra que se cruzaban, aunque esta solo fuera de saludo.

—Sí, hay una razón especial. Quiero que tú detengas a la mujer del falso filatélico. Es una espía en suelo extranjero y ya sabemos qué clase de justicia militar se le puede aplicar, pero también es una mujer que puede jugar a nuestro favor en este momento tan decisivo y solo tú vas a poder sacar el verdadero partido a esa situación. Sabes que confío en ti ciegamente —terminó diciendo Rennie.

«Cabrón», volvió a pensar.

Día 10 de octubre. Viernes.

Fue uno de los Consejos que menos tiempo duró. A las cinco de la tarde los ministros ya estaban camino de sus domicilios o de sus despachos oficiales. Bastaba ver la cara de todos los miembros del gabinete al salir para darse cuenta de que la noticia que habían escuchado les había cambiado el semblante hasta transformarlo en la viva expresión de la preocupación, la tristeza y el miedo. Ninguno se había atrevido a intervenir. La sesión había sido un monólogo por parte del vicepresidente del Gobierno, en la cual les había resumido los orígenes del contencioso con el Reino Unido a cuenta de la soberanía del Peñón y cómo ese país había desoído todas las peticiones, justificadas y argumentadas, que había solicitado el gobierno de Franco en el foro diplomático más cardinal: la Organización de las Naciones Unidas. Incluso había recordado a todos los ministros las promesas que realizó el gobierno de Churchill al de Franco en el año 1940 en el sentido de que si España se mantenía neutral en el conflicto europeo, al terminar, se atenderían nuestras peticiones históricas sobre el Peñón.

—No nos han dejado otra alternativa —sentenció el almirante.

Después, fue contando la misión específica que tendrían que cumplir los ministros más singulares. Por ejemplo, Fraga tenía que citar, en el momento indicado, a todos los directores de los diarios de tirada nacional para que prepararan un equipo de dos periodistas y un fotógrafo con la orden de presentarse en la base aérea de Getafe donde un avión les llevaría a un determinado lugar para cubrir una noticia de marcado interés, sin contarles nada más.

José Solís y los tres ministros militares se desplazarían a La Línea, donde se situaría el cuartel general de la Operación Mirón, como se les anunció que se llamaba la recuperación, mediante la invasión armada, del territorio nacional usurpado por los británicos.

Con un «¡Que Dios nos ayude!», Franco dio por concluida la reunión ministerial. No se había tratado ningún otro asunto, aunque Carrero había preparado una nota de prensa con las disposiciones aprobadas, todas ellas carentes de interés político relevante.

Mientras salían en silencio, hubo tres ministros que, al margen de encontrarse hermanados por lucir su uniforme militar, también se hallaban unidos por medio de unos ojos que permitían establecer un lenguaje común. Por su cuerpo caminaba lenta la sangre venosa del acatamiento de una orden pero también la enérgica sangre roja arterial de la rabia por no haber tomado la decisión que la historia, estaban seguros de ello, les acabaría recriminando.

Todos los ministros, menos uno, abandonaron rápidamente el palacio de El Pardo casi sin despedirse. Dejaron para mejor ocasión los comentarios, chistes y comadreos que se traían después de la tensión que siempre suponía un Consejo de Ministros. Fernando Castiella fue el último en abandonar el salón de Consejos:

—¿Podríamos hablar? —pidió el vasco al vicepresidente.

—Claro. Vamos al salón de Consejillos.

La sala se enclavaba contigua al salón donde se celebrábanlos Consejos de Ministros.

—Carrero, no hace falta que recordemos que no nos tenemos mucha simpatía mutua —comenzó diciendo el ministro de Asuntos Exteriores, que no hizo intención de sentarse y optó por quedarse de pie junto a la mesa redonda de mármol que ocupaba el centro de la estancia.

Los desencuentros entre ambos políticos se podían contar casi con el mismo guarismo con el que se enumeraban las cuestiones que trataban. Si no era por la sentencia de muerte de un detenido —Castiella se opuso con rotundidad a la ejecución de Julián Grimau—, era por la fecha adecuada para levantar un estado de excepción. Bien podía ser por la velocidad a la hora de descolonizar Guinea, o por el aguante que había que demostrar en el pulso que se tenía que mantener con la administración Nixon por la renovación de las bases militares; o quizá por el debate ante el proyecto de libertad religiosa. Cualquier cuestión, por muy simple o compleja que fuera, suponía una nueva y enconada desavenencia.

—Castiella, aquí no estamos para tenemos o no simpatía, sino para servir a nuestro Caudillo, a España y a Dios. ¿No le parece?

—Eso no se cuestiona, por supuesto que sí, pero no comparto esta decisión. No he querido exponerla en el Consejo, porque sé que Franco ya la ha hecho suya, pero, repito, no la comparto. Ha habido muchas personas que hemos trabajado con ahínco para solucionar este problema de forma pacífica, y nunca para convertir Gibraltar en una espoleta.

—Esta es una decisión que ha tomado él y a todos nosotros, Castiella, a todos nosotros —repitió, para remarcarle la necesidad de implicación personal que se le había requerido— nos toca obedecer. No hace falta que le recuerde la claridad de su

mente y lo acertadas que han sido todas las decisiones que ha tomado como capitán de esta nave que se llama España.

—Ya nos ha contado, pero el que la haya tomado nuestro Generalísimo no quiere decir que esta decisión, en concreto esta, sea prudente.

—Castiella, ¿está poniendo en duda la capacidad política de nuestro Caudillo?

—Carrero, bombardear Gibraltar es una locura de dimensiones incalculables. Gran Bretaña nos declarará la guerra al minuto siguiente. Acuérdese de lo que hizo hace treinta años declarando la guerra a la Alemania de Hitler al invadir Polonia. En aquella ocasión era un tercer país pero ahora lo que se va a invadir es lo que ellos consideran «su» territorio —enfatizó en el adjetivo posesivo—. Además, y por los pactos que tienen, tendremos enfrente no solo a ese país sino a las fuerzas de la OTAN. Solo el británico es un ejército muy superior al español —Castiella se iba enardeciendo— y va a significar la muerte, seguro, de miles de soldados nuestros, eso solo en los primeros instantes.

—¡Basta!, no le voy a consentir que diga ni una palabra más. ¿Sabe usted que por lo que me está diciendo le podría mandar detener y juzgarle por un tribunal militar como delito de rebelión? ¿Sabe usted lo que eso significa?

Castiella, que era mucho más alto que su interlocutor, lo miró sin poder reprimir la sensación de asco que le daba todo lo que había escuchado en el Consejo de Ministros y que ahora le ratificaba Carrero. El catedrático se sentía cansado. Llevaba muchos años luchando en los foros que él creía adecuados por una solución diplomática y todo aquello, esa invasión militar, no dejaba de ser el exponente del fracaso de su trabajo.

—Carrero, al menos moriría con dignidad —coligió con severidad—. Si no ordena nada más, con su permiso me voy a retirar. Tengo trabajo en el palacio de Santa Cruz

Sin esperar respuesta, se dio media vuelta y enfiló el camino de salida esperando en cualquier momento oír la voz de Carrero dándole el alto. Así, cada paso que daba parecía que, en vez de estar andando sobre las gruesas alfombras con que estaba decorado el palacio, pisaba un campo de minas.

No escuchó nada. Cuando llegó a la puerta principal verificó que el único automóvil, al margen del Dodge de Carrero, que estaba aparcado era el suyo y corroboró que era el último ministro en abandonar El Pardo.

Mientras tanto, Carrero pensaba en lo que le había dicho su ministro de Exteriores y en el valor que había demostrado al cuestionarle las decisiones del Caudillo. También pensó en la posibilidad que le apuntó: la muerte de muchos soldados españoles.

«Castiella nunca entenderá que el mayor orgullo que puede esperar a un militar es morir por su país», pensó el almirante.

Había dormido seis horas, pero habían sido suficientes. El mareo de la noche anterior era historia, una más, un nuevo capítulo de la tormentosa relación entre

Thomas y el mar. El problema era que, en este caso, no valía con aplicar el divorcio.

Desayunó un tazón de café con leche y unas galletas indias que nunca antes había probado, y esperó acontecimientos. Rennie le había dicho que el gobernador de Gibraltar s ería informado a las diez de la mañana y, des de es e momento, contarían con veintiocho horas para organizar la evacuación de muchos miles de personas, «demasiadas», resolvió Thomas. Los números, así, a simple vista, no le salían. No había en Gibraltar barcos capaces de acoger a tanta gente y llevarla, ¿adonde?

Pero eso no era un tema suyo. Él había sido enviado con una misión muy concreta. Había que detener a la falsa filatélica, la espía española que no paraba de informar a su país de la situación militar en la colonia. De entrada, daría orden de que la carta que llevara ese día a Correos, si es que seguía con esa costumbre, fuera retenida. Lo que no tenía nada claro es cuándo actuaría sobre ella y si podría sacar algún provecho de la ocasión que se le presentaba. En sus años de instrucción le contaron que, durante la segunda Guerra Mundial, la captura de agentes nazis fue una constante a lo largo de toda la conflagración. La *Abwehr* —los servicios de inteligencia alemana—, mandó a muchos de sus espías a la isla para que informaran por radio de los movimientos de tropas británicas pero, entre la ayuda civil y la falta de preparación de aquellos, los fueron deteniendo a los pocos días, cuando no a las pocas horas, de su llegada. Se les ofrecieron dos alternativas: la horca o mandar información falsa a sus superiores. Muy pocos eligieron morir por su Führer y la mayoría optaron por seguir con vida. Fue tal el cúmulo de agentes capturados que tuvieron que llegar a crear una oficina específica al mando de Robin Stephens y esconderlos en *Lachmere House* —aquel grupo de trabajo recibió el nombre de Comité de los Veinte y lo integraban miembros relevantes del MI5, del MI6 y de las fuerzas armadas—, para organizar la información falsa que se generaba, para llevar un orden y no caer en contradicciones.

«Sí —concluyó, convencido—, es una gran ventaja contar con un agente enemigo dispuesto a trabajar para ti.»

Salió a la calle bien abrigado porque la temperatura en nada se parecía a la que había disfrutado cuando estuvo en julio o a primeros de septiembre. Aunque no tenía parangón con la de la isla de Gran Bretaña, Gibraltar le ofrecía un aspecto insólito y algo desagradable, una sensación de que el otoño ya se había implantado en el ambiente.

Llegó a *Casemates Square* y desde allí enfiló *Main Street*, y pensó en lo ignorantes que se encontraban todas las personas con las que se cruzaba por la calle de que al día siguiente, a esa hora, tendrían que estar abandonando la colonia, casi con lo puesto, rumbo a un lugar desconocido por un tiempo más incierto todavía.

Pero, sino le entraba en la cabeza que sus políticos no hubieran sido capaces de llegar a una solución diplomática, entendía menos aún que no desplegaran su poder disuasorio para evitar que España fuera a cometer la locura que él entendía que suponía la invasión armada del Peñón. «Si nosotros enseñáramos las garras —quería

razonar, usando su lógica—, seguro que ellos se amedrentarían y no realizarían acción militar alguna.» Recordaba el despliegue efectuado el día uno de octubre, con una bahía de Algeciras plagada de buques de guerra. «Esa sí fue una buena idea.»

Y ahora, por el contrario, muchos soldados ingleses morirían por la obstinación de quien fuera.

«¿Podría hacer algo yo para evitarlo?» se preguntaba Thomas, sin hallar respuesta a tan trascendental cuestión. Se asustó de pensar así, de sentirse protagonista de una especie de remedio contra el desatino, como si fuera un druida que tuviera que encontrar, a contrarreloj, una poción mágica que fomentara la sensatez.

Cuando estaba a la altura de *The Convent*, la residencia del gobernador, distinguió la llegada de un avión militar de gran envergadura, uno de transporte. El ver aterrizar o despegar aviones militares en el aeropuerto de Gibraltar no era ninguna noticia, ya que su movimiento era incesante pero, en aquella ocasión, algo le dijo que esa aeronave traía material o personas de vital importancia para los acontecimientos que se iban a producir en las próximas horas. Optó por regresar al acuartelamiento en el cual había pernoctado la noche anterior y en donde le habían dejado la ropa que llevaba puesta.

A las once de la mañana el despacho de Robert Pe liza parecía una sombra desencajada de la paz que lo presidía habitualmente, fruto de la casi nula actividad política imperante en la colonia.

Tal y como le había adelantado el día anterior John Rennie a Thomas Best, a las diez en punto de la mañana James Stewart llamó al gobernador para informarle de lo que iba a suceder el domingo y de las medidas que tendrían que tomar ese viernes día diez de octubre.

Thomas no se había equivocado en la apreciación. En el avión militar que acababa de aterrizar habían llegado dos generales pertenecientes a *Her Majesty's Armed Forces* junto a un buen número de médicos, anestesistas, cirujanos y enfermeras. También habían incluido abundante material sanitario y unidades de plasma. Como armamento, y pensando en contrarrestar la acción de los carros de combate, había arribado a Gibraltar una compañía de artificieros anticarro con sus equipos lanzacohetes portátiles, los conocidos familiarmente como bazucas. También, y todo en el mismo avión, había viajado un buen número de zapadores —concretamente una unidad de especialistas en minas—, con la orden de sembrarlas a lo largo de todo el camino de entrada a la colonia.

—En estos momentos, hay cinco barcos atracados en Gibraltar. Hemos decidido —informaba uno de los generales llegados desde Londres— que se van a quedar dos. Los otros tres, dos civiles y una fragata, servirán para evacuar a todos los varones menores de dieciocho años y mayores de sesenta; y también a todas las mujeres, sin distinción de edad.

—Pero estamos hablando de miles —puntualizó el gobernador, que no podía ocultar el estado de nervios en el que se encontraba después de la llamada del

Foreign Office.

—Lo sé, y además a esa cifra habrá que sumar, aunque sea reducido por la época del año, un determinado número de turistas y personal que esté de paso. ¿Me equivoco?

—Pero ¿dónde se los van a llevar? —preguntó el gobernador, sin responder a la última cuestión.

—A Inglaterra, desde luego —resolvió el general del SAS, el Servicio Especial Aéreo, que había llegado a Gibraltar el día anterior—. Habíamos pensado en otras alternativas, tales como Marsella o Genova, incluso Sicilia, pero las hemos descartado. Por supuesto, otros destinos, como un puerto marroquí, argelino o portugués no han sido ni contemplados, no vamos a salir de una dictadura y meternos en otra. No, no vamos a llegar con un barco cargado con tres mil personas pidiendo ayuda humanitaria cuando, por unas millas más, los podemos desembarcar en nuestro país.

—Hemos estado echando cálculos y Marsella, que sería el puerto adecuado más cercano —explicó otro de los militares que acababa de aterrizar—, se encuentra a setecientas treinta millas, mientras que Plymouth se halla a mil ciento veinte, es decir, a casi dos días más de navegación. Ese ha sido uno de los puertos designados. Los otros dos serán Southampton y Portsmouth. De hecho, ya están preparando un hospital de campaña en cada uno de ellos para cuando reciban al pasaje.

—Y con la población masculina, ¿qué va a pasar? —inquirió Pe liza.

—Pues muy sencillo —habló el militar que parecía poseer mayor poder entre los tres—, se quedarán aquí como nos quedaremos nosotros. ¿Sabe cuántos kilómetros de corredores, refugios y almacenes tiene usted ahí al lado? —Señaló hacia donde se ubicaba el peñón—. Se lo digo yo. Es zona militar y, aunque lo haya visitado, está claro que usted no se ha puesto a medir las más de treinta y cinco millas que tenemos a nuestra disposición. Me consta que hay comida y agua suficiente para mantener un asedio de muchas semanas, por lo que no vamos a tener problemas. Lo de los españoles no va a durar más de unas horas, el tiempo que tarden nuestros misiles en responder. No sabe Franco los miles de cadáveres que van a pender de su conciencia por la locura que está cometiendo. —Las aplomadas palabras del general sonaban con una seguridad que no dejaba duda alguna a los presentes de cómo se devendrían los acontecimiento s.

—Le confirmo —corroboró el comandante en jefe de las tropas británicas destacadas en la colonia— que todo lo que usted está diciendo es correcto. La roca está preparada para acoger a varios miles de decenas de personas y allí podremos albergarlas con total seguridad.

Thomas, que había sido invitado a la reunión, permanecía en silencio. Nadie le había dicho, de momento, que interviniera y él no quería hablar sin tener una buena razón para ello. Lo mismo debía pensar David Facey, cuyo mutismo le resultaba a él mismo casi cobarde.

Como si hubiera habido telepatía, David sintió que era el momento de intervenir.

—Señores, ¿qué les vamos a decir para que dejen su vivienda en unas horas?

—Sí —parecía que uno de los generales estaba esperando la pregunta—, hemos estado barajando varias alternativas, y al final nos hemos quedado con la explicación oficial que se va a trasladar a la población, y es que ha habido un problema con el reactor nuclear de uno de los submarinos que están atracados en el muelle —en ese momento, había dos sumergibles británicos en el puerto; era muy frecuente que siempre hubiera alguno atracado en su dársena— y que, como medida precautoria frente a la manipulación que van a llevar a cabo especialistas militares llegados desde la isla, hay que evacuar a la población civil. Se les dirá que en un par de días volverán a sus casas y que, mientras, la colonia estará bien custodiada por fuerzas militares, Vamos, que no tienen nada que temer, ni por su salud ni por sus bienes.

—¿Y cuándo empezaremos con la evacuación? —quiso Robert Peliza que le explicaran; era quien mostraba más interés de todos por las horas próximas de la población civil.

—Mañana sábado a las ocho de la mañana —anunció el militar al mando del operativo—. Tenemos seis horas para que salga el último barco. A las catorce horas no debe quedar ni un solo civil ni en las calles ni en las viviendas de Gibraltar.

—Pero eso… ¡es poquísimo! —El gobernador no se terminaba de creer lo que escuchaba. Aquello le parecía imposible. Se estaba hablando de miles de personas como si fueran objetos inanimados, simples bultos, no seres humanos que pueden pensar, sentir, hablar…

Los tres militares sonrieron.

—No se puede imaginar usted cuan fácil puede resultar movilizar a una población civil en tiempo de guerra. Los tres que estamos aquí vivimos, aunque en aquella ocasión fuéramos protagonistas pasivos, las evacuaciones de las grandes ciudades durante la Segunda Guerra Mundial. Yo concretamente vivía en Birmingham, y tenía usted que habernos visto. En una hora éramos capaces de dejar vacío un barrio entero.

El silencio volvió a adueñarse del despacho del gobernador. Thomas sabía que había llegado su momento. El siguiente paso que tenía que llevar a cabo era la detención de Isabel Vioque, la espía española.

—A partir de ahora, vamos a continuar la reunión con el siguiente escalón jerárquico —indicó el militar—. Comandante —miró a David Facey—, llame a sus hombres y dígales que vamos a organizar la evacuación por zonas. Si empezamos a las ocho de la mañana, a las nueve ya podemos tener a las primeras personas embarcadas y a las doce de la mañana debe partir el primer barco.

En el cuartel Ballesteros de La Línea de la Concepción —el único edificio militar de la población— se estaba celebrando una reunión atípica. En el cuarto de banderas se habían reunido los tres ministros militares del Gobierno, llegados desde Madrid vía Jerez, y José Caballero acompañado, para su desgracia, del capitán de navío Alvaro

Bernal.

Después de picar un poco de jamón y queso que les sirvieron a modo de cena rápida, los cinco militares se encontraban planificando los últimos detalles de la invasión.

—¿Tenemos preparados los F-5?

—Estarán todos a la hora convenida —respondió Lacalle, el ministro del Aire, un tanto exasperado.

—La hora cero será a las seis y cuarenta y cinco. A esa hora —prosiguió Caballero— los primeros proyectiles de nuestros aviones impactarán sobre los buques y sobre las instalaciones militares. Calculo que las primeras misiones no deben llevar más de cuarenta minutos.

—Treinta minutos, más o menos —cuantificó Lacalle.

—Eso quiere decir que las unidades de morteros tendrán que empezar a disparar a las siete y quince minutos. ¿Cuánto tiempo necesitan para estar armados y dispuestos para entrar en combate? —Esta vez, la pregunta iba dirigida al teniente general Menéndez Tolosa.

—La idea es que los artilleros estén preparados desde las seis y media de la mañana. A las siete menos cinco saldrán de su acuartelamiento y en diez minutos tendrán que estar listos para actuar. Las unidades de mortero son muy versátiles y rápidas en entrar en acción.

La reunión marchaba con normalidad. Después, hablaron de los dos submarinos.

—No saldrán desde Cartagena. El día anterior ya estarán fondeados a sotavento de la isla de Alborán. Así tendremos una parte importante del viaje ya cubierta y ahorraremos contingencias.

—Me parece una buena idea —opinó Alvaro Bernal.

—Mi comandante, si no le importa, me deja a mí que sea yo quien sancione cada acción. ¿No le parece? —Caballero no podía reprimir la inquina que le provocaba el protegido de Carrero. Además, no quería que ninguno de los tres ministros tuviera duda alguna sobre quién coordinaba la operación.

Menéndez Tolosa miró a Nieto Antúnez y este a Lacalle. La tensión entre Caballero y Bernal era palpable en todos los lenguajes, desde el oral al gestual.

Después de comentar con mayor detalle las misiones aéreas, hablaron del papel de la infantería, la cual entraría en escena después de que los carros de combate hubieran realizado los primeros disparos.

—¿Qué disparos? —escudriñó el ministro del Ejército de Tierra.

—A lo que se mueva, ministro, a lo que se mueva.

—No le entiendo. —Menéndez Tolosa empezaba a encararse con Caballero.

—Cuando digo que dispararán a lo que se mueva me estoy refiriendo a cualquier fuente de hostigamiento, la que sea, incluso si es la policía.

—Pero la policía no es un cuerpo militar, a estos efectos está considerada como población civil.

—¿Y quién ha dicho que no vamos a actuar sobre la población civil?

—Mis soldados no dispararán sobre la ciudadanía —sentenció el ministro del Ejército de Tierra—, esa es una norma de nuestro código de honor.

—¡A la mierda el código de honor! —saltó Caballero—, esto es una guerra y en una guerra todo vale. A todo aquel que no salga con los brazos levantados se le disparará, irremisiblemente y sin que le tiemble el pulso a nadie. Y si no lo hace, se le formará consejo de guerra sumario y se le fusilará inmediatamente.

—¡Eso no puede ser!, ¡es una locura! —refrendó Nieto Antúnez.

—Eso será así porque lo digo yo, que soy la máxima autoridad militar en esta acción, y así lo dispongo.

—Sí, usted será el coordinador de esta operación —Nieto Antúnez le quiso dejar claro a Caballero cuál era el papel de cada uno—, y nosotros estamos brindando colaboración, pero eso no significa subordinación, mi general de brigada. No hace falta que le recordemos los empleos de cada uno de nosotros.

Caballero miró de arriba abajo al ministro de Marina pero no le dijo nada. Tenía toda la razón. Los tres ministros militares eran superiores jerárquicos, y una cosa era que él fuera el coordinador de una determinada operación militar y otra muy distinta que pudiera ordenarles.

—Vamos a ver si me escuchan todos, porque no lo pienso repetir. —El tono de Caballero había descendido sustancialmente—. Gibraltar tiene que ser español porque así lo quiere España, y lo será porque nosotros cinco y todos los soldados que van a intervenir no tenemos otra cosa mejor que hacer que derramar hasta la última gota de nuestra sangre para cumplir las órdenes que nos dicte Dios y que el Generalísimo nos transmite. Y esa orden se va a cumplir. Cueste lo que cueste.

Las palabras de José Caballero habían retumbado en la habitación como si fueran el sonido de la primera arma de fuego que se disparaba en la acción militar. Quizá, porque esta ya había comenzado.

A las dos de la mañana, un hombre vestido de paisano salía por la puerta del cuartel Ballesteros después de enseñar su acreditación en el cuerpo de guardia.

La Línea de la Concepción dormía y solo algún coche rompía el silencio que acunaba a la población. Apretó el paso y desplegó el plano que llevaba guardado en el bolsillo derecho de su chaqueta. Se orientó convenientemente y llegó al cruce de las calles San Felipe con Castellar donde le estaba esperando un *Seat 124* blanco, matrícula FN, de las Fuerzas Navales, con las luces apagadas pero con un conductor bien despierto en su interior. Entró y se sentó en el asiento del copiloto.

—Le esperaba antes.

—Y yo hubiera querido llegar también mucho antes, pero la reunión acaba de terminar ahora mismo. Aquí tiene la carta.

Le entregó un sobre cerrado sin destinatario pero con dos letras en el remite: A. B.

—¿Está despejado para conducir? —se interesó Alvaro Bernal.

—No se preocupe. Llevo trabajando muchos años en el tumo de noche y estoy hecho a la oscuridad.

—¿Cuántas horas puede tardar en llegar a Madrid?

El hombre miró el reloj y sentenció:

—Antes de las nueve de la mañana esta carta estará en la calle Hermanos Bécquer. No se preocupe.

Alvaro asintió. Le dio la mano y le deseó buen viaje.

El capitán de navío vio partir con preocupación al 124. «Demasiados kilómetros para recorrerlos un hombre solo.» La noche del viernes, tradicionalmente, había sido quizás el momento en el cual más militares ingleses se encontraban despiertos; y no porque se encontraran de guardia en sus acuartelamientos, sino porque era cuando comenzaban con los permisos de fin de semana y salían en grupos to *hit the town*, como decían, a La Línea. Su llegada a los cabarés de la calle Gibraltar siempre era esperada e incluso anhelada, porque la diferencia de nivel adquisitivo provocaba que los británicos fueran, con diferencia, los clientes que más dinero se gastaban en alcohol y en mujeres.

Pero en aquella ocasión la situación era bien distinta. Un número muy importante de militares se encontraban alerta, cada uno en el puesto designado, esperando acontecimientos.

La torre de control del aeropuerto había recibido información de la llegada de un vuelo especial. Era un pequeño avión militar procedente de Londres que irrumpiría en el radar por el oeste. En efecto, a las tres de la madrugada, la señal luminosa anunciaba la aproximación de la aeronave y el controlador de servicio se dispuso a dar las órdenes pertinentes tanto al comandante del avión como al personal de tierra. Diez minutos después, y siguiendo las instrucciones recibidas, un vehículo militar se situó a pie de pista.

El hombre que descendió por la escalerilla levantó el cuello de su gabán de cuero para protegerse del frío de la noche, que había actuado como el mejor despertador contra el letargo en el que le había sumido el adormecedor zumbido de las turbinas durante el trayecto. Se subió al coche y recibió el cumplido del conductor. Después de recorrer una distancia de trescientos metros, llegó a la entrada del cuartel donde fue saludado militarmente, como correspondía a su rango.

—¡Señor!, ¡señor! —Una voz llamaba al hombre que dormía en una de las habitaciones de la instalación militar—. Señor, ¡despierte!

—Déjeme a mí, por favor —pidió el recién llegado, mientras se desabotonaba el abrigo largo y solicitaba al soldado que se retirara—. Ya le llamo yo.

Cuando abrió la puerta, Thomas se incorporaba sin poder ni querer ocultar la expresión somnolienta que mostraba su cara.

—Thomas, yo también estaba dormido hace unos minutos, no te preocupes. Es lo más sano que puede hacer una persona a las… —miró el reloj y comprobó la hora— tres y veintiocho minutos de la madrugada.

El inglés no sabía qué hacer. Se quedó sentado en la cama con los pies apoyados en el suelo. Miró a su jefe totalmente desconcertado.

Rennie le ofreció una alternativa para despertarlo y retornarlo al mundo de los lúcidos.

—¿Quieres que pida un té?, seguro que aquí tendrán, por muy cuartel que s ea.

—Seguro, señor —confirmó el jefe de Sección.

—Por favor, ¿nos pueden traer té? —solicitó a un soldado que se encontraba deambulando por el pasillo. Después, volvió de nuevo a la pequeña habitación y le propuso una nueva acción—: ¿Qué te parece si te despejas un poco con agua? Tenemos que hablar.

En el momento en que les traían dos tazas de plástico en una bandeja metálica, Thomas salía del pequeño cuarto de baño con la cara todavía húmeda y una ligera mejoría en su semblante.

—¿Mejor?

—Sí, algo mejor —convino Best después del primer sorbo.

—Me alegro de que te hayas ahorrado preguntas tales como que qué hago aquí, que por qué he venido… dicen mucho de tu perspicacia, Manuel —sonrió maliciosamente al pronunciar su alias.

—De todas maneras, señor, que no se las haya preguntado no quiere decir que no me las pregunte yo.

—¡Por supuesto!, ¡ faltaría más!

El director del MI6 se limpió la boca con un pañuelo de seda que sacó de su chaqueta. A pesar de la hora y de las circunstancias, John Rennie lucía su porte habitual y no había descuidado ningún detalle de su vestuario, incluyendo el pañuelo de flores que sobresalía del bolsillo superior de su traje de raya diplomática gris marengo.

—Thomas —el tono de voz con el que arrancó a hablar de nuevo, y el hecho de llamarle por su verdadero nombre, le indicaron al jefe de Sección que la sesión de trabajo acababa de comenzar—, en unas horas todo esto se va a convertir en un infierno. Primero la evacuación, después el ataque de los españoles.

—¿Estamos seguros de eso?

—Sí, Thomas, sí lo estamos, o por lo menos lo está Wilson, que es el que cree mandar.

La penúltima palabra había desperezado a Thomas más que toda el agua que se había echado sobre la cara para espabilarse.

—¿Cree mandar? —quiso concretar Best.

Rennie se recostó en la silla y sonrió. Miró la taza de té y apuró su contenido. Thomas notó el movimiento de los músculos del cuello mientras levantaba la cabeza para acabar la bebida.

—El plan ya lo sabes —continuó Rennie—. Las instrucciones que se han lanzado son determinantes: esperar a que los españoles lancen el primer ataque, a que

disparen la primera bala, a que pisen la primera pulgada de territorio británico para caer sobre ellos con nuestra mayor contundencia. Todas las fuerzas armadas están alertadas y ya se ha iniciado el despliegue naval. Los misiles están preparados y los hombres acuartelados. ¿Entiendes ?

—Bueno, es lo que ha decidido nuestro gobierno —repuso el jefe de Sección, con un tinte de resignación.

—Lo sé, pero eso no es lo que va a pasar.

Thomas lo miró extrañado. Cogió la taza y, al ir a llevársela a la boca, se dio cuenta de que ya no tenía té. La dejó donde estaba.

—Antes has oído bien. Wilson es quien cree mandar, pero por encima de él estamos nosotros. Al fin y al cabo, ¿quién es Wilson? Te lo voy a decir yo. —Thomas no recordaba haber visto nunca a su jefe tan hablador como en aquel momento—. Es un político. Un hombre que ha ganado unas elecciones porque ha hablado mejor que su adversario. Nada más. Sin otro mérito. El entenderá de muchas cosas, no digo que no, pero no por ello se puede permitir el lujo de llevar a un país, a su país —matizó, levantando el dedo, como si fuera una amenaza—, a una guerra absurda.

Se recostó sobre el respaldo de la silla y sacó un cigarrillo. Dio un par de suaves golpes con él sobre la pitillera de plata y lo encendió con un mechero nacarado.

—Te lo dije una vez —determinó, después de dar la primera calada—, nosotros somos un servicio de inteligencia. Y vamos a ejercer como tal.

Thomas lo miró y asintió.

Treinta y cinco minutos después, John Rennie abandonaba las instalaciones militares de Gibraltar a bordo de un automóvil que lo conduciría a la pista de aterrizaje donde el avión que lo había llevado al Peñón le estaba esperando para retornarlo a Londres. Durante el viaje de vuelta se mostró satisfecho. Su hombre en Gibraltar había entendido las instrucciones a la perfección. El particular plan del jefe del MI6 daría comienzo en unas horas.

Día 11 de octubre. Sábado.

Anthony Woodgate había nacido en Gibraltar hacía veintitrés años. Poco después de que sus padres regresaran a la colonia tras la evacuación a la que fueron sometidos durante la Segunda Guerra Mundial, se asentaron definitivamente en la Roca y de resultas de aquella nueva situación nació Anthony. Había estudiado telecomunicaciones en Londres y hoy en día era uno de los técnicos de la General Post Office en Gibraltar. Entusiasmado por todo lo relacionado con las ondas, había obtenido la autorización para poseer en su casa un equipo de radioaficionado y pasaba una buena parte de la noche hablando con otros diletantes establecidos en distintos puntos anglófonos. Así, tenía amigos en Jamaica, Estados Unidos o Australia, entre otros países.

A las ocho menos cuarto de la mañana notó que algo le pasaba a su equipo de radio pues un fuerte pitido le impedía recibir correctamente la señal que había establecido con un tal Tony Ferrer, ubicado en Middletown, cerca de Nueva York. Tras retirar el protector trasero, Anthony intentó buscar cuál era la razón de la interferencia pues en un primer momento pensó que la culpa la tenía una lámpara fundida o una resistencia estropeada.

Después de una hora de comprobaciones, dejó de buscar la avería repentina cuando su madre entró en su habitación, conmocionada y muy alterada:

—Anthony, tenemos que marcharnos de Gibraltar.

Tal y como habían previsto, a las ocho y media en punto, seis vehículos policiales comenzaron a recorrer las calles de la colonia informando, a través de sus megáfonos, que toda la población civil tenía que abandonar el Peñón. Habían impreso diez mil pasquines con instrucciones mientras efectivos del Ejército comenzaron a tomar posiciones en las principales vías a la vez que apostaban a varios hombres en los edificios más estratégicos como eran la sede de Correos, las sucursales bancarias, así como en las puertas de los supermercados. La radio —se sabía que las emisoras de Gibraltar eran escuchadas desde el lado español por lo que no se podía informar de nada a través de las emisoras locales— había pasado a emitir música ligera intercalada con comentarios intrascendentes a cargo de alguno de los locutores habituales, y el *Gibraltar Chronicle* había preparado un número especial gratuito con una entrevista a Robert Peliza en la cual pedía disculpas a toda la población «en nombre del Ejército y en el mío propio» por las incomodidades a las que tenían que someter a toda la población gibraltareña «sin excepción» —remarcaba el rotativo— por una avería en el reactor nuclear del Spum.

Los teléfonos habían quedado inutilizados y los gibraltareños se habían concienciado, en cuestión de minutos, de que tenían que abandonar sus casas y que solo se les autorizaba a que llevaran una pequeña maleta con algo de ropa, asegurándoles que en los barcos se les daría lo que necesitaran.

—¡Igual que en el año cuarenta! —se oyó decir a un hombre próximo a los setenta años, mientras bajaba las escaleras de su casa situada en *Engineer Lane*.

Por su parte, Violet Rogers maldecía a su hijo por no haberla avisado con más tiempo, «para unas cosas sí le soy útil, pero para otras me trata como si fuera una vieja que no se enterara de nada», razonaba para sí, muy contrariada mientras caminaba por la calle hacia el lugar de concentración que le habían marcado.

Los autobuses del servicio municipal comenzaron a trasladar al puerto a aquellas personas que necesitaban cierta ayuda mientras que el resto de la población inició un desfile pausado desde sus viviendas hacia los muelles, en lo que constituía un éxodo paradójico, tan inesperado como anunciado. Más de un gibraltareño estaba en el convencimiento de que aquello significaba la marcha definitiva de la colonia y que su gobierno había acabado claudicando ante la resolución de la ONU.

Isabel Vioque, como casi todos los residentes en el Peñón, también se enteró de la

noticia por los megáfonos de la policía. Se asomó a su ventana y quiso que se la tragase la tierra. Todavía no había terminado de decidir qué iba a hacer cuando oyó golpes en su puerta.

—¡Policía, abra inmediatamente! —bramaba una voz enérgica, en español.

Miró en derredor y barajó la posibilidad de esconderse en algún lugar de la casa, pero fue inútil. Antes de que los policías hicieran saltar la puerta por los aires, la mujer giró el pomo y les franqueó el paso.

—¿Isabel Moque? —preguntó un hombre en un español con marcado ceceo, mientras le apuntaba con una pistola.

La cordobesa, que se encontraba vestida con un pijama de felpa rosa, asintió inapreciablemente.

—Vístase y acompáñenos. No tenemos mucho tiempo, como puede oír. Queda usted detenida por espionaje.

Cinco minutos después, los dos policías que acompañaban al cabo bajaban a Isabel con las manos esposadas a la espalda y sujeta por los brazos, la introdujeron —con firmeza aunque no violentamente— en el vehículo policial en el cual habían llegado a su casa.

A las diez y cinco un policía armada de los que cubrían servicio en la vivienda del vicepresidente del Gobierno subió a su domicilio portando la carta que le acababa de entregar un alférez de navío recién llegado en un 124 blanco. Ya se había advertido a la pareja que montaba guardia que se estaba esperando una misiva con carácter de urgencia.

El almirante, que acababa de regresar de escuchar su misa diaria en la parroquia de San Francisco de Borja, se situó frente a su escritorio y abrió el sobre con preocupación, como si imaginara el contenido de la carta que iba a leer. Con detalle, Alvaro Bernal le contaba cómo se había desarrollado la reunión con José Caballero y sus tres ministros militares.

Con una gran capacidad de síntesis, el capitán de navío le relataba la sucesión de las intervenciones de los militares, lo que expusieron y, lo más importante, la opinión que le merecía la actitud de cada uno de los cuatro asistentes, en especial la de José Caballero. Después de transcribirle alguna frase literal que no le cogió por sorpresa a Carrero porque ya sabía del apasionado fondo del general de brigada, Bernal se permitió emitir un juicio de valor que al vicepresidente del Gobierno tampoco le sonó a música nueva: «Almirante, con todos mis respetos, opino que este hombre no se encuentra en su sano juicio.» «Vamos, que está loco», resumió Carrero.

Se quitó las gafas y cerró los ojos. Se levantó y se dirigió hacia el ventanal. A esa hora, a pesar de ser sábado, ya se veía movimiento de tráfico por la Castellana, avenida que divisaba perfectamente desde su vivienda, situada en la segunda planta del edificio. La plaza que distinguía con precisión era la de Emilio Cas telar. Durante unos instantes, se quedó absorto en el ir y venir de los vehículos, de los autobuses municipales y de las motos que circulaban en ambos sentidos.

El almirante tenía demasiadas dudas. Siempre se había considerado un firme defensor de la figura de Su Excelencia y del Régimen que representaba. Hasta la fecha, estaba en la creencia de que todas las medidas que había ido tomando resultaron acertadas y el tiempo siempre le había dado la razón. Bastaba ver los resultados, tanto para él como para todos los españoles: cómo estaba España antes de la Cruzada y después. Una evolución incomparable a la de cualquier otro Estado. Algo que hasta los países enemigos tenían que reconocer, pensaba el cántabro. Por eso siempre le había seguido y su labor había sido concretar sus pensamientos, poner fechas y asignar responsables cada vez que Franco le sugería una nueva idea.

Pero a Carrero le preocupaba que, esta vez, quizá la primera desde que lo conoció, Su Excelencia no hubiera recibido la adecuada iluminación divina. No se quería engañar. Franco estaba sufriendo un deterioro en su estado de salud que él, que trabajaba muy próximo, percibía y también sufría. La lentitud a la hora de nombrar heredero para su labor había sido el exponente más claro de lo que estaba pensando. Y no solo eso, también la urgente necesidad de cambio de un gobierno con miembros agotados en lo personal y en lo político.

Pero tampoco quería pensar mucho más allá. La Divina Providencia había dictado una orden al jefe del Estado y este lo único que había hecho había sido trasladársela y él, el almirante Carrero Blanco, solo había tenido que darle forma.

A las cuatro menos cinco de la tarde, el tercer y último buque, una fragata de ciento cinco metros de eslora, largaba amarras del puerto de Gibraltar. Con algo de retraso sobre el horario previsto pero con menos oposición de la esperada, como si la población tuviera asumida esa contingencia, los llanitos cargaron algo de ropa y cerraron las puertas de sus casas como si salieran a dar un paseo. Las calles de la colonia, tal y como les había prometido el gobernador, se habían plagado de soldados y de policías por lo que las posibilidades de saqueo eran nulas.

Para que se pudiera mover con mayor comodidad, David Facey le había propuesto a Thomas Best que se vistiera de soldado y evitar así tener que identificarse ante cualquier patrulla que lo pudiera retener. Las órdenes habían sido tajantes y no podía haber un solo civil, mujer u hombre, paseando por las calles. En un caso, tendría que haber zarpado, en el otro, tendría que permanecer ya en el interior de la roca. Las únicas singularidades eran, por ejemplo, todas las personas que se quedarían en el hospital, el cual no fue evacuado, ni en uno de campaña que se montó en un tiempo récord de tres horas, al sur, cerca del faro de Punta Europa. El solitario farero de la colonia y media docena de operarios del puerto completaban las excepciones.

Isabel Vioque se encontraba encerrada en uno de los calabozos de The Roy al Gibraltar Pólice. Por suerte, era la única detenida.

Thomas Best solicitó visitarla y así bajó hasta el sótano donde la encontró. Por la goma de las suelas de las botas militares que calzaba y por lo despacio que bajó los escalones, su presencia no fue advertida por la mujer. Se encontraba sentada en el

camastro y con la cabeza hundida entre sus manos. Las piernas las mantenía ligeramente abiertas y el tronco echado hacia delante, por lo que el pelo la cubría casi hasta los codos. Para abandonar su casa se había puesto un pantalón vaquero algo gastado y un jersey de lana beis. Parecía que estaba llorando, aunque algo le dijo al inglés que aquella mujer no era de las que se desmoronaban ante una situación así.

Fue al empujar la puerta metálica —la apertura de la misma se realizaba desde el piso superior, donde tenían la pantalla de un circuito cerrado de televisión para controlar lo que sucedía en los calabozos— cuando la cordobesa se percató de la presencia de un extraño. Un extraño que no lo era tanto.

Mientras el inglés la miraba impasible, Isabel comenzó a recordar de qué le sonaba la cara de aquel soldado. A pesar del uniforme y de la gorra, aquel rostro le resultaba familiar pero no terminaba de saber dónde lo había visto con anterioridad.

—Le suena haberme visto antes, ¿no? —indagó Thomas, en español.

Por la cara que mostró la española, parecía que acababa de identificar a aquella persona. Asintió.

—Lo que ocurre, Isabel, es que antes le hablaba en inglés y ahora lo estoy haciendo en su idioma.

Al pronunciar su nombre, la mujer no pudo permanecer más tiempo callada.

—¿Quién es usted? —le espetó, también en español.

El hombre la miró pero prefirió mantenerse en silencio.

Isabel no sabía qué había podido pasar, solo recordaba que, poco antes de que sonara su despertador, oyó un megáfono en la calle que informaba de la obligación de marcharse de sus casas y se les instaba a que cogieran algo de ropa… después los policías aquellos llamando como despavoridos en la puerta de su casa, la llegada a la comisaría, el desayuno que le pusieron y el plato de carne con patatas que le dieron hacía un rato. Y ahora, entraba en su celda el mismo hombre que la abordó por la calle y en su tienda, que dijo ser gales, con la historia inverosímil de que un familiar iba a montar una filatelia en la colonia, vestido de soldado y habiéndole en español.

—Isabel, sabemos todo de usted. Incluso de Michael.

—De Michael, ¿qué sabe usted de Michael?

Los ojos de la cordobesa se abrieron como si hubiera entrado en una cueva, y sus pupilas chisporroteaban con tal evidencia que Thomas confirmó lo que sospechaba desde el principio sobre la relación que habían tenido los dos. «¡Qué afortunado ha sido aquel hombre!», pensó, con envidia.

—De Michael Murray sé que fue detenido y que hoy en día estará esperando juicio en el Reino Unido, acusado de espionaje.

—Eso, ¿qué significa? —preguntó, con la incomodidad de imaginar la respuesta.

—Los dos sabemos qué significa. —El inglés no quiso dar detalles y se limitó a responder con sencillez pero con firmeza.

Isabel calló. Vagó con su mirada por la habitación, sin rumbo fijo, errante, desorientada: «Michael arrestado.» Ella, que estaba en la creencia de que se había

marchado, que había desertado y la había abandonado, resultaba que se encontraba tan lejos de allí, en otra cárcel, seguro que peor que en la que ella se encontraba. Ya lo había apuntado Nicomedes Manrique cuando se vieron en Tánger. Entonces ella no le creyó, pero ¿y si este hombre le estuviera mintiendo?

—No le creo.

—¿Cómo dice?

—Que no le creo, que es una *bacalá*, que usted solo ha venido a contarme *bacalás*. Que en la calle me contó algo de que un familiar quería poner una filatelia y resultó ser una trola. ¿Por qué le tengo que creer ahora?

Thomas, que se había sentado en una silla baja, se levantó y abrió la puerta de la celda. Al salir, se cercioró de que esta quedaba cerrada y subió las escaleras camino del piso superior. Un minuto después, volvió a bajar, esta vez con una pequeña carpeta. Se situó junto a la puerta enrejada y miró hacia la cámara. Instantes después, entró de nuevo en la celda y se sentó en la silla.

Abrió la carpeta y ojeó los papeles que había en su interior. Sacó una fotografía y se la mostró a Isabel desde lejos y s in permitir que ella la pudiera tomar entre sus manos.

Al verla, la mujer se derrumbó y cayó sobre la cama tapándose la cara con su mano derecha. Parecía que le costara trabajo llorar.

—El espionaje es un trabajo muy peligroso —se limitó a afirmar.

Isabel no quería ni oírle hablar. Seguía tirada en la cama, con el rostro tapado e intentando despertar de la pesadilla que estaba viviendo.

—Isabel Lo que han hecho los dos ha sido muy grave. Ocultando su verdadera identidad, han estado informando a su país de las instalaciones militares existentes en esta colonia y realizando fotografías de los exteriores, con especial incidencia en nuestros efectivos militares, tales como aviones o buques. Con esa información, me imagino que entre otra, mañana ustedes van a querer invadirnos.

Cuando oyó la última palabra, como si hubiera sido accionada por un resorte, se incorporó y con los ojos irritados le bufó, a modo de pregunta:

—¿Invadir?, ¿qué está diciendo usted? ¡Trolero!

Como una leona, saltó de la cama hacia donde se encontraba Thomas e intentó alcanzarle la cara con las uñas, cosa que parcialmente consiguió, hundiéndole los dedos índice y corazón de la mano izquierda en la mejilla derecha del inglés, donde comenzó a brotar sangre. Este, mucho más fuerte que la mujer, la agarró como buenamente pudo de sus muñecas y la tiró sobre la cama como si le estuviera haciendo una llave de judo.

Desde el piso superior, y al ver por el monitor lo que estaba sucediendo, bajaron a la carrera tres policías para ayudar al hombre del MI6.

Isabel chillaba y lanzaba gritos ininteligibles. Se encontraba fuera de sí. Cuando Thomas vio bajar a los tres hombres les ordenó:

—¡Pónganle un tranquilizante!

Era increíble cómo una mujer de su escasa corpulencia podía ejercer tanta fuerza. Dean Rogers, que también se había incorporado al grupo, la sujetaba por las piernas mientras otros dos policías y Thomas lo hacían por los brazos y el tronco. Uno subió a pedir ayuda y, minutos después, alguien le estaba poniendo una inyección en el brazo. Tras unos segundos agobiantes, el cuerpo de Isabel se relajó y quedó inerte.

Como si hubieran estado domando a un caballo salvaje, los hombres se incorporaron, exhaustos.

—Ahora hay que dejarla descansar. Dentro de unas horas volveré a hablar con ella —advirtió el inglés.

Salieron todos de su celda y se aseguraron de que la puerta quedaba perfectamente cerrada.

Después del incidente con Isabel Moque, Thomas estuvo en comunicación continua con Schembri y con Rennie. El primero le contó las llamadas que se habían recibido en Málaga relativas a la información que suministraban los subagentes que había movilizado el jefe de Sección por su cuenta. No había ninguna novedad excepto del que situó en Algeciras. Este le comunicó que dos trenes con carros de combate habían llegado a la estación algecireña y que los estaban transportando en unos vehículos articulados hasta una campa situada cerca del puerto. Por lo que pudo distinguir desde donde se encontraba, contó más de cincuenta unidades, casi todas del M-48 y alguna del M-47.

Thomas informó a Rennie de que Isabel Moque ya estaba en los calabozos de la policía gibraltareña, pero todavía no había podido averiguar nada nuevo, algún dato de interés que pudiera modificar en cualquier sentido el devenir previsto de los acontecimientos. Los dos comentaron que les extrañaba el nulo movimiento de la Legión. Tanto las dos personas desplazadas a Melilla como las otras dos que habían situado en Ceuta habían informado que no se había registrado ningún traslado de estas tropas, algo que, en concreto Rennie, no terminaba de entender:

—No sé qué pasa con esos legionarios, Thomas. ¿Tú te lo explicas ?

—La verdad es que no, señor. Yo creo, de todas formas, que el contingente mayor, sino el único, será el que llegue des de Ceuta.

—¿Y eso?, ¿en qué te basas para pensarlo?

—Sencillamente en que los hombres que se vieron en Calpe procedían de Ceuta. Nada más. Es un razonamiento muy sencillo e igual estoy equivocado, señor. También es verdad que son los que se encuentran a una distancia menor.

—Ahora son las diez de la noche. No sé, Thomas, no sé si habrá algo que se nos esté escapando.

—¿A qué se refiere, señor?

—A que dentro de dos horas comienza el famoso Día de la Hispanidad y que no me termino de creer que los españoles vayan a lanzarnos bombas dentro de ciento veinte minutos.

—Señor, el día tiene veinticuatro horas…

—Gracias por la puntualización, Thomas. Muchas gracias. Si hay alguna novedad, nos llamamos. Y tú, ten cuidado.

—Descuide, señor.

Cuando el agente del MI6 colgó el aparato imaginó que la conversación habría estado grabada desde la *Century House* por los servicios internos del propio SIS, como sabía que sucedía en numerosas ocasiones.

Aprovechando la oscuridad, y tras el crepúsculo vespertino, unidades de zapadores llegadas desde las islas Británicas habían instalado varias filas de minas anticarro diseminadas a lo largo de la entrada a la colonia con excepción de la pista del aeropuerto, para dejarla libre ante cualquier posible aterrizaje o despegue. También habían dispuesto varios nidos de ametralladoras en la parte sur, perfectamente camuflados, en espera de algún tipo de acción basada en las maniobras con los submarinos, tal y como habían entrenado en la isla de Alborán. Como sucediera durante la Segunda Guerra Mundial, también los británicos habían abandonado la posibilidad de que pudieran ser invadidos por tropas paracaidistas. La propia orografía del peñón lo impedía, al margen de la virulencia de los vientos y lo cambiante de estos. Así, un paracaidista tenía muchas posibilidades de caer o bien sobre la ciudad o bien sobre la propia roca. Si era sobre su cara oriental, el soldado era un hombre muerto por la pendiente tan acusada que presenta el terrero en dicha vertiente. Si era sobre su lado occidental, caería sobre los pinos con lo que las posibilidades de reagrupamiento se ralentizarían hasta alcanzar el nivel de la ineficacia.

Después de la conversación con su jefe, Thomas salió a la calle a intentar despejarse. Se acercó hacia la zona del aeropuerto donde se encontraban tres aviones militares, los únicos que había en ese momento estacionados junto a las instalaciones aeroportuarias. Por la información que manejaba, sabía que se encontraban vacíos de personal y que, incluso, se les habían retirado las piezas más importantes manteniéndolos como simples bultos, a modo de grandes señuelos. Poco se diferenciaban de unos decorados cinematográficos de cartón piedra ya que en el exterior era metálico, pero el vacío interior era muy semejante. Apostados junto a las viviendas situadas en la zona más septentrional, próxima al cementerio Garrison, se podía distinguir a varios soldados junto a un cañón ligero antitanque —igualmente disimulado e invisible desde el lado español—, dispuestos para atacar al primero que apareciera.

Thomas también sabía que las pocas piezas de artillería antiaérea que quedaban en la parte superior de la roca se hallaban con todas sus dotaciones dispuestas y en estado de emergencia permanente. De todas maneras, la gran contraofensiva británica sobre España no la iba a constituir la defensa de la Roca sino la réplica sobre las instalaciones militares españolas. Supuso que los misiles que albergaban las corbetas inglesas que se encontraban situadas en las proximidades del meridiano treinta y seis, al sur de Huelva, estarían orientadas hacia lugares tales como la base aérea de Jerez,

la de Morón o la escuela de suboficiales de la Armada de San Femando, al margen de otros objetivos como los destacamentos de la Legión en Ceuta o Melilla, «Vamos, una carnicería», pensó Thomas.

Regresó a la comisaría donde saludó al teniente, que comía un bocadillo de pie, junto a los escalones de la entrada.

—¿Alguna novedad de nuestra prisionera?

—Ninguna, sigue durmiendo como una bendita —respondió Dean Rogers, después de terminar de masticar.

—Me alegro por ella. No sé si este sitio es muy seguro en el caso de que empezaran a caer bombas.

—Mire, es española, si le pasa algo yo no me voy a considerar responsable de lo que hagan con ella sus compatriotas.

—Mirando lo así…

El once de octubre estaba a punto de terminar. Thomas sabía que el día siguiente podía pasar a la historia de los dos países. Un capítulo negro para unos y glorioso para otros. Y él, como espía al servicio de Su Graciosa Majestad, había contribuido decisivamente a que las cosas fueran a transcurrir positivamente para su país, aunque sabía que jamás nadie le daría las gracias por ello.

Pero estaba la conversación que había mantenido con Rennie hacía unas horas, cuando había acudido a visitarle en persona. De madrugada.

Día 12 de octubre. Domingo. 23:35 horas.

El sol se escondía por el oeste, como lo hacía todas las tardes; incluso aquella del día doce de octubre de 1969.

La calma tensa que se había vivido en la colonia había minado la entereza de todos, absolutamente de todas las personas a las que se les habían asignado responsabilidades, es decir, al cien por cien de los efectivos militares y policiales. La jornada había comenzado a las cero horas porque esperaban que en cualquier momento pudieran aparecer en la pantalla de radar las trayectorias de los cazas españoles, que de las carpas que habían instalado en el puerto de Algeciras comenzaran a arrancar todos los carros de combate que habían llegado en tren, o que emergieran los dos submarinos españoles. «¿Y los legionarios?, ¿dónde estaban los legionarios?», era la pregunta que todo el mundo se formulaba y para la que ninguno tenía respuesta. Una invasión de Gibraltar no podía ser llevada a cabo exclusivamente por fuerzas motorizadas. Hacía falta una infantería, alguien que realizara la toma física de la plaza. Además, si no, ¿para qué habrían sido las maniobras en el peñón de Ifach?

A partir de las cuatro de la madrugada se ordenó que los soldados fueran realizando turnos de descanso, aunque tenían orden de no acudir a sus

acuartelamientos ya que se consideraban los puntos más vulnerables, por lo que se distribuyeron sacos de dormir y se fue marcando una serie de dos horas de guardia por cuatro de descanso. Cualquier lugar valía en una población que se había quedado completamente deshabitada: un portal, un autobús urbano, la cama de un hotel —todos los establecimientos hoteleros se habían quedado abiertos y a disposición de los militares—, un parque, incluso se vio a algún soldado que había encontrado acomodo para dormir junto a las lápidas del cementerio de Trafalgar. Si había alguna novedad, sonarían varias sirenas instaladas por los efectivos de telecomunicaciones y diseminadas por toda la colonia.

Por indicación expresa del primer ministro, los tres barcos cargados con parte de la población gibraltareña se encontraban en aguas internacionales, al oeste de Lisboa, a la espera de acontecimientos. Desde una base del sur de la isla se habían enviado seis helicópteros cargados con fruta fresca y medicinas para atender las necesidades más perentorias de un pasaje que, a esas horas, todos suponían que se encontraría más que asustado, fundamentalmente mareado, por lo que dicho trastorno actuaría como anestésico.

—Stewart, queda hora y media para que termine el día. ¿No tiene nada que decirme? —El rostro de Harold Wilson hablaba por sí solo no ya del cansancio que mostraba su cuerpo sino de la contrariedad que podía suponer haberse equivocado, y de qué manera, con una evacuación integral de la población civil.

—La verdad es que no, no sé qué está pasando. —El secretario del *Foreign Office*, que no había dormido ni un solo minuto, se encontraba confundido, sin encontrar explicación a lo que sucedía.

—Ni yo. Cada dos horas me están llamando de *Buckingham* y ya se cansan de que siga diciendo que todavía no hay novedad.

—Señor, yo prefiero que, por lo menos de momento, no haya muerto nadie —consideró Denis Healey, secretario de Estado para la Defensa, también asistente a la reunión.

El premier se puso en pie y pegó tal golpe con la palma de la mano en su mesa que asustó a las otras personas que se encontraban en ese momento en su despacho.

—¡Qué me está diciendo!, ¡por supuesto que no ha muerto nadie!, pero para eso no tengo que meter a miles de personas inocentes y llevarlas en barcos a vomitar en medio del Atlántico. Si no pasa nada, será el ridículo más espantoso que hayamos realizado en toda nuestra historia. ¿No se da cuenta?

—Señor, hemos ido dando todos los pasos que creíamos convenientes en función de la información que manejábamos. —Michael Stewart lo estaba pasando realmente mal—. Está claro que el desplazamiento de más de doscientos carros de combate a Algeciras —esa era la cifra final de tanques que habían desembarcado de los trenes llegados desde el centro de la Península—, unido a todo lo que ya habíamos comentado es la prueba más palpable de que el ataque a la colonia iba a ser una realidad.

—Iba, usted lo ha dicho, iba, pero ¿dónde está?, ¿dónde está el orgullo patrio que dijo tienen los españoles por esa fecha?, ¿dónde están las malditas bombas que soporten todo el embrollo que hemos montado?

El jefe de John Rennie no sabía qué responder al primer ministro. Dijo lo primero que se le ocurrió.

—Señor, todavía no ha terminado el día.

—Necesito ver a la prisionera.

—¡Claro! —repuso el teniente Rogers.

La jornada en la comisaría se había llevado con la misma inquietud que en el resto de lugares de la colonia. Thomas se había quedado allí durante todo el tiempo, y solamente habló con su descodificador, en Málaga, un hombre que le estaba resultando altamente eficaz a pesar del calificativo de júnior que le antecedía y que, en su caso, sonaba a despectivo. Por él sabía que no se había registrado movimiento alguno en los puntos de interés que se habían marcado como de máxima prioridad.

Bajó las escaleras y llegó al lugar donde se encontraban las celdas. Isabel Moque leía un periódico y solo se limitó a levantar la vista y, al comprobar quien bajaba, continuó con la lectura, o por lo menos, a fingir que ojeaba un ejemplar de El Calpense que tenía en sus manos.

—¿Puedo pasar? —solicitó, en español, aunque la puerta ya se la habían abierto desde arriba.

—Haga lo que quiera.

—Gracias.

Nada más entrar, se sentó en la silla y apoyó su espalda contra la pared.

—¿Qué, hemos invadido ya Gibraltar? —preguntó Isabel, irónica, sin dejar de posar sus ojos sobre el periódico.

—Puede que le haga mucha gracia, pero le aseguro que si está usted aquí es porque hemos pensado y pensamos que el Ejército español va a invadir esta colonia.

—Eso es mentira.

—Eso es una realidad, a la cual, por cierto, usted ha contribuido.

—No le pienso replicar, no sea que me vuelvan a poner una de esas inyecciones de cabrones. —Levantó la vista hacia la cara de Thomas y sintió orgullo al ver las marcas que sus uñas habían dejado sobre las mejillas de aquel soldado rubio. Sonrió y el inglés supo muy bien por qué se alegraba, aunque aquellas no eran las primeras marcas de uñas que le dejaba una mujer en su cuerpo.

—Le pido disculpas por ello, pero le aseguro que no nos dejó otro remedio.

Dobló con violencia el periódico y lo tiró al suelo.

—Dígame, ¿a qué ha venido?, ¿qué quiere de mí?

—Quiero informarla.

—¿Informarme, de qué? —Isabel levantó desabridamente el mentón.

—De lo que está pasando allá arriba.

La falsa filatélica estaba encarcelada y el próximo viaje que emprendería sería a

bordo de un avión militar rumbo a una prisión británica donde sería juzgada por espionaje, por tanto, sabía que aquella mujer nunca diría nada a nadie pero, por el contrario, sí podía conseguir de ella más información. Optó por ser amable.

—La colonia ha sido evacuada.

—¿Evacuada? —quiso confirmar. Negó con la cabeza—. Tampoco me lo creo.

—Créase todo lo que le voy a decir, de verdad, no tengo ningún interés en mentirle. Y no se extrañe de que la colonia haya sido evacuada, los llanitos, como se auto denominan, llevan toda la vida pensando que se tienen que marchar de aquí. Hace treinta años podría haber sido Hitler, hoy es Franco, mañana será otro quien vuelva a soñar con echarnos de aquí. Nadie lo conseguirá.

—A mi no me interesa todo lo que me está contando.

Thomas se estaba encontrando con alguien más terco de lo que imaginaba. Después de lo del día anterior, cuando la detuvieron, la española se había vuelto, más todavía, un ser hermético y distante. Así sería difícil obtener algo. Probó otra táctica.

—¿Le dieron de comer?

—Y de desayunar, y hace un rato, de cenar. Estoy bien atendida.

—¿Le apetece algo?

—Volver a mi pueblo.

De forma instintiva, acababa de abrir una nueva vía de comunicación.

—¿De qué pueblo es usted?

—De Alcaracejos, en Córdoba. Eso está muy cerca de Pozoblanco.

—Pozoblanco sí lo conozco, pero el suyo no, lo siento. ¿Es bonito?

—El mejor de todos.

Al nombrarlo, parecía que el semblante de la mujer había experimentado un leve cambio, una mínima relajación que quis o ser aprovechada por el hombre del MI6.

—¿Hace mucho que no va por allí?

—Sí, una eternidad; desde mayo. X por lo que veo, parece que voy a estar mucho más sin volver. ¿No es así?, ¿cuánto, veinte años, treinta?, ¿quizá toda la vida?

—Isabel, es lo que nos puede pasar a los espías, que nos puede pillar el enemigo.

—¿Nos?, ¿qué quiere decir nos? —inquirió, frunciendo el ceño.

—Que usted es una espía del Seced español y yo lo soy del MI6 británico. ¿Ha oído hablar de nosotros?

Quedaba media hora para que terminara el día y la situación de la tropa no daba para más. Llevaban más de veinticuatro horas en tensión, esperando que, en cualquier momento, sonaran las alarmas que indicaban el comienzo de la ofensiva. Los técnicos de radar, los balísticos, los zapadores, los artilleros, los sanitarios… todos dispuestos y ni una sola señal. Fuera de la Roca los mensajes que llegaban seguían hablando de parálisis. No se movía un solo soldado español, ni por tierra, ni por mar, ni por aire. Nada. Nadie.

El comandante Facey, que ya no tenía fuerzas ni para mantenerse en pie, seguía esperando órdenes metido en su despacho. Desde hacía varias horas nadie le había

dicho nada y no sabía si los buques regresarían con parte de la población civil, si todos los que permanecían en el interior de la roca saldrían de una vez., tenía el mismo grado de desconocimiento que todo el mundo pero él era diferente, era el mando supremo de The Roy al Gibraltar Pólice y eso presuponía contar con una información de la que carecía.

Distraídamente miró hacia el monitor que recogía la imagen de los calabozos. A pesar de la mejorable calidad de la señal, pudo distinguir con nitidez que la prisionera seguía acompañada del hombre delMI6.

—¿Cuánto lleva ese ahí?

—Un rato, mi comandante, un rato —respondió el teniente Rogers.

—Es normal que no sepas nada, la fragmentación de la información es una de las características básicas del espionaje.

Thomas Best llevaba un buen rato ganándose la confianza de Isabel Vio que, y había conseguido que el diálogo que mantenían experimentara un giro apreciable.

—A mí solo me dijeron que lo que tenía que hacer era fingir ser la esposa de Michael Murray. Nada más.

—Pues tampoco lo entiendo mucho. —El inglés estaba convencido de que la mujer decía la verdad, lo que le daba rabia era que eso no le llevaba a ningún lado. Todo apuntaba a que Isabel Moque era una de las piezas de menor valor del entramado del Seced, por muy simple que este pudiera ser.

—Pero tú mandabas cartas con información de las instalaciones militares de la colonia. Lo de él era peor porque mandaba fotos.

—Eso me lo contó estando aquí, no fue algo que me dijeron en Madrid. Yo no pude hacer fotos porque solo teníamos una cámara. Cuando él desapareció…

—Ya…

—No me crees. Pues me da igual. Todo me da igual. Si no voy a poder salir de aquí, nada me importa ya —sentenció la mujer, mirando hacia la pared, como ensimismada.

Súbitamente, Isabel se sintió traicionada, pero no podía saber por quién. La realidad era que Nicomedes la abandonó en Tánger y la devolvió a una cueva de serpientes de donde sería muy difícil que pudiera salir con vida. Eso lo sabía perfectamente Manrique y lo único que se le ocurrió fue decirle lo de la transferencia para su padre. La habían comprado, eso habían hecho con ella, habían puesto dinero en su mano y, como si fuera una mercenaria, habían pagado un precio muy alto por sus servicios; pero nadie había reparado en el ser humano que mandaban a una muerte segura, si no por las bombas españolas sería por la detención por parte de los británicos, pero los servicios de inteligencia —ya de por sí era sintomático que hubiera sido un enemigo, un espía del MI6, quien le facilitara el nombre de los servicios secretos españoles— habían jugado con ella. La habían manejado como si fuera una marioneta.

Thomas miró su reloj y calculó lo poco que faltaba para las doce de la noche,

aunque todo apuntaba a que el día iba a concluir con la misma incertidumbre con la que había empezado.

—¿Tienes hijos, Isabel?

La mujer no respondió. Continuaba absorta en sus pensamientos.

Thomas se levantó e hizo señas a la cámara de circuito cerrado para que le abrieran la puerta. A los pocos segundos, la misma cedió ante su presión y el hombre del MI6 abandonó la celda.

No habría llegado a subir el primer escalón cuando oyó una voz que le contestaba a la pregunta que acababa de formular.

—Una. Se llama Rafaela y por lo menos sé que, el día de mañana, podrá ser lo que quiera. Estudiará en Sevilla y será una mujer independiente.

El inglés no supo muy bien qué había querido decir con eso de la independencia.

El doce de octubre estaba terminando, y con él la semana.

Mientras, en el hotel Osuna de Madrid, un grupo de camareros recogía las cosas que se habían manchado durante la rueda de prensa que acababa de dar el nuevo entrenador de la selección española, Ladislao Kubala, sobre el cual se tenían depositadas las mayores esperanzas futbolísticas.

Día 13 de octubre.

A las dos de la madrugada, Harold Wilson había dado orden a todo el mundo de que se marcharan a descansar para volver a reunirse a las nueve de la mañana. Nunca había tenido problema a la hora de tomar decisiones; entendía que un premier ha de estar dictando medidas de forma continua y que ese es uno de sus estados naturales, decidir, pero había veces que las decisiones eran especialmente difíciles. Si ahora tuviera que volver hacia atrás, repetiría la secuencia de órdenes que había cursado, todas, incluida la de la evacuación de la población. Nunca le iba a temblar el pulso a la hora de salvaguardar la vida de sus conciudadanos pero, ante el partido conservador y la opinión pública en general, la idea de meter a la mitad de una colonia en tres barcos y llevarlos, a la postre, sin rumbo concreto, era algo que difícilmente se entendería. De hecho, había pensado en informar a Edward Heath, jefe de la oposición y líder de los conservadores pero al fin, también por aquello de las decisiones, no lo había hecho. «¿Qué hago con los barcos?», se preguntaba sin hallar una res puesta correcta.

A las nueve de la mañana fueron llegando las mismas personas que habían estado junto al primer ministro durante toda la jornada anterior, concretamente desde las diez de la noche del sábado, Veintiocho horas de reunión continua en la cual se habrían bebido varios litros de té cada uno y el premier se habría fumado dos docenas de cazoletas.

—Lo que más me preocupa es la población que está embarcada.

—Señor —intervino el ministro del Interior—, las noticias que tengo es que se encuentran en perfecto estado de salud. Han sido aprovisionados desde el aire varias veces por nuestros helicópteros y no se ha registrado ningún incidente destacable. De mareos no se muere nadie —comentó medio sonriendo.

—¿Dónde se encuentran ahora?

—Siguen navegando haciendo círculos, entre los paralelos treinta y ocho y treinta y nueve, a cien millas de la costa portuguesa.

—Una posibilidad sería traerlos definitivamente aquí —propuso Michael Stewart.

—Vamos a ver, si los traemos aquí, rápidamente se va a saber la noticia. No pueden llegar tres barcos, aunque sea a puertos distintos, con varios miles de civiles en su interior y pretender que nadie lo sepa. Por tanto, de una manera o de otra, llegaría a oídos del Gobierno español. Para eso, lanzamos una declaración pública.

—También podríamos recluirlos nada más llegar, con la excusa de la cuarentena por el tema radiactivo —fue la ocurrencia de uno de los militares asistentes.

—Ya lo había pensado, pero eso valdría si estuviéramos hablando de cien personas, no de miles. No, eso tampoco nos vale —resolvió Wilson.

—Con el debido respeto, señor —John Rennie se dirigió a todos los asistentes, en especial al primer ministro—, la gran pregunta que nos tenemos que hacer, al margen del tema de la población, es qué día piensan atacamos, porque la creencia de que sería ayer a mí me parecía fundada, pero, por lo menos yo, me he equivocado.

—En el fondo nos hemos equivocado todos —reconoció el premier, con resignación.

—Bueno, nos hemos equivocado todos en el día, pero no en el hecho. ¿No? —preguntó, con un punto de timidez, el ministro del Interior.

Parecía que el primer ministro estaba meditando la respuesta. Miró al director del MI6 y, con los ojos, le lanzó la cuestión que acababa de plantear James Callaghan, comportándose como si fuera un frontón.

Rennie tragó saliva.

—Señor, el enemigo ha movilizado tropas en la linde de su territorio sin causa que lo justifique. Además, la tensión diplomática es extrema. Eso nos dice que se prepara para realizar una acción militar —optó por darle una respuesta técnica.

—¿Y su hombre en Gibraltar? ¿No ha podido averiguar nada más ?

—Estaba en ello, señor primer ministro.

Harold Wilson asintió, pensativo.

—Señores —concluyó—, vamos a darnos veinticuatro horas. Si en ese tiempo no tenemos novedades, inundaremos la bahía de Algeciras con nuestras embarcaciones, tal y como hicimos el primero de octubre pasado, retornaremos a la población civil a la colonia y generaremos movimiento en el aeropuerto de la Roca. Esa será nuestra advertencia al gobierno de Franco.

Todos los asistentes se mantuvieron en silencio, confirmando asilas palabras del primer ministro.

Thomas tampoco había dormido mucho. Como todos los responsables en la colonia, se marchó a descansar bien entrada la madrugada, y la tensión de las últimas horas así como la situación de emergencia planteada, que permanecía intacta, le impidió conciliar el sueño.

Al salir a la calle, notó la misma expectación con la que se acostó. Las patrullas de soldados permanecían en la misma posición que los había dejado y por la calle caminaban, en ambos sentidos, soldados que iban o regresaban de los descansos, de dormitar o de desayunar. En sus caras se podía leer la incertidumbre y el desasosiego que les invadía.

Llegó hasta *Casemates Square* y sintió fatiga al ver aquel amplio espacio tan solitario y desangelado. «No, en la calle no tengo nada que hacer, decidió con determinación.

Regresó a la comisaría donde el teniente tomaba un café con leche y unos bizcochos.

—¿López, le apetece? —le ofreció sin que se le entendiera mucho, ya que tenía la boca llena de comida.— No se preocupe, ya tomé un café hace un rato y ahora no me apetece nada —respondió Thomas lo más educado que pudo.

Después de terminar de masticar, Dean continuó hablando:

—Parece que esos españoles no termina de invadirnos. No me extraña, se lo han tenido que pensar dos veces. Somos pequeños pero saben que no estamos solos. Yo, desde luego, si fuera el Franco ese, nunca invadiría un sitio como Gibraltar.

—Ya. —Parecía que el inglés no tenía muchas ganas de hablar.

Por un pasillo interior se oyó a alguien correr. Ambos hombres se miraron, extrañados porque aquello no era lo normal. Lo primero que se imaginaron era que ya había llegado la hora.

—¡Mister López! ¡Mister López! —gritaba un soldado agitado, jadeante por la carrera, con un papel en la mano—, tengo un mensaje para usted. Me dicen que es muy urgente.

—¿Un mensaje? —Thomas enarcó las cejas.

—Ha llegado en el télex y viene a su nombre.

—¿Codificado?

—No señor, no está codificado, por eso he sabido que era para usted.

El hombre delMI6 lo cogió y lo leyó, sin importarle que lo pudiera ver otra persona. El texto era muy claro: «Necesito hablar con usted, Schembri. Muy urgente. Llámeme.»

El nuevo codificador de la estación Sevilla sabía que su jefe estaba en Gibraltar y habían quedado en que si había alguna información relevante, que le intentara localizar allí vía télex, ya que las comunicaciones civiles seguían cortadas.

—Necesito un teléfono. —Miró al teniente Rogers con una cara que mostraba que aquello no era, solo, un deseo.

—Pues como no hable con alguien… aquí no tenemos nada. Todo con el exterior

está cortado, entre nosotros nos comunicamos por interfonos de corto alcance.

—No me vale. ¿Quién puede facilitarme una línea?

—Pregunte al comandante Facey, o a los militares.

Salió de la comisaría y se dirigió a media carrera al destacamento militar tras bordear el cementerio Garrís on.

—Necesito hablar con el general al mando.

—No puede ser —le dijo un teniente, que sabía que ese militar que le hablaba era, en realidad, un hombre del MI6.

—Mire, asumo la responsabilidad pero necesito una línea de teléfono para llamar a España.

—¡Ah!, ¿es eso?, si es solo para eso estoy autorizado a facilitársela yo. Venga conmigo.

Thomas se quedó extrañado de la reacción del teniente, parecía que iba a ser todo mucho más complicado.

Le llevó a un pequeño cuarto donde tres soldados se encontraban sentados delante de unos aparatos. Dos de ellos estaban manteniendo una conversación radiofónica.

—Trevor. ¿Tendría una línea libre para nuestro amigo?

—Sí, señor, venga conmigo. —El soldado se levantó y se dirigió a una esquina donde había una banqueta. A su lado, un pequeño equipo transmisor parecía estar esperando a que Thomas Best lo pusiera en funcionamiento—. Tiene que marcar normal, sin prefijo internacional, como si estuviera en cualquier lugar de España, solo con el prefijo provincial.

El inglés se extrañó de que el ejército tuviera un equipo como ese.

Al cabo de unos instantes, Schembri respondió a la llamada.

—Tengo una información que me parece relevante y he pensado que igual usted, en Gibraltar, no iba a tener acceso a ella. La he visto esta mañana en el quiosco y he corrido a llamarlo. Como me dijo que le contara las novedades de todo tipo…

Thomas escuchó lo que relataba su subordinado. Mientras este hablaba, el inglés iba tornando la expresión de su rostro hasta comenzar a dibujar una leve sonrisa. Terminó asintiendo.

—Schembri, lleva usted poco tiempo entre nosotros pero creo que ha desarrollado con una rapidez inusitada el instinto que muchos compañeros nuestros no alcanzan ni con treinta años en la profesión. Buen trabajo. Muy buen trabajo —remarcó con satisfacción.

No podía ser verdad, después de tanta red de agentes, subagentes, radares, escuchas telefónicas, escuchas de ondas hertzianas, después de haber puesto a trabajar a tantas personas, que al final la respuesta a la gran pregunta la obtuviera un júnior mirando un quiosco de prensa en La Farola, el paseo más famoso de Málaga.

Pidió llamar a Londres, a la *Century House*. La llamada se la pasaron a *Downing Street*. Allí se encontraba su interlocutor, John Rennie, quien escuchó la noticia. Su reacción fue instantánea:

—Espere un momento, voy a poner el altavoz, que quiero que lo oiga el primer ministro.

Harold Wilson, junto al resto de integrantes del comité de crisis que había formado, escucharon con interés lo que Thomas les estaba repitiendo.

—Bueno —anunció el premier al terminar la conversación telefónica con Best—, parece que ya sabemos qué día va a desplegar España su acción militar contra nosotros. Vamos a darnos un nuevo plazo de veinticuatro horas y esperaremos confirmación. Rennie, concentre los mayores efectivos que pueda en La Línea. Quiero estar informado de todo lo que allí suceda.

—Por supuesto, señor.

Aquella noche del lunes trece de octubre la estación de tren de Atocha registraba un movimiento diferente. No era ni mucho menos habitual ver a los mejores futbolistas españoles caminando por sus andenes, Vestidos con traje y con Kubala al frente, los jugadores buscaban cuál era su coche cama para intentar descansar ante el largo viaje que les esperaba.

A la hora convenida, el expreso abandonó, muy lentamente y bajo una fina lluvia, la principal estación de la ciudad.

14 de octubre. Martes. Mañana.

Scotty se preguntaba qué estaba haciendo en una ciudad como Ceuta que, al margen de un puerto, una montaña con una instalación militar, un destacamento de la Legión y cuatro calles, no tenía mucho más.

El martes catorce de octubre se levantó pronto, sin saber hacia dónde encaminar sus pasos y deseando poder volver junto a su Pepa que, seguro, ya habría terminado las cortinas y ahora se estaría empleando en una nueva labor. La veía tan feliz y tan contenta en su papel de madre gestante, de ama de casa y de esposa enamorada que anhelaba el momento del regreso. Lo que le ocurría era que su jefe le pagaba muy bien por hacer muy poco, y no quería perder la ocasión que se le brindaba. «¿Qué tendrá Manuel con la Legión?», se preguntaba con cierta curiosidad. Recordaba cómo le cambió la cara el día que le llevó al pie del peñón de Ifach y vieron las evoluciones de aquellos soldados. Desde ese momento, casi dejó de hablar y solo pensó en regresar a Alicante y dejarlo tirado en la estación de autobuses. «¿Dónde iría tan rápido?» Siempre había pensado que, evidentemente, aquel hombre le engañaba, que se traía algo entre manos pues no era normal que alguien pagara porque se le informara de los movimientos de tropas. Además, con aquel acento español tan raro, tan ilocalizable, de tan difícil filiación. No hablaba ni como los murcianos ni como los catalanes ni como los madrileños ni como los asturianos. «¿De dónde sería Manolo?»

Sobre las doce de la mañana, y después de leer un ejemplar del Faro de Ceuta que

había en una cafetería de la avenida del Ejército Español, se dirigió hacia el puerto quedándose perplejo con lo que sus ojos le decían. En una explanada podría haber más de treinta vehículos, de diferentes tamaños, desde grandes camiones militares hasta pequeños todoterrenos. Junto a ellos, una infinidad de legionarios, cada uno con su petate en el suelo, componían una formación irregular. El Virgen de África —buque de la compañía Tras mediterránea que cubría habitualmente las travesías del Estrecho— se encontraba ultimando las maniobras de aproximación al muelle. «¿Cuántos legionarios habrá allí? —quiso calcular sin conseguir aproximarse a una cifra más o menos exacta—. «¿Mil, dos mil?»

Se dirigió todo lo rápido que pudo al edificio de Telefónica y pidió una conferencia con Málaga:

—Tiene hora y media de demora —le informó una señora sexagenaria, desde una ventanilla de cristal.— ¿No puede s er menos ?

—No, probablemente es más —le respondió, con desplante.

Sin saber qué hacer para matar el tiempo, regresó a la explanada del puerto y allí pudo ver cómo todos los legionarios, procedentes del cuartel García Aldave, iban subiendo al buque por la escalerilla instalada en la banda de babor. Mientras tanto, la bodega del Virgen de África iba engullendo todos los vehículos que le servían las dos imponentes grúas portuarias. Scotty no sabía hacía dónde se dirigían. «Eso lo soluciono rápido». Se acercó hacia la zona donde se encontraban varios legionarios aliado de tres Jeep.

—¿Tenéis un pito? —El escocés había aprendido mucha jerga española.

—Sí, claro —contestó uno de ellos; un joven moreno de barba y cejas bien pobladas.

Lo encendió con su mechero después de ofrecer a los otros dos soldados, que también habían cogido uno.

—¡Caray!, no es habitual ver a tantos legionarios en el puerto.

—No, ni tampoco es normal ver a la selección española —repuso otro legionario.

—¿Y eso?

—No me digas que no te has enterado de lo del partido. En ese momento Scotty recordó que algo había leído en la información deportiva del periódico que acababa de hojear, mientras desayunaba.

Después de estar hablando un rato con los tres soldados, justo hasta que recibieron instrucciones de ayudar a los estibadores para subir los vehículos, uno a uno, a las redes de las grúas, miró su reloj y decidió regresar a la Telefónica, a la vez que deseaba que la demora se hubiera acortado y que la conferencia con Málaga fuera lo antes posible.

A las tres menos cuarto conseguía, por fin, establecer contacto con el número que le había facilitado Manuel López.

—¿Dígame? —se oyó decir al otro lado del auricular.

—¿Manuel López?

—Sí, es aquí. Dígame qué desea.

—Soy Scotty, un amigo de Manuel.

—¡Ah, Scotty! —Schembri sabía cuál era la relación de subagentes con los que trabajaba la estación Sevilla, por lo que cuando el escocés pronunció su nombre no tuvo duda alguna de quién era—. Dime.

—¿No está Manuel?

—No se encuentra en este momento pero me ha dejado el encargo de que tome nota de todo lo que me puedas decir.

Scotty dudó si contarle lo que había visto a una persona que no conocía pero tampoco tenía muchas más opciones, las comunicaciones no eran fáciles y lo que había presenciado le resultaba tan interesante que no se lo podía callar, por lo que no se lo pensó dos veces. Si acaso, se permitió una pequeña licencia y lo que transmitió lo hizo con cierto misterio.

—Dile que los del peñón de Ifach se van ahora a Algeciras a ver el partido.

—El peñón, ¿de qué?

—De Ifach. Él sabrá de quién estoy hablando.

Una patrulla del Ejército británico montaba guardia junto a uno de los radares, situado en la parte más alta del peñón. Ledley Cooper, como todos los militares, sabía que la razón por la cual habían evacuado a toda la población civil y habían llenado el interior del promontorio calizo de gibraltareños era por una contingencia de «hostilidades» —ese era el término elegido por sus superiores para denominar a la crisis que se había presentado— por parte del Ejército español.

A las diez de la mañana el grupo de soldados vio cómo llegaban varios camiones militares a las proximidades de la frontera, concretamente al sur de unas instalaciones deportivas que acababan de terminar de construir entre la población de La Línea de la Concepción y la zona neutral, y comenzaban a extraer de su interior unas inmensas lonas. Entre casi un centenar de soldados comenzaron a montar unas carpas de varias decenas de metros cuadrados de extensión, como si se tratara de un campamento romano. Rápidamente informaron de lo que acontecía.

En la *Century House*, John Rennie no paraba de recibir noticias de España. La confidencia que había recibido Thomas Best de su hombre de Málaga, del nuevo descifrador, estaba siendo corroborada por las novedades que llegaban desde distintos lugares. Así, desde Ceuta se informaba del formidable contingente de tropas que estaba embarcando hacia la Península y desde el propio Gibraltar se advertía que, junto a unas instalaciones deportivas, pero a escasos metros de la frontera, se estaban armando unas instalaciones preparadas para albergar en su interior tropas o material. También había sido visto el hospital de campaña próximo a San Roque. X por último, desde Algeciras se anunciaba que se registraban movimientos en los carros de combate: «Como si estuvieran probando los motores», reseñó el informante. Igualmente habían sido vistos circulando grandes camiones con depósitos de carburante. También fue informado de que dos submarinos de la Armada española

habían abandonado Cartagena —los sumergibles siempre salían y entraban de la base naval navegando por la superficie.

El director del MI6 no albergaba duda alguna sobre la razón de todas aquellas acciones que guardaban tan precisa coordinación. Ahora la incógnita que no sabía responder era la más difícil de todas: ¿cuándo sería el ataque? Su intuición le daba una respuesta, pero ¿y si se equivocaba de nuevo?

Poco antes del mediodía, las sillas de la tribuna del estadio José Antonio Primo de Rivera estaban vacías excepto las que ocupaban José Caballero y Alvaro Bernal, que se encontraban matando el tiempo mientras miraban las evoluciones de los jugadores de fútbol de la selección española.

La Ciudad Deportiva Francisco Franco era un inmenso complejo que se acababa de construir al sur de la población de La Línea de la Concepción, sobre una de las inmensas y yermas explanadas que se abrían metros antes de llegar a la zona neutral que precedía a la frontera física con Gibraltar. El gobierno de Franco había barajado la posibilidad de, si se producía la anexión de la colonia a la soberanía española, desgajar aquella zona y crear una provincia autónoma —sería la novena— dentro de la región andaluza. Constaría de los municipios de Algeciras, La Línea, San Roque, Los Barrios y el propio Gibraltar. Por ello, no se reparó en gastos y se decidió encargar a Corsán la construcción de unas magnas instalaciones, desproporcionadas para el tamaño de la población, donde se encontraban tres campos de fútbol de hierba, pistas de tenis, un polideportivo cubierto, piscina…

Desde que recibió el encargo de Carrero de preparar la ofensiva sobre la colonia extranjera, y tras su paso por el Peñón, José Caballero no dejó de darle vueltas a una de las circunstancias que más le preocupaban. Sabía muy bien que los británicos detectarían cualquier movimiento de tropas que se realizara en las inmediaciones de la frontera y, para tomar Gibraltar, al margen de efectivos aéreos y del trabajo de la artillería móvil que suponen los carros de combate, también hacían falta hombres, una infantería valiente capaz de reducir cualquier foco de resistencia incluida la mucha que, supuso, se encontraría escondida en los túneles, otra de las grandes preocupaciones del general. «¿Cómo sitúo yo a un importante contingente de legionarios al lado de la frontera sin levantar sospechas?» Esa fue la razón de múltiples desvelos, hasta que, como sucede con los grandes descubrimientos de la humanidad, la casualidad de ver un periódico abierto por la página adecuada provocó que se le iluminara la bombilla de las ideas geniales. La selección española de fútbol tenía que jugar un partido clasificatorio para el Campeonato del Mundo de selecciones que se celebraría al año siguiente en México, aunque las posibilidades matemáticas de clasificación eran nulas por los malos resultados que se habían obtenido en los encuentros anteriores. Caballero sabía, también por su visita a La Línea en febrero de ese año, de la construcción de un campo de juego, que llevaría por nombre el del fundador de la Falange, como tantos otros repartidos por toda la geografía nacional. El complejo deportivo en el cual se enclavaba se llamaría como el

jefe del Estado.

Por tanto, solo tenía que hablar con Carrero y este a su vez con José Solís, ministro secretario general del Movimiento, para que el encuentro con Finlandia se celebrara allí. Sería la primera vez que se disputaba en toda su historia un partido oficial de la selección en una población que no fuera una capital de provincia, pero ese hecho no tendría por qué despertar sospechas a nadie.

Así, podría montar carpas para alojar a todos los efectivos de la Legión, entendiendo que la interpretación que se realizaría desde Gibraltar sería lo que se deseaba fingir: que un encuentro de fútbol fuera presenciado por muchos soldados. Algo tan inocente como efectivo.

Con lo que nunca contó José Caballero y el propio Carrero Blanco fue con que el MI6 tenía a demasiados agentes diseminados por todo el mundo, incluyendo el sur de España; y que la obsesión británica por una invasión española del Peñón había extremado la cautela sobre la zona.

En la portería norte, Iribar se entrenaba con los tiros que le disparaban Amancio, Rexach y el jugador del Betis Quino; mientras que en la sur, Reina hacía lo propio con los de Velázquez, Gárate y Asensi, interior del Elche.

En el centro del campo, y supervisados por Ladislao Kubala, el resto de seleccionados practicaban pases.

—¿Va usted al fútbol?

—Raramente —respondió con sequedad José Caballero a la pregunta formulada por Alvaro Bernal.

—A mí sí me gusta. Lo que ocurre es que en La Coruña hay poco fútbol de calidad. A pesar de estar en primera, el equipo no acaba de cuajar. Quizá será porque cuando hemos tenido un buen jugador, enseguida se lo han llevado los clubes más grandes. Ahí está, por ejemplo, el caso en su día de Luis Suárez y ahora el de Amaneio.

Al coordinador de la Operación Mirón lo que le contaba el chivato de Alvaro Bernal —ese entendía que era su papel— le traía sin cuidado incluso en las conversaciones como aquella, superficiales e intrascendentes. Apartó la vista del césped, que para ser de un campo nuevo no presentaba un aspecto óptimo, y giró su cabeza hacia la derecha para mirar lo que le había llevado hasta aquel lugar tan distante. Después miró su reloj y comprobó que quedaban algo más de treinta y seis horas para que en lo más alto del peñón ondeara una bandera distinta, la suya, la de todos los españoles.

—¿Y usted cree que a Gento le queda mucha cuerda todavía?

—¿Qué? —Lo único que le unía al general con el capitán de navío era que ambos se encontraban sentados en la tribuna del José Antonio Primo de Rivera, nada más.

—Sí, le decía que si usted cree que a Gento le queda todavía mucho fútbol en sus botas, ¿cuántos años debe de tener ya?

—Pues no lo sé, la verdad. No he reparado en ello.

—Debe de andar por los treinta y bastantes.

—Ni idea —zanjó.

—¿A qué hora saldrán los submarinos?

José Caballero vio cómo, en esa ocasión, la pregunta de Bernal era totalmente distinta.

—Los submarinos han debido de salir ya. Esta noche permanecerán fondeados a sotavento de Alborán.

—¡Caray, mi general! —parecía que el marino se sorprendía por la precisión de la explicación del militar de Tierra—, me lo ha contado con una exactitud que parece usted un militar de la Armada.

—Bernal, el hecho de que yo sea general de brigada del Ejército de Tierra no quiere decir que no sepa de navegación.

—¡Vaya, no sabía!

—Es que hay muchas cosas que usted no sabe de mí, Bernal. Muchas —remarcó Caballero, mirándole muy fijamente—. Por cierto, ¿sabe si vendrá el almirante, o quizá el propio Generalísimo?

—¿A coordinar la operación?

—No, para coordinar la operación ya estoy yo, digo después, una vez que la batalla haya terminado y allá arriba —con el mentón, señaló hacia el peñón— ondee la bandera que corresponde.

—No lo sé, mi general —respondió Bernal—. Todos sabemos que el Generalísimo es un hombre muy reservado. No lo sé.

—¿Y el almirante? —inquirió Caballero.

—No me dijo nada. Sí vendría bien que viniera para felicitar a las tropas.

—Los soldados no van a necesitar felicitación alguna. Ellos van a saber que, con su sangre, firmarán el capítulo más importante que va a escribir el Ejército español después de la Cruzada. ¿No le parece que eso ya es suficiente recompensa?

—Esperemos que no haya mucha sangre.

—Eso es lo de menos, Bernal. El soldado sabe que su mayor honor es morir por su patria.

Para Bernal, Caballero adoptaba conductas histriónicas, mucho más que las que corresponden a un soldado prudente y cabal.

Kubala dio unas voces y juntó a todos sus jugadores en tomo al círculo central. Parecía que el entrenamiento estaba llegando a su fin y ahora iban a tocar unos minutos de charla.

Muy cerca del campo, los servicios de intendencia acababan de terminar de montar las inmensas carpas que habían llevado para albergar a los legionarios.

—Menéndez Tolosa me indicó que a partir de las dos empezarán a llegar los primeros legionarios —comentó Caballero.

—Deberíamos ponerles alguna actividad para esta tarde.

El general de brigada lo miró casi con asco.

—Bernal, ellos no son como esos jugadores de fútbol. Lo que hay que dejarles hoy es que se vayan de putas y se emborrachen. No nos vamos a poner a charlar con ellos. Eso lo haremos en la madrugada del jueves dieciséis, instantes antes de partir hacia Gibraltar. Allí les arengaré. No soy Millán Astray pero he preparado un discurso que espero les motive lo suficiente.

—¿Ah, sí?

—Sí, pienso decirles, entre otras cosas y al final de mi intervención, que aquel que demuestre una mínima flaqueza durante la acción será ejecutado inmediatamente. Esa siempre es una buena motivación.

Las noticias del inicio del despliegue español habían llegado a Gibraltar como la confirmación de algo que temían. Como les ocurría a los pastores que se encuentran en medio del campo y contemplan, con temor, la presencia de unas nubes abigarradas y amenazantes, y perciben las primeras gotas. Esa era la sensación de todos los militares cuando recibieron las noticias que llegaban desde Londres.

Eran las tres del mediodía cuando se volvían a juntar en el despacho de Robert Peliza el comandante en jefe de las tropas británicas destacadas en Gibraltar, los dos generales llegados de Londres, David Facey, el propio gobernador y Thomas Best.

—Londres insinúa que el ataque se realizará después del partido —comentó el militar.

—Parece más lógico que sea después que antes, aunque no me extrañaría que quisieran disputar el partido con la acción terminada —sugirió el comandante—. Es muy difícil que ellos sepan lo que les tenemos preparado aquí, por tanto, tampoco es disparatado que la invasión sea esta misma noche.

Todos se miraron entre sí. Aquella opinión tenía su lógica.

—Es posible, pero, por lo que me acaban de informar —el militar volvía a hablar —, los legionarios de Ceuta se encuentran a punto de entrar en el puerto de Algeciras, casi como los que proceden desde Melilla, y de los carros de combate no se sabe nada. Siguen todos en Algeciras. Me parece muy precipitado que vaya a ser esta noche. Del posible ataque de la aviación, lógicamente no sabremos nada justo hasta el mismo momento. Las bases están aquí mismo. Desde que despeguen hasta que nos puedan bombardear habrán pasado minutos, y muy pocos, además.

—En cualquier caso, tendremos que estar igual de preparados, ¿no? —insinuó Thomas Best.

—Mire usted —replicó el militar—, tengo a mis hombres en tensión desde el sábado a las diez de la noche. Llevan por tanto… —consultó su reloj—, algo más de sesenta horas casi en pie de guerra, durmiendo en turnos de cuatro horas como mucho. Francamente, me encantaría darles un descanso y que pudieran pasar una noche entera en una cama.

—A mí me pasa igual con los míos —apostilló David Facey.

—Yo me inclino a pensar que el ataque será en la madrugada del jueves. Entre el miércoles y el jueves —matizó Thomas, para evitar errores de interpretación.

—¿Y eso? —indagó el gobernador.

—Por lo que nos han dicho, en los periódicos españoles de hoy se recoge la noticia de que el partido va a ser como una especie de homenaje al Ejército. Hablan de que las gradas estarán llenas de soldados y todo eso de la bambolla militar. Para mí tiene más lógica pensar que el ataque se efectúe horas después, casi con las primeras luces de la mañana del jueves.

—Tenga en cuenta que ellos están pensando que la invasión va a durar solo minutos —advirtió Facey.

—Sí, lo sé —admitió el militar.

—Por cierto, Londres se ratifica en querer seguir con esto adelante —quiso Thomas que le confirmaran.

—López, ¿es una pregunta o una afirmación? —escudriñó Peliza.

—Más bien es un lamento, señor. Me duele pensar que en Londres se quiera empezar una guerra y no se busquen soluciones diplomáticas, exponiéndonos a una mutua carnicería.

—No creo que ellos puedan hacernos mucho daño —auguraba, satisfecho, el militar encargado de la defensa de la colonia—. Los nidos de ametralladoras por el sur, las antiaéreos diseminados por todo el peñón y nuestros hombres con los bazucas les van a dar una buena bienvenida. Por otro lado, me consta que nuestros buques tienen preparados sus objetivos y que los pilotos de nuestras bases situadas en el sur de la isla están dispuestos a actuar. Franco va a tener su merecido. Se lo puedo asegurar.

—Perdón, señor, el merecido lo tendrán todos los soldados que van a morir. Los nuestros y los de ellos.

—¿Y? —preguntó el militar, sin terminar de entender la intervención de Thomas —. Si usted fuera un soldado, vería las cosas de otra manera, quizá, con mayor frialdad, como lo verían sus colegas de inteligencia procedentes de la milicia. —El servicio secreto inglés se alimentaba tanto de personal militar como de profesionales universitarios, como era el caso de Best.

—¿También con mayor humanidad? —El hombre del MI6 dejó la duda flotando sobre la conversación.

—¿Está usted insinuando que los militares no tenemos humanidad?

—No estoy insinuando, estoy afirmando que dentro de unas horas las calles van a estar plagadas de sangre, y parece que nadie hace nada por evitarlo.

—Le recuerdo, López —terció el gobernador—, que esta guerra la va a empezar Franco. Que nosotros solo vamos a defendemos.

—Defender Gibraltar y, de paso, bombardear en suelo español todo lo que podamos.

—¡Hombre!, si le parece nos quedamos cruzados de brazos dejándoles hacer lo que quieran. La contraofensiva es absolutamente legal.

—También es legal su petición. Estamos incumpliendo una resolución de las

Naciones Unidas.

—¡Basta! Mientras no se diga lo contrario, este es mi despacho y, por tanto, yo manejo esta reunión. No estamos aquí —afirmó encolerizado Robert Peliza, mirando a Thomas Best— para discutir las órdenes que llegan desde Londres, sino para cumplirlas.

El inglés se recostó sobre su silla. No entendía por qué se estaba portando así su gobierno, por qué no habían establecido unas medidas disuasorias adecuadas para hacer ver a los españoles que les esperaba una matanza. Fue en ese momento cuando comprendió la fugaz visita de John Rennie la otra noche y lo que le contó. Lo que esperaba de él. Aquello de la inteligencia.

—Que sepan todos —informó el militar al mando de la operación— que el premier ha dado orden de que los tres barcos se aproximen a Gran Bretaña aunque no lleguen a tocar tierra. En cuanto comience la confrontación se procederá al desembarco de toda la población civil que transportan. Por otro lado, se encuentran disponibles ya varios buques militares al sur de Huelva para aproximarse a objetivos de todo tipo y proceder a su destrucción. Se quiere que la represalia sea histórica.

—¿Ha dicho objetivos de todo tipo? —escrutó Thomas.

—Sí, sé muy bien lo que he dicho, objetivos militares y de todo tipo.

Dado que nadie respondió, el gobernador entendió que el encuentro había terminado.

—Si alguien no dice nada más, de momento levantamos la reunión hasta nuevo aviso.

—Por cierto, Facey —terció el militar que había llevado el peso de la conferencia —. A las seis de la tarde despegará un avión militar. Hemos recibido la orden de trasladar a la espía española. A las cinco y media nos la lleva a la pista de aterrizaje, por favor.

—Por supuesto, señor.

En silencio, todos abandonaron *The Convent* quedando solo en el despacho el gobernador de la colonia.

14 de octubre. Tarde.

Al salir de la reunión, el general subió al vehículo que le aguardaba en la puerta y se dirigió, por *Main Street*, hacia su acuartelamiento. A David también le esperaba un vehículo policial.

—¿Quiere que le lleve a algún sitio?, tampoco tenemos muchas más alternativas —comentó a Thomas, sonriendo y señalando con un movimiento de su mano hacia todos los comercios cerrados.

—Si va a la comisaría, le agradecería que me llevara.

—Había pensado ir al cine, pero no sé si quedarán entradas —comentó

irónicamente Facey.

—No, la película no va a gustar a nadie. —Por el contrario, Thomas no sonrió al devolverle el comentario, en su caso con un claro doblez.

Por una *Main Street* completamente vacía de tráfico, ya que los vehículos militares que la plagaban se encontraban perfectamente aparcados, fueron viendo a los distintos grupos de soldados que ocupaban los laterales de la vía, en ocasiones sentados en el suelo, en otras charlando, alguno comiendo algo y más de uno apoyado contra la pared e intentando dormitar unos minutos. Thomas pensó cuántos de ellos yacerían sobre aquellos adoquines en tan solo unas horas.

Cuando el vehículo arribó a la comisaría, David se giró hacia Thomas y le indicó:

—Me voy a mi despacho, si quiere usted algo, dígamelo.

—Gracias, comandante.

Todavía no se había marchado el máximo dirigente de *The Royal Gibraltar Pólice* cuando Thomas vio, por el monitor del circuito cerrado de televisión, el lugar donde se encontraba Isabel Moque. La española estaba tirada a lo largo de su camastro, inmóvil, como si estuviera durmiendo.

—¿Podría bajar a ver a la detenida?

David miró al hombre del MI6 y al monitor e, indolente, le respondió:

—Vaya, vaya, usted se puede mover por aquí lo que quiera. Ya han dicho que luego vendrán a por ella.

—¿Puedo pasar? —solicitó desde el umbral de la celda, en español.

—Estoy en el trullo. Y la encerró soy yo.

Isabel había reconocido la voz de Thomas, entre otras cosas, porque era la única persona que le había hablado en español desde que había sido encarcelada. La cordobesa se encontraba vestida con la misma ropa que llevaba cuando la detuvieron y con la cabeza hundida en la almohada. Su respuesta fue cas i ininteligible.

—Digamos que es su habitación, y no pienso pasar hasta que no me de permiso.

Levantó la cabeza y le vio a través de la greña que cubría su rostro. Volvió a tirarse sobre la almohada, sin decir nada.

—Bueno, dado que no me ha denegado el permiso, voy a entender que no le importa que esté aquí.

Pasó y cerró la puerta tras de sí. Se sentó en la banqueta que había junto a una mesa y esperó unos instantes a que la mujer reaccionara. Hasta ese momento, la había visto siempre de frente, sin poder observar su cuerpo con la tranquilidad que ahora tenía. Se fijó en sus piernas que, aunque estaban ocultas bajo el vaquero, se adivinaban largas y atléticas. Su culo era prominente, algo parecido al de una mulata, y su cintura, estrecha, abarcable. Su espalda tenía las proporciones adecuadas. Aquella mujer parecía tener el talle de una escultura griega.

—Isabel, te quedan unos minutos para marcharte de aquí —la avisó, utilizando el tuteo—. Te van a llevar a Inglaterra.

Siguió sin responderle, como sise hubiera dormido.

—A una prisión militar —puntualizó, intentando hacerla reaccionar.

La española seguía sin moverse en una actitud que comenzaba a exasperar a Thomas.

—¿Sabes qué te va a pasar?

—Que me matarán.

Había sido una respuesta mecánica, consecuente con la idea que se había formado sobre la suerte de Michael.

—No lo sé. No creo.

—Bueno, pues no pasa nada.

Thomas cerró los ojos. «¿Cómo podría conseguir de ella algún tipo de colaboración? —se preguntaba con desesperada urgencia. Miró el reloj y comprobó que eran las cuatro de la tarde. Le quedaba, por tanto, hora y media—. ¿Qué puedo hacer con esta mujer en ese tiempo?»

Se acercó al cabecero y se puso en cuclillas. Comenzó a hablar. Era posible que no le respondiera pero de lo que no cabía duda alguna era de que le oiría.

—Isabel, nuestros dos países se han vuelto locos. Hablaba con la misma altura de voz como si estuviera recitándole poemas de amor, y con igual entonación que si se hubiera propuesto conquistarla.

—Se confirma que las tropas de Franco están en pie de guerra contra nosotros y, en horas, van a desplegar una fuerte ofensiva.

La mujer seguía sin reaccionar.

—Han bajado tanques —prefirió llamarlos por el sobrenombre más familiar que por carros de combate, su verdadera denominación— desde Madrid. Por tren. Y los tienen en el puerto de Algeciras. A la velocidad que circulan y con la distancia que hay, en menos de media hora se presentarán en la frontera.

Isabel se giró y se situó mirando a la pared, dándole la espalda. Thomas se alegró; parecía que, incluso aumentando su desprecio, había conseguido hacerla salir del letargo en el que se encontraba.

—Han fletado dos barcos enteros de legionarios que a estas horas tienen que encontrarse al lado de unas carpas que han montado junto al campo de fútbol.

Aquello del campo de fútbol le resultó a Isabel muy extraño, pero siguió callada y escuchando todo lo que le decía aquel hombre sin entender por qué le facilitaba a ella toda esa información que se suponía secreta.

—A todo ello se unirá la acción de dos submarinos con unas patrullas de comandos y las misiones de varias docenas, seguro que son varias docenas, de reactores cargados con bombas.

«¿Por qué me está contando todo esto?», pensó Isabel, sumamente extrañada. Además, no le creía. Todo eso que le contaba, imaginaba, no dejaba de ser un ardid para obtener algún tipo de información que ella no tenía; ya le había contado todo lo que sabía, que era muy poco, casi nada.

—Yo creo que el ataque se va a realizar después del partido de fútbol. Han fijado

la hora de inicio a las cinco de la tarde, es decir —Thomas volvió a consultar su reloj —, en poco más de veinticuatro horas. No tenemos mucho tiempo.

Aquello fue el detonante para que la mujer reaccionara definitivamente. Ya no podía aguantar más.

—¡Por Dios!, ¿de qué diablos de partido estás hablando? —preguntó, arqueando el tronco mediante la flexión de los brazos a la vez que quedaba, de cintura hasta los pies, pegada a la cama.

—Por favor, no hables tan alto —Thomas bajó todavía más la voz—, es muy importante, créeme.

—¿Me estás diciendo algo de un partido y de un ataque después del partido? ¿Qué es eso?

Isabel había cambiado de actitud. Era lo mejor que le podía haber sucedido a Thomas.

—Mañana, a las cinco de la tarde, se va a disputar un partido de fútbol de la selección española en La Línea. Esa ha sido la treta que ha utilizado tu gobierno para situar, pegados a la frontera, a cientos o miles de soldados. La idea hubiera sido muy buena. En otras condiciones, mi gobierno hasta lo vería lógico, una pataleta por no devolver el Peñón, una exhibición de orgullo patrio —Thomas dominaba la lengua española, los giros y las expresiones más comunes—, pero en ningún caso estaríamos como estamos, en pie de guerra, armados y esperando a que se lance la primera bomba o la primera bala para desplegar una represalia sin precedentes.

La mujer se había vuelto a tumbar en la cama pero ahora se encontraba girada hacia él. No sabía si creerle o no. Sus ojos se habían convertido en dos escáneres que escrutaban la cara del inglés y buscaban un gesto, una ratificación, algo que le confirmara o que le desmintiera lo que le decía.

—Isabel, sino hacemos nada, dentro de horas, Gibraltar pasará a la historia como el mayor conflicto bélico europeo después de la Segunda Guerra Mundial, aislará a tu gobierno para siempre y supondrá la matanza de miles de soldados e incluso de población civil. Y no es que me preocupen especialmente los soldados españoles y menos los dictadores que tienes en tu país, es que temo por los míos. Entre unas cosas y otras, Gibraltar va a quedar medio destruido, y bajo sus cascotes, la sangre de muchos jóvenes.

Lo que le contaba parecía que guardaba lógica. La misión de Michael en la colonia británica tenía un exclusivo componente militar. En Tánger, el malnacido de Nicomedes Manrique le había pedido, rogado casi, que continuara en Gibraltar, y eso obedecía a algún motivo concreto que ella desconocía. Sí, tenía lógica lo que le contaba aquel hombre, pero se resistía a formularle la pregunta definitiva.

—Igual no me crees, pero llevo en esto mucho tiempo y estoy harto de tratar con políticos que, desde la seguridad que otorgan miles de kilómetros de separación, se permiten jugar con la vida de sus soldados alegando cuestiones que a los demás nos resultan ajenas.

—¿Qué quieres de mí? —se ofreció, al fin.

—Que me ayudes a evitar esta guerra.

A las cinco de la tarde, Thomas miró a la cámara de circuito cerrado de televisión y esperó a que le vieran. La cancela, como había sucedido en otras ocasiones, se abrió y salió cerrándola tras de sí.

Subió a la planta baja y buscó el despacho del comandante. Solamente había una persona en aquella comisaría capaz de acceder a lo que le iba a proponer.

Lo encontró sentado en su sillón, delante de su escritorio, leyendo unos informes que había recibido por télex.

—David, he conseguido una información que creo puede ser de mucha utilidad.

El comandante Facey levantó pesadamente los ojos de la lectura del folio que sostenían sus manos.

—Un poco tarde, ¿no cree?

—No, en absoluto. Creo que es algo de vital importancia.

—¿De vital, López? —quiso aclarar, escéptico—, ¿acaso me va a convencer de que esta mujer tenía, ahí abajo, en la celda, una información tan importante como dice?

—No la tiene aquí, la tiene en su casa.

Como si se dispusiera a es cuchar una historia que no le interesaba, David Facey dejó sobre el escritorio la hoja que estaba leyendo y lo miró flemático, con la certeza más absoluta de que aquello que el espía inglés le iba a contar le traería sin cuidado.

—A ver, Manuel, ¿qué pasa con esta mujer?, ¿qué tiene en su casa?

—Una radio. —¿Una radio?, ¿un transistor?— quiso burlarse, con una media sonrisa.

—Estoy hablando de una emisora, una Lorenz LS.

—¿Una Lorenz?, ¿una emisora alemana? —La mueca de sarcasmo se había evaporado del rostro de David.

—¿Le parece extraño que un espía español tenga material alemán de la Segunda Guerra Mundial? La base del armamento español es una mezcla de equipos viejos americanos y alemanes. ¿Sabe, por ejemplo, que uno de los submarinos que todavía tienen en su flota es un *U-Boot*?

—Eso es imposible. ¿Cómo la iba a meter aquí? Además, si hubiera tenido en su casa una emisora y la hubiera utilizado, lo habríamos detectado. Si no nosotros, sí los militares. ¿Sabe cuantos rastreadores de ondas puede haber en este lugar?

—No sé si mucho o poco, pero que la ha utilizado es seguro y, lo más importante…

Impuso un silencio para intentar atraer definitivamente la atención de su interlocutor, adornándose con una aureola de misterio.

—Que también tiene un libro de claves. Un libro de claves, David —recalcó, quizá con una pizca de sobreactuación—, ¿sabe lo que puede valer un libro de claves? —Se agachó para situar las caras al mismo nivel. Se aproximó unos

centímetros.

—Pues no lo sé, me imagino que mucho. —Facey nunca habría reparado en la importancia o no de un libro de claves, pero la actitud del espía del MI6 le sembró una súbita duda.

—¿Sabe que la batalla del Atlántico la ganamos a los nazis gracias a que encontramos las claves de la máquina Enigma?, pregúnteselo si quiere a los chicos de *Bletchley Park*. Facey, un libro de claves vale mucho más que su peso en oro, y lo tenemos a unas manzanas de aquí, en el mismo Gibraltar. Con él podemos desmontar toda la estructura de agentes españoles en el extranjero. —Era, y con diferencia, la mayor memez que podía decir una persona relacionada con la inteligencia, pero, a oídos de un profano, aquello podía sonar como un argumento contundente. No fue así.

El comandante miró su reloj.

—Bueno, pues, lo dicho, un poco tarde. Dentro de veinte o treinta minutos vendrán a por ella. Va ha oído, como yo, que el avión partirá a las seis.

—Pues partirá a las seis y partirá con ella, pero antes tenemos que llevarla a su casa.

—¿Qué dice, López? —A David Facey le desquiciaba tener que llamarle por el nombre en clave, como si él, el máximo responsable de la policía gibraltareña, fuera un enemigo—. ¿Se ha vuelto loco?

—No me he vuelto loco, comandante, tenemos la posibilidad de confiscar una emisora enemiga y el libro de claves con el que opera el Seced. Además, si llamo ahora mismo a Londres suspenderán la evacuación de esa mujer. Seguro.

—Mire, yo estoy aquí para cumplir órdenes, y sin una superior a la mía, esa mujer no va a salir de su celda. —Con su dedo índice, apuntó hacia el suelo, señalando el lugar donde se encontraba el calabozo.

—Comandante, sabe muy bien que si informo a la *Century House* me van a decir que adelante.

—Pues hágalo —resolvió, irritado. No podía evitar la prepotencia del hombre del MI6 y la seguridad de sus afirmaciones.

—Pero no puedo porque ya llevo muchas balas gastadas con mis jefes.

—No le entiendo.

—Sí, que ha habido muchas imprecisiones en la información y puede no ser tan fácil. Sin embargo, si usted autoriza a sacarla, yo le prometo que en menos de veinte minutos estamos de vuelta.

—Por favor, López, ya le he dicho que no.

—David, en un coche y sin tráfico vamos y venimos en cinco minutos. La casa es pequeña, en diez minutos la hemos registrado, y estoy seguro de que voy a contar con su colaboración. Le he prometido —al decir estas palabras, bajó el tono de voz, como si estuviera realizando una confidencia— que si colabora conmigo su pena quedará rebajada al mínimo y que no pasará en prisión más que unos meses… ¿entiende? —

Ante la tozudez y el celo del comandante, el espía optó por mostrar un tono más humano.

David Facey ya había dejado de gruñir y miraba a Thomas con unos ojos desconcertados, sin saber muy bien qué decisión tomar.

—Comandante, yo me encontraría más seguro si fuéramos con tres policías suyos. Un conductor y otros dos hombres conmigo. Los mejores. ¿No le parece?

Aquello fue determinante. El mayor responsable de *The Royal Gibraltar Pólice* no veía así ningún riesgo. Su única preocupación era la hora.

—Todos mis hombres son adecuados. Nunca ha habido en Gibraltar una policía tan bien formada. Manuel, tiene usted veinte minutos. Son ahora las cinco y doce. Va sabe, veinte minutos. ¿Será suficiente?

—David, una Dorenz no se guarda debajo de la cama. Daremos con ella en un momento, además, ya digo que tendré su colaboración. Me ha parecido una mujer muy inteligente.

Thomas, uniformado de soldado, como iba vestido desde el pasado jueves cuando llegó a Gibraltar, salió del despacho junto a David Facey.

—A ver, vosotros dos, coged un conductor y acompañad a este hombre a donde os diga. Y tú, sube a la detenida.

—¿La esposo?

—No creo que sea necesario —opinó Thomas, aunque la pregunta no iba dirigida a él.

—Yo creo que sí es necesario, ¿no le parece? —preguntó el comandante con algo de ironía.

Thomas miró a los dos policías que había señalado David Facey y se alegró de que uno de ellos tuviera la estatura y la complexión adecuada. «Al final —concluyó—, voy a acabar teniendo suerte.»

Tres minutos después, un *Vauxhall* partía de la comisaría hacia *King's Yard Line* con cinco ocupantes en su interior.

Isabel se impresionó al constatar el estado de la colonia. En la calle solo había vehículos militares estacionados en los lugares más inverosímiles y soldados formando grupos, fuertemente armados. No vio a nadie vestido de civil ni coche alguno que circulara. Por supuesto, todos los comercios estaban cerrados a pesar de la hora. Parecía que fuera de madrugada.

Llegaron a su calle y pararon justo delante de su puerta.

Thomas, que había viajado en el asiento del copiloto, ocultó como buenamente pudo el pañuelo que había sacado del bolsillo izquierdo de su pantalón. Fue el primero en bajarse. Abrió la puerta trasera derecha y esperó a que saliera el primer guardia. Tras él, Isabel, que llevaba las manos a la espalda, esposadas.

Cuando fue a salir el segundo guardia, Thomas le colocó la palma de la mano en el pecho, a modo de parapeto.

—No, mejor quédese aquí. —Más que ordenarle, hizo que sus palabras sonaran a

ruego, hablándole siempre en voz baja.

—No puedo, señor, el comandante ha dicho que siempre estuviera con ella.

—Me parece muy bien lo que le ha dicho el comandante, pero necesito que esta mujer siga confiando en mí.

Se acercó un poco más todavía al policía y, después de mirar hacia Isabel y el guardia que la sujetaba por el brazo en el umbral de la entrada a la finca, le murmuró:

—Ella cree que la voy a liberar, ¿entiende? Sígame el juego, ya ve cómo están las cosas.

—Pero… —El policía vaciló.

No le dejó hablar.

—Nos estamos jugando mucho en esta acción. Confíe en mí. ¿Cree acaso que una mujer esposada va a poder hacer algo contra nosotros dos? —le preguntó, enarcando las cejas.

Sin darle opción a la réplica, se giró y agarró a Isabel por el otro brazo, elevando el tono de voz

—¡Vamos!, en diez minutos tenemos que haber bajado.

Subieron las escaleras y llegaron a la puerta de la vivienda.

—¿Tiene la llave del piso? —preguntó Thomas a Isabel.

—Sí, en mi bolsillo —precisó, acompañando sus palabras con un movimiento de los ojos.

—Pues sáquela —ordenó el inglés.

—¿Cómo?, ¿no me pueden quitar las esposas?

—No hace falta, déjeme a mí. —El hombre del MI6 fingía tener prisa por abrir la puerta del pis o.

Cuando el espía fue a meter la mano en el bolsillo derecho del pantalón de Isabel, esta le propinó un rodillazo en el muslo que le dolió incluso al policía que había subido con ellos.

—¡Maldita zorra! —bramó Thomas, a la vez que levantaba la mano para bajarla con todas sus fuerzas.

—¡Basta! —chilló el hombre de The Roy al Gibraltar Pólice mientras le sujetaba el brazo y evitaba la bofetada que Thomas iba a asestar a Isabel—. Yo tengo la llave de las esposas. Se las quitamos y ya está, que tenemos muy poco tiempo. —Apurado, el guardia intentó mediar. Sabía que tenían que marcharse lo antes posible.

Sacó la llave del bolsillo de su guerrera y liberó las esposas de Isabel mientras el inglés se llevaba las dos manos al muslo golpeado. La española, ya libre de los aros metálicos, se metió la mano en el bolsillo de su vaquero y extrajo un pequeño monedero en el cual guardaba la llave de entrada a la vivienda.

Mientras el policía se había entretenido abriéndole la cerradura de las esposas, Thomas había aprovechado el momento para impregnar el pañuelo que tenía en su mano con unas gotas de una solución rica en triclorometano que llevaba en una ampolla que había partido previamente. Con un rápido y preciso movimiento, lo situó

en la nariz del policía que, desconcertado, se vio sorprendido por la acción inesperada del hombre del MI6. Al instante, sus rodillas cedieron al peso de su cuerpo y, antes de que cayera al suelo, Thomas e Isabel lo sujetaron para evitar que se hiciera daño en la caída. Lo depositaron sobre el piso con cuidado. El policía se encontraba inconsciente.

Se miraron y se felicitaron con los ojos.

—¿Dónde aprendiste a pegar así? —quiso saber el inglés, en alusión al rodillazo que le acababa de atizar.

—Me crie en un pueblo lleno de chicos. Tuve que aprender a defenderme. ¿Te he hecho mucho daño?

—No importa. ¿Dónde está el dormitorio?

—Por aquí.

Dos minutos después y a pesar del fuerte dolor que todavía persistía en su muslo, Thomas bajaba las escaleras corriendo. Al verlo llegar, los dos policías, que se habían bajado del vehículo y se encontraban charlando, interrumpieron la conversación, sobresaltados.

—¡Vamos, ayúdeme!, ¡ha ocurrido algo!

El guardia que había acompañado a Isabel en el asiento trasero fue hacia el interior del edificio mientras que el conductor tiró violentamente el cigarrillo que había empezado y se disponía a seguir a su compañero.

—¡No!, usted no venga, quédese en el coche por si llaman por la emisora.

Thomas y el policía emprendieron la subida hacia el piso. Desde dentro del portal, el conductor pudo oír la última instrucción del inglés:

—Pero no llame a nadie. ¿Vale?

Mientras subían las escaleras, el policía desabrochó el cierre de seguridad de la cartuchera. Instantes antes de sacar la pistola, Thomas le ordenó:

—No, guárdela.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—¡Venga! —soltó, como toda explicación.

Entraron en la vivienda y el inglés le indicó la dirección de una habitación que se abría a la izquierda del salón. Desde fuera, se podían ver las piernas de Isabel, tiradas en el suelo.

—¡Aquí!, ¡pase!

Al entrar en la habitación, el policía se encontró a la española tirada en el suelo, de bruces, inmóvil. No le dio lugar a preguntar qué había sucedido. Las piernas le cedieron con la misma facilidad como le habían Saqueado a su compañero.

—¡Ya está! —exclamó Thomas.

Isabel pegó un brinco, se puso en pie y ayudó al hombre del MI6 a colocar —casi en el mismo sitio donde ella había estado— el cuerpo adormecido del policía.

—Ahora solo falta el último.

La mujer asintió, sabía que ahora llegaba el momento más difícil de todos.

Thomas lo supo enseguida.

—No te preocupes, los efectos de esta droga son extraordinarios. Incluso la hemos probado nosotros. Es inocua pero te deja fuera de este mundo por lo menos cuatro horas. En mi caso fueron casi cinco horas en las que no me enteré de nada. Como si hubiera sido una anestesia general.

—De los dos, creo que el mejor es el primero —calculó Isabel, refiriéndose a los policías que habían reducido.

—Sí, yo también. Tiene casi tu misma estatura. Vé cambiándote. Espero que se me dé bien el conductor.

Como había hecho anteriormente, volvió a bajar deprisa. El tercer policía seguía fuera del vehículo, esperando acontecimientos.

—¡Vamos!, ha ocurrido una desgracia, ¡Volvamos a comisaría!

—¿Y por qué no llamamos por la emisora?

—¡Vamos, he dicho! —rugió todo lo fuerte que pudo.

Sin mediar palabra, el conductor entró en el coche e introdujo la llave en el contacto. No le dio tiempo a girarla.

Mucho más lentamente de como los había bajado, Thomas emprendió la subida de los escalones que le condujeron de nuevo al piso cargado esta vez con el conductor, encontrándose la puerta igual de entornada que como la había dejado. Descargó el cuerpo inanimado del chófer en el sofá del salón donde Isabel estaba terminándose de vestir de miembro de *The Royal Gibraltar Pólice*. Al verle llegar, la cordobesa se giró ligeramente para abotonarse la camisa. Solamente la quedaba ponerse la gorra. «¿Dónde irá a meterse todo ese pelo?», se preguntó el inglés.

Parecía que Isabel le había adivinado el pensamiento.

—Ayúdame —le pidió, sin especificarle en qué.

Se dirigió a un cajón de la librería y de allí sacó unas tijeras.

—Sujétame el pelo, así. —Le cogió la mano y le pidió que agarrara su melena, poniéndola horizontal.

Thomas, sorprendido por la determinación de la mujer, e intuyendo la importancia que podía tener para ella la extensión de su cabellera, no pudo evitar formularle una pregunta cuya respuesta ya conocía de antemano:

—¿Estás segura?

El corte certero de las tijeras movidas por la mano de Isabel Moque provocó que el inglés se quedara con casi todo el pelo en su mano. Había sido la respuesta a su pregunta.

—¿Dónde lo iba a esconder?, no cabe debajo de la gorra. Abulta demasiado.

Lo terminó de recortar y ya, libre de volumen, se pudo ajustar la gorra del policía que, en ese momento, dormía profundamente en su cama, en calzoncillos.

—Veo que te han servido hasta los zapatos. ¿Qué pie calzas?

—El que a ti no te importa. —Siempre había tenido complejo de su número. Le parecía muy grande para ser mujer.

Desde cerca, no engañaría a nadie, pero a media distancia, a partir de los diez metros, Isabel podría parecer perfectamente un policía masculino, ya que la camisa era lo suficientemente ancha como para ocultar el volumen de sus pechos. Había optado por no ponerse sujetador.

Bajaron los dos. Él seguía con el uniforme de militar puesto, y ella vestía el de la policía gibraltareña. Después de volver a verificar que en la calle no había nadie, Thomas miró la hora.

—Son las seis menos cuarto. En unos minutos vamos a tener aquí a media policía de Gibraltar buscándonos. ¿Sabrás conducir?

—¿Yo?, no, no tengo carné.

—No se trata de tener carné, sino de ser capaz de llevar este coche al puerto.

—Que no, que yo no sé llevar un coche.

—¿Nunca?, no puede ser. —El rostro de Thomas se turbó con la noticia. Eso no entraba en los planes.

—Te digo que nunca, vamos, no sé ni para qué sirven los pedales.

«¡Vaya espía de mierda!», pensó.

—¿No puedes conducir tú?

—¿Un soldado conduciendo un coche de patrulla con un policía detrás? —Thomas quiso hacerla razonar—. Vamos, y más con las calles principales llenas de militares. Imposible —concluyó.

—Pues ya me dirás qué hacemos.

Tenía que pensar rápidamente. La idea era alcanzar el puerto pero, aunque ya había disminuido en fuerza, el sol todavía seguía sobre el horizonte y con él, las posibilidades de camuflaje disminuían.

—Tenemos que volver a tu casa. ¿Habría algún modo de esconderse allí?

—¿Dónde?, ¿en mi casa?

El comandante David Facey miró el reloj de nuevo y no soportó más la espera. Salió al cuerpo de guardia y preguntó si ya había regresado el inglés con la prisionera.

—No, señor —le contestó uno de los policías.

—Llame por radio al coche. Inmediatamente.

Regresó a su despacho pero no fue capaz de concentrarse ni un segundo. Al minuto, volvió a salir.

—¿Y? —preguntó, levantando el mentón.

—Nada, señor, no responde.

Notó que su respiración se empezaba a agitar y le parecía incluso oír los latidos de su corazón, pero aquello no fue nada comparable con lo que sucedió cuando llegaron cuatro militares a la comisaría para buscar a la prisionera y conducirla al aeropuerto.

—¿Le ocurre algo, comandante? —preguntó un capitán, nada más acceder al edificio, al ver el desencajado rostro de su máximo responsable.

—La prisionera… ha desaparecido —acertó a decir, balbuciendo.

Sin perder un instante, partieron del cuartel general de la policía gibraltareña tres coches patrulla con un total de doce hombres, incluyendo al comandante Facey. Al llegar al portal de la casa de Isabel se encontraron con el *Vauxhall* aparcado en la puerta, vacío. A la carrera, subieron al piso donde pudieron comprobar que la puerta de entrada se hallaba abierta. En el interior de la vivienda solo estaban sus tres hombres, drogados. Les faltaban las armas y uno de ellos estaba en ropa interior. Facey ordenó que uno de los policías se quedara dentro del domicilio por si los fugitivos decidían regresar.

—Si vuelven, disparas. Sin miramientos.

—A sus órdenes.

—Ledley, a matar —especificó un comandante al que nunca antes se le había visto hablar así.

El guardia tragó saliva y solo pudo mascullar un tímido y repetitivo:

—A sus órdenes.

La noticia también la comunicaron por radio a todos los policías diseminados por Gibraltar. La pequeña colonia se había vuelto más estrecha todavía para la pareja de prófugos.

14 de octubre. Noche.

En el acuartelamiento de Ballesteros, en La Línea, los cinco militares continuaban reunidos en tomo a una mesa donde tenían extendido un plano que había dibujado José Caballero. Representaba el peñón, la pista de aterrizaje, el puerto, las instalaciones militares, la comisaría y las entradas que pudo intuir cuando visitó la colonia en el mes de febrero con su mujer, más toda la información fotográfica que le habían facilitado fruto de la labor que realizó Michael Murray hasta que dejó de enviarlas.

El reloj marcaba las diez de la noche. A la Operación Mirón le quedaba poco más de un día para comenzar y, a esa hora, nada ni nadie podría impedir que Gibraltar iniciara, con retraso casi de siglos, el retorno a la soberanía española.

—Comenzaremos, como les dije, a las seis cuarenta y cinco horas del jueves dieciséis. A partir de este momento tomaremos esa hora como la de partida —explicaba José Caballero—, y cuando hablemos del inicio de cualquier maniobra diremos «tantos minutos sobre la hora cero o tantos otros menos la hora cero». ¿Entendido?

El rostro de los tres ministros militares del Gobierno no albergaba dudas sobre la gravedad del momento. Ninguno querría estar sentado a aquella mesa aunque nadie eludiría su responsabilidad. Todos pensaban que aquella era una situación a la que nunca se habría tenido que llegar.

—A los legionarios se los va a levantar al momento cero menos una hora —continuaba el general de brigada—, por ello, exijo el estricto cumplimiento de la hora de silencio. El partido de fútbol terminará a las siete menos cuarto de la noche y a las siete y media toda la tropa tiene que estar acuartelada. Se les dirá que al día siguiente habrá unas maniobras y que la diana se adelantará, pero tampoco se les debe decir nada más. Me imagino que esta tarde ya se habrán desfogado lo suficiente. —Guiñó un ojo a Menéndez Tolosa que no fue correspondido con señal de complicidad alguna—. Lo mismo digo con los escaladores del regimiento de Alta Montaña de Jaca que llegaron ayer.

—¿Cuál será la hora exacta en la cual los submarinos tienen que emerger? —preguntó el ministro de Marina.

—El momento será cero más veinte minutos. Emergerán aquí —Caballero se incorporó sobre la mesa para señalar un punto próximo al cabo de Punta Europa—, a media milla de la costa. Espero que en menos de tres minutos estén las neumáticas y los comandos en el agua.

—Para ello se han preparado a conciencia —ratificó el ministro.

—Su tiempo han tenido, Antúnez. Llevan practicando esta maniobra varios meses. Tienen que saber realizarla con los ojos cenados.

—De hecho, algunas veces me consta que han practicado con los ojos vendados —corroboró el ferrolano.

—Lo sé, y le felicito por ello.

Siguieron detallando los planes de cada uno de los integrantes de la Operación Mirón ya que aquella sería la última reunión que celebrarían. El general de brigada que había propuesto Carrero Blanco a principios de año, y que Franco había sancionado, se había aprendido la operación al dedillo, y no había extremo que no hubiera sido estudiado a conciencia. No necesitaba papel alguno para responder a cuantas cuestiones se pudieran ir suscitando. Se sabía de memoria qué alcance tenía cada pieza de artillería que se iba a utilizar, cuál iba a ser el comunicado que se leería en Radio Gibraltar y quién se encargaría de ello, qué decir a Robert Peliza cuando irrumpiera en su despacho de *The Convent* y, lo más importante, cuáles serían las palabras que le diría al Caudillo cuando hablara por teléfono con él para informarle de que la operación se había concluido con éxito. Esperaba tener la fuerza suficiente para que la vozno se le quebrase.

La reunión terminó a la una y cinco de la madrugada.

—Señores —Caballero adoptó una postura solemne para pronunciar las últimas palabras—, cada uno ya sabe lo que tiene que hacer, en qué momento hacerlo y cómo hacerlo. Y si España nos pide el sacrificio de nuestra vida, espero que las tres mil ciento cuarenta y dos personas que vamos a intervenir de forma directa demos un paso al frente ofreciéndonos voluntarios. ¿Alguna duda?

Los tres ministros se quedaron charlando unos minutos al terminar la reunión mientras que el capitán de navío salía a la avenida de España, lugar donde se ubicaba

el cuartel Ballesteros.

Diez minutos después se encontraba en la calle San Felipe, donde le esperaba un vehículo que ya le resultaba familiar. Al llegar a su altura, abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—Mi comandante, calcula usted muy bien. Me dijo que hasta la una no llegaría y poco se ha equivocado —recordaba el conductor, el cual estaba acompañado en el asiento trasero por otro militar, también de paisano.

—En llegar aquí, no; pero todavía no se puede marchar. Tengo que escribir una nota y será extensa.

—¿Le podría preguntar cuánto tiempo tardará? Es que mi compañero y yo no hemos cenado y aunque nos vamos a turnar en la conducción…

—No se preocupen, tendré por lo menos para media hora. Por tanto, si tienen que cenar, busquen algún sitio, que seguro que encontrarán.

—A sus órdenes —cumplimentaron los dos militares.

A las dos menos cinco de la madrugada el *Seat 124* blanco partía hacia Madrid. «Llegaremos sobre las diez, tal vez nueve y media», fue lo último que le dijo a Bernal el que iba a conducir en primer lugar.

15 de octubre. Miércoles. Madrugada.

A las cuatro de la madrugada, la calma dentro de la colonia era absoluta. Se había dado un descanso a los soldados desde las doce y media de la noche hasta las seis, mandando a casi todos los hombres a los hoteles —las instalaciones militares estaban prácticamente vacías por entender que constituían uno de los primeros objetivos enemigos— y al hospital, que se había quedado con los enfermos de urgencia, ya que habían trasladado a los convalecientes al centro médico que había en el interior de la roca. Se suponía que, si estallaba la confrontación, se necesitaría el mayor número posible de camas libres.

Facey estaba descompuesto. Delante de sus narices se había fugado la espía española confabulada —no lo dudaba, tenía que haber sido así— nada más y nada menos que con un hombre del MI6. Le habían acusado de negligencia grave. Una vez que terminaran los acontecimientos, no sabía cuáles podrían serlas consecuencias de aquel error tan clamoroso.

En cuanto Isabel le dijo a Thomas que no sabía conducir, la fluida y eficaz maquinaria de pensar del inglés se volvió a activar. Retornaron al portal y comenzaron a ascender por las escaleras. Así, llegaron al cuarto piso y, con el juego de ganzúas del que el inglés no se separaba, abrió una de las puertas de entrada a una vivienda.

—Aquí creo que viven dos mocitas, ya mayores —concretó Isabel.

Comprobaron que el piso se encontraba vacío. Cerraron la puerta y esperaron de

pie, tras la hoja.

Minutos después oyeron por la ventana que daba a la calle el sonido de varios coches que frenaban violentamente y de los cuales se bajaba un buen número de personas. Después, escucharon cómo subían por las escaleras hasta entrar en la casa de Michael e Isabel. Mientras, la cordobesa y el inglés se miraban con expectación. A continuación, oyeron cómo dos policías subían por las escaleras y llamaban a todos los timbres mientras aporreaban las puertas. Thomas agarró con su mano izquierda, suavemente, la mano de Isabel, mientras que con la derecha la mandaba callar. La mujer había contenido la respiración.

Cuando llegaron a la cuarta planta, volvieron a golpear las puertas y llamaron al timbre con insistencia. Isabel cerró los ojos, despacio, como si temiera que sus párpados fueran a provocar un sonido que los delatara.

Después de unos minutos de ruidos y carreras, el silencio se apoderó de la escalera y el estrépito se trasladó a la calle, donde Facey ordenaba a sus hombres, a golpe de chillidos de desesperación, que buscaran a la pareja de fugitivos.

Llevaban en el interior de la vivienda más de diez horas. En ese tiempo habían podido cenar algo que habían encontrado en la nevera de las dos solteronas, curiosear por la casa y dormitar. Antes de la media noche pudieron escuchar varias conversaciones que alteraron el rotundo silencio que reinaba en la escalera. Thomas supuso que los tres policías se habían ido despertando de la droga que los había sumido en un breve sueño y que, a la postre, les había permitido poder huir. «Bueno —matizaba para sí—, de momento, más que huir ha sido burlar a la policía, Vamos a ver si somos capaces de salir de Gibraltar.» Para cumplir con el plan que se había trazado, necesitaba imperiosamente salir de la colonia y llegar a una España que, en ese momento, parecía que se encontraba en el otro extremo del mundo.

—Tenemos que buscar ropa —le había sugerido Thomas a Isabel, sobre las doce de la noche.

Con la luz de una linterna que habían encontrado en uno de los cajones de la cocina, la accidental pareja buscó en los armarios de las mujeres. Los vestidos, las faldas y las blusas ocupaban casi todas las perchas. Fueron sacando las prendas del armario con delicadeza, fijándose en las posibilidades de cada una.

—Yo no sabré llevar un coche, pero sí sé coser. Y muy bien —sentenció, algo dolorida por el comentario de Thomas, cuando le recriminó que no supiera conducir un vehículo.

Así, se hicieron con un vestido gris de flores, muy feo, pero que a Isabel no le caía mal de talla, y para el inglés encontró unos pantalones, también grises, muy cortos y demasiado entallados, y un jersey de lana beis que podía parecer unisex

—Te queda rabón, pero te lo voy a arreglar.

Mientras iluminaba a Isabel con la linterna, enfocando la tela que iba cosiendo —para evitar que un destello los delatara, habían cerrado las contraventanas interiores de la habitación—, Thomas pensaba que se podía estar enfrentando a un consejo de

guerra. Aquello se entendería como traición. Esa era la palabra adecuada para denominar su conducta. Si ese momento llegaba, nunca podría escudarse en la conversación que mantuvo con Rennie ni esperar nada de él. Se sentía como un trapecista que realizaba evoluciones en lo más alto de la carpa, sin haberlas practicado con anterioridad y sin red, sobre todo eso, sin salvaguarda alguna.

—Tenemos que llegar a España.

—¿Cómo? —preguntó Isabel, que ofrecía un aspecto deplorable con su pelo trasquilado.

—No lo sé. Vamos a pensar, a ver si me ayudas. Estamos en un lugar que no se diferencia en nada a una isla. ¿No es así?

La española se recostó sobre el sillón y miró al techo. Cerró los ojos.

—Y de una isla —prosiguió el inglés— solo se puede salir o por aire o por mar. Lo primero es imposible. He visto que el ejército tiene helicópteros, bien, pero ni sé llevar uno ni lo vamos a robar, y menos con piloto. Por tanto solo tenemos una salida.

—¿Dónde vamos a encontrar un barco? La colonia está llena de soldados y de policías, ahora es imposible moverse por aquí —quis o razonar la cordobesa.

—Tú lo has dicho, Isabel, llena de soldados y policías. Yo voy vestido de soldado y tú de policía. ¿No te parece fantástico?

A las cuatro y media de la madrugada Thomas e Isabel, y después de que esta se santiguara, abrían la puerta de la vivienda donde se habían ocultado gran parte de la noche. Como si fueran dos gatos moviéndose silenciosos, fueron subiendo escalones y llegaron hasta la puerta de la azotea, la cual abrió el inglés sin problema alguno. Por en medio de varias cuerdas con ropa tendida, llegaron hasta un extremo y saltaron al terrado de la vivienda colindante, la que se situaba al este, dando ya a Town Range. De igual manera, abrieron la puerta de la terraza, esta vez en sentido contrario, y accedieron al interior del edificio. Bajaron por las escaleras y llegaron al portal que, como todo, se encontraba a oscuras. Thomas entornó una de las hojas del portón y un rayo de luz artificial iluminó débilmente sus rostros. El inglés se asomó a la calle y miró a ambos lados. Con la mano le dijo que saliera con él.

La cordobesa se acercó y le dio un beso en la mejilla, justo donde le clavó las uñas.

—No sé si me estás metiendo una *bacálá* —le musitó—, pero algo me dice que me puedo fiar de ti. No me falles, inglés.

Se miraron unos instantes. Thomas la vio extremadamente bella, a pesar de las duras sombras que provocaban las luces de las farolas y que le imprimían a la cara unos rasgos toscos, acentuadamente marcados. La gorra le tapaba perfectamente el pelo y le otorgaba un creíble aire masculino, a pesar del excelente tipo que ocultaba el uniforme de policía. Le dieron ganas de besarla.

—Isabel, hay veces que el ser humano necesita suerte. Esta es una de ellas. Vamos hacia el puerto —indicó al fin.

El inglés había dejado el beso para otra ocasión. Era consciente de que en los

próximos minutos se iba a jugar la v ida.

Con un pequeño paquete bajo el brazo, continuaron hacia el norte, cruzando *King's Yard Line*, y a cincuenta metros alcanzaron la *Victualling Office Lane*, doblaron a la izquierda y, en unos metros, se encontraron de nuevo en *Main Street*, la calle más importante de Gibraltar. Habían dado un rodeo para no atravesar la calle de Isabel.

Se asomaron con precaución y comprobaron que, junto a los jardines de la residencia del gobernador, se encontraba apostado un vehículo militar. Supusieron que los ocupantes se hallarían en su interior. Torcieron a la izquierda y, con naturalidad —las ropas que vestían cas i les hacían invisibles—, bajaron por *Convent Ramp*. De momento no se habían topado con nadie.

Al llegar a *Line Wall Road*, ya delante del puerto, distinguieron a una patrulla de soldados. La formaban tres miembros.

—Tú sigue andando, hacia el dique. Ahora voy yo —le susurró.

Antes de separarse, la miró y, todo lo bajo que pudo, le recordó:

—Sube los hombros; y no bracees tanto. Y pro cura no mover el culo al caminar. —A Isabel le hubiera gustado volverse y darle una bofetada por mandón.

Thomas se acercó hacia donde se encontraban los tres soldados.

—A vosotros os ha tocado guardia —comentó mientras daba una palmada en el hombro a uno de ellos, el único que estaba fumando.

—Acabamos de relevar a unos compañeros. Por lo menos, hemos estado en la cama tres horas. Somos unos afortunados —comentó, sonriendo.

El inglés también se sonrió.

—Yo voy ahora, la verdad es que estoy muerto. —No le faltaba razón, mientras Isabel le había compuesto los pantalones, él apenas había sido capaz de dar una cabezada.

—Pues nada, descansa, que no sabemos a qué hora empezará esto.

—Es verdad, lo que pasa es que tengo que ir al puerto. Aquel policía me ha pedido que vaya con ellos. Quieren mirar en un yate. Igual se ha refugiado alguien en su interior.

—Sí, cerca de la terminal de cruceros se habían metido cuatro en el yate de uno de ellos. Dos matrimonios. Los han llevado al interior de la roca. A mí me parece una inconsciencia.

—A mí también —confirmó Thomas, fingiendo estar muy convencido.

Después de haber resuelto con suerte el primer encuentro con unos soldados, siguió a Isabel cuya silueta se recortaba entre la penumbra del puerto. Ella miró hacia atrás y, al constatar que el inglés caminaba tras sus pasos, giró detrás de unos contenedores, para esperarle.

—Ya hemos conseguido parte —reconoció la española, cuando Thomas llegó junto a ella.

—Bueno, estamos en el puerto, que no es poco.

El inglés miró la bocana, con sus dos luces intermitentes, roja y verde, que lo flanqueaban e interpretó que si se subían a un barco y pretendían salir por allí serían masacrados por los militares que, seguro, se encontrarían de servicio en sus proximidades. Le hubiera gustado traspasar a su compañera la responsabilidad de la toma de la decisión adecuada, pero no podía depositar sobre ella una carga así. La acción era suya y bastante que contaba con una cómplice que se estaba portando con el arrojo propio de una mujer del MI6.

Se mantuvieron unos instantes en silencio. Thomas exploró de nuevo la situación. A unos metros tenían una fila muy larga de embarcaciones atracadas por la popa a un pantalán. En el dique contrario, un barco de carga lucía toda su iluminación, aunque no se veía a nadie sobre la cubierta. El único ruido que se escuchaba era el procedente del desagüe de la refrigeración del mercante. Miró con el mayor detenimiento que le permitía la escasa luz general con que estaba iluminado el puerto —lugares, normalmente, mal alumbrados— y no terminaba de asumir lo que veía.

—¿Qué pasa? —preguntó la española, con inquietud. El inglés solo se limitaba a mirar hacia todos los ángulos, girando el cuello, como si estuviera buscando algo y sin hablar, que era lo que más exasperaba a Isabel, el silencio de su compañero.

Al cabo de unos minutos la miró por primera vez desde que había llegado al puerto. El rostro de Isabel relucía intermitentemente por el faro verde que delimitaba una de las dos entradas al puerto de Gibraltar. Él, que había visto a muchas mujeres en su vida, sintió que esa era la escena más bella que estaba viviendo con una. Nadie antes había sido tan atractiva para sus ojos como lo era Isabel con aquella iluminación. A la cabeza le llegó el recuerdo de Trini como si fuera una descarga eléctrica desde las entretelas. «Igual ahora está en la cama, con otro», le asaltó el mismo pensamiento que le abordaba con asiduidad.

—¿Te encuentras bien? —Esta vez, la pregunta ya no era la de una mujer inquieta sino la de alguien que se estaba preocupando por una persona que ya había ocupado en su vida un lugar destacado, a pesar de haberle conocido hacía tan solo unos días.

—Sí, perdona —intentó reaccionar—. Estaba comprobando algo que, en el fondo, no me extraña.

—¿El qué?

—Que no hay guardias, ni soldados. ¿No ves que estamos solos?

Isabel se asomó y miró hacia los mismos lugares donde había dirigido Thomas sus ojos, aunque empleó mucho menos tiempo.

—¿Cómo es eso posible?

Intentó concentrarse. La luz que iluminaba la cara de Isabel, la visión de la cordobesa mientras se terminaba de abotonarla camisa del policía gibraltareño, el recuerdo de los pechos de Trini sobre su piel, la cara de algún cliente del restaurante mientras hablaba con ella… tenía que pensar en otra cosa y no era capaz de hacerlo. Tragó saliva e intentó abstraerse de aquellos recuerdos y parar la batidora que, de vez en cuando, se ponía en marcha dentro de su cabeza.

—Tiene lógica.

—¿Cómo?, ¿qué tiene lógica que el puerto no esté vigilado? —Isabel no terminaba de entender lo que le decía Thomas.

—Sí, piénsalo bien. Hoy en día, con los radares, cualquier movimiento por mar se detecta desde muchas millas antes, y lo último que va a realizar un submarino es una maniobra de entrada en un puerto navegando sumergido, sería peligrosísima por la estrechez de su bocana; al margen de que seguro que tendrán sensores de movimiento bajo el agua. Por tanto, el último sitio por donde entraría un enemigo, por lo menos en un primer momento, sería por el puerto, si estuviera al mando de este operativo, no habría destinado ni un solo hombre a vigilarlo. Por otro lado —él mismo se admiraba de cómo había sido capaz de volver a poner la cabeza a trabajar—, me centraría en defender la entrada natural, que en este caso es por tierra, justo como está haciendo el ejército.

—Me quieres decir…

—Lo que estás oyendo, que es posible que salgamos tranquilamente sin que nadie nos diga nada.

—No puede ser. —A Isabel le parecía que el razonamiento de Thomas podía ser lógico, pero no entendía que pudiera s er tan fácil.

—Isabel, es. ¿No has visto que no se ve a nadie? Vamos, déjame que vea en qué embarcación nos vamos a marchar.

—Pero ¿tú vas a saber llevar un barco de estos?

—Algo aprendí. Una cosa es que me maree y otra muy distinta es que no sepa nada de cómo funcionan. Aquellos grandes —señaló hacia la entrada al puerto— no, pero estos otros más pequeños…

Salió Thomas en primer lugar y, unos pasos después, lo hizo ella. Ambos saltaron a la bañera de una embarcación de unos nueve metros de eslora con un mástil en el centro sujeto por unos pequeños cables de acero. El tambucho estaba cerrado con un pequeño candado que no supuso problema alguno para el espía. El inglés pasó a su interior. Buscó en los armarios laterales superiores donde halló una linterna.

—Isabel, tú quédate aquí. Ahora te digo.

Con la escasa iluminación del haz de luz, localizó el lugar donde se encontraba el contacto del motor. Sin esforzarse en buscar la llave con que arrancarlo, asestó un par de golpes con una llave inglesa. Al tercero, la cerradura saltó.

El motor se encendió en cuanto juntó dos cables oportunos.

—Isabel, ponte al timón —ordenó, mientras señalaba la rueda que lo gobernaba.

Salió de la cabina y miró hacia lo alto del palo. Allí habían instalado un deflector de radar. Buscó la driza que lo sujetaba y lo arrió. Sin esa pieza metálica, sería prácticamente imposible que fueran detectados —su función era, precisamente, la contraria, que provocara el rebote en las ondas de los radares y ser vistos por embarcaciones más grandes—. Así, había convertido el pequeño velero en algo electrónicamente etéreo. Después largó las dos amarras que retenían la pequeña

embarcación al dique y abandonaron la línea de yates. Viró a babor y enfiló la bocana del puerto pensando que, en cualquier momento, sonaría una ráfaga de ametralladora que pondría punto final a la locura que estaba cometiendo.

—Túmbate en aquella litera y, si sabes rezar, hazlo. Que sé que las andaluzas sois muy religiosas.

Mientras la embarcación dejaba atrás el puerto de Gibraltar, abriéndose ante ella el amplio e iluminado horizonte de la bahía de Algeciras, Isabel, con todo su fervor y en absoluto silencio, rezaba a su Virgen de la Guía mientras agarraba con la mano la medalla que colgaba de su cuello, como si se quisieran proteger mutuamente.

Todavía no se vislumbraban las primeras luces del alba y la bahía de Algeciras se presentaba como una inmensa llanura negra por donde avanzaban sin tener claro qué rumbo deberían tomar. Él se encontraba con las dos manos al timón del pequeño yate mientras que Isabel, siguiendo sus indicaciones, permanecía en el interior, sobre la litera. Supuso que se habría dormido y se alegró de ello, ya que ella tampoco había descansado nada durante la noche.

La sensación de frío se había elevado enormemente y con la ropa militar que llevaba sentía que la humedad le calaba hasta alcanzar la médula de todos los huesos de su cuerpo. Ya había verificado, para su desgracia, que en la embarcación no había ropa de abrigo alguna. Levantó la vista y contempló las luces de Algeciras, justo por la proa y pensó que aquel no debería ser su destino. El que no hubiera escuchado ráfagas de ametralladora al salir de Gibraltar no quería decir que no las fuera a escuchar al llegar a España. En realidad, navegaban en una embarcación con matrícula británica. Vestidos como iban, probablemente ni preguntarían. A la derecha de la proa comprobó que la costa no tenía luces y pensó que aquel tendría que ser el lugar de desembarco. Pero antes, había que adaptarse a la nueva situación.

—Isabel. —La llamó sin elevar en exceso el timbre. No quería sobresaltarla si se hubiera traspuesto—. ¡Isabel!

Después de haber elevado la voz, escuchó la respuesta esperada.

—¿Qué?, ¿qué pasa?

Sonrió. Esa mínima desorientación no podía provenir de otra cosa que no fuera la del despertar de un pequeño sueño. Se alegró de que hubiera podido descansar, aunque solo hubieran sido unos minutos.

—Vete cambiando, que después lo haré yo.

—Vale.

Cinco minutos después, Isabel salió con el vestido que había cogido a sus vecinas. Le quedaba por debajo de la rodilla. Se había calzado unas mano le tinas negras también de ellas. Thomas la miró con una intensidad que a ella no le gustó.

—¿Qué miras? —fue el único comentario de la cordobesa.

—Ponte al timón, que me voy a cambiar yo. Mira, ¿ves aquella luz del fondo, la que está ahora por la proa?, pues mantén ese rumbo.

Minutos antes de las seis de la mañana la embarcación se encontraba muy cerca

de un lugar sin iluminación alguna. Los dos se hallaban sobre la cubierta, de pie. Él con el timón en la mano —y sorprendido por no haberse mareado—, y ella a su izquierda, contemplaban un panorama totalmente distinto a lo conocido anteriormente. Atrás quedaba el peñón de Gibraltar, con las luces habituales, que ahora parecía como un lugar muy lejano del cual se hubieran marchado hacía mucho tiempo.

—Estamos llegando, parece una playa. Vamos a encallar la embarcación, espero que la orza nos lo permita.

—¿La orza?, ¿qué es eso? —Isabel se interesó por el significado de la palabra.

—Es una pieza que llevan los veleros en su quilla, para aumentar su estabilidad.

—Muy *baqueteáo* estás tú en barcos.

Thomas no contestó y redujo la velocidad del motor al mínimo. Conforme se acercaban a tierra, fueron distinguiendo con mayor nitidez la playa que tenían a escasos metros.

—Ve a proa y agárrate al cable de acero que viene desde lo alto del palo. Cuando notes que tocamos fondo, salta y ve hacia la playa.

Un par de minutos después, los dos notaron que el velero se movía como antes no lo había hecho, señal de que los bajos estaban arrastrándose por el fondo. La embarcación encalló y Thomas oyó un leve chapoteo. Isabel acababa de saltar.

Antes de que se escorara en exceso, el inglés corrió hacia la proa y saltó también, siguiendo los pasos de la española. No cubriría más de medio metro. Lo suficiente para salir caminando sin problemas pero habiéndose empapado más de la cuenta. Isabel se había remangado el vestido hasta la mitad de los muslos y llevaba los zapatos en la mano.

Llegaron a la arena y Thomas no tuvo mejor ocurrencia que decir:

—¡ Bienvenida a España!

—Oye, eso, en todo caso, tendría que ser yo quien te lo dijera.

Rieron los dos sin parecer que fueran conscientes de la gravedad del momento. Estaban exteriorizando instintivamente la tensión acumulada durante las últimas horas.

La situación de Isabel era mucho mejor que la de Thomas. Ella solo se había mojado la piel, pero el inglés llevaba calados los pantalones hasta la rodilla. Ambos tenían los pies llenos de arena y la temperatura del agua los había entumecido impidiéndoles caminar con facilidad. Se arrepintieron de no haber cogido la ropa que habían llevado puesta. Se habrían podido secar con ella.

Echaron una última mirada a la embarcación escorada, recortada sobre el peñón iluminado y, después de calzarse con los pies todavía húmedos, empezaron a andar por un camino al final del cual s e encontraban unas casas.

Comenzaba a clarear.

15 de octubre. Mañana.

Después de atravesar las viviendas que habían visto nada más desembarcar, continuaron por la vereda mientras escuchaban de lejos el ruido de algún vehículo que atravesaba una carretera próxima. En el cielo se habían dejado de ver la mayoría de las estrellas, ocultas ya por la fuerza del amanecer inminente.

—No podemos salir así a la carretera, mejor vamos a intentar saber dónde nos encontramos exactamente y después buscaremos un teléfono. ¿Te acuerdas del número?

—Claro que me acuerdo —respondió Isabel, como si la duda de Thomas la hubiera ofendido—. Me lo sé de memoria.

—¡Buena chica!

Tras una pequeña arboleda, comprobaron que, a escasos metros de donde se encontraban, discurría una carretera comarcal. Separados de ella diez o doce metros, caminaron hacia la izquierda, dirección a Algeciras —la orientación del espía era excepcional, aunque en este caso la deducción era muy lógica.

No tardaron mucho en encontrarse con las luces de lo que parecía ser una gasolinera, alegrándose de que al lado hubiera un bar.

—Si hay un bar, habrá un teléfono. Así podrás llamar a tu gente.

Isabel asintió. Tenía miedo, mucho miedo, aunque la compañía del inglés le otorgaba una cierta sensación de seguridad.

—¡Vamos! —A la vez que lanzó la orden, Thomas agarró la mano de Isabel. Esta se la ofreció con naturalidad como si estuviera al lado de Paco o de Michael. Se sintió algo más reconfortada.

Como si fuera una pareja unida por una relación sentimental, cubrieron los doscientos metros que podía tener de separación hasta la estación de servicio, acercándose Thomas al empleado, vestido con un mono azulón, muy sucio, en cuya espalda estaban serigrafiadas las letras CS. Estaba repostando a un *Gordini*.

—Por favor, ¿dónde nos encontramos?

Un hombre bajito y muy delgado, con un bigote cano que destacaba sobre su cara apiñonada, se giró y le respondió:

—En Palmones, pero ¿de dónde sale usted? —inquirió, más que extrañado, casi sobresaltado, después de mirar el estrafalario aspecto que presentaba el forastero.

Efectivamente, Thomas presentaba una estampa jamás vista con anterioridad en aquellos pagos. Si de cintura hacia arriba su facha era normal, no era así el resto. Los pantalones grises los llevaba mojados hasta las rodillas, y los bajos, así como los zapatos negros, estaban llenos de arena como si aquel hombre hubiera estado rebozándose en una playa. Además, la ropa le quedaba muy mal, como si no fuera de él, como si la hubiera robado a un mendigo.

—¿Y tiene coche?

—Sí, se nos ha estropeado, un poco más adelante, camino de San Roque.

—Pues si quieren podemos llamar a una grúa, pero hasta las nueve no abren. Tendrán que esperar usted y su señora en el bar. —Torció la cabeza, señalándolo.

Cuando Isabel y Thomas entraron en el establecimiento, las cuatro personas que había en su interior se quedaron calladas, de modo que solo se escuchaba el sonido de una máquina de bolas en la cual estaba jugando un joven de veinte años, también vestido con un mono.

—¿Nos puede poner dos cafés con leche? —pidió, después de preguntar a Isabel qué quería tomar—. El teléfono, ¿es de ficha?

—Sí —respondió el camarero, que estaba tomándose una copa de *Machaquito* con un parroquiano, en una esquina de la barra.

—Pues deme también varias fichas.

—Varias… ¿cuántas? Son a tres pesetas —especificó el hombre, que miraba a la pareja con extrañe za.

—Diez Quiero poner una conferencia.

Antes de que les sirvieran los dos cafés en sendos vasos, Isabel ya había realizado la primera llamada. Volvía con cara de circunstancias.

—Me han dicho que Madrid tiene una demora de cuarenta minutos.

—Pues tendremos que esperar. Total, es muy pronto, son las siete y veinte de la mañana —le indicó, después de consultar su reloj y comprobar, por el movimiento del minutero, que seguía funcionando.

Se sentaron a una mesa y abrieron un paquete de *Bonys* que también habían pedido al camarero. Este, después de mirarles de reojo varias veces, y de cuchichear con el cliente con el que se encontraba, alargó el brazo y, después de introducir una ficha que sacó de la caja registradora, hizo una llamada.

Si el café que se acababan de tomar les había entonado el cuerpo, la sangre que lo recorría se quedó helada al contemplar lo que estaba sucediendo en el exterior del establecimiento.

Por lo que veía, al menos cuatro vehículos de la Guardia Civil acababan de llegar a la gasolinera. Se bajaron rápidamente y evolucionaron en una maniobra perfectamente sincronizada. Todos iban con un subfusil colgado al hombro, en posición de disparo. El primero en entrar fue un hombre alto, moreno, con un bigote que casi le tapaba la boca, que lucía un tricornio reluciente. Era el único que no exhibía su arma. Las tres tiras doradas ribeteadas en rojo en sus hombreras delataban su empleo: era un sargento.

—¡Vaya, vaya! —fue lo primero que dijo.

Thomas hizo ademán de ponerse de pie y la reacción del sargento fue fulminante:

—¿Quién cojones te ha mandado a ti que te levantes ?

Isabel le miraba aterrada.

—¡Curro! —chilló, dirigiéndose hacia el camarero—, te has quedado corto con eso de que era una pareja sospechosa. ¡Buen trabajo!

Parsimoniosamente, se acercó a la mesa en la que se encontraban y poniendo la mano en el hombro del inglés, le anunció, con prepotencia:

—En la comandancia me vas a contar tú quién cono sois. ¿Y a usted —preguntó a

Isabel con desplante, mirándola muy fijamente a los ojos—, qué le ha pasado en el pelo?

A Thomas lo llevaron en un Jeep, en el asiento trasero, flanqueado por un número de la benemérita a cada lado, mientras que a Isabel la condujeron al cuartel de Algeciras en un Citroen «dos caballos», acompañada únicamente por un guardia más el conductor. El pequeño convoy lo abría un *Seat 1500*, en el que viajaba el sargento, y lo cerraba otro Jeep con el resto de guardias que habían intervenido en el pequeño operativo. Todos los destacamentos de la Guardia Civil de la zona, desde Tarifa hasta Manilva, habían recibido la instrucción reciente de permanecer alerta ante cualquier eventualidad que se pudiera presentar. De hecho, se habían suspendido todos los permisos. Sin que nadie hubiera pronunciado la palabra, la situación en la que se encontraban se asimilaba a la de «Alerta».

Por eso, cuando se recibió el aviso de que acababa de entrar en el bar una pareja de sospechosos, el teniente coronel de la Comandancia de la Guardia Civil de Algeciras no escatimó medios humanos para detenerlos y proceder a su identificación. Era el primer aviso de ese tipo que se recibía en muchos días.

Los cuatro vehículos accedieron al interior del cuartel —situado a la entrada de la población— y, a empujones, sacaron a Isabel y a Thomas, los cuales habían sido esposados antes de salir del bar en el que los detuvieron.

—¿De qué se me acusa? —bufó el inglés, nada más poner los pies en el suelo.

Uno de los dos guardias que habían viajado con él le pegó un puñetazo en la espalda que casi lo tiró al suelo.

—¡Calla, cabrón! —fue la razón que le dio.

A Thomas lo bajaron al calabozo mientras que a Isabel la subieron a una habitación que tenían habilitada en el primer piso del edificio principal. La acompañó un guardia joven, recién llegado de Valdemoro. Mientras, el sargento entró en el despacho del teniente coronel.

—Mi teniente coronel, ¿da usted su permiso?

—Pasa, Atienza, pasa.

—Mi teniente coronel, aquí los tiene usted. Parece que el hombre se ha puesto farruco y ha habido que explicarle las cosas.

—¿Llevan documentación?

—Ninguno de los dos. Van vestidos muy raros. La mujer parece una novicia en día de permiso y él lleva todos los pantalones y los zapatos empapados y llenos de arena. Parece que vienen de pegarse el lote en la playa.

—¿Y nada más ?

—Sí, mi teniente coronel, algo más. —El sargento mostró cara de preocupación.

—¿Qué, Atienza? —quiso saber el comandante del puesto.

—Las pistolas. Los dos iban armados con unas pistolas que yo antes no había visto.

—Pues de algún lado han tenido que salir. Interrogadlo, ya me entiendes…

Atienza se sonrió.

—Claro, mi teniente coronel.

Cuando se encontraba en el umbral de la puerta, el superior le pasó la última instrucción:

—Atienza, no hagáis mucho ruido.

—No se preocupe, mi teniente coronel. —El sargento se volvió a sonreír. Estaba contento. Había obtenido permiso.

Atienza bajó al calabozo y miró al guardia que se encontraba en la puerta.

—Corre y avisa a cuatro que no estén de servicio. Diles que vengan bien calzados, que tenemos que interrogar a un sospechoso.

Minutos después llegaron cuatro hombres y rodearon al sargento.

—Quitaos las guerreras, vamos a ponernos cómodos.

El que hacía de carcelero giró la llave de nuevo y permitió el paso de las cinco personas. No iban armados y vestían un pantalón verde de faena; una camisa de manga corta, también verde, y calzaban unas botas de media caña. La puerta se cerró al pasar el quinto.

No era la primera vez que Thomas Best se iba a enfrentar a una situación así. Pero no estaba preocupado por él. En la celda de la policía gibraltareña firmó con la cordobesa un acuerdo sin lápiz ni papel en el que cada uno tenía que cumplir un cometido. El de Thomas era sacarla de Gibraltar. El de Isabel, una vez en España, ser capaz de detener la inminente ocupación armada del Peñón y la guerra que vendría después. El había cumplido su parte.

Los guardias se abrieron en círculo quedándose el hombre del MI6 en el centro —le habían dejado puesto solo los pantalones—. Uno que estaba a su espalda fue el primero en actuar. Le intentó endilgar una patada sin mediar palabra alguna. El inglés se dio cuenta de la acción y, a pesar de estar esposado por delante, cuando la pierna del hombre estaba en el aire, se giró, lo agarró por la pantorrilla y lo lanzó con fuerza hacia arriba. El guardia cayó de espaldas, golpeándose la cabeza con el suelo y emitiendo un sonido hueco. El sargento más otro guardia se lanzaron sobre él pero, esta vez, no pudo repelerlos. Lo tiraron al suelo mientras los otros dos hombres, cada uno por un lateral, le propinaron sendas patadas en los costados que provocaron un alarido del prisionero.

Se intentó recuperar y logró ponerse de rodillas, agarrando la primera pierna que vio y, con un hábil y certero juego de las dos manos, que casi formaban una maza, notó cómo crujía la rodilla de otro guardia. En su caída, arrastró a otro compañero, lo que permitió que Thomas se pudiera poner de pie. Aunque se encontraba descalzo, arqueó el pie y, con un lateral del mismo, propinó un fuerte golpe en la cara de uno de los guardias —el espía inglés era un experto en defensa personal, como todos los hombres delMI6—. En ese momento ya sabían todos los guardias civiles que habían entrado en la celda que allí se encontraba un prisionero muy poco convencional. «¿Quién será este cabrón que pelea de esta manera?», se preguntó el sargento.

—¡Hijo de puta! —volvió atronar Atienza.

Entre dos guardias intentaron agarrarle los brazos para inmovilizarlo. Aunque no lo consiguieron del todo, sí que permitieron que el sargento y otro número le asestaran varios puñetazos en el estómago y en la cara. Thomas sintió que se quedaba sin respiración. Giró la cabeza con violencia hacia la izquierda y alcanzó el cráneo de uno de los que le agarraban. Tras un chillido le soltó y, aprovechando esa mínima libertad de movimientos, se giró en redondo retorciendo el brazo del guardia que lo sujetaba por la derecha. El inglés no sintió piedad y lo curvó hasta un punto tal en el cual sabía que aquel hombre perdería la movilidad de la articulación de por vida.

—¡Alto!, al que se mueva lo mato.

La voz del teniente coronel hizo eco en la celda. Tras él, tres guardias armados con metralletas apuntaban a todo el grupo.

El carcelero, viendo cómo estaban discurriendo los acontecimientos, había corrido a informar al comandante del puesto.

El espectáculo era lamentable. El detenido, con tres moratones en la cara y la boca ensangrentada, permanecía en el centro de la celda. Mientras, en el suelo, había un guardia inmóvil y otros dos, lloriqueando, siendo conscientes de que uno de ellos se había podido quedar cojo de por vida y el otro de haber perdido la movilidad en su brazo izquierdo. Solo permanecían en pie el sargento Atienza, que jadeaba como si hubiera corrido una larga carrera en frío y Frutos, uno de los últimos guardias en incorporarse a Algeciras.

—Usted, vaya a aquella esquina —mandó el teniente coronel a Thomas, que tosía repetidamente—, y vosotros, ayudad a vuestros compañeros. Ya ese —refiriéndose al que permanecía en el suelo— a ver qué cono le pasa.

Todos los guardias fueron abandonando la celda despacio, con la mirada clavada en el suelo. Uno cojeaba, otro se sujetaba el brazo y gimoteaba, y dos llevaban en volandas al que permanecía inconsciente. El teniente coronel miró al prisionero de arriba abajo pero no le dijo nada. Se giró y ordenó que cerraran la puerta tras él.

—Tráele un cubo de agua a ese —determinó al guardia que hacía de carcelero—, para que se refresque un poco de las hostias que se ha llevado. —«Bien pocas, por cierto», se lamentó el teniente coronel.

El comandante de puesto vio salir a la ambulancia del cuartel desde la ventana de su despacho. «En el momento de tomarle declaración, el detenido agredió al guardia civil Francisco Solavera Arcos, que presenta diversas contusiones, por lo que ha sido enviado a un centro médico para recibirla correspondiente atención sanitaria.» Esa fue la nota oficial que se envió a la Comandancia de la Guardia Civil de Sevilla. Al teniente coronel le preocupaba que todavía no hubiera recuperado la consciencia. «¿Y si le pasara algo?», se preguntó, con desasosiego. A esa hora ya lo sabía todo el cuartel y, si nadie lo remediaba, en unas horas la noticia se habría extendido por toda Algeciras. Los otros dos guardias habían sido trasladados a La Caridad en un Jeep.

Con la redacción del comunicado el teniente coronel no sabía muy bien a quién

engañaría, desde luego no a él. Aquel hombre se había comportado de una manera muy distinta de como lo hacían el resto de detenidos que pasaban por aquella celda: raterillos de poca monta, contrabandistas desconocidos, narcotraficantes a los que habían dejado abandonados sus amos, algún que otro delincuente común, un proxeneta venido a menos… gente que se amilanaba a la primera bofetada. Por el contrario, el hombre que habían capturado en el bar había mostrado un valor no conocido hasta entonces. Nadie antes había reaccionado así, plantando cara, y con éxito, a un grupo de cinco guardias en el interior de una celda. «¡Había que echarle cojones! —pensó para sus adentros. Y reconoció—: Y se los ha echado. ¡Joder si se los ha echado!»

Miró su reloj y comprobó que eran las nueve y cinco de la mañana. Tomó el teléfono y llamó al cuartel Ballesteros de La Línea de la Concepción, siguiendo las órdenes recibidas.

Media hora fue lo que tardó en llegar el *Seat 1500* de José Caballero. El teniente coronel Ramos lo esperó junto a la puerta de entrada a las oficinas.

—A sus órdenes, mi general.

Caballero correspondió al saludo militar que le había realizado el comandante del puesto.

—¿Dónde está?

—A él lo tengo en el calabozo. Ella está en otro lado del cuartel. Parece menos peligrosa.

—¿Qué quiere decir, Ramos? —quiso averiguar Caballero.

—Que el detenido es un hombre distinto, no tiene nada que ver con lo que entra habitualmente por aquí.

Caballero lo miró y asintió, sin terminar de entender exactamente lo que le quería decir.

Bajaron los escalones que conducían a los calabozos y atravesaron el pasillo donde se abrían puertas a ambos lados. Al fondo, y custodiada por un número de la benemérita, se encontraba la celda que alojaba a Thomas Best.

—Lo quiero ver —afirmó, tajante.

—Por supuesto, mi general, pero, permítame que primero le invite a echar un ojo por la mirilla.

Caballero hizo caso de la indicación del teniente coronel y se asomó al agujero que horadaba la puerta metálica a la altura de los ojos. Thomas Best se encontraba esposado por los tobillos y por las muñecas, y estas últimas a una argolla que había en la pared blanca, como si fuera un animal.

—¿Tanto le temen? —Al general le extrañaron las medidas de seguridad.

—Mi general, es una persona muy peligrosa. Si quiere entrar, tenga mucho cuidado. Llamaré a dos hombres para que nos acompañen.

En una de las visitas que realizó a primeros de octubre, el general José Caballero fue al comandante del puesto de la Guardia Civil más importante de la zona. En aquel

momento ordenó al teniente coronel Ramos que le mantuviera al corriente de cualquier movimiento anómalo que se suscitara en la zona de su jurisdicción. Le informó que se iban a celebrar unas maniobras conjuntas con los americanos y que se habían recibido informes secretos de que cabía la posibilidad de que un comando extranjero quisiera perpetrar alguna acción terrorista. Por ello, cuando entró detenido Thomas Best, Ramos entendió que aquel podía ser un perfil como el que le contó Caballero. «Me llama a mí, personalmente», le había indicado expresamente en aquella ocasión. Ramos estaba cumpliendo órdenes.

Cuando abrieron la puerta de la celda comenzaron a entrar personas. Los primeros fueron dos guardias civiles, armados con subfusiles, que se situaron a ambos lados de la cámara. Después entró el teniente coronel Ramos y por último el general de brigada. Caballero se acercó a Thomas Best quedándose a una distancia de dos metros del detenido. El inglés lo miró con desdén. En su cara se apreciaban las huellas de los golpes recibidos, al margen de la herida que le provocó Isabel con sus uñas y que todavía seguía siendo bien visible en su mejilla. Los labios estaban hinchados y la boca seguía con sangre.

—¿Quiénes usted?

Thomas no respondió.

—Todavía no ha abierto la boca, mi general —aclaró Ramos—. Cuando fue detenido no llevaba encima documentación alguna, y todavía no ha dicho nada.

—¡Vaya, a lo mejor el hijo de puta es mudo! —espetó Caballero.

—No, no soy mudo, y tampoco soy hijo de puta.

La respuesta sorprendió a las cuatro personas que se encontraban en ese momento dentro de la celda y al guardia que se había quedado en la puerta.

—Soy ciudadano británico y quiero hablar con mi embajada. No he cometido ningún delito. —Thomas hablaba pausadamente, en su perfecto español, mirando alternativamente a los ojos del general y del teniente coronel.

Caballero se acercó y le atizó una bofetada con el dorso de la mano derecha que provocó el desplazamiento lateral de Thomas.

—¡Cobarde, hijo de puta! —bramó el inglés todo lo alto que pudo—. ¡Suéltame de aquí!

El general no se lo pensó dos veces y se echó la mano a la cartuchera. Agarró la Super-Star por las cachas y la desenfundó.

El teniente coronel Ramos se abalanzó sobre el general y con la mayor fuerza que pudo reunir, sujetó el brazo de Caballero obligándole a que colocara la pistola apuntando al suelo. Mientras forcejeaba, se acercó a su oído y le susurró:

—Mi general, que le ha visto entrar mucha gente…

Caballero resoplaba por la acción y su cabeza, roja de la cólera, parecía que iba a estallar. Ramos notó cómo se iba calmando y destensándose sus rígidos músculos.

Los dos guardias civiles que habían entrado acompañando a sus mandos se miraron de reojo. Parecía que el peligro había pasado.

El general se compuso, guardó la pistola en la cartuchera y miró con desprecio al detenido.

—¡Vamos!

Instantes después, la puerta de la celda se volvía a cerrar y Thomas se quedaba solo de nuevo.

Ramos vio marchar al *Seat 1500* del general de brigada con agrado. Desde que le conoció no le gustó ni la manera de hablar del general, ni los modos, ni la prepotencia que mostraba en cada frase. Había estado a punto de cometer una locura, un acto impropio de un general del Ejército. Los años cuarenta ya habían pasado y una cosa era interrogar a un sospechoso y animarle a hablar con cuatro bofetadas, y otra cosa muy distinta era matar a sangre fría a un detenido.

El general, humillado por lo que había sucedido en la celda, no quiso ver a la mujer que había acompañado al inglés y había cursado una orden tan sencilla como clara: «Incomunicación.» La instrucción era que nadie, absolutamente nadie, supiera de la existencia de aquellas dos personas por lo menos hasta el viernes diecisiete. Que nadie les viera y que ellos no vieran a nadie, ni siquiera a ningún guardia. «Ni a usted, Ramos», le había matizado Caballero.

El teniente coronel regresó a su despacho y se acarició el bigote durante unos minutos mientras repasaba todo lo que había sucedido en las últimas horas. Después se levantó, agarró su tricornio y se lo encajó en la cabeza. «Me has dicho que yo no vea a la detenida pero ¿sabes qué? —hablaba para sí—, que en esta comandancia, quien tiene los cojones más grandes soy yo.»

Cuando llegó a la habitación en donde tenían recluida a Isabel, en la puerta solo había un guardia que leía el Marca. Este, al verlo llegar, se puso en pie, firmes.

—¡A sus órdenes, mi teniente coronel!

—¿Está dentro? —preguntó, aunque se imaginaba la respuesta.

—Sí, mi teniente coronel, tal y como usted ha ordenado.

—Voy a pasar a verla. Tú no entres. De vez en cuando mira por la ventanita, si hay algo raro, pide refuerzos. ¿Me entiendes?

—Sí, mi teniente coronel.

—No me fío de ninguno de estos dos chorizos. Ya ves, yo entro desarmado. Vamos a ver quién cono son estos dos.

Ramos comprobó que la mujer se encontraba sentada en una banqueta. La habían llevado a un cuarto que en su día estuvo proyectado para usarlo como almacén de munición y que nunca llegó a cumplir su cometido original. Le habían quitado las esposas. El guardia abrió la puerta y, cuando hubo pasado su jefe, la cerró. Se quedó unos instantes mirando por una ventana de reducidas dimensiones que se había practicado en la puerta.

—Con su permiso, me voy a sentar.

—Por lo que veo, usted no tiene que pedir permiso a nadie en este cuartel para hacerlo. Es la máxima autoridad.

—Y eso, ¿cómo lo sabes tú? —A Ramos le extrañó el comentario y que la detenida supiera que él era el comandante del puesto.

—Porque usted es un teniente coronel y, en Algeciras, es la máxima autoridad. Esto es una comandancia.

—¡Vaya, si la niña sabe de graduaciones! —exclamó, mostrando una sonrisa fría.

—Claro, mi marido era guardia civil —aclaró Isabel, que se encontraba muy tranquila.

—¿Cómo dices? —Aquella afirmación le sorprendió sobremanera.

—Sí, mi marido estaba destinado en el cuartel de Pozoblanco. Murió hace unos años, en Despeñaperros.

—¿En Despeñaperros? ¿Cómo se llamaba?

—Francisco Rodríguez Aguirre.

El teniente coronel se irguió en su asiento. No podía ser verdad. Recordaba perfectamente aquel episodio. Era muy raro que fallecieran guardias en acto de servicio, y aquella noticia se extendió por todos los cuarteles de Andalucía. Lo que no terminaba de creerse era que, aquella mujer, fuera realmente quien decía ser.

—¿Qué número tenía?, ¿recuerdas?

—Claro que recuerdo. —Se lo dijo y el teniente coronel asintió.

Eso podía ser perfectamente lógico. Era una numeración coherente. Se atusó el bigote mientras escrutaba los ojos de Isabel, que le aguantaba la mirada con una altanería como nunca antes había visto. Desde que le dieron el empleo de teniente coronel, nadie había sido capaz de resistirle la mirada más dedos segundos seguidos.

—¿Tienes algún documento?, ¿el carné de identidad, el de conducir, algo?

—Nada.

—¿Nada? Entonces, ¿cómo voy a hacer para creerte?

—Déjeme un teléfono y lo verá.

No soportaba la insolencia de aquella mujer, por cierto, extremadamente guapa a pesar del destrozo de pelo que tenía en su cabeza y de cómo iba vestida, ya que parecía una señora treinta años mayor.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo?

—Me lo rapé —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Qué hacíais tú y tu amigo en ese bar?

—¿Cómo está?, ¿qué le han hecho?

—Si tu marido era guardia civil, no hace falta que te explique a lo que nosotros llamamos incomunicación de un detenido, ¿no? Vamos, que todavía no me has contestado —la urgió con la mano a que respondiera inmediatamente.

Isabel tomó aire. Necesitaba salir de allí, reunirse con Thomas y llamar por teléfono a Madrid. Y lo antes posible. Optó por cooperar abiertamente. No le quedaba más remedio que confiaren aquel hombre.

—Veníamos de Gibraltar.

—¿De Gibraltar?, ¡qué estás diciendo!, si tenemos la frontera cerrada desde antes

del verano.

—Salimos en barco.

—¿En barco?, mira, niña, o me dices la verdad o, por mucha viuda del Cuerpo que seas te vas a tirar aquí hasta que me dé a mí la gana.

Isabel miró con frialdad al teniente coronel hasta conseguir casi que a este se le helara la sangre. Sentía cómo el guardia civil se encontraba verdaderamente incómodo.

—Soy agente del Seced y necesito llamar a Madrid lo antes posible. Tenemos un problema de dimensión nacional y solo nosotros dos —la cordobesa incluía a Thomas — podemos solucionarlo. Y tiene que ser ya.

No podía ser verdad. «¿Por qué cono nos tuvo que llamar aquel guipo lias del bar?», se preguntó furioso.

—¿Quién es ese hombre? —Ramos quería completar su información.

—No se lo puedo decir. Le repito que necesito urgentemente llamar a Madrid. Si no lo hago, nos vamos a arrepentir. Sobre todo usted.

Le hubiera gustado levantarse y abofetearla. Habría disfrutado con ello. Nadie había osado insultarle de aquella manera. Pero tenía que actuar con cautela. Podía enfrentarse a tener que dar un sinfín de explicaciones sobre la posible muerte de uno de sus hombres. Harían muchas preguntas. Desde Sevilla y, sobre todo, desde Guzmán el Bueno, en Madrid. Además, en los últimos días, se estaban sucediendo una serie de hechos a los que no encontraba justificación. Por tren habían llegado un sinfín de carros de combate que habían estacionado en los tinglados del puerto. Por más que había preguntado, nadie le había dado razón de aquello. Luego, por la tarde, la selección española de fútbol iba a disputar un partido de fútbol en La Línea. Los periódicos anunciaban que el encuentro estaría presidido por el ministro Solís y por Menéndez Tolosa, el de Tierra. X sobre todo, la actitud de Caballero, una persona que parecía estar enajenada. No s e terminaba de creer lo de las maniobras que le había contado el general. Siempre que había alguna acción con los americanos a él le informaban por los conductos habituales, no como s i fuera un secreto.

Entendió que poco tenía que perder accediendo a la petición de la mujer.

—¡Garrido, Garrido! —gruñó, llamando al guardia que se encontraba en la puerta.

—A sus órdenes —respondió, mientras abría la puerta y entraba en el interior de la pequeña habitación que no contaba con salida al exterior, ni siquiera un pequeño ventanuco.

—¿Tienes un papel y un lápiz?

—Sí, mi teniente coronel.

—Pues apunta. A ver, cómo te llamas, ¿o no me vas a poder decir eso?

—Isabel Moque Moreno, nací en Alcaracejos. Mi marido era Francisco Rodríguez Aguirre, número de la Guardia Civil destinado en Pozoblanco cuando falleció. —El guardia tomaba nota todo lo rápido que podía—. Y el número de

Madrid al que quiero llamar es el dos veintiuno, catorce, ochenta y seis. Hay que preguntar por Nicomedes Manrique.

«¡Qué frialdad!», pensó el teniente coronel.

—Te vas a quedar aquí, que la llamada la voy a hacer yo —rubricó el hombre.

—Me parece perfecto. Lo antes posible, por favor.

Sí, la hostia que habría dado Ramos a la mujer le habría sabido a gloria.

Diez minutos después de haber salido por la puerta, el máximo responsable de la Comandancia de la Guardia Civil de Algeciras, que mostraba un rostro atónito y confundido, regresó al lugar donde se encontraba Isabel.

—Venga conmigo —sin saber la razón, había cambiado el tuteo por un tratamiento más respetuoso—, a mi despacho. Quieren hablar con usted.

Después de la conversación que mantuvo con Isabel, Nicomedes Manrique abandonó su despacho de la calle Menéndez Pe layo 49 para desplazarse a Castellana 3. Sin previo aviso, entró en la recepción y dijo que quería ser recibido por el vicepresidente. El personal de seguridad le conocía sobradamente e, instantes después, Carrero daba su beneplácito a la inesperada visita.

—Manrique, si viene así entiendo que hay algo muy importante que debe decirme —fue lo que presumió Carrero, nada más darle la mano en señal de bienvenida.

—Almirante, me ha llamado Isabel Moque, nuestra persona en Gibraltar. Dice que tiene cosas que contarme muy importantes pero que no quiere hacerlas por teléfono.

—¿Qué cosas importantes son esas, y, además, dónde está?, ¿cómo ha podido contactar con usted? —En ese momento, Carrero recordó que las comunicaciones con Gibraltar estaban cortadas, por lo que no era posible que se hubiera producido esa llamada desde la colonia británica.

—Está en la Comandancia de la Guardia Civil de Algeciras. La tienen detenida.

—Por favor, Manrique, sea más explícito. ¿Qué hace en Algeciras detenida? ¡Por Dios, me va a volver usted loco!

—No puedo ser más concreto porque no sé nada más, o muy poco más, almirante. —Nicomedes se encontraba sensiblemente nervioso y parecía que le costaba razonar. Desde que él estaba en el Seced nunca antes se había vivido un momento de tanta tensión.

—Vamos a ver, si está en el cuartel de la Guardia Civil, se podrá hablar con ella, ¿no?

—¿Usted cree que será seguro?

—Vamos a intentarlo. No se ponga nervioso, Nicomedes —Carrero le llamó por el nombre de pila—, vamos a ver qué nos dice.

Levantó el teléfono y dio instrucciones a su interlocutor:

—Quiero hablar con el comandante del puesto de la Guardia Civil de Algeciras. Es muy urgente. —Colgó y miró a Manrique, pidiéndole con la mirada que tuviera un poco de paciencia.

A los tres minutos, sonó el teléfono de sobremesa de su escritorio.

—Almirante, le paso con el teniente coronel Ramos —le anunció uno de los miembros de su secretaría.

—Mi teniente coronel, soy Carrero Blanco.

Poco después de colgar, una comitiva compuesta por dos coches de la Guardia Civil, más dos motoristas del Cuerpo, abandonaba el cuartel de Algeciras bajo el escandaloso sonido de las sirenas de los cuatro vehículos. En el interior del *Seat 1500* viajaba Isabel Moque acompañada, porque así se lo había pedido expresamente el vicepresidente del Gobierno, del teniente coronel Ramos, que no se terminaba de creer todo lo que estaba sucediendo en la mañana de aquel miércoles quince de octubre. Un día que presumía pasar tranquilamente en su despacho para ver después de la siesta el partido de fútbol y la previsible paliza que daría el equipo de Kubala a Finlandia.

Tras la llamada que había realizado a Algeciras, Carrero Blanco contactó después con la Comandancia de Cádiz y con el aeropuerto de Jerez. Al teniente coronel de la Guardia Civil de la capital gaditana le ordenó que facilitara el viaje de la comitiva hasta el aeropuerto. Este llamó a todos los destacamentos por donde pasaría el convoy y mandó cortar el tranco de «cuantas carreteras sean necesarias», precisó. Al aeropuerto ordenó que, en cuanto llegaran los vehículos de la Guardia Civil, trasladaran urgentemente a Isabel Moque a la base de Getafe.

—Manrique, calculo que en tres horas la tenemos aquí. Más o menos, para las tres del mediodía. Mande dos coches a Getafe, para que la traigan nada más aterrizar. ¿Le parece?

—Sí, almirante.

—Y ahora, voy a seguir trabajando.

—A sus órdenes, almirante. Si le parece, iré a buscar a nuestra agente a la base aérea.

—Buena idea, Manrique, buena idea.

«La Operación Mirón sigue su marcha», pensó el vicepresidente. A su juicio, no había nada que pudiera alterarla, por lo menos todavía.

Antes de partir del cuartel, el teniente coronel Ramos había ordenado que un médico visitara al hombre que acompañaba a Isabel Moque y que le sirvieran una comida caliente y abundante. También indicó que lo pusieran en la celda más cómoda que tuvieran, que le dieran ropa limpia y que le atendieran en todo lo que solicitara, eso sí, permaneciendo incomunicado.

15 de octubre. Tarde.

El autobús había aparcado junto a la entrada del complejo hotelero de Sotogrande donde se había alojado la selección española, y su conductor esperaba a que los

jugadores fueran entrando conforme salieran del establecimiento.

Los empleados se habían agolpado en el vestíbulo y esperaban a que sus ídolos bajaran de las habitaciones donde habían descansado después de la comida.

Los primeros en aparecer por los ascensores fueron Barrachina, Moleta y el portero Miguel Reina. Poco a poco, fueron apareciendo los demás y, con paciencia, firmaron autógrafos a todo aquel que se los fue pidiendo.

—Por favor, señores, nos tenemos que marchar —informó Ladislao Kubala con su exquisita educación al director del hotel que, como uno más, no paraba de solicitar autógrafos.

—Sí, claro. Por cierto, ¿le importaría firmarme aquí?, creo que solamente me falta usted y mi hijo es muy aficionado —le pidió el director, mostrándole un balón blanco de reglamento.

A esa misma hora le era anunciada al vicepresidente del Gobierno la llegada de un coche con Nicomedes Manrique y una mujer. El almirante ya había indicado expresamente que no se le pidiera documentación alguna a la acompañante de Manrique. Supuso que no llevaría consigo ninguna identificación, y si los policías se atenían al protocolo, jamás le permitirían el paso.

Cuando entró en su despacho, Carrero se quedó tan sorprendido al verla que no fue capaz de brindar saludo alguno. Había oído hablar de Isabel Vio que pero no la había visto nunca. Le pareció una mujer extremadamente bella, a pesar del destrozo que tenía en su pelo y que su cara, casi de porcelana, reflejaba el cansancio y la tensión vividas des de hacía muchas horas.

—¿Hace cuánto tiempo que no duerme, señorita? —El almirante no sabía muy bien cómo tratarla, por lo que optó por una fórmula educada, válida en todas las circunstancias.

—¿Tan mala cara tengo?

—Por favor, siéntese. —El anfitrión sonrió cortésmente y le ofreció acomodo.

Nicomedes e Isabel tomaron asiento en los sillones de confidente que tenía Carrero delante de su escritorio —Isabel se fijó en que su interlocutor era todavía más cejudo en persona que lo que había visto en las fotografías que publicaban los periódicos.

—Creo que no hace falta que me presente. Usted está en Gibraltar porque así lo decidí yo. Por tanto, cuénteme todo lo que le ha llevado a que la detuvieran en Algeciras.

Isabel comenzó por relatar la desaparición de Michael, la suplantación de su trabajo que llevó a cabo enviando la misma información que él mandaba a Lisboa, la detención suya en Gibraltar y el conocimiento de Manuel López.

—Ese hombre, ¿es de fiar?

—Ese hombre no quiere que haya una guerra, y usted sabe que la va a haber.

El almirante había estado escuchándola como era habitual en él es decir, con un bolígrafo en la mano mientras dibujaba rayas paralelas y perpendiculares, y trazaba,

con exquisito tacto, circunferencias concéntricas, como si tuviera en su muñeca un compás. Al oír la afirmación tan tajante que había proferido la mujer, levantó la vista y la miró con severidad.

—¿Por qué lo dice tan segura?

—Porque yo sí he visto cómo está ahora Gibraltar. Toda la población civil ha sido evacuada. Las mujeres y los niños en barco. Salieron el sábado antes del mediodía. Mientras, los hombres fueron recluidos dentro de la roca. Dicen que hay de todo para que se puedan guarecer varios miles de personas. Parece ser que aquello es como un inmenso queso con ojos.

—Almirante, el sábado se registró una salida de tres buques ingleses hacia el Atlántico. Dos cargueros y una fragata —apostilló Nicomedes, dando la razón a su agente.

—Siga —ordenó Carrero, con sequedad.

—A mí me detuvieron con el cargo de espionaje, y ese hombre, ese tal Manuel López, me liberó. Nos quedamos escondidos en un piso durante toda la noche y esta madruga abandonamos Gibraltar en un yate hasta Palmones. El resto, ya lo sabe usted.

—¿Y dice usted que eso está lleno de militares ?

—Yo solamente vi una pequeña parte. Desde luego, la evacuación de la población civil sí que se llevó a cabo, y también que en el camino que hay entre la comisaría y mi casa, que podrá ser de menos de un kilómetro, pude ver un montón de vehículos militares y todo lleno de soldados. —Isabel hablaba con la misma naturalidad de siempre. Su conversación no admitía distingos en función de la naturaleza de su interlocutor.

—¿Y no ha pensado usted que ese hombre, ese tal Manuel López, la esté utilizando?

—Pues no, no lo había pensado. Sin él, ahora estaría en Inglaterra, adonde me querían haber llevado ayer en un avión militar.

—¿Y cómo sabe usted eso? —inquirió el anfitrión.

—Porque lo sabía él. Manuel es miembro del MI6. Eso me dijo.

Carrero se recostó violentamente sobre su asiento en una actitud que Nicomedes nunca antes había visto.

—¡Acabáramos!, un espía inglés, Vamos, por favor, Manrique, ¿de qué estamos hablando? ¿Cómo vamos a fiarnos de un espía inglés?

—Gracias a él ahora puedo estar aquí contándoselo. —Isabel se ratificaba en su versión.

El almirante calló y volvió a mirar fijamente los ojos, los bellos ojos de la mujer que tenía delante. Le recordaban los hermosos ojos que tuvo su mujer, Carmen Pichot, en su juventud.

Por un lado le estaba hablando de hechos objetivos, tales como que habían evacuado a la población civil y que había visto muchos soldados por las calles pero

¿y si todo era mentira?, ¿y si aquella mujer estaba trabajando para el MI6?, ¿y si había sido seducida por un agente experimentado y había caído como una adolescente? Ese era uno de los peligros más comunes y más antiguos entre agentes.

—No puedo tomar ninguna decisión sin asegurarme de que lo que dice es verdad —resolvió el vicepresidente.

Carrero miró alternativamente a las dos personas que tenía delante.

—Usted —sus ojos se posaron sobre los de Isabel—, no quiero que abandone el edificio pero tiene derecho a descansar dignamente. Aquí, en Presidencia, tenemos de todo. Hablaré con uno de mis secretarios para que le proporcionen algo de ropa, una ducha, comida y una cama para descansar, si lo desea. Va cursé orden estricta al comandante del puesto de la Guardia Civil de Algeciras para que siga manteniendo incomunicado al hombre que la acompañaba. Mientras, Manrique, nosotros vamos a hacer una cosa, Vamos a sacar una ventaja adicional al partido de fútbol. Al fin y al cabo, ¿quién juega en casa? —preguntó el vicepresidente del Gobierno, aunque sabía perfectamente cuál era la respuesta.

15 de octubre. 17:230 horas

Desde las instalaciones militares de Gibraltar se captaba con total nitidez la señal de Televisión Española. Para matar el tedio de una espera que duraba ya en exceso, todos los que se encontraban en la sala de radares miraban distraídos cómo España estaba ganando con comodidad a Finlandia por un resultado contundente de tres goles a cero. Pirri, que había abierto el marcador, Gárate y Velázquez habían batido ya al pipiolo portero finés.

Súbitamente, un pitido alertó a todo aquel grupo de militares. El cabo Nolan como al radar y, al ver la señal que marcaba la pantalla, atropelladamente, descolgó el teléfono.

—Señor, se acerca un avión a la zona.

En efecto, en cada barrido del detector quedaba señalado en la pantalla redonda un punto. Por los anillos de distancia que estaban dibujados en el monitor, calculó que el avión se encontraba a casi veinte millas del Peñón. Pero lo que más le sorprendió no fue la corta distancia sino la velocidad. El objeto se movía muy despacio, el aparato le marcaba concretamente cincuenta y ocho millas por hora. «¿Qué era eso?», se preguntó inquietado por el des conocimiento.

El general británico que estaba al frente de la defensa de Gibraltar, que también estaba viendo el partido de fútbol por televisión, rápidamente alertó al equipo que se encontraba en el pico más septentrional del peñón, para que lo identificara visualmente. Tres soldados, cada uno de ellos provisto de unos potentes prismáticos, observaban sin pestañear al cielo en la dirección que se les había indicado: ángulo de llegada Norte 20 grados Este.

Al poco, uno de ellos preguntó:

—¿Estáis viendo lo mismo que yo?

—¡Sí!, ¡no puede ser! —Uno de sus compañeros no podía creer lo que tenían delante. Ellos, que se estaban preparando ante una incursión de reactores y ahora aparecía es o por el horizonte.

—¡Qué bueno! —exclamó el tercero.

El más caracterizado llamó a la estación base e informó. Todos rieron.

La avioneta arrastraba un cartel publicitario en el que se podía leer con total claridad: «Pastillas Koki.»

—De momento no le disparen ningún misil —determinó, riendo, el militar.

—A sus órdenes, mi general. —El soldado cortó la comunicación y se entretuvo en ver, ya sin prismáticos, evolucionar a la avioneta dos veces por lo alto del estadio donde se estaba disputando el encuentro. Desde la posición de los vigías al campo de fútbol no había más de kilómetro y medio.

Al terminar la segunda evolución, la persona que viajaba en el asiento situado a popa ordenó al piloto:

—¡ Volvamos a Morón!

El militar español estaba contento. En cada una de las dos pasadas que había realizado la avioneta sobre la ruta marcada había usado un carrete entero de treinta y seis exposiciones, tomando fotos sobre Gibraltar, con especial incidencia hacia las zonas urbanas. Setenta y dos instantáneas. Con el objetivo de 1000 milímetros, unido a la baja sensibilidad de la película empleada, ISO 40 —la poca velocidad de la avioneta permitía su uso—, obtendrían unas ampliaciones con un grano lo suficientemente fino como para apreciar en detalle la situación de la colonia.

«En Madrid estarán contentos», pensó el militar, mientras guardaba el segundo carrete en el bolsillo delantero derecho de su cazadora.

15 de octubre. 20:10 horas

La avioneta había aterrizado en Morón de la Frontera donde un reactor estaba preparado para recibir al sargento que había realizado las fotos. De allí partieron hacia Getafe donde les estaban aguardando dos vehículos de la Guardia Civil que les condujeron a Castellana 3.

Media hora después de la llegada, las sesenta y ocho instantáneas que habían resultado válidas estaban reveladas en formato dieciocho por veinticuatro —en Castellana 5, el edificio central del Seced, contaban con un laboratorio fotográfico completo.

Para aquella ocasión, el almirante se hacía acompañar por un grupo de militares, todos ellos pertenecientes al Alto Estado Mayor. Ninguno conocía, ni por lo más remoto, los planes del gobierno para invadir Gibraltar. Carrero tuvo que dedicar un

cuarto de hora para explicarles la acción que se iba a llevar a cabo. Ellos lo escucharon como si estuvieran contándoles un ejercicio militar más, una maniobra inocua.

Los cinco militares, la mayoría provistos con una lupa, fueron observando detenidamente todas las fotos. El anfitrión les había pedido encarecidamente que se reservaran su opinión hasta que tuvieran suficientes elementos de juicio como para emitirla con convicción, no quería ir dando palos de ciego y que aquello se convirtiera, antes de empezar, en una jaula de grillos.

Como uno más, él también las fue viendo, una a una, admirando la gran calidad de las copias a pesar de haberse realizado a una hora ya tardía, aunque con sol; a una importante distancia y desde un objeto móvil e inestable como es una avioneta, sujeta a continuas vibraciones. Por el tipo de película, alguna había salido movida, pero no importaba, esas instantáneas no eran elementos para colgar en una exposición sino material de trabajo. Y, para ese uso, la calidad era excelente.

Esperó pacientemente a que todos terminaran de examinarlas.

—¿Y bien?, ¿quién es el primero que quiere opinar?

—Almirante, lo que denotan las fotografías en primer lugar es que Gibraltar está vacía de población civil. —El militar que había comenzado a hablar era un general de división—. No se ve ningún vehículo en el centro de la calzada, permaneciendo todos aparcados. Eso es imposible para un día laborable a las cinco de la tarde. Aunque en Gibraltar tengan un horario distinto al nuestro, a esa hora seguro que los comercios están abiertos y eso siempre genera trafico rodado.

El vicepresidente del Gobierno asintió.

—Más opiniones, por favor.

—Al margen de lo que comenta mi compañero, con lo que yo estoy totalmente de acuerdo —el que hablaba era un contraalmirante, destinado en el Ministerio de Marina, en Madrid—, destacaría varios puntos que me resultan muy sospechosos. Como vemos, sobre todo en esta y en esta otra foto —cogió dos que había dejado cerca de donde se encontraba— no es lógico que un tráiler se encuentre aparcado así, justo al sur del aeropuerto, atravesado en el camino de entrada a la colonia. ¿Qué puede hacer allí ese vehículo sino cortar un hipotético avance de una unidad de carros de combate? Aunque hicieran fuego sobre él, les costaría trabajo atravesarlo, y más todavía si nos damos cuenta de que está junto al cementerio, porque esto, es un cementerio, ¿no?

—Sí, es el cementerio de Gibraltar —aclaró Carrero.

—Pues eso, veo que detrás del cementerio hay otros dos remolques. Todo apunta a que en cuanto iniciáramos la invasión moverían los dos vehículos formando entre los tres una barrera muy sencilla de armar y bastante complicada de neutralizar, y más si contamos con la posibilidad de que posean artillería ligera.

—¿Se han fijado ustedes en esto? —Un general de brigada de Infantería les señalaba con su dedo una fila de puntos que se distribuía longitudinalmente a lo largo

del aeropuerto—. ¿Saben lo que es ?

—¿Minas? —preguntó un general del Aire.

—¡Conecto!, han minado el lateral norte de la pista de aterrizaje para impedir una incursión de canos de combate por otro sitio distinto que no sea la entrada principal, donde están los tres remolques.

Carrero escuchaba con avidez, y se guardaba para sí la opinión que le merecía el análisis que estaban realizando para él aquel grupo de generales.

—Lo que me llama la atención es el escaso número de aviones militares que hay en el aeropuerto. Me ha parecido ver sólo tres.

—Yo me he fijado bien en eso y sí, solo hay tres, y además, de modelos muy antiguos —reconoció el militar del Aire—. Podría parecer una casualidad pero, dadas las circunstancias, veo lógico que no hayan querido tener en Gibraltar sus mejores aparatos porque saben que, en cualquier acción, son uno de los primeros blancos, por tanto, ¿para qué infligir esa pérdida tan gratuita? —preguntó a todos, abriendo ligeramente los brazos y con las palmas de la mano hacia arriba.

—Pasa lo mismo con los buques de guerra. No se termina de apreciar cuántos hay pero, teniendo en cuenta que en Gibraltar siempre hay atracados un buen número de ellos, no tiene mucho sentido que ahora haya tan pocos —razonaba Carrero.

—Almirante, parece que nos están esperando —coligió el primero que habló, el general de división.

—De todas maneras, por muchas fuerzas que tengan escondidas dentro de la roca, la colonia no resistiría un ataque nuestro. —El militar del Aire parecía convencido de sus palabras—. Es un terreno demasiado pequeño como para que puedan resistir.

—Eso ya lo sé. Lo que no sé es qué más pueden tener escondido para nosotros. Esto solo es lo que se ve, pero ¿y lo que no se ve? Todo esto era alto secreto y así se ha mantenido. Ustedes han podido constatarlo. Al gobierno se le informó el pasado viernes y pongo la mano en el fuego por todos y cada uno de los ministros, por tanto, es posible que la información les haya llegado a los ingleses por otro lado.

En un primer momento pensó en Isabel Vio que y Michael Murray, pero desechó la idea. Ellos no lo podían saber, si acaso, intuirlo. Por no saberlo, ni lo sabía Nicomedes Manrique. «No, ellos no han podido ser», se volvió a repetir.

—Señores, muchas gracias por su colaboración. Ni que decir tiene que todo lo que hemos hablado está considerado alto secreto. Pueden retirarse y buenas tardes. El almirante, de pie, junto a la puerta, fue recibiendo el saludo militar de todos los generales que habían acudido a su llamada.

«Ahora, vamos a ver qué dice Su Excelencia sobre la continuidad de la Operación Mirón», pensó Carrero, después de llamara su coche oficial.

15 de octubre. 21:20 horas

El *Dodge Dart*atravesaba las amplias puertas de la entrada sur de los jardines del palacio de El Pardo, el acceso principal a la residencia del jefe del Estado. Con anterioridad había habido un cruce de llamadas desde Presidencia del Gobierno a la residencia de Franco en la que se había solicitado un despacho urgente con el Generalísimo. Este había accedido, a pesar de lo intempestiva de la hora.

Franco le recibió vestido con un batín corto marrón con amplio cuello de seda. Llevaba un pantalón gris y calzaba unas zapatillas de cuadros. Le indicó que fueran a su despacho y, junto a la mesa inundada de papeles, como siempre, ambos militares comenzaron a departir.

—Excelencia, me he permitido molestarle a estas horas de la noche porque tengo noticias sobre Gibraltar.

—Siga, Carrero. —Franco lo miraba fijamente, con frialdad, esperando escuchar la razón que había llevado a su primer ejecutivo hasta El Pardo.

—Hemos estado calibrando el alcance de la Operación Mirón y, aunque estamos a punto de iniciarla, me he permitido realizar con usted unas reflexiones.

Esta vez, Franco no le contestó y optó por permanecer impasible, sin mostrar gesto alguno en una cara que, como todo el cuerpo, se mantenía en tensión.

—Desde hace muchos años —continuó el vicepresidente del Gobierno— estamos discutiendo con Gran Bretaña sobre nuestra merecida soberanía en la colonia. Ellos siempre han estado desoyendo nuestros razonamientos y el de la Organización de las Naciones Unidas. Se merecen que caiga sobre ellos todo el peso de nuestra razón y toda la fuerza de nuestro Ejército.

—Carrero, ¿le va a dar miedo?

Sin apartar la vista, intentó responder lo más templado que pudo.

—No es eso, Excelencia, es que creo que deberíamos agotar aún más todas las vías diplomáticas dejando para el final la intervención armada.

Franco empequeñeció todavía más los ojos y el almirante sintió el frío estilete de su mirada sobre su cuerpo. Le servía desde hacía muchas décadas y se consideraba un hombre muy afortunado por ello pero, en ocasiones, tenía que reconocer para sus adentros que se lo hacía pasar mal, que su encaro le ahogaba como si le estuviera colocando sobre el cuello una lazada de suave pero resistente hilo de seda.

—Parece que las relaciones con los americanos ahora marchan por un buen momento…

—Su trabajo le ha costado —le interrumpió Franco, en alusión a las disputas que había mantenido su vicepresidente con Castiella sobre la resistencia del ministro de Asuntos Exteriores a mantener las bases en España a cualquier precio.

—Bueno, ya sabemos que el servicio a España siempre es un sacrificio, el mejor que puede ofrecer un cristiano, Excelencia.

—Ya —zanjó el anfitrión—. Carrero, ¿qué me quiere decir desde que ha entrado?

Aunque Franco no lo notó, el almirante tragó saliva antes de exponer lo que llevaba pensando, no ya desde hacía unas horas, sino desde hacía muchos meses,

probablemente desde el primer día.

—Excelencia, creo que no sería conveniente iniciar esta madrugada la Operación Mirón. Una guerra abierta con un país miembro de la NATO nos va a traer unos problemas a los que no deberíamos enfrentamos. No vamos a cejar en nuestra reivindicación sobre la colonia, es más, redoblaremos nuestras vías diplomáticas y nuestra presión sobre los habitantes del Peñón, forzándoles a su rendición, pero una guerra abierta puede ser una maniobra poco aconsejable y mal vista por los países a los que queremos acercarnos. La Operación Mirón siempre la podremos iniciar. Nosotros estaremos aquí, firmes, Excelencia, ¡firmes! —La última palabra la remarcó con un ligero movimiento afirmativo de cabeza. Parecía que la hubiera ensayado anteriormente frente a un espejo.

Por primera vez desde que había llegado, Franco mostró un signo de vida en su cara. Pestañeó un par de veces y cerró los ojos imperceptiblemente.

El Generalísimo, hermético de natural, había silenciado a Carrero el contenido de la llamada de teléfono que había recibido diez minutos antes de que llegara su vicepresidente. Uno de los generales asistentes a la reunión de urgencia que había convocado Carrero en Presidencia, para analizar las fotografías tomadas desde la avioneta, había llamado a El Pardo para contarle a Su Excelencia lo que habían hablado y las conclusiones a las que había llegado aquel grupo de profesionales.

Al igual que había hecho el almirante con él, Franco tampoco le contó a Carrero toda la información que poseía.

Dejó pasar unos segundos hasta pronunciar aquello que el vicepresidente estaba deseando escuchar.

—Bien, Carrero, vamos a demorarla por un tiempo. Un tiempo breve. Llevamos poco más de cuatro meses con la frontera cerrada y eso tiene que estar resultando para la población gibraltareña una tortura mayor que la fuerza de nuestras bombas.

Sin dejar de mirarle, sentenció:

—Curse las órdenes correspondientes.

—A sus órdenes, Excelencia.

El vicepresidente del Gobierno se cuadró, taconeó sus impecables zapatos negros y reverenció al jefe del Estado con la cabeza. Se giró y abandonó el despacho sin pronunciar palabra alguna. Lo que había que decir, ya se había dicho. Y lo que había que escuchar, también.

A las diez menos diez de la noche, Carrero volvía a ocupar uno de los asientos traseros del *Dodge Dart* camino de Castellana 3. Cuando llegara, llamaría a Caballero para que detuviera la acción. Había preferido hacerlo así, intentar disuadir de la acción al Caudillo en aras de un beneficio político internacional que enfocarlo como lo que sería la realidad: una guerra entre los dos países con unas consecuencias imprevisibles. «Espero que Dios me perdone —casi rezó, mientras se santiguaba— no haberle contado a Su Excelencia toda la verdad. Todo lo que sé.»

Cuando el vehículo pasaba por las cercanías del Arco del Triunfo, en Moncloa,

pensó que, al margen de la llamada a Caballero y al capitán de navío Álvaro Bernal, también llamaría a otro teléfono. «Sí, no sea que el diablo la enrede.»

Día 15 de octubre. 23:05 horas

Se había quedado una noche estrellada, serena, como si quisiera tomarse un descanso previo a la intensa actividad que se iba a desarrollar unas horas después en toda la zona.

El general de brigada del Ejército de Tierra José Caballero Crespo miró su Certina y comprobó la hora.

Había caminado, él solo, hasta las inmediaciones de la zona sur del campo de fútbol, que a esa hora se encontraba ya en silencio, vacío y dormido.

Se notaba tenso y pensó que sería una buena idea pasear junto al mar, en soledad, para respirar el salitre del ambiente y recordar así el viaje que realizó con Julita en febrero, cuando todo era nada, cuando la gran empresa que había gestado solo era una idea en la nebulosa, un proyecto sin sustento. El lo había fabricado, él lo había planeado, él era el padre y la madre de la Operación Mirón. Sabía que llegaba con un retraso de más de doscientos cincuenta años pero, al fin, gracias a su capacidad, conseguiría corregir el curso de la historia y completar la unidad territorial de la patria.

A pesar de la oscuridad del momento, pudo distinguir con nitidez la silueta de una persona. Venía corriendo. No se lo esperaba.

—Tengo una noticia muy importante que darle.

—¿Qué ocurre, Bernal? —preguntó, a la vez que extrañado, receloso.

—Me acaba de llamar el almirante Carrero Blanco —casi jadeando, le informó de la nueva—. Su Excelencia acaba de suspender la Operación Mirón. Ha dispuesto que todas las tropas regresen a sus acuartelamientos hasta nueva orden. Me ha dicho que a usted no le localizaba.

—No puede ser, Bernal. ¿Suspender la Operación Mirón?, eso es imposible —resolvió, encolerizado.

—Sí, mi general. Me acaba de llamar desde Presidencia del Gobierno y me ha ordenado que lo llame usted, urgentemente, en cuanto llegue a Ballesteros. Me han dicho que estaría usted aquí y por eso he venido, en coche —señaló hacia el lugar donde lo había dejado— hasta donde he podido, el resto, corriendo. Tiene que cursar las órdenes lo antes posible.

Aquella era la peor noticia que podía recibir el general de brigada. Mucho peor que la muerte de un familiar, mucho peor que su propia muerte. La Operación Mirón era una hija suya, había crecido en sus entrañas y él la había dotado de todo lo necesario para que se valiera por sí misma. No, suspenderla, no, imposible, eso era imposible. Entendía que Franco no se encontraba en su sano juicio, que eso que se

decía del Parkinson no solo era verdad sino que le había afectado de lleno al cerebro y a su capacidad de razonamiento. Y Carrero igual, «ese solo ha visto y ve por los ojos de su amo, como un perro», concluyó.

No estaba dispuesto a que aquel pelota y chivato estropeara el principal capítulo que se iba a escribir con honor en la historia de España desde la Cruzada.

—Bernal, ¿qué tal si nos fumamos un cigarrillo?

Al capitán de navío le extrañó la proposición de José Caballero, pero accedió a ella sin más.

No se había terminado de fumar el cigarrillo cuando los hechos se precipitaron con endiablada rapidez.

La pistola emitió un sonido seco y el cuerpo del militar cayó justo en el momento en el que la espuma de una ola rozó su cabeza, por lo que la sangre se extendió con mayor velocidad sobre la prensada arena de la playa.

El silenciador había cumplido su cometido a la perfección y la acción se había realizado con la lógica eficacia que cabía esperar de un hombre como él.

—Bernal, es que —sentenció el general de brigada, mientras miraba al cadáver que tenía delante—, siempre me han jodido los chotas.

Comprobó que eran las once y veintidós minutos.

«Vamos —se dijo para sí—, se van a enterar estos de quién es el general José Caballero.»

15 de octubre. 23:35 horas.

Cuando entró en el cuartel Ballesteros se interesó por la situación de los tres ministros militares del Gobierno.

—Se han marchado a sus habitaciones a descansar —le informó el alférez de guardia.

—Quiero que se reúnan conmigo dentro de veinte minutos. ¡Vamos, es una orden!

El alférez no se esperaba la reacción del general José Caballero. Después de cuadrarse, corrió por el pasillo y se perdió en las habitaciones donde Menéndez Tolosa —que, como estaba previsto, había presidido el partido de fútbol junto a José Solís, Lacalle y Nieto Antúnez tenían planeado dormir hasta las cinco de la mañana, hora en la cual habían dado orden de despertarlos.

Como se había indicado, a las doce menos cinco minutos, los tres ministros, somnolientos y sumamente extrañados, se encontraban sentados en tomo a la mesa que les había servido en otras ocasiones para discutir los pormenores de la acción militar.

—Señores, ha habido cambio de planes —comenzó diciendo José Caballero, que estaba de pie, al frente de la mesa—. Acabo de recibir la llamada de Su Excelencia en la cual me informa que se adelanta la Operación Mirón. Espero, por su bien, que

hayan descansado lo suficiente, porque la «Hora Cero» ha quedado fijada a las dos de la madrugada.

—¿A las dos de la madrugada? —preguntó Nieto Antúnez, sumamente extrañado.

—Sí, creo que no tengo problemas de pronunciación. He dicho a las dos de la madrugada, es decir, dentro de dos horas y un minuto.

—Pero eso no puede ser, en ese tiempo mis dos submarinos no pueden llegar al escenario.

—Ese es su problema, almirante. ¿Algún otro problema?

—¿Y qué opina el vicepresidente del Gobierno? —indagó Lacalle, el ministro del Aire.

—Bueno, todavía no es oficial porque para que lo sea tiene que estar publicado en el Boletín Oficial del Estado, pero están ustedes ante el nuevo vicepresidente del Gobierno. El almirante Carrero Blanco, a quien todos le estamos agradecidos por los servicios prestados, va a pasar a la reserva.

Los tres militares se miraron entre sí, perplejos y confusos.

—Por tanto, ahora no solo están hablando con el coordinador de esta operación militar sino que lo están haciendo con la máxima autoridad militar del Estado a excepción hecha, lógicamente, de nuestro Generalísimo de todos los ejércitos.

En ese momento, los cuatro militares se quedaron inmóviles ante los ruidos que provenían del exterior. Se oían voces, chillidos, carreras, pero no sabían de dónde provenían, eso sí, quien o quienes fueran se encontraban dentro del cuartel Ballesteros. La puerta de doble hoja se abrió súbitamente irrumpiendo en el interior de la estancia un número importante de policías militares, con sus pistolas enfundadas en las cartucheras blancas acharoladas.

Los policías rodearon la mesa. Se podría contar un número próximo a la docena mientras, de pie, los cuatro militares no sabían cómo reaccionar.

Uno de los primeros en entrar fue un capitán.

—¿General de brigada José Caballero Crespo? —preguntó el oficial.

—Soy yo. Capitán, ¿qué hace usted aquí?

—He venido a conducir a vuecencia al lugar donde me han ordenado.

—¡Eso es imposible!

—No, mi general, tengo órdenes muy concretas que me veo en la obligación de cumplir. —El capitán de la Policía Militar se mostraba tan frío y profesional, con las instrucciones recibidas tan inequívocas, que ninguno de los tres ministros acertó a articular palabra alguna.

Pero Caballero no se calló.

—Capitán, le ordeno que usted y sus hombres abandonen esta sala. Queda usted detenido por insubordinación.

—A las órdenes de vuecencia, mi general, pero las instrucciones que tengo que cumplir no admiten discusión, así que, en cumplimiento de las ordenanzas, le solicito formalmente que me entregue su arma reglamentaria.

—Por supuesto.

El general José Caballero se echó la mano al cinto, pero no con la intención que le decía el capitán. Este, que ya había previsto la reacción del militar insurgente, había prevenido a sus dos mejores hombres para que se situaran disimuladamente detrás del general y le redujeran si la ocasión lo requería.

Con un rápido movimiento del brazo derecho, José Caballero empuñó el arma y, tras quitar el seguro con el pulgar, encaró al capitán de la Policía Militar. Los dos soldados reaccionaron con precisión y se abalanzaron sobre el general de brigada.

Epílogo

Imaginando la reacción que tendría el general José Caballero —a quien tenía tildado de persona pendenciera, conflictiva e insubordinable—, el almirante Carrero Blanco telefoneó a la compañía de la Policía Militar de Algeciras que, como todos los destacamentos militares, se encontraba apostada en sus dependencias, para que acudieran al cuartel de Ballesteros a conducir al general a Madrid, a su presencia.

Informado de los hechos acontecidos en el umbral del día dieciséis de octubre, Carrero llamó a Castiella para ordenarle que cursara un télex urgente a *Belgrave Square*, sede de la embajada española en Londres, para que Alberto López Herce, ministro consejero destacado en la capital británica, se dirigiera personalmente a la oficina del *Foreign Office* con el siguiente texto: «España va a continuar con las medidas diplomáticas que en derecho internacional nos asistan para recuperar la soberanía del Peñón lo antes posible. En aras al buen entendimiento entre los dos países, se les garantiza que en ningún caso se utilizará la fuerza para hacer valer nuestros intereses.»

A las dos de la madrugada, todos los legionarios que pernoctaban en las carpas instaladas en los terrenos circundantes a la nueva Ciudad Deportiva Francisco Franco fueron levantados para que colaboraran en el desmontaje del campamento que habían habilitado. En el puerto de Algeciras se formó una interminable hilera de carros de combate encaminándose hacia las plataformas ferroviarias en las cuales habían llegado a la ciudad gaditana.

Sobre las siete de la mañana, los capitanes de los tres barcos ingleses, que llevaban una buena parte de la población civil gibraltareña, recibieron la orden, tan sencilla como anhelada:

—Pongan rumbo de regreso a Gibraltar.

El único disparo que se efectuó en el cuartel de Ballesteros en la noche del quince de octubre de 1969 todavía sigue incrustado en su techo. Aunque el mismo ha sufrido numerosas modificaciones —incluso hoy en día ya no es una instalación militar—, todas las personas que han tenido responsabilidad sobre el edificio han querido mantenerlo como reliquia de un pasado que jamás se deberá volver a repetir.

El general José Caballero fue juzgado por un tribunal militar y condenado a la pena capital, conmutada por el Generalísimo solo veinte horas antes del momento marcado para su cumplimiento. Fue encarcelado en la prisión militar del Castillo de La Palma, en el Fenol. En el año 1982 fue indultado por el gobierno de Calvo Sote lo, siendo esta una de las últimas decisiones tomadas por aquel ejecutivo. Nunca se dio publicidad al proceso y solo recibió la visita de sus familiares más directos.

Todos los guardias civiles que participaron en la detención de Thomas Best e Isabel Vio que fueron trasladados a distintos acuartelamientos del País Vasco. En concreto, el teniente coronel Ramos y el sargento Atienza fueron destinados a Inchaurrondo y Durango, respectivamente.

Días después de aquellos acontecimientos, Franco acometió una profunda remodelación en su gabinete —movido, entre otras circunstancias, por el escándalo Matesa— cesando a Fraga, So lis, Castiella y, también, a los ministros de Tierra, Marina y Aire: Menéndez Tolosa, Nieto Antúnez y Lacalle Larraga respectivamente.

En Gran Bretaña, John Ogilvy Rennie dimitió en el año 1973 salpicado por un problema de drogas que tuvo su hijo en Hong Kong. Falleció en el año 1981. Michael Stewart solamente permaneció en el cargo de secretario general del *Foreign Office* hasta la derrota laborista de 1970. Murió en 1990. Harold Wilson perdió las elecciones presidenciales del año siguiente pasando a la oposición. Volvió a *Downing Streetl* en el año 1974 y dimitió de forma sorpresiva dos años después por problemas de salud. Falleció en 1995 a la edad de setenta y nueve años. Churchill y él fueron los dos únicos primeros ministros que merecieron la distinción de recibir la visita de la reina Isabel para cenar con ellos en *Downing Street*.

Nunca se supo del destino que corrió Michael Murray.

Isabel Vioque —que desde que los separaron al entrar en la Comandancia de la Guardia Civil de Algeciras ya nunca más volvió a ver a Thomas— dejó el Seced y regresó a Alcaracejos, y de ahí a Córdoba capital, donde rehizo su vida casándose de nuevo. Ni siquiera Rafaela llegó a saber alguna vez cuál fue el papel de su madre en unos hechos que se mantuvieron siempre en secreto por parte de ambos países.

El propio Carrero Blanco gestionó la nacionalidad española para Thomas Best, que trabajó para el Seced en el adiestramiento de espías, muchos de ellos destinados, años después, a Marruecos y al Sahara, donde realizaron labores de información sobre los movimientos de las tropas de Hassan II. La llegada de la democracia no supuso un cambio en sus funciones y, aunque se tuvo con él la cautela de no asignarle nunca funciones ejecutivas para evitar que pudiera ejercer de «agente doble», siempre fue considerado uno de los grandes entrenadores de miembros operativos.

Lo que no llegaron a conocer los servicios secretos españoles fue que Thomas Best nunca dejó de trabajar para el MI6, tal y como le pidió John Rennie cuando acudió a visitarle a Gibraltar en la madrugada del sábado once de octubre. Al margen de instarle para que detuviera la inminente guerra que se iba a declarar entre los dos países, el jefe del seis le marcó ya, en ese momento, su nuevo destino: «Estás deseando quedarte a vivir en España, pues ahí lo tienes», le ofreció aquella noche.

El espía inglés, como siempre, cumplió las órdenes recibidas con precisión: evitar la guerra e informar de la actividad desarrollada por el enemigo. Lo primero lo realizó en 1969, para lo segundo necesitó más tiempo. Así, con el nombre de José María Gutiérrez García en el documento nacional de identidad, se instaló en Madrid, en un piso de la calle Juan Bravo, casi esquina con Lagasca.

Pero no se fue a vivir solo.

—Trini, te tengo que contar algo —fue lo que le dijo cuando la llamó por la noche al teléfono de El boquerón dorado, el viernes diecisiete de octubre de 1969.

Al día siguiente, un motorista le llevó un billete de avión para volar desde Málaga

a Madrid y un sobre con dinero. También había una nota: «Reúnete conmigo. Te iré a buscar al aeropuerto. Manolo.»

La malagueña aceptó, aunque aquello le valiera una fuerte discusión con su madre, ya que en el sobre no había billete de retorno. Dio un beso a su hija y le aseguró: «No te preocupes, cariño, mamá va a venir por ti enseguida.»

Thomas fue a recibirla a Barajas. Trini se quedó tan sobresaltada al ver los moratones que surcaban su rostro, la hinchazón de su labio inferior y la tirita que ocultaba los cuatro puntos de sutura que tuvieron que ponerle en una de las cejas que se quedó sin saber qué decir, muda y despistada. Se sentía como un ridículo pasmarote.

La llevó al Castellana Hilton, adonde había llegado el día anterior procedente de Algeciras y, contrariamente a lo que ella pudo haber esperado, no la subió a la habitación.

—Vamos a comer, que te preguntarás muchas cosas. ¿No?

—Alguna —respondió, sonriendo, completamente desconcertada aunque sin recelo. Manolo siempre le había inspirado confianza.

En el restaurante Jai Alai les atendieron en una mesa cuadrada junto a un ventanal, en la esquina del edificio, con amplias vistas a Joaquín Costa. Después de que les sirvieran unas entradas, Thomas comenzó con el relato.

Trinidad Merino Rodríguez salió del restaurante como una autómata. No había sido capaz de digerir toda la información que acababa de recibir y que le quitó el apetito ya que no probó bocado. Nada era como a ella le habían contado, nada, ni la profesión, ni la nacionalidad, ni el nombre, ni el estado civil: «Trini, soy un hombre libre. Nos podemos casar cuando quieras y venirnos a vivir a Madrid, los tres.»

Cuando se desnudó frente a él, a media tarde, y después de reunir fuerzas para abrir la boca, volvió a experimentar la sensación de estar delante de un desconocido. «En el fondo —concluyó—, es así.»

—¿Por qué te quieres casar conmigo? —le preguntó, mientras hacía círculos con su dedo en el vello de Thomas, después de darse su habitual ducha.

El inglés la tenía abrazada y la acercó con suavidad. La chica tenía razón. No había ninguna explicación objetiva por la que tuviera que casarse con una mujer como ella, sin estudios, sin cultura, sin idiomas, con más dedos en las manos que libros había leído desde que abandonó el colegio, muy pronto, por cierto. Pero la vida le había demostrado que la lógica funcionaba en muy contadas ocasiones y aquella no iba a ser una de ellas.

—Para que no vuelvas a servir a otro hombre, para que no vuelvas a mirar a otro hombre… para que no vuelvas a…

Trini no le dejó terminar la frase. Le cerró la boca como hace una mujer con el hombre al que ama.

—Sí —le susurró la mujer, después del largo beso—, solo contigo.

Nota del autor

Lágrimas secas sobre Gibraltar es una historia de ficción. Hasta donde yo sé, ni existió Operación Mirón ni se organizó acción militar alguna para invadir Gibraltar durante aquellos años.

Después de leer numerosa bibliografía de la época no he encontrado en lugar alguno una referencia a que Franco tuviera en su mente invadir Gibraltar —si exceptuamos la Operación Félix, durante la segunda Guerra Mundial, tal y como se comenta en la novela—. Sobre este extremo me gustaría citar dos fuentes documentales con tintes contradictorios aunque separadas por el tiempo. Por un lado una entrevista que Franco concedió al diario Arriba el 4 de agosto de 1953 en la cual culpaba de la situación del Peñón al «gran egoísmo británico y a su apego a la vieja mentalidad liberal». En aquella conversación con el periodista del órgano oficial de la Falange, se le formula una pregunta sobre si la conducta de Inglaterra está creando en nuestra Patria un estado de hostilidad contra ella, Franco responde que «evidentemente, y lo peor es que cuando Inglaterra se dé cuenta del mal y quiera corregirlo, puede ser muy tarde», frase que he citado textualmente y que puede tener amplias interpretaciones.

Por otro lado sí querría reseñar la confidencia que realiza a su primo, el teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo, recogida en el libro que este publicó en el año 1976 titulado *Mis conversaciones privadas con Franco* en donde se recoge la frase que Franco le dijo: «Jamás emplearé la fuerza para resolver este asunto», en referencia a una charla que mantuvieron en el año 1966.

Respecto a Carrero Blanco y a la idea que podía albergar el entonces vicepresidente del Gobierno —recordemos que en el año 1969 Franco aglutinaba las figuras de jefe del Estado y de presidente del Gobierno—, y aunque en el libro de Juan José Téllez Gibraltar en el tiempo de los espías se llega a afirmar que «Gibraltar fue una obsesión para Carrero durante toda su vida», no he leído frase alguna suya en la que llegara a insinuar siquiera una medida de fuerza contra la colonia. De hecho, en la que dicen que fue la única entrevista que concedió en su vida, a Emilio Romero, director de Pueblo —el órgano de los Sindicatos—, el 7 de febrero de 1968, y cuando el periodista tocó el asunto, el vicepresidente habla de aquellas gestiones como «de nuestro absoluto derecho a que se nos restituya Gibraltar, siempre invocando los acuerdos de las Naciones Unidas e intentando hacer razonar a Inglaterra sobre el nulo valor militar del Peñón y lo mucho que significaría para España. En esa misma línea aunque en unos términos más duros, en 1952 publicó un libro titulado Gibraltar, comentarios de un español en el que, bajo el seudónimo de Juan de la Cosa, el almirante llegaba a afirmar que «la vuelta de Gibraltar a España es un hecho que indefectiblemente ha de producirse, y mientras no se produzca, nunca podremos ver los españoles en Inglaterra una nación amiga». Para hacer valer su postura utilizó la dialéctica pero nunca, ni siquiera veladamente, incitó al empleo de la violencia.

Lágrimas secas sobre Gibraltar no se ha escrito ni para criticar el incumplimiento de una resolución de la ONU por parte del Reino Unido ni para reivindicar una petición histórica española. Eso queda para otros foros, no para una novela de ficción. La opinión del autor no necesariamente coincide con la de los protagonistas, reales o inventados, de la novela y exprés amenté muestra su respeto por todas las instituciones nombradas, tanto españolas como británicas.

El plan militar que prepara el personaje de ficción, general de brigada José Caballero Crespo, solo responde a la imaginación del autor. No obstante, se ha mantenido el celo documental necesario, de tal modo que sí son ciertas todas las bases aéreas militares nombradas y el armamento existente en la época, a excepción de los aviones de combate F-5, que entraron en servicio operativo en 1970.

En la trama de la novela se alternan personajes reales con otros inventados. Los primeros son: Francisco Franco, jefe del Estado; Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno; Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores; Menéndez Tolosa, Lacalle y Nieto Antúnez, ministros del Ejército, Marina y Aire, respectivamente; Castañón de Mena, jefe de la Casa Militar de S. R; Harold Wilson, primer ministro británico; John Rennie, director del MI6; Denis Healey; secretario de Estado para la Defensa; James Callaghan, ministro del Interior; Martin Furnival Jones, director del MI5; James Stewart, secretario general del *Foreign Office*, el ministerio de Asuntos Exteriores británico, y Robert Peliza, gobernador de Gibraltar.

De todos ellos se ha realizado una interpretación libre de sus personalidades, opiniones y actuaciones sin que suponga ningún juicio de valor sobre los mismos por parte del autor. En la novela intervienen personajes reales con nombres y apellidos solo por el puesto político que ocupaban en el momento en el cual discurre la trama. Si hubieran sido otras personas las que ocuparan el puesto de jefe del Estado, de premier o de ministro, por ejemplo, de aquellas, y no de estas, se habría hablado.

Dentro de la ficción de la historia se reseñan elementos que sí fueron ciertos, como por ejemplo todas las resoluciones de la ONU que se citan, en concreto, la Resolución número 2429 aprobada en la Asamblea General de las Naciones Unidas en su sesión del 18 de diciembre de 1968 que se transcribirá textualmente más adelante. También fue cierto que John Lennon y Yoko Ono se casaron en Gibraltar el 20 de marzo de 1969; que el 31 de mayo entró en vigor la constitución gibraltareña; que el 1 de octubre se celebraron en la bahía de Algeciras unas maniobras militares británicas que llenaron las aguas de numerosos buques de guerra. Tal y como se cita, el 29 de octubre de 1969 Franco remodeló profundamente su gabinete ministerial. Por supuesto, el cierre de la verja fue real, y se ha intentado reproducir con la mayor verosimilitud posible basándose en la información recabada procedente de personas que trabajaron en Gibraltar y que sufrieron las consecuencias del cierre de la frontera y a quienes quiero desde aquí expresar mi gratitud. El texto del telegrama que envió el alcalde de La Línea a Franco fue reproducido por los periódicos de la época.

Para terminar con este apartado, comentar que el partido de fútbol que disputó la

selección española en el estadio José Antonio Primo de Rivera —cuya descripción, así como la del complejo deportivo donde está enclavado, concuerda con la realidad —, ante Finlandia, terminó con la victoria local por 6 goles a 1. En aquel partido, que sí presidieron José Solís y Menéndez Tolosa, se contó con la presencia de la Legión, pero solo desplazó a La Línea una banda que amenizó los prolegómenos. Aquel encuentro supuso el último como internacional del delantero del Real Madrid Francisco Gento. Hago mención a este hecho porque fue al ver un ABC de la época, con una foto en cuyo pie se decía: «Ultimo encuentro internacional de Gento, con Gibraltar como testigo», cuando me surgió la inspiración para la presente novela.

Al margen de la bibliografía comentada, se han consultado las siguientes fuentes divididas por áreas.

Para conocer Gibraltar y su Campo, su historia y la de sus habitantes, he examinado el libro *The Royal Gibraltar Pólice*, de Celia Baldachino y Tito Benady; *La Línea de la Concepción, dos siglos de historia*, de Juan Leiva y Antonio Ávila y *A los pies del Peñón*, de Juan Domingo Macías.

Los servicios secretos británicos siempre han tenido un gran reflejo en la literatura. Para conocerlos algo más he trabajado con los libros *Historia del Servicio Secreto Británico*, de Richard Deacón; *MI6, historia de La Firma*, de Eric Frattini; *Su nombre es Bond, James Bond*, de Juan Tejero —recordemos que el personaje de las novelas de Ian Fleming pertenecía al MI6— y *Al servicio de Su Majestad*, de Gordon Thomas. Por cierto, Gibraltar, como Singapur, Hong Kong, Canberra o Johannesburgo, era jurisdicción del MI5.

Sobre los servicios secretos españoles, aunque mucho más jóvenes que los británicos, ya tenemos en el mercado un buen número de volúmenes. Yo he consultado los siguientes: *La Casa, el CESID, agentes, operaciones secretas y actividades de los espías españoles*, de Fernando Rueda; *Yo entré en el CESID*, de Pilar Urbano; *Servicio Especial: a las órdenes de Carrero Blanco , de Ignacio San Martín* y *Los Servicios de Inteligencia en España*, de Vicente Almenara.

Para conocer el contencioso que se mantuvo durante aquellos años entre España y Gran Bretaña he localizado diferentes publicaciones del entonces ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella como *Gibraltar en las Cortes Españolas, Razones de España sobre Gibraltar, Negociaciones con Gibraltar* y Documentos sobre Gibraltar (el llamado Libro Rojo al que se hace mención en la novela), así como el trabajo de Juan Carlos Pereira titulado *La política exterior de España, 1800-2003*.

Para ilustrar sintéticamente las personalidades de Franco y s obre todo de Carrero he examinado los libros *El almirante Carrero Blanco*, de Carlos Fernández; *Los validos de Franco* y *La señora de El Pardo*, ambos de Ramón Garriga; *Impresiones de un ministro de Carrero Blanco*, de Julio Rodríguez Martínez —en el cual, por cierto, se reproducen algunas láminas de los magníficos dibujos que realizaba el vicepresidente del Gobierno—; *Los hombres de Franco*, de Antonio Padilla; *Carrero,*

la eminencia gris del régimen de Franco, de Javier Tuse 11, y *Gibraltar, comentarios de un español*, de Juan de la Cosa (seudónimo de Luis Carrero Blanco), ya comentado.

Sobre la Legión he consultado el *Atlas ilustrado de la Legión*, de Alfonso Ruiz de Aguirre y Luis Miguel Francisco, e *Historia de la Legión Española*, de Carlos de Arce. Para documentarme sobre el palacio de El Pardo, al margen de una visita personal, consulté el libro editado por Patrimonio Nacional *Guía del Palacio Real de El Pardo*. El barrio chino cartagenero —demolido hace décadas—, tiene su reflejo en los libros *Historias del Molinete de Cartagena*, de Manuel López Paredes y *El Molinete de Cartagena*, de José Rodríguez Cánovas.

La artimaña que utiliza el Seced con las postales es una variación de la que se ilustra en el *Internacional Spy Museum de Washington D. C*, ya que fue un método empleado en el espionaje de los años sesenta.

El mayor esfuerzo bibliográfico se ha empleado en conocer con detenimiento la sociedad de finales de los años sesenta y la política de entonces. En este apartado querría destacar —al margen de los diarios *Arriba, Informaciones, Pueblo, ABC, Diario de Cádiz, Área y Marca— la Memoria breve de una vida pública*, de Manuel Fraga —en este libro el que fuera ministro de Franco nos habla que en el Consejo de Ministros del 31 de enero de 1969 se desestimó la creación de la novena provincia andaluza que habría llevado el nombre de Gibraltar—; el interesantísimo trabajo de Laureano López Rodó titulado *La larga marcha hacia la Monarquía* —en el cual se cita con precisión el calendario que Franco diseñó durante el mes de julio de 1969 relativo al nombramiento de Juan Carlos de Borbón como su sucesor— *Diez crisis del franquismo*, de Carlos Rojas y el libro publicado en París en el año 1972 por el propio autor titulado *Franco frente al Rey*, de Rafael Calvo Serer.

Para terminar este apartado querría recordar la frase con la que comenzaba el diario ABC del día 16 de octubre de 1969 la crónica del partido de fútbol citado. Estas palabras hay que comprenderlas dentro del contexto político reinante en el momento, con la frontera cerrada y dieciséis días después de que el Reino Unido hubiera incumplido la Resolución de la ONU. Esta cita nunca se puede interpretar como una crítica al firmante, el que fuera el gran periodista deportivo Güera. La frase decía así: «Cuando el equipo español tenía enfrente el Peñón atacó más y mejor.»

Como apéndice, transcribo el texto íntegro de la Resolución 2.429 a la que se hace mención en la novela (Fuente: www.un.org).

RESOLUCIÓN 2.429

DE LA XXIII ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS. 18 DE DICIEMBRE DE 1968.

La Asamblea General,

Habiendo examinado la cuestión de Gibraltar;

Habiendo oído las declaraciones de la Potencia administradora y del representante de España.

Recordando su resolución 1514 (XV) de 14 de diciembre de 1960,

Recordando igualmente su resolución 2353 (XXII) de 19 de diciembre de 1967,

1 .Lamenta el incumplimiento por la Potencia administradora de la resolución 2353 (XXII) de la Asamblea General;

2.Declara que el mantenimiento de la situación colonial de Gibraltar es contrario a los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas y a los contenidos en la resolución 1514 (XV) de la Asamblea General;

3.Pide a la Potencia administradora que ponga término a la situación colonial de Gibraltar antes del 1º de octubre de 1969 —en la versión inglesa las palabras utilizadas fueron:… *no later than 1 October 1969*;

4 .Requiere al Gobierno del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte para que inicie sin demora las negociaciones previstas en la resolución 2353 (XXII) con el Gobierno de España;

5.Pide al Secretario General que preste toda la ayuda que los Gobiernos de España y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte puedan requerir para el mejor cumplimiento de la presente resolución y que informe al respecto a la Asamblea General en su vigésimo cuarto período de sesiones.

1.747a sesión plenaria,

18 de diciembre de 1968

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a mi agente, Alicia González Sterling, la paciencia que ha demostrado leyéndome, escuchándome y brindándome todo su apoyo y confianza, tanto personal como profesional. Después continuo con mi amiga Alicia Ferrero por toda la información que me ha facilitado sobre Lisboa, ciudad en la que ha vivido y que, como todos los que la conocemos, siempre lleva en su corazón. Mi amigo Alfonso Rojas me atendió muy gustoso y diligente en todas mis peticiones de datos que le solicité sobre Córdoba, su tierra natal. El cartagenero Ricardo Bañeres Rodríguez me ha confirmado las referencias concretas que le he pedido de su ciudad. Mi amigo Ángel Salas me habló de cómo funcionaban las comunicaciones telefónicas en el año 1969, algo que por motivos familiares conoce muy bien. Rafael Mira Navas y toda su familia disfrutaron tanto contándome cosas sobre Málaga como yo escuchándoles; su aportación fue especialmente útil. Mis amigos Antonio y Juan Carlos Sánchez Gómez, junto a su familia, me comentaron numerosos detalles sobre el Campo de Gibraltar, y mi amiga, la linense Eva María Paredes, me proporcionó varios contactos con personas que vivieron aquellos años en la zona. Javier Díaz realizó determinadas labores de búsqueda de información necesaria para la correcta documentación de la novela.

Termino con mi reconocimiento y gratitud al magnífico trabajo que han realizado, corrigiendo los borradores y opinando con gran tino sobre ellos, mis amigos José Antonio Arenal, Magdalena Cenjor, Eugenio González, Jorge Mora, Mónica Nadal y Rosario Sánchez.



CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ (Madrid, 1959). Es licenciado en Ciencias Económicas.

Sus primeros pasos en la literatura los da escribiendo sus vivencias en los múltiples viajes que ha realizado, una de sus grandes pasiones junto al cine y al teatro.

En el año 2006 publica su primera novela, Los impares de Sagasta. También en ese año recibe un premio en el Certamen Internacional Camilo José Cela por su cuento *Semíramis*.

En el año 2007 vuelve a salir al mercado con una novela, *Los ascensores dormidos de La Habana*, libro que ha sido reeditado.

En los años 2009 y 2010 publica dos novelas cortas: *Franco morirá en Rodalquilar* y *La pasmosa herencia de José Belmonte*, dentro de la colección *Narradores almerienses*, siendo la primera vez que se permite la entrada en dicha colección de un escritor no nacido en la provincia.

En 2011 publicó, *Tres colores en Carinhall*. En el año 2012 resulta seleccionado como uno de los finalistas en el 10º Certamen de relatos breves María Moliner con su escrito titulado *En una noche de tormenta*.

En octubre de 2012 vuelve a salir al mercado con la novela *Lágrimas sobre Gibraltar*, reimpresa en diciembre de 2012.

Regresa en el año 2014 con tres nuevos trabajos, los relatos *Un informe en Sevilla* y *En noches de luna llena*, dentro de libros colectivos, y con su quinta novela, *A las*

ocho en el Novelty.

La riqueza descriptiva, la fuerza de su narrativa y la precisión en la documentación son las características más relevantes de su prosa, así como la facilidad para atraer al lector al argumento que, sin darnos cuenta, ha forjado a nuestro alrededor.